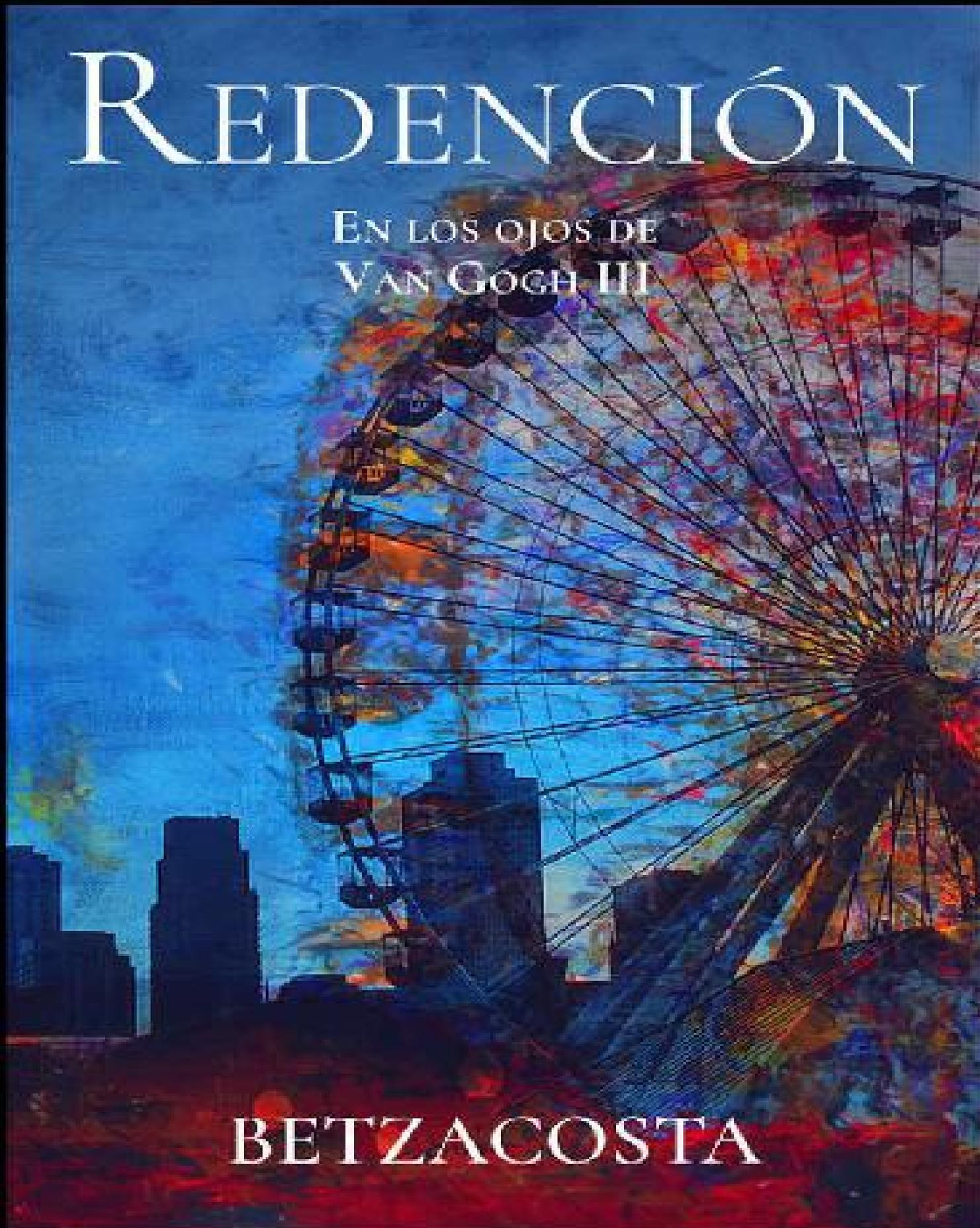


Selecta

REDENCIÓN

EN LOS OJOS DE
VAN GOGH III

BETZACOSTA



Redención
En los Ojos de Van Gogh. Libro 3

Betzacosta

Selecta

Índice

[Redención](#)

[Sinopsis](#)

[Nota editorial](#)

[Dedicatoria](#)

[Cita](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

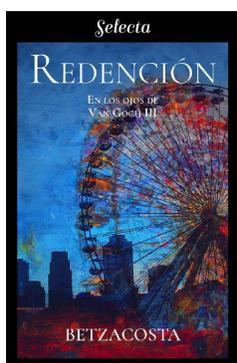
[Capítulo 28](#)

[Agradecimientos](#)

[Si te ha gustado esta novela](#)

[Sobre Betzacosta](#)

“En los ojos de Van Gogh”, la historia de amor entre Samantha y Oliver, ha resistido el dolor y la angustia del delirio de una mujer que nutre su arte por sus emociones, generalmente dolorosas y el desarraigo de un hombre que vive a través de las aspiraciones de una familia, pero aún faltan retos por conquistar, y en esta, la última parte de la saga, deberán luchar con todas sus fuerzas para conseguir lo que tanto han deseado: ser ellos mismos.



Samantha “Sam” Heller ha perdido mucho: el amor de su vida, la naturalidad con la que pintaba, el sueño de ser una gran artista e incluso su propia identidad. Ya de vuelta en Chicago, con su familia y amigos, decide reencontrarse a través de la sanación, sin perder la esperanza de algún día ser feliz. Sin embargo, la vida la vuelve a sorprender de forma negativa: la muerte de un ser querido.

Esta tragedia traerá consecuencias que, desequilibrarán el estatus quo que había logrado desde su regreso de Londres. Los fantasmas del pasado vuelven para atormentarla, resquebrajando todos los pilares de su existencia, por lo que otra vez, Samantha se dejará invadir por todas sus inseguridades. ¿Cómo podrá encontrar paz cuando todo lo que siente está manchado con miedo?

Por otra parte, en la alta sociedad londinense, Oliver Lewis se encuentra peleando sus propias batallas que desencadenará una guerra que, si no es capaz de ganar, desbaratará todo por lo que ha luchado; incluida su felicidad. A pesar de ello, y como él mismo lo ha reconocido, nada en su vida ha sido sencillo, las cadenas a las que se amarró son duras de romper, en especial las que abundan en su propia mente, entonces ¿podrá Oliver poner límites entre lo que necesita y lo que quieren los demás? O dejará que su complejo de

superhéroe le haga perder la gran batalla de su vida.

SÍGUENOS EN
megustaleer



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

| Penguin
Random House
Grupo Editorial |

Nota editorial

Selecta es un sello editorial que no tiene fronteras, por eso, en esta novela, que está escrita por una autora latina, más precisamente de Venezuela, es posible que te encuentres con términos o expresiones que puedan resultarte desconocidos.

Lo que queremos destacar de esta manera es la diversidad y riqueza que existe en el habla hispana.

Esperamos que puedan darle una oportunidad. Y ante la duda, el *Diccionario de la lengua española* siempre está disponible para consultas.

Dedicatoria

A Paulina Arancibia CM, Ginette y Gisela.
Por confiar, ver y sentir estos personajes, y junto a ellos, a mí.
A ti, por acompañarme en esta travesía.

«¿Sabes lo que hace que desaparezca la cárcel? Cada afecto genuino y profundo. Ser amigo, hermano, amante, es lo que nos libera de la prisión. Sin estos afectos, uno está muerto. Pero cada vez que se reviven estos afectos, la vida renace».

«Es necesario haber amado, después perder el amor y luego volver a amar todavía».

Vincent Van Gogh, Cartas a Théo

Capítulo 1

*¿Cómo demonios se puede unir un corazón roto
cuando está destrozado?
Se enseña a sí mismo a latir de nuevo...
Este pequeño azulejo no quiere parar,
ella jura que tú podrías ser mejor que los demás,
y le dije no, no, no, lo entendiste todo mal
si él fuera algo especial
yo no habría escrito esta canción.
Bluebird, Christina Perri*

Samantha Heller caminaba alrededor del lago Burley Griffin, a diez minutos de distancia de la casa de Rachel. Sintió la grama bajo sus pies y cerró los ojos ante la sensación. Usaba un vestido sin mangas de color blanco, que quedaba suelto hasta media pierna y cuya falda ondulaba por el viento, y un gran sombrero cubría su cara, aunque lo cierto es que, en los cinco días que llevaba en Australia, se había preocupado muy poco por cubrirse del sol, pero ya era suficiente para su piel propensa a generar pecas.

Tocó el cabestrillo con su mano libre y rogó pronto ser libre de él, estaba agotada de no poder moverse con libertad, sentir dolor y consumir analgésicos.

Rachel estaba en casa descansando, ya que el día anterior, en vísperas de Año Nuevo, Derek Wells las había invitado a una gran fiesta en el centro de Canberra, con la justificación de que era un nuevo comienzo y que había que celebrar lo bueno y lo malo; en síntesis, dejar ir lo que no necesitaban. Lo que es más, esa tarde las

iría a buscar de nuevo, para hacer un poco de turismo.

Sam tomó su teléfono y llamó por Facetime a su prima, porque mientras en Australia era casi la una de la tarde, en Chicago solo faltaban treinta minutos para celebrar el Año Nuevo.

Susan contestó casi de inmediato.

—¡Hola! —gritó Sam emocionada cuando la imagen de su prima y su sobrino Sebastian apareció en la pantalla del iPhone.

—Feliz año por allá —dijo y soltó una risilla—. Sebastian lleva esperando tu llamada por casi una hora, dijo que era imposible que su tita no le deseara un feliz nuevo año.

Sam sonrió, conmovida.

—Mi niño, ¡feliz Año Nuevo! —Sebas soltó una risa e incluso con la cámara parecía todo sonrojado—. Quisiera estar allá para abrazarte y darte un gran beso. Te adoro.

—Quédate con tu tía que iré a atender el teléfono, de seguro es Martha —dijo a su hijo y miró a Sam—, quiere que vayamos a su casa porque ya se acerca la hora de brindar —concluyó y dejó el teléfono con Sebastian.

Sam sonrió y se concentró en el niño.

—¿Has recibido muchos regalos desde que me fui?

A Sebastian se le iluminaron los ojos y salió corriendo, la imagen del teléfono temblaba y giraba a su alrededor. Sam apartó la mirada para evitar marearse.

—Esto —escuchó que su sobrino decía y se encontró con un gran bloc de dibujo, más un muñeco que parecía ser de colección.

—¿Quién te regaló eso?

—Tito.

—¿Tito? —preguntó confundida y enarcó una ceja.

—Tito Oliver, me compró estos regalos, y me ha llamado dos veces, y hablamos mucho. Mami dijo que era como tú cuando vino, y lo abracé... y... —Se sonrojó y dejó de hablar en un ataque de timidez, pero Sam no pudo animarlo o pedirle que continuara ya que había quedado paralizada.

Susan apareció en pantalla, tomó el iPhone y se sentó al lado de Sebastian.

—¿Oliver estuvo allá? —preguntó en un jadeo y vio a su prima removerse incómoda.

—¿Sebas, podrías ir a poner a dormir a Rodolph? ¡En unos minutos vamos a casa de Martha y será año nuevo!

El niño asintió y salió corriendo hacia alguna parte.

—¿Oliver? —repitió Sam, su voz casi salió en un chillido.

—Estuvo aquí el mismo día que te fuiste a Australia.

Sam jadeó y llevó su mano a su boca. ¿Había ido a Chicago? ¿Por qué? ¿Por qué luego de tanto tiempo cuando, después de terminar su relación, ella estuvo una semana en Londres, esperando que apareciera?

—¿Por qué no me contaste? —explotó Sam—. Hemos hablado cada día desde que me fui de Chicago.

—Estaba tratando de protegerte, no sabía...

—¡Demonios, Susan, no soy una niña! ¿Cuándo lo van a entender todos ustedes? ¡No necesito protección de nadie! —Respiró hondo para tranquilizarse, sin conseguirlo en absoluto—. ¿Qué te dijo?

—Te estaba buscando, no hablamos mucho, solo me contó que quería disculparse. Conoció a Sebastian y comió con nosotros, lo vi tan perdido como me lo describiste, y triste. Muy triste.

Su corazón volvió a romperse, y ninguna cantidad de sol o declaraciones positivas que había repetido por instrucción de Derek sirvieron para aliviarla.

—Todo entre nosotros terminó, él lo quiso así, no entiendo por qué fue a Chicago —murmuró y se cubrió con su brazo sano.

Susan se acercó como si quisiera detallarla.

—Yo le dije que no lo quería cerca de ti. —Sam alzó la mirada y comenzó a negar con la cabeza, pero Susan no la dejó interrumpirle—. Él tiene que encontrar su propio camino así como tú tendrás que encontrar el tuyo, y si se encuentran de nuevo, entonces estuvo destinado.

Sam soltó una carcajada amarga.

—Al parecer a lo único que estamos destinados es a lastimarnos el uno al otro; a nunca encontrarnos; nuestros tiempos jamás son los correctos. Si yo no hubiera venido a Australia...

—Él sigue casado —le informó Susan y Sam rio, el sonido que dejó su garganta fue aún más agrio.

—Lo sé —murmuró apesadumbrada y aún aturdida.

«¿Se enteró de lo de su abuelo?», se tensó, ya que si ese era el caso, solo una persona pudo contárselo. «Te mataré, Christian, si fuiste capaz de atacarlo con ello, cuando sabías que no fue su culpa».

—Te diré lo mismo que le dije a él —Susan interrumpió su diatriba mental—, me da miedo que con solo una conversación todo esté disculpado y vuelvas a esa vida. —Sam alzó la mirada y frunció el ceño hacia su prima, que la estudiaba preocupada desde la pantalla —. No quiero que sufras, cariño, o verte de nuevo deprimida porque te volvió a hacer daño.

—Susan, no tenías derecho a decirle eso, esto es entre él y yo. Yo soy quien tiene que decidir...

—Sam —la atajó y puso una mano sobre su corazón—. Madurar no es gritar al mundo que ya eres una adulta, atacar a alguien que te ama o saber que puedes reconstruirte después de golpear un muro. A veces, madurar significa continuar con tu vida y esperar lo mejor de ella. —Sam parpadeó y su cuerpo se apretujó, el brusco y a la vez sutil movimiento rebotó en su hombro e hizo una mueca de dolor—. También es aceptar que, sin importar los intentos o deseos, no puedes salvar o arreglar algo que no quiere ser salvado, eso lo aprendí con Michael. Si no hubiese insistido tanto en mi mundo perfecto, en ver lo que no estaba allí, él no me habría hecho tanto daño, ni a ti tampoco. Tengo a Sebastian, nunca me arrepentiré de ello; pero hay tantas cosas que ambas perdimos y no podremos recuperar, y todo por querer aferrarse cuando a veces lo mejor es dejarlo ir, tal vez con ello ambos se darán la oportunidad de mejorar y después... quién sabe.

—No hay esperanza, prima. Ya lo entendí. Lo dejé ir.

—Mírate, estás tensa, abrazándote a ti misma, y todo el color de tu cara se fue con solo nombrarlo. —Apartó su mirada y negó con la cabeza—. Lo lamento tanto, Sam.

En ese momento escuchó que el teléfono de su prima volvía a sonar y la oyó mascullar algo parecido a una maldición. Observó a

Sebastian brincar alrededor.

—¡Debo irme! —le gritó Susan—. Piensa en lo que te dije, por favor.

Ella asintió antes de despedirse de Sebastian y de su prima con una sonrisa fingida. Cuando la videollamada se cortó, tomó sus pertenencias y comenzó a deambular alrededor del lago; necesitaba caminar, pensar y gritar.

«Era como si supiera que iba a dejarlo ir y volvía a... a...»

—¡Dios! —chilló, y se acercó hasta la orilla, deseaba tener una forma de controlar sus pensamientos.

¿Quería disculparse? ¿Por qué? ¿Por haberla herido? ¿Por Lira? ¿Por lo que hizo su abuelo? No lo culpaba por lo que sucedió ese día, Oliver I Aldrich-Millicent solo había reaccionado por las cosas que ella le había dicho, y sabía que su Oliver no era su abuelo y que no mató a su gata.

Sam negó con la cabeza y respiró varias veces para controlarse, bloqueó todas las teorías y fantasías que querían formarse en su cabeza y decidió ir a buscar a Rachel, ya que sin importar lo que Susan hubiese dicho, Oliver estaba a muchos kilómetros de distancia, de seguro intentando continuar con su vida, quizá con su esposa, y ella debía hacer lo mismo.

Entró en la casa por el acceso trasero que daba hacia la cocina, dejó sus cosas sobre el comedor diario y abrió la boca para gritar por su amiga, pero el estridente sonido del timbre de la puerta principal la frenó. Arrugó el ceño y se preguntó si sería Derek, habían quedado para un par de horas más tarde, pero él parecía vivir en un mundo que solo obedecía a sus reglas, y la puntualidad no era una de ellas.

—¿Qué haces aquí? —escuchó a Rachel preguntar con tono agitado y casi aterrado. Sam aceleró el paso hacia la sala, para proteger a su amiga de lo que fuera que la asustara.

—No podía pasar otro día sin verte. —La voz masculina la hizo detenerse, justo en el umbral de la habitación. Entonces pudo observarlos, Rachel estaba pálida, su piel canela parecía blanquecina, Theodore no lucía mejor, su cabello alborotado, su ropa arrugada y tenía grandes ojeras rodeando sus ojos castaños, su piel trigueña estaba amarillenta, quizá llegó allí directo del aeropuerto—. Tu amiga

fue a buscarte al Museo y me enfrenté con el terror que tenía meses carcomiéndome: el haberte enviado aquí sola, y que algo te sucediera a ti, o a tu hijo, solo por mi egoísmo. Incluso el papá del bebé fue a buscarte y yo me negué a darle información de tu paradero.

—¿El papá? —preguntó ella con duda, y después negó con la cabeza, resignada—. Bueno, ya me viste, ahora puedes irte. —De seguro intentó que la declaración sonara mordaz, pero resultó jadeante—. Estoy bien. Estamos bien —se apresuró a corregir y tocó su estómago.

Theodore siguió el movimiento de su mano y palideció.

—¿Ya estás a término?

—¿Por qué? —Bajó la cabeza y suspiró—. Lo sé, estoy gigante y horrible...

—Jamás estarás horrible, Rachel, eres preciosa, y en estos instantes estás más hermosa que nunca.

Ella bufó en rechazo.

—Eres un adulator y un mentiroso. Los bebés han absorbido cada parte...

—¿Bebés? —la atajó él, y se acercó un par de pasos, para cogerla del brazo y acercarla hacia él—. ¿Cuántas semanas tienes?

—¿Ahora me preguntas eso? Esa tarde no te interesó saber nada sobre ellos.

—Rachel, ¿son míos, verdad? —murmuró y ella lo observó por un par de segundos sin ninguna expresión.

—Sí —respondió en voz baja. Sam lo vio apretar las manos a sus lados y cerrar los ojos, su expresión era de dolor—. Pero no entiendo por qué ahora lo asumes.

Él rio, pero no fue alegre en absoluto, parecía atormentado.

—Nuestra familia tiene una gran herencia de embarazos múltiples, mi madre fue trilliza. —Theodore comenzó a caminar alrededor, pasó las manos por su cabello lacio, alborotándolo aún más, parecía cada vez más desesperado—. Me equivoqué tanto, te envié lejos cuando estabas embarazada y ese día intentaste decírmelo, ahora lo entiendo, cuando dijiste que era mío si lo quería, pensé que te referías a si quería criarlo como mío, jamás consideré la otra opción.

—No, me refería exactamente a eso, son tuyos pero no tienes responsabilidad sobre ellos —intentó explicar.

—Claro que la tengo, Rachel, ¡por Dios, son mis hijos!

—No quiero obligarte —insistió.

—Tú no los hiciste sola, yo participé en su gestación y por supuesto que tendría que haber estado contigo en todo. Solo pensar en la idea de que te envié aquí cuando debiste estar en casa siendo protegida por mí... Cometí un grave error.

—Theodore, no fue así, yo... —Suspiró y se acercó un paso hacia él —. Mi madre no fue una buena mujer, no me quiso ni me defendió cuando la necesité, le creyó más a su esposo que a mí y me fui de casa cuando ya no pude soportarlo más. —Él la miró en silencio, analizando cada palabra que ella pronunciaba y Sam esperó que entendiera el mensaje entre líneas, ya que Rachel no daba su confianza con facilidad o confesaba sus secretos. A ella le tomó años hacer que su amiga se abriera y se lo confesara. Después de saberlo, había llorado abrazada a Rachel, por todos los sueños perdidos, los de su amiga y los propios que habían sido arruinados por su estupidez con Michael—. Sé que solo me tuvo para que mi padre se quedara a su lado, ella me lo dijo. No lo consiguió, por supuesto, y yo me prometí que nunca haría algo así, pero hubo un momento en tu despacho en el que casi... casi lo hice. Era tentador decirte que tenías que estar a mi lado y yo sé que lo hubieses hecho, y no es justo.

—Te extrañé y siempre estuviste en mi mente.

—Theo, no digas esas cosas, al menos no si no lo dices en serio. Verás, tú llegaste a mi vida y botaste todas mis barreras, me enamoré de ti, lo cual es tonto porque nunca te lo dije, lo sé, pero al final igual rompiste mi corazón. Me hiciste daño y yo... me cuesta confiar en los demás, siempre ha sido así y ahora, no sé si puedo volver a intentarlo.

Él suspiró, parecía derrotado.

—Aunque no lo creas, entiendo lo que dices. Pero míralo de esta forma: he crecido alrededor de embarazos múltiples, sé mucho más de esto que tú, déjame ayudarte. Permítenos conocernos y, en el trayecto, ir confiando uno en el otro; y comencemos con dejar de

mentirnos, lo que hubo entre nosotros no se ha acabado y tengo mis serias dudas de que lo haga, al menos de mi parte, ya que todo mi ser reacciona cuando tú estás cerca.

Sam parpadeó y dio la vuelta para dejar la casa y darles privacidad. Decidió entrar al parque y regresar al lago. Tomó su teléfono para llamar a Derek, quizá la solución sería irse por ese día, darles tiempo para hablar de todo y tal vez resolver las cosas, pero al ver la pantalla se detuvo de forma abrupta, lo que provocó un fuerte tirón doloroso en el hombro. Sin embargo no le importó.

En la pantalla principal estaba el aviso de un nuevo correo electrónico; era de Oliver, y el asunto era «Lo siento». Sam dejó caer el teléfono y caminó hacia el puente más cercano, comenzó a hiperventilar y apretó la baranda de metal, mientras sentía que lágrimas corrían por sus mejillas, ni siquiera sabía que estaba llorando y estaba tan cansada de llorar, de ahogarse con cosas sin sentido, que se odió por ser tan débil.

Su cabeza era un revoltijo, una parte deseaba que Oliver pudiera resolver todo, otra le estaba gritando que no se permitiera volver a pensar en él. Pero también estaba la que siempre imperaba; la eterna preocupación por su bienestar, un sentimiento que primero nació desde el cariño hacia su amigo, luego después de todo lo que sucedió, desde la culpa; y ese día aún seguía ahí, y emanaba de todas las etapas de amor y deslices que vivió con él. Más que amantes, o amor de su vida, Oliver Lewis significaba para ella tantas cosas distintas, hubo un momento que creyó que él la conocía más que nadie, incluso más que ella, y esa sensación jamás desaparecería, sin importar lo destrozados que ambos estuvieran o lo rota que se encontrara su relación.

Giró su cabeza hacia donde dejó caer el teléfono y pensó en no leerlo, sin embargo era imposible siquiera considerarlo, necesitaba saber por qué la había ido a buscar a Chicago. Además, ella había estado en esa situación, escribiendo sus sentimientos a través de un correo con la esperanza de que la otra persona lo leyera y le respondiera. Sabía de la soledad que imperaba en el alma cuando ese mensaje nunca llegaba.

Abrió el correo electrónico y parpadeó al leer el mensaje.

De: Oliver Lewis.

Enviado: Jueves, 1 de enero. 4:15 a.m.

Para: Samantha Heller.

Asunto: Lo siento.

Fui un maldito imbécil...

Lo sé todo, Samantha. Siento lo de Lira, lamento lo que mi abuelo te hizo, pero más que todo me arrepiento de lo que yo te hice, no soy mejor que ellos, ¿no es así? En estos momentos no me soporto y tampoco tengo nada que ofrecerte, aunque tal vez nunca lo tuve; solo puedo decir «lo siento», por todo. Tengo muchas cosas que recomponer, quizá demasiadas para una sola vida, pero lo intentaré. Trataré de hacer lo que me pediste de una vez por todas. Ya estoy balbuceando, solo no podía dormir, ni hacer nada hasta que lo supieras.

Oliver.

Debería dejarlo estar, era una disculpa, y muchas más palabras de las que él había pronunciado en todos esos meses que estuvieron juntos en Inglaterra; sin embargo, en vez de guardar el teléfono, marcó su número, sin importarle que en Londres fueran las cinco de la mañana.

—Oliver Lewis —le escuchó contestar en el cuarto repique, su voz rasposa por el sueño le causó un estremecimiento y la dejó muda—. ¿Diga? ¿Hay alguien allí?

Sam suspiró y cerró los ojos por un par de segundos.

—Hola, Oliver —susurró justo antes de que él trancara la llamada.

Capítulo 2

*Nada sale como está previsto,
Todo se rompe
La gente dice adiós en su propia forma especial.
En todo lo que puedes confiar
y en todo lo que puedes fingir,
te dejará en la mañana
y te vendrá a buscar en el día.
Oh, tú estás en mis venas, y no te puedo sacar.
In My Veins, Andrew Belle*

Oliver Lewis se pasó una mano por el cuello mientras veía a Christian Miller caminar de un lado al otro alrededor de la sala de su apartamento en Notting Hill, que era donde, por lo general, realizaban sus reuniones; estaba ubicado en el tercer y último piso del edificio, conocido en el barrio porque en la planta baja funcionaba una pequeña galería de arte, que fue el motivo final por el cual Oliver arrendó el piso. Contaba con una sala de estar amplia, una cocina moderna y dos habitaciones, una de ellas era su estudio, pero era un área restringida para quienes lo visitaban, ya que era su espacio privado. Volvió su atención al abogado, quien seguía refunfuñando frustrado y agotado; Oliver no podía culparlo, se sentía de la misma manera.

Si alguien le hubiera dicho en año nuevo, ya cuatro meses atrás, que el abogado se volvería su aliado, se habría ganado un colorido insulto porque, para él, ese hombre siempre sería su enemigo. Lo cierto es que jamás serían amigos, y aún seguían chocando de vez en cuando,

en especial cuando el tema de conversación era Samantha, pero habían llegado a un punto medio, sobre todo gracias a la intervención del entrometido de Nathan, que exigió que limaran las asperezas para estar en sintonía y poder ganarle el pleito a su abuelo. Ambos lo habían hecho a regañadientes.

—Van cuatro meses, y pareciera que en vez de llegar a alguna solución, tu abuelo nos manipula para iniciar un nuevo proceso y atacarte por otro lado. Estamos cayendo en su maldito juego como unos idiotas —masculló Christian, y giró hacia él—. Por otra parte, tengo fe en nuestro proyecto, y está casi listo, creo que por fin le enseñaremos quién es el mejor.

Oliver apretó los labios hasta volverlos una línea y negó con la cabeza.

—Sé que quieres acabar con esto tan rápido como yo, pero no voy a permitir que arriesgues tu licencia o incluso tu libertad, ese camino no lo usaremos. —Christian lo miró burlón, ya que era obvio que no había amor entre ellos, y si se diera la oportunidad, Oliver no dudaría en eliminarlo de la Tierra, salvo que le sería imposible—. Samantha no me perdonaría, ni a ti.

Christian suspiró y se pasó la mano por el cabello, frustrado, sabía que estaba en lo cierto.

—Encontraré la manera de que no me afecte, por eso me he tardado tanto, quiero conseguir pruebas de hechos que no me involucren, y cuando las tenga, será el momento.

Oliver gruñó y desvió la mirada, no le gustaba la estrategia que quería usar Christian, a pesar de saber que sería la más perniciosa para su abuelo. Christian lo miró perspicaz, porque conocía su opinión sobre ese tema.

—¿Quieres que el condenado juicio dure diez años? —le preguntó incrédulo—. No podrás trabajar, tu reputación quedará por los suelos y de seguro terminarás arruinado. Tenemos las pruebas, Oliver; testigos, contratos, todo para demostrar malversación de fondos en la época cuando él era director, también sobre sus prácticas para escatimar gastos, como el uso de materiales por debajo del estándar de calidad exigida por los reglamentos de urbanismo del país.

—Sí, y la forma en que te enteraste es porque contribuiste a ello, Christian. Si cae mi abuelo con eso, caerás tú también. Te dije que primero intentaríamos el camino legal.

—Y lo hemos hecho. Lo seguiremos haciendo —respondió Christian como siempre que tocaban ese tema de conversación—. Pero esto no se acabará tan rápido como tanto lo deseas; tu abuelo te demandó por todo; mala práctica profesional, incumplimiento de funciones, incluso daños y perjuicios por haber abandonado la empresa. Y el acuerdo prenupcial, ¡la cereza del pastel!

—Quiere doblegarme, que me acerque de rodillas y le ruegue que desista —indicó Oliver.

—Y conseguiré la forma de evitarlo —rebatía Christian—. Te prometo que mostraremos esas pruebas en el tribunal, y estará tan malditamente ocupado evitando demandas y controlando las fugas de capital por la ida despavorida de los inversionistas que te dejará ir. Una situación ganar-ganar. Te pierde a ti y a la empresa.

—Lo sé, y también joderá a mi familia en el proceso —gruñó Oliver y escuchó a Christian bufar.

—Joanna y Harold nos apoyan, y Bryoni, pues... —Christian arrugó la cara—. No la vas a dejar desamparada. Él sabe que tu madre es tu debilidad, Oliver, la protegeremos.

Asintió y apartó la mirada, todo habría sido más fácil si su madre no se hubiera aparecido en su apartamento, una semana atrás, para rogarle que no hiciera nada contra su abuelo y su empresa, incluso se había arrodillado frente a él, llorando, y aunque en el fondo sabía que solo lo estaba manipulando, de todas maneras le rompió el corazón. No deseaba hacerle daño. Había prometido que no se convertiría en Oliver I; no, él tendría compasión y piedad, esa de la que tanto se burló su abuelo cuando fue a enfrentarlo.

Escuchó a Christian suspirar, un claro indicio de su rendición, como hacía cada vez que tocaban ese tema, porque era un punto muerto.

—Giselle me dijo que mañana tienes otra reunión de conciliación con Ilana —comentó Christian, cambiando el tema. Oliver asintió. Había llegado al punto de poder describir mentalmente el número de grietas, color de cada pared y material del piso del Palacio de Justicia.

Y estaba asqueado; si no fuera porque ansiaba terminar con todo y por la presencia de Christian, habría abandonado desde tiempo atrás —. Tiene la esperanza de que estén cerca de una solución definitiva —comentó con voz poco convencida.

Cuando comenzaron los dos procesos, Miller se inhabilitó para el litigio de divorcio ya que no era su especialidad, además que se iba a centrar cien por ciento en el proceso mercantil y administrativo que instauró el viejo Oliver; frente a este escenario, le recomendó incluir en el equipo a su amiga, Giselle Hayes, una connotada litigante en juicios de familia y divorcios contenciosos.

—¿Tú lo crees? —preguntó Oliver incrédulo—. Ilana nos lo ha puesto difícil desde que iniciamos el proceso en enero. Dudo que claudique ahora. Le hemos ofrecido dinero, más de lo estipulado en el contrato prenupcial, casi la mayoría de mis inversiones, el apartamento y otros bienes. Pero nada parece suficiente.

—El problema es el proceso de impugnación de tu abuelo —interrumpió con tensa calma—. Quizá si tu mujer se fuera con los bienes de la empresa, como estaba estipulado en el acuerdo, ya hubiese salido el divorcio, y lo cierto es que nos beneficiaría, porque habríamos jodido al viejo por donde más le duele.

Oliver rio, aunque la risa sonó hueca y cruel. Su abuelo había autorizado —casi redactado— su acuerdo prenupcial con Ilana, pero no había firmado como testigo. En ese entonces no le importó lo suficiente como para siquiera cuestionar sus motivos, pero ya los comprendió por fin. Era la forma más brillante de controlarlo y evitar cualquier intento de divorcio, ya que lo cierto es que Oliver Lewis no era dueño de ningún bien de la empresa; tenía parte de las acciones, las adquirió con la firma del contrato de Director de Constructoras Aldrich-Millicent, pero no era el socio mayoritario y no podía disponer de algo más que el valor monetario real de sus acciones. Así que el mismo día en que Oliver solicitó el divorcio, su abuelo inició un proceso de impugnación del acuerdo prenupcial por fraude, invalidándolo.

Oliver I aún podía iniciar un proceso penal para encarcelarlo por ese acuerdo, aunque Christian y él creían que su abuelo iba a esperar

a terminar el proceso mercantil y administrativo, por lo que existía una posibilidad muy real de que si Oliver perdía ese proceso no solo terminaría arruinado, sino también preso.

—Dudo de que a Ilana le interese la empresa, el problema es su madre, ella jamás le permitirá divorciarse —murmuró Oliver y escuchó a Christian bufar.

—Menuda escogencia de esposa, Oliver —indicó, molesto—. Caíste en lo más bajo con esa mujer. —Miró su reloj y giró hacia él—. Debo irme, le prometí a Bianca que si salía temprano iríamos a cenar.

—Salúdala de mi parte —pidió y lo vio sonreír con suavidad, antes de despedirse y salir de su apartamento.

Oliver movió la cabeza en negación, Christian estuvo tantos años obsesionado por Bianca que jamás creyó que conseguiría estar con ella, y no porque Miller tuviese prejuicios por el pasado de prostitución de Bianca; de hecho, cuando años atrás Christian le confesó toda la historia con la mujer, Lewis lo había catalogado como un desquiciado, y en respuesta, el hombre argumentó a favor de Bianca de forma tan apasionada que, sin insultarlo, lo puso en su lugar. Pero aun así, después de tanto tiempo él creyó que esa historia estaría olvidada, sin embargo Christian perseveró, luchó por ella hasta que por fin consiguió que lo aceptara en su vida; y en la actualidad, juntos, más enamorados que nunca, comprometidos y con la fecha de boda fijada para diciembre de ese año, o sea, en ocho meses más, Oliver aún no se convencía del todo.

Por supuesto, Oliver sabía cómo era y cómo se sentía pasar años trastornado por una mujer.

Justo cuando ese pensamiento cruzó su cabeza, su teléfono comenzó a repicar. Oliver sonrió al ver el nombre en la pantalla. Aún recordaba la emoción de idiota adolescente cuando cuatro meses atrás recibió la llamada de ese mismo número, porque no creyó que habría respuesta alguna a su escueto correo.

Lo más sorprendente de todo es que no se quedó solo en esa llamada, como debió haber sido. Y cada contacto con ella lo hacía ansiar aún más estar a su lado, y se debía obligar a no sugerir algo que pudiese manipularla para que ella volviera a sus brazos. Se había

prometido que no haría nada hasta que fuera libre, ya la hizo su amante una vez, no repetiría ese error.

Sin embargo, su proceso de divorcio no parecía tener fin, como se lo había dejado claro Christian hace unos momentos, y era bastante público como para exponer a Samantha al escrutinio de la maldita sociedad londinense si iniciaba una relación con ella en esos instantes. Además, los abogados de Ilana no tenían pruebas de su relación extramatrimonial mientras estaba casado, y si se evidenciara algo entre ellos, de seguro los jueces la citarían a un interrogatorio.

«No existe posibilidad alguna con ella hasta que no obtengas la sentencia de divorcio», la voz de Christian retumbó en su cabeza, y deseó acabar con todo. Lo deseó más que respirar.

—¡Rachel tuvo los bebés! —gritó ella cuando inició la videollamada. Sus ojos azules estaban brillantes, y se veía más hermosa que nunca. Llevaba maquillaje, sus pestañas claras eran negras y sus labios carnosos eran rosado cereza. Su cabello rojo rodeaba su cara, con unos bucles en sus puntas. Daba pequeños saltos de emoción—. Son preciosos, perfectos, y están sanos, a pesar de haberse adelantado tres semanas. El niño, Liam, tiene su cabello negro ondulado y sus ojos son castaños oscuros; la niña, Evangeline, tiene el cabello castaño y sus ojos grises, todos estamos apostando a que sean azules, aunque es obvio que no. Su piel es canela, como la de Rachel. Son maravillosos —repitió.

Oliver se carcajeó y la vio suspirar, enamorada.

—¿Y Rachel?

—Está bien, testaruda como siempre, le dije que no podía tener a sus bebés hoy, porque iba a tener una doble cita con Susan, pero como siempre, no obedeció mis órdenes; por suerte, Theo estaba con ella, no se ha separado de su lado en el último mes.

—¿Doble cita? —repitió él, en realidad fue lo único que escuchó de casi todo lo que ella le había dicho. Sam miró a la pantalla, su sonrisa decayó un poco.

—Sí. Decidí que era hora de que Susan conociera a alguien, así que le pedí a Derek que le presentara a un amigo, pero resulta que ella ya conocía al hombre, se llama Diego, él fue su estudiante y creo que

siempre quiso ser algo más que eso, si tomo en cuenta cómo no dejó de mirarla en toda la cena —Sam suspiró y continuó—, estábamos comiendo y charlando hasta que la llamada de Theo nos interrumpió: Rachel estaba lista para tener a los bebés. —Oliver parpadeó, había escuchado el nombre de Derek un par de veces, pero siempre creyó que era solo un amigo, y lo cierto es que no tenía derecho alguno para cuestionar si salía o no con otro hombre, aunque de igual manera quería viajar a Chicago y eliminarlo de su vida. El problema era que temía que su abuelo se aprovechara de su ausencia para hacer más daño, por la misma razón tampoco podría asistir al bautizo de Dean, el tercer hijo de Alexa y Lucas, que se celebraría en junio, en un mes y medio—. Creo que a mi prima también le gusta —continuó Samantha, quien decidió ignorar su expresión seria—, pasó toda la cita hablando de física, pero en una visita al baño, le dije que era muy apuesto, que podría agradarme y sintió celos, porque me miró con deseos de asesinato. Eso me da esperanzas, ¿no te parece?

Oliver parpadeó un par de veces, intentó razonar en qué decir, para evitar sonar celoso, posesivo o exigirle cosas que sabía no tenía derecho.

—¿Estás saliendo con Derek? ¿Es tu novio? —Fue lo único que pudo decir, sin cumplir en absoluto su razonamiento.

Ella parpadeó y el teléfono empezó a moverse mientras caminaba, imaginaba que alejándose de todos en la clínica. En el fondo vio que salió a un pequeño jardín dentro del hospital y se sentó alrededor de unos grandes árboles.

—Qué idiota —susurró ella—, hoy tuviste una conciliación con tu abuelo, ¿cómo te fue? —preguntó, para cambiar el tema.

—Igual, no llegamos a ningún acuerdo.

Ella asintió y Oliver la vio temblar.

—Lo cual sería bueno, ¿no? Créeme, una reunión con un resultado «igual» con tu abuelo es mejor que la alternativa. —Arrugó la cara como si hubiese hablado de más. Que de hecho fue lo que hizo—. Lo siento —murmuró.

—No tienes por qué —le aclaró medio incómodo—, es mi familia, un bastardo y ninguna reunión con él sería alguna vez considerada

buena, quizá solo su sepelio —terminó con tono oscuro—. Yo soy quien jamás podrá disculparse lo suficiente por lo que mi abuelo te hizo.

—Oliver, por favor, ya hemos hablado de ello incontable cantidad de veces —declaró, y lo miró aturdida—. Entiéndelo de una vez, no eres tú quien tiene que disculparse, ¿fuiste tú quien alzó su mano para sujetar mi brazo, quien pateó a Lira?

Él arrugó la cara por esa descripción.

—No.

—¿Entonces? Para ya ese tema de una vez —comentó ofuscada—. Tú y yo hemos aprendido mucho desde ese entonces y lo cierto es que hemos pasado años disculpándonos, expiando y martirizándonos por cosas peores que esas, y que, cabe destacar, hicimos nosotros. Quien debería disculparse es tu abuelo.

Él se pasó una mano por el cabello y después la miró confundido.

—Tenías todo el derecho de odiarme, de nunca más hablarme. De tratarme como yo lo hice antes. ¿Por qué no lo hiciste? ¿Por qué no solo me contestaste, sino que me has apoyado durante todo este tiempo?

—¿Porque en el fondo soy mejor que tú? —preguntó de forma retórica y después sonrió ampliamente mostrándole que estaba bromeando. Condenada mujer—. Es cierto. —Siguió jugando y él sonrió—. Lo hice porque te quiero —le respondió por fin—, y eso es lo que hacemos al final, nos ayudamos mutuamente cuando más lo necesitamos; tú evitaste que yo me volviera amante del esposo de mi prima, yo me hice tu amante para impedir que me odieras. —Torció los ojos y se encogió de hombros—. Tú te casaste conmigo para proteger a Sebastian que no había nacido y a mí y yo... —Pensó por un momento—. ¿Me volví tu amante? Algo estuvo mal en esa ecuación —se burló. Él la miró incrédulo—. Volviendo a tu pregunta, ¿por qué no te contestaría? Claro, tú no lo hiciste, así que imagino que la pregunta sería válida, todo ladrón juzga por su condición; pero yo fui el lado contrario, a mí fue a quien no respondieron por años —dijo pero no sonaba dolida, no en realidad—, obviamente yo sí te hablaría, sobre todo porque nunca tuve la duda de que eras un buen

hombre, Oliver. Te lo dije una vez cuando estuvimos en Londres, yo haría lo que fuera para apoyarte. Esa forma que usamos no fue la mejor, pero yo utilicé lo que tenía a mano.

Él parpadeó y apretó su teléfono hasta que sus dedos se volvieron blancos.

—Siempre tendrás a una amiga en mí, es lo que fuimos al principio, ya sabes, antes de que te volvieras un idiota y me tiraras contra una mesa; o quizá antes de que nos casáramos, o no; tal vez sería después de que me follaras contra una pared y tú estuvieras casado. —Negó con la cabeza viéndose perpleja—. Sinceramente no entiendo qué demonios estábamos pensando.

Él la miró incrédulo.

—La verdad no recuerdo que alguna vez me hayas respondido de esta forma —dijo dudoso.

—Es que antes no tenías ninguna necesidad de escucharme —explicó, y sonrió con suavidad—, pero te aseguro que tenía muchas opiniones como esta, solo que sentía terror de expresártelas.

—¿Terror? ¿Me tenías miedo? —preguntó aturdido.

—¡Eh, vamos, Oliver! —gritó ella y negó con la cabeza—. ¿No recuerdas cómo fue en Londres? Ahora entiendo que me sentía como si mis manos fueran pinzas y tú una versión humana del juego Operación, solo que en vez de dar la alarma cuando el paciente estuviera a punto de morir, las tuyas eran gritos cuando tocaba puntos que incluyeran palabras como «pasado», «presente», o «futuro».

—¿Y qué ha cambiado ahora? —inquirió, más divertido que otra cosa.

—Que tiré las pinzas en algún momento, y que ya no me importa porque entendí la realidad, lo que nos costó tanto ver cuando estábamos en ese condenado tsunami emocional.

—¿Tsunami emocional? —repitió sonriendo.

—Lo sé, nunca dejaré de ser melodramática, es mi gran defecto.

Él la miró por unos segundos, debía estar frustrado, la mujer había hablado sin decir nada en realidad, y sabía que algo importante se estaba perdiendo en toda su verborrea, pero lo cierto es que estaba

maravillado con ella.

—Eres condenadamente ilógica, ¿lo sabías? —preguntó y la observó sonreír.

—La vida es suficientemente triste y seria, y ya tuve mi cuota de ello, prefiero estar tranquila y feliz, te lo he dicho antes. —Oliver asintió y Samantha suspiró—. ¿Tú eres feliz ahora?

—Más que antes —respondió de forma escueta, sabía que no lo era por completo, no aún al menos—, pero ya todo está más calmado.

Samantha asintió.

—Siempre que consigas lo que deseas, yo estaré contenta —declaró.

—Cada vez que te veo estás más hermosa —le susurró y ella negó con la cabeza.

—Cuidado, esas son las cosas que nos llevaron directo al tsunami emocional en primer lugar.

Él frunció el ceño y se obligó a concentrarse, había decidido que no intentaría nada hasta que el divorcio fuera un hecho, tenía que recordárselo.

—Lo sé, me lo prometí, cuando Ilana y yo hayamos firmado el divorcio podría...

—Oliver, ¿no te has preguntado por qué siempre ha habido un tercero entre nosotros? —Ella lo interrumpió, su expresión seria—. Michael, Rachel, Ilana, Christian... Derek.

—Derek —declaro él, y volvió al principio de la conversación, la que ella había desviado de forma magistral—. El Derek que solo era tu amigo, y con quien ahora tienes dobles citas —terminó con voz más contenida, los celos llenando la parte posesiva de su ser.

—Era solo un amigo.

—¿Y ahora? —preguntó y apretó la mano libre hasta volverla en un puño.

—He pensado mucho durante estas semanas —continuó sin responder su pregunta—, he meditado y me he vuelto un poco filosófica, lo admito, pensando en mi vida y en ti. —Bajó la mirada—. Cavilé mucho sobre nosotros, en lo que fuimos desde el principio, sabes que en diez días, el 15 de abril, cumplirás 34 años, y yo este año tendré 27.

—Soy consciente de ello —respondió y frunció el ceño, sin saber bien a dónde quería llegar.

—Hemos pasado ocho años en una danza, casi una década, Oliver; entre amigos, esposos, enemigos, amantes, personas egoístas que disfrutábamos viviendo en una relación enfermiza. ¿Eres consciente de que nunca tuvimos una cita ni algo normal? —preguntó antes de mirarlo confundida—. ¿De verdad pensamos que algo bueno saldría de ello? —Él abrió los labios, pero no sabía qué decir—. La verdad es que no. Lo cierto es que existen sentimientos que nunca debieron haber existido, que solo surgen para hacer daño y destruir a las personas que no aceptan que hay cosas que no están destinadas a ser.

—Pero ya no somos los mismos —respondió él, sentía como si ella le hubiera dado un golpe en su estómago—. Quisiera tener esta condenada conversación frente a frente después de que el maldito divorcio haya salido, y también desearía no haberme jurado no tocarte de nuevo antes de que eso sucediera —gruñó y después maldijo.

—¿Qué cambiaría eso? Solo arruinarlo más, perdernos de nuevo porque cuando nos tocamos, de alguna forma y por un motivo que no entiendo, no podemos controlarnos —declaró, y por primera vez en esa llamada, el gesto juguetón había desaparecido. Presenció los vestigios de la mujer que lo abandonó cinco meses atrás—. Debimos ser solo amigos, nosotros hemos torcido todo, desde que cumplí veintiuno y tú tuviste un ataque de celos cuando me viste besando a Michael.

Él bufó en disgusto y ella emitió una risilla tonta. La parte triste había desaparecido, o tal vez fue ocultada de nuevo.

—Me gusta tenerte en mi vida, creo que eso fue lo que más extrañé en los cuatro años que estuvimos separados. Te quise tanto porque tú completabas una parte de mi existencia. —Ladeó los labios en una especie de sonrisa tímida—. Y cuando tuve la posibilidad de tenerte de nuevo lo arriesgué todo, en parte porque estabas muy roto, pero también porque quería volver a estar a tu lado sin importar el precio, aunque no era igual, había pasado demasiado. ¿Y ahora? ¿Sabes lo que siento por ser de nuevo tu amiga? No lo cambiaría por nada.

Ambos se quedaron callados, reflexionando sobre lo que ella estaba diciendo.

—La razón por la que siempre hemos tenido terceros alrededor y dijimos adiós tantas veces es porque no debemos estar juntos de esa manera, y solo lo hemos forzado una y otra vez hasta que fue suficiente, ¿no lo crees? —confesó ella por fin y él quedó paralizado.

Puso su mano libre sobre sus ojos y negó con su cabeza. ¿Qué? ¿De qué estaba hablando? Él no la quería como amigo, y la primera vez que estuvo con ella no fue por un ataque de celos, estaba enamorado de ella. Y eso tenía años sin variar; de hecho, en esos últimos meses había sido peor, desde la primera llamada que compartieron, se involucró más y más en el tornado que era Samantha Heller. La forma en cómo hablaban y cómo se involucraban en la vida del otro lo había arruinado para cualquier otra mujer, por siempre. Ella pertenecía a su lado, no con el idiota de turno que tomó para alejarse de él, pero, ¿cómo podría convencerla de lo contrario? No podía acercarse en ese momento.

—Ahora todo está bien de nuevo, porque te tengo aquí como debió haber sido desde siempre, y eres más feliz, y yo también lo soy —destacó ella, y lo sacó de sus pensamientos. Lo peor es que sonaba por completo convencida—. Por eso decidí por fin intentar algo con Derek, no sé en qué terminará, porque ni siquiera vivimos en la misma ciudad, pero sé que será bueno, porque es como debe ser, y cuando en el futuro tú encuentres a esa persona que te haga feliz, yo estaré allí, contenta por ti, como tu amiga, porque eso es lo único que podemos ser, Oliver, siempre.

La miró fijamente y ella sonrió, estirando solo sus labios, él se había quedado sin habla. De todo lo que había imaginado, de las teorías y premisas que había considerado, juraba que esa nunca pasó por su cabeza. Lo cual era irónico, ya que lo cierto es que ella solo demostró querer apoyarlo y ser su amiga desde la primera llamada.

—¿Sam? —Escuchó que la llamaban, era la voz de un hombre que no conocía. Era Derek, estaba seguro—. Ya la hora de visita está por terminar, Theo desea quedarse, pero Rachel dice que quiere que te quedes tú.

Ella suspiró y asintió hacia el frente, con una sonrisa en sus labios.

—Hablamos después, como te dije, Rachel es demasiado testaruda para su propio bien.

Él asintió sin poder hablar, la llamada se trancó, sus ojos giraron hacia la puerta trancada de su estudio, ya que en ese instante se dio cuenta de que regresar a Samantha sería más difícil que ver cada una de las condenadas y hermosas pinturas que tenía colgadas en esa habitación.

Capítulo 3

*Nunca sabremos lo que es ser libre,
¿cómo muestras lo que no puede pero debería ser?
No hay explicación, solo lo que no podemos cambiar,
así que nos alejaremos como nos conocimos
pero sin que nada sea igual.
Todo lo que tenemos, reteniéndonos
reteniéndonos,
todo lo que tenemos reteniéndonos.
De todo lo que tenemos,
¿qué nos está reteniendo?
Holding Us Back, Katie Herzig*

Sam observó a Derek jugar con Eve y Liam, estaban sentados sobre una manta que habían llevado al parque Oz, un pequeño pulmón verde donde solían pasar la tarde, y que estaba a unos diez minutos de la casa que compartía con Rachel desde que regresaron de Australia. Siete meses atrás, Christian, acostumbrado a cuidar de ella, le ofreció la propiedad ubicada en Lincoln Park Lakeview a una renta mensual casi irrisoria, y no le costó mucho convencerla, ya que su argumento fue bastante lógico: reconstruir su vida en Chicago lo antes posible, sin la preocupación extra de encontrar un lugar donde establecerse.

Sam sonrió divertida al ver al hombre tratar de interactuar con los niños de cuatro meses.

—¡Tita, dile a Diego que lo haga de nuevo!

Ella alzó la mirada para encontrarse las mejillas sonrosadas de

Sebastian, que señalaba al hombre de cabello castaño oscuro y ojos negros que a su vez lo miraba con emoción.

—Diego, hazlo otra vez, las palabras de mi niño son órdenes —le pidió.

Sebastian se rio todo penoso y sonrojado pero después giró hacia el hombre, expectante y confianzudo. Sam giró hacia Derek, aturdida, y él se encogió de hombros.

Era cierto que Sebastian había avanzado mucho desde diciembre, aún era penoso y un poco tímido, pero ya no se asustaba; sin embargo era extraño que él estuviera tan desenvuelto con un sujeto que acababa de conocer, que le gritara emocionado, o exigiera su atención, incluso con Derek actuaba un poco renuente y lo había visto de forma regular, al menos dos veces cada mes, por lo que su actitud con Diego era por completo fuera de lo común. Si tan solo Susan hubiera aceptado al hombre con la misma facilidad que su hijo.

Derek tomó su mano para que ella se sentara a su lado y, cuando lo hizo, la acercó para darle un beso suave y liberador, como todo lo que él le ofrecía desde que se conocieron.

Mientras respondía, consideró la forma en que él la motivaba a ser libre, a solo ser quien era, sin preocuparse por nada más que por estar viva y ser feliz. Por eso, después de mucha insistencia de su parte, cuatro meses y medio atrás había aceptado ir a una cita con él.

Esa fue una experiencia distinta a cualquier cosa que hubiese vivido. Fue la mejor cita que tuvo en su corta vida amorosa: la comida, el rincón de Chicago que no conocía donde hacían bailes modernos cronometrados, cómo la había hecho reír al llevarla al lago y tirarla al agua con todo y ropa, incluso el momento en que después de arrojarla al agua, la besó. Fue extraño, a pesar de ser una mujer divorciada, nunca había tenido una verdadera y buena cita, no podía contar los intentos que tuvo con varios hombres cuando se creyó enamorada de Michael, o los que tuvo después de perder a Oliver. Pero esta realmente la había disfrutado.

Justo al terminar la cita, mientras daba vueltas para dormir en su cama, meditó sobre toda su historia con Oliver, nada entre ellos

había sido tan sencillo como esa salida con Derek, nunca tuvieron una relación normal, y jamás la tendrían, por eso siempre existió un tercero entre ellos; no fue una excusa, estaba consciente de todos los errores que cometieron, tenían demasiada historia, idas y venidas. Era imposible salvar algo que no estaba destinado a ser.

En ese instante todo era como debió ser desde el principio, ella tenía más de lo que siempre soñó, su familia real, su familia creada y a Oliver, además de una nueva oportunidad, sin tanto daño, historia ni intensidad.

Sin embargo, una parte de ella seguía reticente, cautelosa y temerosa de volver a cometer un error o sumergirse en un nuevo tsunami emocional, por esa razón iba con calma con Derek; de hecho, aunque no lo reconociera a viva voz, le acomodaba que él viviera fuera de Chicago y que solo pasara a visitarla cuando terminaba algún proyecto laboral o personal, porque le daba tiempo para ella. Pero también, le encantaba que la sorprendiera, como cuando —hace una semana—, llegó a la ciudad solo para celebrar su cumpleaños.

Interrumpió el beso cuando escuchó un repique particular, y después de ofrecerle disculpas con una sonrisa, saltó de la manta y caminó lejos del bullicio.

—¡Chris! —gritó al auricular y escuchó su risa del otro lado.

—¿Cómo estás, Bambi?

—Bien —comentó sin dejar de sonreír—, estoy siendo explotada en mi rol de niñera, así que decidí planear una visita al parque para agotarlos y lograr que duerman toda la noche. ¿Y tú? ¿Cómo van los planes de boda? Solo faltan cinco meses. Imagino que el viejo decrepito que hay en ti debe estar contento de por fin tener a una mujer que te aguante en la longevidad de tu vida —bromeó y lo escuchó carcajearse en el otro lado del teléfono.

—Imagino que eso es lo que dirás en tu brindis por ser mi «padrino» —atacó en respuesta.

—No lo dudes, estoy tomando notas mientras hablamos, tal ingenio no puede ser desaprovechado —se jugó y rio entre dientes—. Esas palabras irán justo antes de confesar lo agradecida que estoy con Bianca por quitarme esa carga, porque lo cierto es, Chris, que

muchas veces te imaginé de noventa años, todo gruñón porque otra vez perdiste la dentadura postiza y yo, como loca, empujando tu silla de ruedas por todos los rincones extraños donde posiblemente la hubieras dejado. Terrible ¿no? —Él rio y ella se apoyó contra un árbol, estaba usando un gran sombrero amarillo, y habían elegido el sitio con más sombra del parque, pero los veranos de Chicago eran terribles, y no quería más pecas en ese año, obtuvo las suficientes en Australia—. Hablando en serio, ¿Bianca sigue volviéndote loco?

—Anoche me acusó de egoísta y me hizo dormir en el cuarto de huéspedes por no haber aceptado su propuesta de casarnos en el juzgado civil —Suspiró hondo—. ¿Y sabes por qué no lo hice? Ella merece ese momento y yo estaré condenado si no me caso con Bianca ante una iglesia repleta de nuestros amigos. No quiero que tenga alguna duda sobre lo orgulloso que estoy de ella y necesito que entienda que es digna de todo en esta vida. Creo que si las cosas continúan así tendré que llevarla a rastras a la iglesia, lo cual sería algo bastante entretenido para los demás —suspiró de nuevo—. Lo bueno es que mi «padrino» estará allí para ayudarme.

—Siempre —respondió de inmediato—. ¿Alguien se ha quejado de que tu padrino sea una mujer?

—¡Que se atrevan! —contestó azorado—. Eres la única persona que quiero a mi lado en esa iglesia, Sam Heller, ¿entendido?

—Será un honor, Chris —respondió. Lo extrañaba mucho, pero sentirlo tan feliz era suficiente para soportarlo—. ¿Y todo lo demás? ¿Cómo sigue el proceso de Oliver? —Técnicamente él no podía decir nada, y no lo hacía, pero cada vez que hablaban intentaba sonsacarlo, necesitaba saber cómo iba todo.

—No me hables de ese condenado proceso hoy, estoy que me hierve la sangre. Esa gente son un puñetero conjunto de hienas, son las razones por la que la esterilización existe, Sam, y también uno de los motivos por las que votaría para que la utilizaran en bases regulares.

—No digas eso, él es su abuelo, Chris, y su madre; son su familia.

—¡Vaya familia! —gruñó contra el teléfono—. Su madre lo único que hace es intentar manipularlo y su abuelo quiere verlo preso.

—Me juraste que harás todo lo que sea necesario para evitar que

eso suceda.

Christian suspiró, y ella supo que estaba pasando la mano por su cara, como hacía cada vez que se sentía agotado y frustrado.

—Y lo haré, ya mañana sabremos si mi plan funcionará o no, aunque lo haremos a la manera de Oliver, que a mi parecer es bastante misericordiosa. Y espero que consigamos lo que queremos, porque ya estoy al borde con esos dos, ¿sabes lo que hicieron ayer? Fui a la casa de Aldrich-Millicent a llevar la citación para la reunión formal de mañana y el desgraciado me ofreció dinero, ¡intentó sobornarme!

—¿Para que dejaras de defenderlo? —le preguntó Sam con el alma en su garganta.

—No —dijo entre dientes—, para que siguiera haciéndolo.

—No comprendo.

—Para que realizara una mala defensa, cariño. Su puñetero abuelo junto con su madre parada en un costado, callada pero sabiendo qué tramaba Oliver I, fue capaz de informarme que me pagaría muy bien si yo me relajaba, si no me esforzaba por hacer mi trabajo, como todo un abogado de pacotilla. ¿Ves? No solo quieren joderlo por haberse rebelado, o encarcelarlo por venganza, también quieren humillarlo.

Sam se tapó la boca horrorizada.

—Les dije dónde podían meterse el dinero, que eso era prevaricación y que a diferencia de ellos yo no soy un delincuente, que si volvían siquiera a sugerirlo de nuevo los llevaría a un juzgado. Tuve que haber grabado la conversación, pero jamás creí que llegarían a tanto.

—De su abuelo casi podría esperar cualquier cosa, Chris, pero ¿cómo puede su madre hacerle eso? No lo entiendo, Oliver es un buen hombre, es su hijo.

—No vamos a caer otra vez en el mismo tema. Solo quería saber de ti, no hablar de la versión moderna de Hamlet.

—Gracias por ayudarlo, no quiero imaginar qué hubiera pasado si su defensa estuviera en otras manos.

—No es por Oliver que lo hago, lo sabes, es por ti. —Soltó otro suspiro—. Pero sí, yo tampoco quiero pensar en eso. Ya voy a entrar a

Claroscuro, Bambi, hablamos después, ¿vale?

—Vale, cielo, salúdame a Bianca y a Emma, por favor.

—Con gusto. Adiós.

Él trancó la llamada y Sam parpadeó mientras veía el teléfono, aturdida. ¿Cómo alguien que debe amarte es capaz de hacer eso? Se estremeció y agradeció no pertenecer a esa familia, después se sintió un poco triste ya que Oliver sí lo hacía.

Observó a Sebastian aún jugando con Diego y luego dirigió la mirada hacia Derek que seguía acostado en la manta, con Eve y Liam reposando en sus sillas; Derek les hablaba con cariño, quizá contaba uno de sus tantos viajes. Caminó hasta quedar un poco más apartada, para que no la interrumpieran. Oliver debía saber lo que había ocurrido porque ni en sueños Christian se lo habría ocultado, ¿qué sintió al enterarse de eso? Marcó el número deseando hacerlo sentir mejor de alguna manera y esperó dos repiques antes de que le contestaran.

—Hola, Samantha —saludaron al contestar y ella sonrió con suavidad, jamás le había preguntado por qué él insistía en llamarla por su nombre completo, pero ya se acostumbró a ello, y aunque le resultaba extraño, le gustaba.

—Hola, Oliver —respondió y sacudió su cabeza para apartar la sensación de tristeza por lo que Christian le había contado—. ¿Cómo estás?

—Bien.

—¿Es un mal momento? —preguntó por su respuesta cortante—. No sé si estás ocupado, podemos hablar en otro momento.

—No, para nada, estaba decidiendo si comía aquí solo o iba a casa de mi hermana. —Su voz retomó la calidez de siempre.

—Imagino que Joanna estaría encantada si vas a cenar con ella.

—Puede que sí, aunque Harold sería otra historia y creo que es mejor evitarlo, imagino que su familia lo está presionando ahora, a pesar de que Joanna me repita una y otra vez que él sabe cuáles son sus prioridades.

—Tal vez su pensamiento iría más dirigido a: «Tengo que proteger a la familia que escogí y que amo».

—Dudo que yo pertenezca a ninguna de esas dos categorías para Harold —agregó después de bufar.

—Puede ser, pero ambos sabemos que Joanna sí pertenece a ambas categorías y que te quiere.

Se quedó callado por unos segundos y ella apretó los labios con fuerza, sabía que era bastante difícil para él, tampoco dudaba sobre el porqué de eso. Mucho menos después de hablar con Christian.

—Mejor cambiemos de tema —pidió Oliver—. Cuéntame algo nuevo.

Ella rio ya que esa frase se había constituido como una de sus favoritas, para los dos.

—Estoy planeando secuestrar a Rachel —le susurró con voz conspiradora y lo escuchó sostener el aire.

—¿Rachel? —preguntó incrédulo.

—Theo y yo hemos tratado de buscar la mejor estrategia para hacerla sentar cabeza. Así que hemos ideado un plan, yo me quedaré con los niños y él se la llevará a una casa fuera de la ciudad, por tantos días como sean necesarios para que lo acepte como su pareja oficial. Hasta tenemos una apuesta, sobre cuánto tiempo pasará antes de que Theo logre que Rachel lo acepte: yo propuse un fin de semana; Alexa apostó cuatro días; Christian va por una semana y Derek dice que en un día estará listo, todos lo llamamos iluso; y Theodore, cuando se enteró de nuestro juego, nos dio la mirada del mal. —Se rio entre dientes—. Aún puedes entrar en la apuesta, la estamos haciendo por Internet porque Chris vive lejos. Te enviaré el link.

—Vale —respondió un poco dudoso y ella escuchó como si hubiese golpeado algo, aunque lo descartó un segundo más tarde.

—La verdad me hace recordar un poco a tu cumpleaños sorpresa, ¿recuerdas que te secuestramos y todo lo llamábamos «operaciones»?

—Lo recuerdo.

—Bueno, como Theo es hombre no puedo gritar a los cinco vientos que es una operación, aunque le tengo un nombre —dijo en voz baja.

—¿Cuál es?

—Operación liberemos a Willy, bueno, ex Willy, pero tú entiendes.

Oliver se carcajeó y ella lo hizo a su vez.

—¿Rachel no te amenazó de muerte la última vez que la llamaste así? —le preguntó él cuando se calmó.

—¡Sí! —gritó ella, aún riéndose y se giró para encontrar que Derek la miraba con expresión inquisitiva, ella apartó la mirada para seguir hablando—. Por eso también es secreto, antes me salvaba porque estaba tan grande que no podía correr tras de mí.

—¿Y puede estar separada tanto tiempo de los niños? ¿No necesita amamantarlos?

—Yo los cuidaré, y ellos toman fórmula porque a ella se le secó la leche, así que estamos bien, por eso decidimos ir por la ruta del secuestro, y no aceptamos la propuesta de Lucas de encerrarlos a los cuatro en una habitación con comida para un mes.

Ambos se rieron libremente. Ella se recostó sobre un árbol sin decir palabra, solo escuchaba la respiración en el auricular. Suspiró hondo.

—¿Cómo van las cosas, Oliver?

—Todo está organizado para la reunión de mañana —respondió él con toda la jocosidad desaparecida—, y espero acabar de una vez, casi estoy al límite de la cordura. Ya es hora, no quiero perder nada más —respondió y Samantha frunció el ceño.

—Espero que salga bien —susurró.

—Yo también, así solo quedaría resolver el tema Ilana, y diablos, la última reunión conciliatoria no resultó nada bien, es como si no importara qué mierda le ofrezca, para ella no es suficiente.

—¿Has intentado hablar con ella? —le preguntó entonces Sam.

—No, desde que la abandoné todo nuestro contacto se ha hecho por medio de abogados. Ella lo prefiere así.

—Quizá deberías acercarte y hablarle, preguntarle qué desea sin los formalismos de un juzgado. Te casaste con ella por una razón, Oliver, debieron entenderse, debiste conocerla de alguna manera, eso no pudo haberse acabado ahora. Vivieron juntos por años, tú debes saber cómo romper esa coraza.

—Tal vez —respondió con voz un poco más analítica.

Sam se removió un poco incómoda y giró para volver a ver a los niños, ya Eve lucía inquieta, tal vez tuviese hambre.

—Debo irme ya, mis obligaciones de niñera me llaman —dijo y sintió un poco de pesadez sin sentido, le gustaba mucho hablar con él, sobre todo ahora que hablaban de verdad.

—¿Te puedo llamar más tarde? —preguntó con una voz incitante que la hizo estremecerse.

Ella puso los ojos en blanco por su reacción estúpida.

—Cuando quieras, Oliver, lo sabes —le respondió y cortó la llamada.

Sam se giró hacia donde estaban los niños y caminó hacia ellos, se sentía aún más relajada. Diego le estaba explicando algo a Sebastian sobre unas plantas; pero su sobrino, en vez de estar aburrido como todo niño normal de cinco años lo estaría, miraba al hombre asombrado e interesado.

Caminó hacia Derek con la pañalera para tomar a Eve en brazos y darle su comida.

—¿Qué cuenta Darth Vader? —preguntó Derek y ella giró sus ojos mientras se sentaba en la manta y le hacía cosquillas a la niña en su estómago, antes de buscar el biberón para alimentarla. Liam dormía a su lado.

—No lo llames así, Derek —le pidió y lo escuchó reír. Él le había puesto ese sobrenombre después de conocer toda su historia.

—¡Mami! —La voz de Sebastian cortó la conversación y observó que Susan caminaba hacia donde se encontraban.

—Te lo dije, Diego —escuchó que Derek susurraba para sí mismo y ella giró hacia él, su ceño fruncido.

—¿Qué significa esto? —preguntó Susan y Sam alzó la mirada hacia su prima.

—¿Susan, qué haces aquí? —le preguntó ella—. Pensé que estarías en el laboratorio hasta un par de horas más tarde.

—Pude escaparme antes —dijo sin dejar de ver hacia Diego—. Sebastian, es hora de irnos.

—Mamá, Diego me estaba enseñando sobre...

—Ahora, Sebastian —lo interrumpió con voz fuerte y el niño calló asustado. Se apartó de Diego y caminó hacia ella, cabizbajo.

—¿Susan? —insistió Sam.

—Hablamos después, Sam. Derek. —Fulminó con la mirada a Diego, tomó la mano de Sebastian y lo arrastró lejos del parque.

—Diego —llamó Derek y su amigo se giró a verlo. Sam se sorprendió por el dolor que se mostraba en sus ojos negros.

—Lo siento —contestó Diego antes de dar la vuelta e irse por el lado contrario que Susan había tomado.

—¿Qué demonios acaba de suceder? —preguntó Sam aturdida. Derek suspiró, se levantó de la manta y comenzó a recoger las cosas, antes de tomar la silla de Liam. Sam lo siguió con Eve en sus brazos. El día de parque se había acabado.

—Tu prima y mi amigo están follando desde que tuvimos la cita —respondió y se encogió de hombros. Sam abrió los ojos como platos.

—No puedes estar hablando en serio —respondió conmovida—. Susan me lo hubiese contado. No puedo creerlo.

—Créelo, Sam —insistió—, ya tienen cuatro meses saliendo. Bueno, no saliendo, ¿no te ha parecido raro como una o dos veces por semana tú te quedabas con Sebastian?

Sam abrió los ojos incluso más y negó con la cabeza, aunque al mismo momento consideró que él tenía razón, su prima le había pedido eso constantemente, y a ella no le había importado, hacían pijamadas, o jugaban partidos online con Oliver hasta que lo agotaban.

—Siempre fue Diego su asunto pendiente, al parecer tenían un acuerdo. Nadie podría saberlo, y él no conocería nunca al niño. —Se acercaron a su vehículo—. Yo le dije a mi amigo que no fuera tan intenso, todo es natural, si quieren tener sexo háganlo y ya, pero él... bueno, Diego necesitaba conocer a Sebastian, le gusta Susan de verdad, ella es la razón por la que no se ha ido, le ofrecieron un proyecto de investigación pero lo rechazó y alargó su año sabático.

Sam se detuvo por un par de segundos ya que Eve le pedía atención, aunque como Derek continuó caminando y hablando, se apresuró a seguirlo, hasta que llegaron al vehículo y él sujetó el asiento de Liam dentro de este.

—Al parecer Diego quería entrar en su mundo, él me pidió que lo trajera a conocer a Sebastian. Le dije que eso de mentir le explotaría

en la cara, las mentiras siempre lo hacen, Sam, y dejan un color horrible también. No me quiso escuchar y aquí estamos.

—¿Por qué no me habías dicho?! —le reclamó después de acomodar a Eve en su asiento. Derek se encogió de hombros.

—No era mi secreto para divulgar, nena. —La miró avergonzado—. Míralo de esta manera: esta noche Theo se llevará a Rachel secuestrada y tu prima acaba de descubrir a su amante con su hijo después de prohibírselo, tu alma melodramática debe estar complacida.

Sam se controló para no sonreír cuando tantas cosas horribles estaban sucediendo alrededor. Pero Derek lo hizo ampliamente.

—¿Me dejarás compensarte? —le preguntó y alzó las cejas de forma sugestiva. Ella negó con la cabeza—. No eres nada divertida, Marge —bromeó y Sam sonrió por su mala imitación de Homero.

Cuando llegaron a la casa, Theo ya se encontraba ahí. Lo saludó más calmada, ya que pasó todo el trayecto averiguando todo lo que Derek sabía sobre Susan y Diego. Lo cual no fue mucho más de lo que ya le había adelantado en el parque, también que Derek era bastante parcial, ya que Diego era su mejor amigo.

—Hola, Theo, ¿cómo van los preparativos? —le preguntó mientras lo veía cargar a cada uno de los bebés con tanto amor que hizo a Sam suspirar y reafirmar que el secuestro era la mejor idea. Rachel y él pertenecían juntos.

—Ya todo está listo, vamos a ir a cenar y allí usaremos lo que te dije y la llevaré a la casa. —Negó con la cabeza—. Casi cancela dos veces.

—Ella es testaruda, Theo, pero te quiere, lo sé —le dijo y él asintió antes de dejar a los niños en el corral que mantenían en la cocina.

Ella cogió la maleta que había hecho para Rachel esa mañana cuando esta se había ido a trabajar y se la entregó para que la metiera en su vehículo.

—Gracias, Sam, por todo. Cualquier cosa que suceda con los niños, llámame a mí. El celular de Rachel será confiscado después de la cena.

—Lo sé. —Se acercó y lo abrazó con suavidad—. Suerte.

—La necesitaré.

Le guiñó un ojo y caminó hacia su camioneta.

—¿Theo? —Lo llamó cuando iba a montarse en el vehículo. Él se giró y la miró confundido—. Trata de que te acepte a los dos días, compartiré el dinero de la apuesta contigo.

Él entrecerró los ojos y negó con la cabeza. Derek jadeó.

—¡Eres una tramposa, Sam!

—Como soy el árbitro de la apuesta decido que no hice trampa —se burló antes de cerrar la puerta del garaje y caminar hacia la cocina con Derek detrás—. ¿Cuándo regresas? —le preguntó, desde su cumpleaños, el 14 de agosto, ya había pasado una semana y tenía que regresar mañana a sus labores.

—Pasaré por aquí uno o dos días de la próxima semana, pero después seré abducido durante tres largas semanas por una honorable corporación que requiere mis singulares talentos para testear unos programas. Creo que volveré a ser un hombre libre del pesado yugo de las responsabilidades en un mes, podríamos ir a escalar ese fin de semana.

Ella lo miró con algo parecido a añoranza. Cuando no tenía que ayudar a Rachel ni trabajar, daba paseos, hacía ejercicios de relajación, había comenzado a practicar yoga, y a escalar con Derek, primero en un gimnasio, distancias cortas, aún tenía miedo a las alturas; después pequeños caminos, mezclaban caminata y escaladas.

Eso le sirvió mucho, ya que no solo era un trabajo de una persona, sino que tenía que confiar en ti misma para realizarlo, y la experiencia era asombrosa. Llegar a la cima y percibir el aire removiendo tu cabello, mirar el horizonte y sentirte triunfadora porque fue algo que hiciste sin ayuda. Por supuesto, no escalaría el Everest ningún día cercano, pero eso no quitaba que cada pequeña montaña fuera un Everest para ella. Por lo general era la misma sensación que le llenaba cuando terminaba de pintar un cuadro, lo cual le iba bien porque desde que abandonó Londres no volvió a tocar un pincel.

—La tierra llamando a Sam —dijo Derek, y deslizó una mano por su cintura, para atraerla a su cuerpo y besar su mejilla de forma seductora.

—Todavía no te he perdonado por no contarme sobre Susan y Diego —se quejó, aunque no impidió que la acercara más a su cuerpo, o que besara la comisura de su boca.

—No seas mentirosa, Sam, ya te dije que el color es horrible. —Ella sonrió divertida y apoyó la mejilla en su hombro, tuvo que doblar sus rodillas un poco, ya que ambos eran de la misma altura.

—Lo siento, sé que hoy no fue lo que se llama una cita de ensueño —comentó, y él con su mano izquierda acarició su espalda con suavidad.

—Pasamos la tarde con los niños, te he visto sonreír muchas veces, hemos tenido un espectáculo en vivo, no puedo pedir nada más, Sam.

Ella se separó y lo miró para descubrir si era sincero. Derek le sonrió pícaro y la besó. Al principio ella respondió con fervor, pero cuando el beso cambió de intensidad y sintió sus manos rodear su cintura y comenzar a elevar su blusa amarilla, ella se apartó, y bajó la cabeza, avergonzada, antes de negar con la cabeza.

Nunca le había mentado, él sabía toda su historia, sus sentimientos y su pasado, Derek había hecho que se lo confesara todo. Podía ser muy persuasivo cuando quería.

Él la abrazó y besó su cabello.

—Hay algo sobre las almas gemelas, Sam —le dijo casi sin separar sus labios—, después de que se encuentran sin importar cuánto quieran separarse no lo consiguen, siguen arrastrándose de vuelta porque están destinadas a estar juntas. Lo único que puedes hacer es renunciar, pero si la encontraste y renunciaste a ella después no serás por completo feliz, no como podrías haberlo sido si la hubieras conservado a tu lado. Solo debes decidir cuál de las dos opciones prefieres.

Sam frunció el ceño y se retiró para mirarlo con duda.

—¿Ya llegamos al tema de las almas gemelas? —preguntó titubeante—. Pensé que era una mala estudiante y que algún día terminarías de enseñarme los principios metafísicos.

—Eres una pésima alumna —le dijo y negó con la cabeza—, ya me rendí. Pero esto no es sobre eso, es algo que necesitaba que supieras.

Asintió, pero en ese momento tocaron el timbre y lo dejó cuidando

la comida de los bebés mientras caminaba hacia la puerta. Cuando abrió encontró a Susan y a Sebastian en el umbral.

—¿Susan?

—¿Podrías cuidar a Sebastian por un rato? Tengo que ir al laboratorio, unas moléculas no han querido evolucionar como deberían y me informaron que debía ir a evaluarlas.

Sam asintió de forma brusca. Miró hacia Sebas y sonrió.

—Derek está en la cocina, ¿quieres una galleta antes de cenar? —El niño asintió, azorado—. Dile que te dé una. —Él salió corriendo hacia la cocina. Sam volvió su atención hacia a su prima—. Sabes, Susan, estoy segura de que no todas las moléculas son iguales, a veces tienes que dar una oportunidad.

Susan entrecerró los ojos y después apartó la mirada.

—¿Cuándo te graduaste de física y no me di cuenta? —preguntó con tono mordaz y Sam apretó los labios—. Además, no puedes decir eso, no tú de todas las personas.

—Sí, es cierto, mis moléculas han sido bien dañinas —dijo con cuidado—, pero lo he intentado.

—Es muy fácil decirlo, no tienes otra responsabilidad —le dijo y la vio desafiante.

—Puede —respondió, dándole la razón a medias—, pero tampoco necesito escudarme en mis responsabilidades por miedo a una molécula.

—No, tú tienes suficiente contigo misma para escudarte —le escupió de vuelta y Sam suspiró antes de frotarse el cuello con su mano derecha.

—Lo siento, Susan, yo solo quiero que seas feliz y que sepas que estoy aquí para lo que necesites. Siempre.

Susan se pasó una mano por la cara y asintió.

—Solo cuida a Sebastian, ¿vale?

Sam asintió y ella se fue, la dejó sola y más preocupada que antes.

En ese instante odió a Michael por lo que le había hecho a su prima, también se detestó a sí misma por ser partícipe en ello, aunque lamentablemente no podía cambiarlo, o hacerla entender que podría tener algo maravilloso con Diego o alguien más, si tan solo se diera la

oportunidad.

Un par de horas más tarde ya habían cenado y estaban viendo televisión, Sebas se había quedado dormido sobre su regazo y Derek se levantó del sofá.

—Por más que adore estar en esta casa y contigo, debo irme, nena, el vuelo sale temprano.

—Gracias por todo, Derek, y a mí también me gustó nuestra cita.

Él sonrió, asintió y se acercó para darle un beso en los labios. En ese instante su teléfono volvió a repicar y ella giró la cabeza hacia la cocina, de donde venía el sonido. Se removió para buscarlo, pero Sebas no se lo permitía.

—Déjame, lo hago por ti. —Ella asintió y lo vio correr hacia la cocina y después acercarse con el auricular en el oído. Él sonrió burlonamente y después arrugó su cara—. Darth Vader, nena. —Ella abrió los ojos como platos y alzó la mano para que se lo entregara—. Me llevo a Sebas antes de irme para que hables tranquila, cariño —le dijo antes de entregarle el teléfono y darle un pequeño beso en su cabello, después tomó a Sebastian y subió las escaleras para llevarlo a su cuarto.

—Hola, Oliver —sintió que su corazón palpitaba y cerró los ojos por un par de segundos a fin de calmarse.

Capítulo 4

*Siempre que estoy a solas contigo
me haces sentir como si estoy en casa de nuevo.*

*Siempre que estoy a solas contigo
me haces sentir que estoy completa de nuevo.*

*Siempre que estoy a solas contigo,
me haces sentir que soy joven de nuevo.*

*Siempre que estoy a solas contigo,
me haces sentir que soy divertida de nuevo.*

Lovesong, Adele

Susan siempre se había escudado en el hecho de que era una persona lógica por naturaleza; creía en la causa y el efecto, que la mayoría de las preguntas filosóficas podrían ser respondidas por la ciencia y también pensaba que Dios no existía. Pero a lo largo de los años se dio cuenta de que con su parte fría y equilibrada convivía otra emocional que era capaz de las mayores explosiones posibles, y estaba a punto de llevar a cabo una de esas, justo cuando llegara al apartamento de Diego.

Sabía que era sobreprotectora. Desde joven había tenido muestras de ello con Sam; cada vez que alguien le hacía daño, ella se volvía una leona, con la intención de alejar a lo que fuera que le estuviese afectando, incluso lo hizo con sus padres en la medida de lo que pudo.

Por eso todo el asunto de Michael la hirió tanto. Se había sentido traicionada, era lo lógico, ¿cómo no hacerlo si la persona a quien más había protegido en su vida la había herido con toda la intención?

También Michael, el bastardo se había parado frente a una iglesia — en la cual se casaron por su insistencia, ya que ella no creía en esos rituales— a jurar amor eterno y al mismo tiempo miraba a su prima, mientras calculaba el tiempo que le llevaría follársela en su propia casa. Quiso empezar su pequeño matrimonio plural mormón en la casa de las Heller.

Había sentido que algo profundo cambió en ella cuando los descubrió en el sótano de su casa —un sótano que no había podido visitar después de esa noche—. Era como si nada tuviera sentido.

Con el pasar de los años ese acto la hirió de otra forma más especial y cruel; se quedó sin nada. Ella había botado a su prima de su vida, Michael desapareció solito y Susan se encontraba algunas veces tan amargada y fría por dentro que parecía que se había convertido en un robot sin alma, solo existía desengaño, furia y dolor. Había odiado todo: su vida, a los hombres, a su familia. Fue doloroso y terrorífico, porque extirpó cada parte de su vida, excepto su trabajo y a su hijo.

Hasta que un día, gracias a un *mail* que anunciaba el matrimonio de Michael, se había dirigido a la casa de su prima y experimentó algo más que la furia. Sintió esperanzas, dolor y terror.

Se lamentaba al recordar que había ansiado hacerle daño a Sam, a todos en realidad. Su prima intentó acercarse una y otra vez después de esa visita hasta que desapareció sin rastro, allí otra parte de Susan se destruyó. Su furia menguó y volvió a ser un poco más racional, la lógica que tanto había estado perdida regresó y se dio cuenta de cómo incumplió su promesa de protegerla, de que había culpado a las personas equivocadas y pensó en las cosas que pudieron haber sucedido en esos cuatro años que la había abandonado por su amargura y rabia.

Sí, ella le había fallado a Sam, y destrozó su familia por un maldito que no lo merecía; pero estaría condenada si volvía a cometer el mismo error. Nadie se acercaría a su hijo, Sebastian era lo único bueno que había hecho con su vida. Incluso cuando en las noches que había pasado en vela porque él no dejaba de llorar y estaba aterradoramente sola, nunca se preguntó por qué demonios lo había tenido en primer lugar, ella nunca dejó de amarlo. Y lo protegería, de

todo.

Salió del vehículo y tiró la puerta sin apartar su vista del edificio ubicado en el centro de Chicago, un sitio que conocía bien porque llevaba cuatro meses visitándolo con regularidad. No comprendía bien qué la había poseído para que el día que los gemelos de Rachel nacieron, en vez de volverse a su casa a despachar a la niñera, se dirigiera a ese sitio y terminara en la cama de Diego.

Aún no entendía cómo pudo empezar ese tipo de relación a pesar de que era un témpano de hielo. Debía ser culpa de los años de abstinencia, y él era atractivo, una mujer solo tenía cierto grado de resistencia. Él presionaba todos sus botones, incluso desde que era su alumno y la miraba con esa expresión de suficiencia.

Solo puso dos condiciones: iba a ser secreto y jamás conocería a su hijo. Nunca. Una era la consecuencia de la otra; pero como siempre, él tenía que molestarla, enfurecerla e ir a hacer lo contrario a lo que ella quería.

Tocó el timbre y un par de segundos después escuchó que contestaba.

—Abre la puerta, Diego —ordenó y apretó las manos en puños.

Entró a su apartamento un par de minutos más tarde. Él estaba parado en el medio de la sala con expresión dolida y furiosa. Eso la ofendió aún más, ya que era ella quien tenía todo el derecho de sentirse así. Se paró frente a él y le dio una bofetada tan fuerte que giró su cara y él se inclinó hacia su lado.

—¿Cómo demonios te atreviste?! —Su respiración era agitada y sus ojos se humedecieron por la furia—. ¡Bastardo! ¿Cómo se te ocurre?!

Volvió a empujarlo y él la tomó por los brazos, para intentar controlarla.

—Solo quería conocerlo... —trató de explicar, pero ella se comenzó a remover contra su sujeción, sus movimientos salvajes para lograr que se alejara.

—¡Te dije que no, que no te acercaras a Sam ni a mi hijo! —le espetó justo cuando logró mover sus manos, allí lo pateó y se apartó por fin de su agarre—. Teníamos un acuerdo, Diego. No entrarías en mi vida, solo me tendrías en tu cama, nada más.

—¡Pues yo estaba puñeteramente cansado de ser tu sucio secreto! —le gritó él, parecía igual de enfurecido que ella—. Solo quería conocerlo. Tenemos meses en esto, Susan, y no estamos haciendo nada malo, no entiendo por qué no quieres que lo conozca. Soy amigo de Derek, él está saliendo con tu prima, nadie sabe que la razón por la que fui hoy al parque es porque estoy contigo y quería saber un poco de tu vida. ¡Sam solo pensó que estaba ahí porque Derek le estaba haciendo un favor a su amigo aburrido!

—¡Yo sí lo sé y eso es más que suficiente! —chilló y tuvo que controlarse para no saltarle encima—. Estabas con él, ¿qué derecho tienes de jugar con él? ¿De tocarlo? ¡Te quiero lejos de mi hijo! ¡Nunca te acercarás a él!

Los últimos gritos eran desesperados y él tembló como si esas palabras lo hubiesen lastimado profundamente.

—¿Por qué no?! —preguntó.

—¡Porque ningún otro de mis hijos va a volver a conocer o estar cerca de alguien con quien salgo... de uno de ustedes!

—¡Pensé que solo tenías un hijo, Susan! ¿De quién más hablas?

Ella lo miró horrorizada y gritó de nuevo.

—¡Cállate! Solo no te acerques a ellos, no permitiré que nadie más le vuelva a hacer daño a Sam ni mucho menos a Sebastian.

Diego jadeó y se acercó hacia ella, la tomó por sus hombros y la elevó hasta que sus ojos se encontraran.

—Esto es por tu exesposo —declaró, y la miró aturdido.

—¿Qué sabes tú sobre él?

—¡Sé mucho, Susan! —le dijo y la soltó, la expresión de su cara era de asco—. Sé más de lo que tú compartiste, y gracias a que mi mejor amigo sale con tu prima, de lo contrario seguiría sin conocer a la persona con la que me acuesto.

—¡No sabes nada! —espetó antes de volver a empujarlo.

—¡Sé lo suficiente y me asquea lo que estás insinuando! —le gruñó y volvió a tomarla de los antebrazos para intentar que ella no siguiera golpeándolo—. ¿Qué carajo piensas, Susan? ¿Que soy un pedófilo como tu ex? ¿Que voy a atacar a Sebastian o a violarlo o una mierda así? ¡Estás loca!

Ella se removió y lo miró con furia.

—¡Cállate! —le rogó, se sentía desesperada.

—¿Sabes por qué fui a ese parque? ¿Por qué incumplí tus reglas? Porque estoy cansado de que vengas a mi casa, me folles y después te vayas como si yo fuera una maldita prostituta barata. Y no, Susan, ¡eso no es el sueño hecho realidad de cada hombre! Sigo en esta ciudad por ti, ¡maldita sea! ¿Cuándo te darás cuenta y me darás más de las migajas que me otorgas? ¡Estoy cansado de esto!

Ella lo miró furiosa.

—Lo sabías desde el principio: solo sexo, nada más.

—Solo eso —le repitió él y ella asintió de manera efusiva—. ¡Solo esto! —gruñó antes de bajar sus labios y empujarlos contra su boca en un atentado salvaje.

Ella gimió y le mordió el labio inferior con furia, sintiendo el sabor metálico de la sangre, Diego gruñó y jaló de su cabello, lo que causó que estirara el cuello y la cabeza. Otro tirón más le hizo abrir la boca para jadear y él metió su lengua castigadora, pero ella no se quedó atrás, lo mordió cada vez que pudo, rasguñó su piel, metió su mano debajo de la franela y tiró de su cabello.

Unos minutos después cuando separaron sus labios, ella tiró su franela hasta que la rompió, y él con la misma furia comenzó a morder su cuello antes de destrozarle la blusa. El ambiente estaba lleno de sonidos de ropa rasgándose y gemidos.

Ella bajó sus labios hasta su hombro y lo mordió a la vez que trataba de deshacerse de sus pantalones, él apartó los suyos de forma brusca y ambos cayeron al suelo, batallando por quitarse la ropa, frustrados y llenos de rabia, dolor, sin control.

Cuando estuvieron completamente desnudos él la puso de espaldas y la montó de forma despiadada.

—¡Solo esto! —repitió de nuevo antes de penetrarla con un impulso tan violento que Susan gritó con fuerza.

Ella estaba más que lista, pero igual el impacto y lo salvaje del acto amenazó con acabarla. Aunque respondió con la misma ansia, removiéndose desesperada, apretó su trasero y lo arañó para que fuera más fuerte y profundo.

Ambos se mordían y besaban donde llegaran, yendo más rápido, más ansiosos. Él la tomaba del cabello para besar su cuello y sus pechos y ella estaba anclada en su trasero, sentía cómo sus uñas le abrían la piel; pero estaban tan fuera de sí que parecía que a ninguno le importaba.

Duraron lo que pareció mucho tiempo, y cuando por fin se acabó, ambos agotados de sus propios orgasmos, ella se encontró sobre su cuerpo —ya que él los había cambiado de posición en algún momento—, trataba de calmarse después de lo que había sucedido; sentía su cuerpo como gelatina pero al mismo tiempo magullado, sus labios le dolían y levantó su mano con un gesto perezoso para tocarlos, estaban bastante inflamados. Los de él, que de por sí eran carnosos, lucían igual de machacados. Sintió que la abrazaba y ella cerró los ojos y situó su cabeza sobre su pecho, quería llorar.

—No soy ese hombre, Susan, tampoco soy este. Perdóname por perder el control así —le pidió, pero ella no respondió, ya que también lo había perdido y ansió lo que acababa de suceder—. Solo déjame entrar, por Dios. Te prometo que no te arrepentirás. Los dos podemos ser maravillosos si tan solo lo intentaras y él es un buen chico, tan hermoso, se parece tanto a ti.

Ella se quedó callada, sin poder moverse, su pecho le dolía, cada palabra le golpeaba más hondo, ya que la amargura había matado una parte de su ser, la que le permitía confiar.

—Yo te quiero, Susan, y te ansío en mi vida desde que entré al aula y me viste con indiferencia. Amaba cuando entrecerrabas tus ojos cada vez te sonreía y me retabas en cada paso. Me gusta cómo peleamos y lo apasionada que eres, también entiendo por qué proteges con tanto ahínco a quienes quieres. Y sé por qué tienes miedo, pero yo no soy él.

Susan alzó la mirada y tuvo que parpadear varias veces para dejar correr las lágrimas que le obstaculizaban la visión.

—Debo irme —susurró y lo escuchó suspirar apesadumbrado. Se removió y lo sintió salir de su interior, se tragó el pensamiento de lo vacía que se sentía. Se levantó del suelo y giró para comenzar a tomar o más bien a localizar lo que podría rescatar de su ropa.

—¡No! —escuchó que él gritó un segundo antes de sentir como la tomaba en brazos, ni siquiera se dio cuenta de cuándo se había levantado del suelo—. Esta vez, esta noche, tú no te vas —ordenó y antes de que ella pudiera comenzar a tener un pensamiento coherente, él la metió en su cuarto y trancó la puerta detrás de ellos.

Theodore siempre se había caracterizado por ser un hombre paciente y equilibrado, incluso cuando a la edad de diecinueve años dijo que quería ser artista, fue un acto analizado. Intentó por un tiempo consolidarse como escultor, era bueno, obtuvo algún tipo de reconocimiento, pero no era excelente y tampoco se sentía muy satisfecho con lo que hacía, por lo que volvió a clases, estudió Gerencia, y viajó. Conoció el mundo bohemio, adquirió contactos, y cuando tenía veintiséis años comenzó a salir con una mujer llamada Melissa Wellon, que resultó ser la hija del director del museo Solomon R. Guggenheim, en Nueva York, y gracias a ella consiguió un trabajo administrativo en ese lugar.

Dos años después las cosas estaban mejor que nunca en su vida, era subgerente de la oficina de Organización de eventos del museo y se había casado con Melissa; pero una noche, durante un robo de un supermercado, fue asesinada: la mató una bala disparada por el dueño de la tienda mientras intentaba defenderse.

Theo enloqueció un poco esa noche, no solo por la muerte de su esposa, sino porque el hombre que disparó el arma, cuando lo vio en la estación de policía, se arrodilló a sus pies pidiendo perdón, fue un desgraciado accidente, su esposa solo estuvo en el lugar equivocado en el momento equivocado.

Luego de haberla enterrado, volvió a Chicago; sus padres y sus hermanos lo ayudaron mucho, aunque igual tuvo que alejarse, creyó que al abandonar la ciudad donde vivía con ella todo sería más fácil, sin embargo no lo fue, la añoraba sin importar dónde estuviera ni cuánto apoyo tuviera. Por lo que una mañana de abril, tomó su maleta y empezó a vagar.

Viajó por casi dos años, hasta que un día después de salvar a un niño de ahogarse decidió empezar a vivir de nuevo; regresó a Nueva York, visitó la tumba de su esposa, incluso habló con el hombre que había disparado el arma, nunca lo culpó, sino a los ladrones, quienes estarían libres más pronto de lo que él quisiera.

Después visitó al padre de Melissa, y él le ofreció hablar con un contacto en el Museo de Arte de Chicago, obtuvo el trabajo y allí la conoció.

No creyó que podría volver a interesarse románticamente por alguien más, había querido a su esposa, su relación fue forjada con confianza, afecto y objetivos afines; pero cuando vio a esa morena en el área de restauración sabía que estaría en problemas. Le atraía en extremo, la deseaba con una fuerza que lo aturdió y desesperaba. Nunca le había sucedido antes, jamás había ansiado a una mujer en forma tan animal.

Se encontró rompiendo normas, persiguiéndola en el trabajo, incluso volvió a pensar en una mujer para más que un polvo, para más que una noche y un desahogo.

Negó con la cabeza y se giró para verla acostada en una cama pasando el efecto del té de valeriana que había pedido al camarero que sirviera en vez del que ella pidió; no entendía bien por qué la había noqueado de esa manera, él lo había consumido unos meses después de perder a su esposa, cuando las pesadillas lo atormentaban de tal manera que temía dormir. No era la gran cosa, pero en su momento lo había ayudado, lo relajaba y al parecer con ella lo hizo al extremo.

Jamás, en sus treinta y tres años de vida, creyó posible que terminaría durmiendo a una mujer para obligarla a estar a su lado o que la raptaría y llevaría a una casa lejos de la civilización y de cualquier camino, frente a un lago, solo para que lo escuchara; había manejado por horas para llegar a ese sitio, rezando para que ella no se despertara y eliminara la oportunidad que el Cielo le había dado.

Se había vuelto completamente loco, pero necesitaba hacerle ver que ellos dos podrían funcionar como familia. Intentó ser atento, mostrar de forma abierta su interés por los niños, ayudando a

criarlos junto con ella, había ido con calma, para mostrarle que no volvería a herirla. Fracasó en cada paso. Y había tenido suficiente.

Media hora atrás le había quitado sus zapatos y su ropa, y la dejó debajo de la sábana usando únicamente su lencería. Se veía tan hermosa dormida, era la primera vez que la observaba así, tan relajada.

Acarició su cabello y el contorno de sus labios, y comenzó a recordar cuando Rachel por fin aceptó salir con él. Se sintió tan feliz en ese momento, ansiaba tenerla a su lado, no negaba que tuvo un poco de temor por empezar una nueva relación después de lo de su esposa, pero Melissa siempre estaría observándolo y sabía que si él estaba contento, ella también.

Sin embargo, en su primera cita Rachel le dejó claro que solo sería sexo, nada más, nunca habría intimidad, no llegarían a ninguna parte. Lo tomaba o lo dejaba, esas palabras pronunciadas por ella le habían sonado a un desafío. Y sin duda, aceptó sus términos.

Se levantó de la cama y comenzó a desnudarse de forma metódica, colgó la ropa en el armario junto a la de ella. Se metió en la cama y la atrajo a sus brazos, para que reposara la cabeza sobre su pecho. Olió el jazmín de su loción de cabello antes de abrazarla de forma posesiva.

Se juró que la recuperaría, porque no permitiría que le arrebataran de nuevo su familia, ni siquiera aunque hubiera sido él mismo quien los ahuyentó en primer lugar.

Respiró hondo y la abrazó mientras caía en la inconsciencia, primera vez que iba a dormir con ella, siempre había sido quisquillosa sobre eso, imaginaba que se trataba de la intimidad que eso traía consigo, pero Theo ansiaba ese momento, además estaba seguro de que no lo tendría fácil, debía disfrutar de la calma antes de que la tormenta explotara.

THEODORE COMENZÓ A DESPERTARSE cuando sintió que un cuerpo suave se removía contra el suyo y que la esencia a jazmín lo invadía. Acarició su espalda con suavidad y sintió que ella deslizaba

una mano por su pecho.

—Uhhmm —murmuró mientras se movía para acomodarla debajo de su cuerpo.

Aún en las nebulosas sentía que su erección matutina se endurecía y buscó una de las pequeñas manos de Rachel para que lo tocara debajo del calzoncillo, a la vez que besaba su cuello y lo mordisqueaba con suavidad. Adoraba el sabor dulce y salado de su piel. La escuchó emitir un jadeo y apretó el agarre de su mano en su pene.

Él bajó su cabeza y con sus dientes rozó su brasier hasta que apartó la copa de encaje y comenzó a jugar con su pecho, la areola marrón oscura estaba excitada por su toque. Impulsó sus caderas contra su mano para que lo masturbara, mientras se repetía que había pasado mucho tiempo. Demasiado. Se estaba volviendo loco de necesidad.

Sonrió, pero antes de volver a atacar su pecho la sintió tensarse. Un instante después estaba gritando despavorida, desesperada mientras lo golpeaba para que se apartara. Él lo hizo de inmediato.

Ella saltó de la cama hasta chocar contra la pared más cercana, emitió un grito producto del quejido de dolor y cayó en el suelo, subió las rodillas hasta su pecho, se abrazó con desesperación y empezó a balancearse mientras jadeaba por aire, como si se estuviera ahogando.

Theo estaba sentado en la cama, horrorizado y con el corazón apretado al ver a Rachel aterrorizada por haberla tocado. Saltó de la cama y se arrodilló frente a ella.

—¿Rachel? —preguntó con la voz rota, sus manos temblaban al ver su estado, al verla sufrir.

—¡No, no, por favor no! —pidió entre alaridos y él se acercó más, desesperado.

—Rachel, soy yo, mírame.

—¡No! —volvió a gritar, parecía por completo desorientada, parpadeó y abrió sus ojos que lucían desorbitados—. No de nuevo, no quiero, no quiero, por favor.

—¡Rachel, soy Theo! —exclamó y tomó sus antebrazos para

calmarla. Ella empezó a removerse con fuerza.

—¡No! ¡Suéltame, suéltame! —rogó y comenzó a llorar, ahogada.

—Por Dios, soy yo, hermosa, soy yo, soy Theo. Reacciona —suplicó con la voz rota—. Por favor, no te haré daño, jamás lo haré.

Ella dejó de jadear y lo miró por primera vez, parpadeó varias veces para enfocar fuera de las lágrimas.

—¿Theo? —preguntó con voz enronquecida ya que los gritos la habían ahogado—. ¿Theo? —repitió llorando y se lanzó a sus brazos, casi lo tumbó en el proceso.

Él la abrazó con fuerza, mientras sentía que su pecho se mojaba por sus lágrimas, le repitió mil veces que lo sentía y la balanceaba sin saber si era mejor soltarla o sostenerla. Fue ella quien le dio la respuesta al abrazarlo hasta que casi no pudo respirar, la mantuvo en sus brazos y la sintió calmarse un poco.

La cargó hacia la cama y se acostó con ella pegada contra su cuerpo, recostada encima de él. Se quedaron en esa posición mucho tiempo, hasta que ella consiguió calmarse y dejar de llorar.

Rachel movió su cabeza fuera del cuello de Theo y la alzó para verlo con los ojos brillosos y avergonzados.

—Lo siento —murmuró más calmada. Él negó con la cabeza y unió sus frentes.

—No, nunca te disculpes por esto. —Besó su frente sin soltarla y la sintió temblar de nuevo—. ¿Qué sucedió? —Después de que la pregunta saliera de sus labios, la sintió tensarse y girar su cabeza para ver su entorno.

No contestó por un tiempo y después bajó la mirada, como si estuviera decidiendo algo. Colocó la frente sobre su torso y suspiró hondo. Él sintió que su pecho se llenaba de angustia, necesitaba que ella se abriera a él y no sabía qué hacer para lograrlo.

—Porque cuando siento que alguien me toca sin yo esperarlo, o sin ser consciente, solo recuerdo sus manos en mi piel —confesó y él se tensó al escucharla.

—¿Quién? —preguntó en un susurro, como quien trata con un animal asustadizo.

—Mi padrastro.

Theo parpadeó y cerró los ojos con fuerza, y muchas cosas sin sentido comenzaron a tenerlo ahora, como su reacción hacia él en su apartamento. Sintió frío en su interior.

—¿Qué edad tenías? —interrogó.

—Quince —contestó y rozó su nariz contra el pecho masculino—. Fue idiota de verdad, y tal vez no me habría afectado tanto si él no hubiese querido repetirlo una y otra vez. La primera vez yo estaba borracha, fue la única vez que he bebido en mi vida. Cuando desperté él estaba sobre mí, solo recuerdo lo desorientada y adolorida que estaba. Además de sentir sus manos y sus labios sobre mí. Yo... —dejó de hablar cuando un pequeño sollozo escapó de su garganta.

—Lo siento, cielo, de verdad lo hago —la consoló, para luego reafirmar su amor con un abrazo—. ¿Y lo agarraron?

—No. —Se rio con tanta amargura entre las lágrimas que causó que él se estremeciera—. Mi madre nunca me creyó, incluso me botó de su casa. Ella siempre prefirió a sus amantes que a su hija, no sé por qué creí que esa vez iba a ser distinto.

Él besó su frente y deseó matarlos con tantas ganas como había ansiado matar a los delincuentes que asesinaron a su esposa. Odiaba cuando alguien les hacía daño a las personas que él quería.

—No entiendo qué me sucedió —murmuró ella, confundida—. Cuando tenía veinte dormí con un hombre y cuando me despertó queriendo un mañanero lo pateé y salí corriendo, por eso nunca he dormido con nadie de nuevo —comentó como si analizara cada hecho—. Pero cuando me desperté hoy fue como si tuviera quince años de nuevo. Tengo años sin pesadillas, ¿por qué estoy tan desorientada? —Bajó su mirada para concentrarse en su falta de ropa, después en el sitio donde estaba, la cama, la habitación semioscura con solo la luna reflejando en la ventana. Giró a verlo horrorizada—. Theo...

Él maldijo cuando se dio cuenta de lo que había ocurrido. Se sentó y se arrodilló a su lado.

—Rachel, perdóname —pidió iracundo y maldiciéndose, vio desaparecer su oportunidad de obtener su confianza. Ella parpadeó y

fue como si por fin saliera de las nebulosas del dolor y la confusión —. No, no te toqué, cariño, lo juro. Nunca haría algo como eso. ¡Me conoces! ¡No lastimo a las mujeres!

Lo miró aturdida, comenzó a respirar con brusquedad y él supo que iba a perderla de nuevo. Se acercó y colocó sus manos sobre su cara, ella se agarrotó, pero no se apartó.

—¿Dónde estamos? Lo último que recuerdo era que estábamos cenando.

—Te traje aquí anoche —susurró sin soltarla—. Pareció una buena idea en el momento, demonios, ¡ahora la terminé de cagar! Quería traerte unos días conmigo, para reencontrarnos, arreglar esto, y demostrarte que podemos ser una familia.

—¿Qué hora es? ¿Dónde están los niños? ¡No entiendo qué está sucediendo!

Rachel trató de alejarse, pero él apretó el agarre de su cara entre sus manos. Una cosa condenada por hacer si tomaba en cuenta que aún tenía la mirada un poco perdida y temblaba; pero no se atrevió a soltarla, más bien acarició sus mejillas con los dedos pulgares para calmarla.

—Sam está con los niños. Estamos en una cabaña al sur de Oakbrook, queda frente al lago y es hermosa. Te traje después de la cena, tomaste té de valeriana, es un brebaje natural que yo mismo tomé durante un tiempo, quería que estuvieras relajada para poder plantearte que nos diéramos una oportunidad sin que estallara la Tercera Guerra Mundial, que aceptaras venir conmigo. No esperaba que te afectara tanto, solo quería que bajas la guardia para poder tener la oportunidad de convencerte, debías estar demasiado agotada porque apenas habíamos manejado unas cuadas y te dormiste.

—¿Me drogaste? —preguntó y se apartó de un tirón, saltó hacia el suelo y lo miró horrorizada.

—Perdóname —le pidió—, no tenía idea de que tu cuerpo iba a reaccionar así. No debí haberlo hecho, pero sabía que te pondrías difícil.

Ella se abrazó y bajó su cabeza, su cabello oscuro ondulado tapó su cara, después emitió una risa amarga.

—¿Cómo pudiste pensar que drogarme y arrastrarme a un sitio contra mi voluntad era una buena idea? —preguntó y lo miró aterrorizada—. ¿Crees que es romántico? ¡No, no lo es! Actuar en contra de la voluntad de cualquier persona no es nada romántico, ¿cómo puedo confiar en ti así?

Theodore subió la cabeza y maldijo al cielo mientras soltaba un gruñido.

—¿De verdad, Rachel? ¡Vaya, qué sorpresa! ¡De nuevo encontraste una excusa para alejarme de ti! —saturizó y ella lo observó con furia antes de que él se bajara de la cama y la tomara entre sus brazos. Ella trató de luchar para soltarse, pero no se lo permitió. Más bien olió su cuello y la sintió estremecerse—. Tu cuerpo confía en mí —continuó.

—Mi cuerpo confía en cualquier polla cuando está consciente, Theo —le dijo y él sabía que era para herirlo, pero eso no evitó que lo hiciera. Llevó su mano hacia la parte trasera de su cuello, tomó su cabello y la forzó a levantar su cabeza para que lo mirara.

—¿Es cierto eso, Rachel? —le preguntó y ella lo miró por un segundo antes de apartar la mirada—. Porque cuando te diste cuenta de que era yo quien estaba a tu lado te aferraste a mis brazos, por instinto, sabías que no te iba a hacer daño, cariño —le dijo y la sintió temblar, alzó su mirada, sorprendida, como si ella no se hubiese dado cuenta—. Y tienes razón, esto no fue la mejor elección, pero no es mi culpa que tu cabeza sea tan complicada que resulte imposible razonar contigo.

—Yo quiero hacerlo —le dijo ella en un susurro—. Lo he intentado. Yo... yo te quiero, Theo, de verdad lo hago.

—Yo también te quiero, Rachel —le respondió, besó su frente y las unió—, y te deseo entera, no solo el sexo, quiero lo bueno y lo malo, creo que te lo he demostrado desde que fui a buscarte a Australia. Quiero de nuevo tener a una mujer que despierte a mi lado, que me apoye y hacer lo mismo con ella. Pelear por cualquier idiotez y tener sexo de reconciliación. Te quiero en mi casa con mis dos hijos, pero sobre todo necesito que me dejes entrar, porque estoy agotado de intentarlo sin éxito. Lo quiero todo. Quiero que tu mente confíe en mí como tu cuerpo lo hace, cariño —concluyó y la llevó hacia la cama.

El cielo comenzaba a aclararse ligeramente, dando los primeros signos del amanecer; pero él volvió a acostarse y la guió para que se acomodara a su lado y empezó a acariciar su espalda. Él suspiró ya que no sabía cómo hacer para que ella se abriera totalmente, así que en ese instante decidió ser el primero que lo hiciera.

—Estuve casado antes —le confesó y la sintió tensarse en sus brazos—. Su nombre era Melissa y era asombrosa, siempre tenía una sonrisa en sus labios, no importara lo que ocurriera, era muy inocente en ese sentido. Era del tipo de mujer que podía parar el vehículo en la mitad de una ventisca para tirarse sobre la nieve y hacer un ángel en el suelo. Aunque también podía lucir el traje más costoso y participar en una fiesta de gala inmaculada, tener una conversación estimulante con un político y ridiculizarlo veladamente. Enamorarme de ella fue fácil, perderla no lo fue.

Rachel se había quedado quieta entre sus brazos, mientras él recordaba cada uno de los momentos felices que pasó con su esposa. No era como si nunca lo hubiera hecho, solo que eso pertenecía a una parte agridulce de su vida, por lo cual no lo visitaba a menudo.

—¿Por qué ya no estás con ella? —preguntó en voz baja. Theo miró hacia el techo por un par de segundos.

—La perdí hace cuatro años. Murió en un intento de robo a un supermercado, una bala perdida golpeó su cabeza. Fue instantáneo.

Rachel se alzó para tomar su mejilla, horrorizada.

—Theo, lo siento tanto —susurró acariciando su barbilla. Él cerró los ojos porque el roce en ese punto siempre lo enardecía.

—Yo también. Lamento que existan en el mundo esas malditas personas, sujetos que nos les importa arruinar una vida por un deseo egoísta; siento que Melissa haya dejado de existir por las ansias de dinero de unos condenados hombres sin escrúpulos y también lamento que un hijo de puta te haya robado la inocencia —respondió y apretó su agarre. Ella lo abrazó con fuerza, estaba llorando—. Lo daría todo por haberles ahorrado eso a ambas, Rachel, tenerla a ella con vida y haber evitado que alguien te tocara sin tu consentimiento. Lamento que nos hubieran destrozado una parte de nuestra alma.

Ella alzó su cabeza y acarició sus mejillas, mirándolo con tristeza y

entendimiento.

—¿Y tú? —preguntó entonces y él sonrió sin ningún humor, solo empatía, la misma que ella sentía en estos momentos, ya que también entendía que eso lo había afectado más de lo que debería.

—Soy un sobreviviente —respondió y acarició su mejilla a su vez.

—¿No lo somos todos? —cuestionó ella en un susurro. Él asintió.

—Yo no soy el mismo hombre que era con ella, una parte de mí murió esa noche, la parte más inocente —le comentó y la vio asentir.

—Sé lo que se siente —comentó.

—Y te entiendo, somos la misma cara de distintas monedas, cariño.

Ella asintió, lo abrazó firme, y escondió la cara en su cuello.

Después comenzó a hablar y abrirse con él, por fin.

Capítulo 5

*Lo que daría por deslizar mis dedos por tu cabello,
tocar tus labios, por abrazarte.
Cuando digas tus plegarias, trata de entender
que he cometido errores, soy solo un hombre.
Cuando él te abraza,
cuando él te acerca,
cuando dice las palabras que siempre
has querido escuchar,
desearía ser él, porque esas palabras son mías
para decírtelas hasta el fin de los tiempos.
Always, Bon Jovi*

Oliver volvió a dar otra vuelta en la cama, y gruñó antes de dar la batalla por perdida. Se levantó para ir a correr un rato. Salió de su apartamento en Notting Hill diez minutos más tarde y comenzó a trotar alrededor de las calles oscuras y vacías de la madrugada. Necesitaba liberar un poco de furia y adrenalina, en especial porque Christian y él llevaban ocho largos meses luchando por lo que iba a suceder ese día, y el resultado afectaría cada ápice de su vida y los planes que llevaba mucho tiempo creando; sin embargo, en lo único que podía pensar, y por lo que había pasado la noche en vela, era en Samantha y Derek en su casa, donde de seguro pasó la noche, entre sus brazos, y en el entendimiento de saber que no había nada que pudiera hacer para evitarlo, a pesar de que ella fuera suya.

Los últimos cuatro meses habían sido los peores de su vida, y estaba contando entre eso el tiempo oscuro después de dejar Chicago

y a Samantha, toda su infancia, e incluso cuando ella lo abandonó la segunda vez; lo único que casi se asemejaba al dolor que sentía en ese momento fue cuando descubrió los cuadros que Sam había pintado para él y que aún mantenía en su apartamento. Existía en un estado constante de celos, furia e impotencia que amenazaba con quemarlo vivo, y en el único instante que era liberado de ello era cuando escuchaba su voz, o la veía por videocámara, se había vuelto obsesivo con esas llamadas, porque —como se repetía de forma enfermiza—, si estaba hablando con él, no estaría con Derek.

Lo peor es que se encontraba en un callejón sin salida, no podía exigirle nada; era imposible viajar a Chicago para hacerle ver que nada entre ellos se había acabado, ya que no era libre para hacerlo, y lo perseguía el terror constante de que ella se enamorara de ese hombre y la perdiera para siempre. En especial porque, desde la conversación donde por fin le habló sobre su nueva relación, ella le repetía cada día que amaba volver a ser su «amiga», como si eso fuera posible.

Esta situación le hacía desear que Samantha hubiese actuado como cualquier ser humano normal, que lo odiara, o simplemente no le hablara más después de todo lo que sucedió. En cambio, Oliver se encontraba en un limbo, donde la tenía y no la tenía al mismo tiempo, y ella le mostraba a diario todos los motivos por los cuales él se enamoró, a la vez que se los arrebatava y decidía estar con otro hombre.

También era obvio que eso fue por completo su culpa, había estado tan concentrado en sus problemas y tan extasiado por tenerla en su vida, a pesar de todo lo que había pasado, que jamás consideró que ella podría decidir retomar su vida e intentarlo con alguien más, que obviamente no era él. Tal vez se pasó de egocéntrico y arrogante, creyendo que, como antes, ella simplemente lo esperaría, o estaría conforme con sus pequeñas limosnas, sin siquiera saber —ya que Oliver no se había molestado en decirlo—, que él se había jurado no intentar algo de nuevo hasta que fuera libre de todas sus limitaciones, pero que tenía todas las intenciones de hacerlo.

¿Alguna vez algo entre ellos fue sencillo para que él tuviera la

errónea percepción de que esto sí lo sería? Samantha era la mujer más terca, ilógica, psicótica, melodramática y complicada que él hubiese conocido nunca y tenía todos los motivos para batir el récord de velocidad alejándose de él, pero era su mujer y Oliver jamás se rendiría.

En el fondo entendía que Derek la deseara, odiaba que lo hiciera, pero lo entendía. Eso no evitaba que quisiera matarlo, por tocarla y por tomar lo que no le pertenecía. Ni tampoco aliviaba la cólera — irracional y por completo errónea —, que lo invadía al imaginárselos juntos, porque aunque jamás quisiera admitirlo, ni siquiera a sí mismo, había adorado el hecho de que ella solo hubiese sido suya, que solo él conociera su cuerpo, sus gemidos y su expresión al estar invadida por el placer. Y hoy en día, otro hombre también los conocía.

Oliver tuvo que detenerse, puso las manos sobre sus rodillas y empezó a jadear para buscar el aire, ya que mientras más pensaba en Derek y Samantha juntos, comenzó a sobre-exigirse y a correr tan rápido que casi colapsa.

«No importa. No hace ninguna diferencia», se repitió a sí mismo, como hacía cada vez que sus pensamientos se desviaban a esos asuntos. Si todo salía como lo planeado para ese día, estaría un paso más cerca de ser libre, y cuando por fin lo fuera, viajaría a Chicago y forzaría a Samantha a ver la realidad; la seduciría, secuestraría, juraba por Dios que la ataría en una condenada cama hasta que ella comprendiera que ellos dos, nunca, jamás, volverían a ser solo amigos.

Y es que por fin comprendió que ella había tenido razón en algo en toda esa conversación absurda de «hemos estado destinado a ser solo amigos», cuatro meses atrás; siempre había habido un tercero entre ellos, pero fue porque ellos mismos lo decidieron así, Michael, Ilana, incluso su abuelo, fueron excusas que los dos usaron porque tenían miedo de lo que estaba creciendo entre ambos. Derek también lo sería, Oliver se negaba a siquiera considerar que ese hombre significara algo más para Samantha que eso, y también rechazaba considerar un futuro sin ella a su lado.

Revisó su teléfono y volvió a leer el correo electrónico que ella le envió antes de irse a dormir la noche anterior, «con Derek». Por un instante consideró llamarla, pero lo descartó de inmediato, Londres tenía seis horas más que Chicago, por lo que allí aún sería de madrugada, y no deseaba escuchar la voz de otro hombre cuando atendieran la llamada.

De: Samantha Heller

Enviado: Martes, 21 de agosto. 12:00 am.

Para: Oliver Lewis.

Hola, Oliver, solo te escribía para desearte suerte en tu reunión, espero que todo salga bien y obtengas lo que buscas en esta. (Sé que lo conseguirás ya que es lo que haces, pero que no se te suba a la cabeza 😊).

Sebas durmió con nosotros, así que nos preparamos para hacer una acampada en casa y ya hicimos el fuerte en la sala con puras sábanas blancas (su elección). Me dijo que deseaba que estuvieras aquí, me pidió específicamente que te lo contara, y también que espera que Susan le dé permiso esta tarde para jugar. Yo también lo espero, pero por otras razones que después te contaré. Les pido por favor que me llamen cuando hayan salido. No pueden dejarme con esta angustia, eso no le hace bien a mi corazón.

Sam.

Sonrió por el mensaje y guardó el teléfono antes de dar la vuelta y caminar hacia el apartamento. Debía arreglarse e ir a casa de Christian, allí tendrían una reunión preliminar antes de dirigirse a la empresa de su abuelo, y además Bianca le había prometido un buen desayuno.

DOS HORAS MÁS TARDE, Oliver recorrió la entrada de Aldrich-Millicent junto a Christian, se sintió desorientado y le costó respirar. Llevaba más de ocho meses luchando para apartarse de una de sus mayores metas. Tenía una mezcla de desazón y entusiasmo por esa decisión, como si luchara contra sí mismo, añoranza por lo conocido y expectativa por lo que sucedería después de ese momento, a pesar

de que para ello tuviera que renunciar al sueño más largo de su vida.

Él siempre había querido dirigir y ser dueño de esa empresa, pero saber que no lo sería lo dejaba con tantas opciones que se encontraba abrumado. Emocionado. Excitado. Aterrado. Todo junto.

—Estoy seguro de que necesita la idea de que tiene el poder —dijo Christian en susurros, cuando se encontraron solos en el ascensor—. Mis contactos me dicen que algunos inversionistas han temblado por el proceso judicial en tu contra, ya sabes, son familia y el honor y la palabra de caballero aún en estos días existe para algunas personas, incluso en los negocios; y los que no, temen que si es capaz de hacerle eso a su nieto bien podría hacérselo a ellos. También me contaron que ha perdido algunos contratos, sobre todo los de las firmas que estaban acostumbrados a tu cara y a tu forma de hacer transacciones. Al parecer está teniendo dificultades en asumir el mando de nuevo aunque a nadie se lo quiera aceptar o siquiera piense en pedir ayuda. Lo cierto es que tiene seis años sin ser director y tu mandato fue muy distinto, globalizaste Aldrich-Millicent, no solo fueron varias sucursales en el mundo, fue que el producto traspasó las fronteras. —Christian sonrió y lo miró con malicia—. Incluso he llegado a escuchar que muchos lamentan no estar a tus órdenes y tu guía, imagino que tu abuelo no debe estar feliz por eso. —Lo ultimó lo agregó con tono sarcástico.

Oliver y Christian salieron del ascensor cuando este anunció el último piso. Caminaron serios hacia el escritorio de recepción donde, en ese momento, residía una mujer mucho mayor al secretario que trabajaba con Oliver, quien tuvo que partir de la empresa inmediatamente después de él; sin embargo, no quiso dejar a su asistente desamparado ya que, después de todo, fue despedido por su causa. Por lo tanto habló con su cuñado, Harold, para que le diera un lugar en su empresa.

—Las abejas salieron asustadas del panal —le comentó Christian al ver a la gente revolotear alrededor, lucían ansiosos y preocupados.

Oliver sonrió y asintió antes de seguir a la nueva secretaria que, de manera cortés, los guio hacia el salón de juntas.

Al entrar, a los primeros que vio sentados fue a sus exsuegros,

Aimee y Mark Lodge, luego a los dos abogados que representaban a su abuelo, pero no recordaba sus nombres, la verdad nunca se interesó en memorizarlos. En cuanto a su abuelo, este último brillaba por su ausencia. Oliver y Miller saludaron a los presentes con un movimiento de cabeza y un «buenos días», el ambiente no aguantaba cordialidades mayores, luego dejaron sus materiales de trabajo sobre la mesa de la sala, todo bajo la mirada inquisidora de los cuatro personajes ubicados en la mesa.

Christian miró a su compañero con una pequeña sonrisa, la que Oliver entendió como «tranquilo, no muestres miedo».

El abogado tomó el respaldo de la silla y la acomodó para sentarse.

—Déjame hablar a mí —le pidió a Oliver, y él negó con la cabeza de forma enfática.

—Es mi plan, y no te dejaré hablar —le contestó y lo escuchó bufar.

—Lo sé. Aún creo que no es suficiente —refunfuñó Christian y Oliver asintió, consciente de ese hecho, ya que él se lo había vuelto a recalcar esa mañana.

En ese instante abrieron la puerta con tanta fuerza que rebotó contra la pared. Ambos alzaron la cabeza y se encontraron con la mirada furibunda de Oliver I Aldrich-Millicent, que respiraba de forma brusca, parecía un toro furioso.

—No tengo todo el día, Lewis, ¿para qué querías esta reunión? —se quejó el viejo y caminó hacia una de las puntas de la mesa cuadrada con otro par de abogados pisando sus talones—. Lo dije la última vez, no desistiré en la demanda.

—Te noto preocupado, abuelo —declaró y lo observó hacer una mueca de asco.

Christian le hizo una seña para que fuera al punto, Oliver asintió de forma imperceptible. Sacó una copia de su periódico y la dejó sobre la mesa, y la tensión del cuarto aumentó unos cuantos grados.

—Interesantes las noticias de hoy, ¿no es así? —preguntó y pasó las hojas con hastío—. Un nuevo terremoto en Japón, el precio del petróleo sigue aumentando. Eh, mira, una noticia sobre Aldrich-Millicent, ¿has visto esto, abuelo? —preguntó con un tono inocente y satírico a la vez—. Caramba, es sobre un edificio que construyó tu

empresa ocho años atrás, ¡qué barbaridad! Parece que está teniendo serios problemas de fisuras y te acusan de no usar los materiales certificados. Lo más interesante es que incluso muestran dos informes de presupuesto, uno maquillado y el otro verdadero. Imagino que tu equipo de relaciones públicas debe haberse vuelto loco. —Alzó la mirada y se concentró en él—. Me pregunto cómo habrá pasado esto —reflexionó con una mano en la barbilla.

—Yo sé cómo no habría pasado —continuó el juego Christian—. De ninguna forma tu antiguo abogado habría conseguido pruebas sobre cada malversación de fondos, fraude de materiales e insumos restando calidad de las obras, incumplimientos de cláusulas de contratos que datan desde más de veinte años, antes de tu mandato en la empresa, Oliver. Por supuesto, ese abogado tampoco encontró pruebas sobre fraude al fisco. No, eso tampoco lo tiene.

Oliver no pudo descubrir quién estaba más atónito en la sala, aunque sabía quién era el que estaba más furibundo.

—Christian, si siguen apareciendo este tipo de noticias en los diarios ¿cuánto tiempo crees que demoraría en levantar las sospechas de un fiscal del Ministerio Público e investigar la empresa?

—No creo que tarden más de diez días en presentarse, aunque supongo que el Fisco podría empezar a hurgar mucho antes.

—¡Qué desastre para la continuidad de la empresa! Imagínate la desbandada que podría producirse. —Clavó su mirada en Oliver I y por un segundo reconoció un brillo parecido a orgullo en su mirada, después cambió a furia, así que debió haber imaginado lo primero—. Vas a tener que empezar a hacer control de daños pronto o te vas a arruinar, abuelo —le aconsejó en tono comedido.

—Déjenos —habló Oliver I y sintió a Christian tensarse a su lado, lo comprendía, no muchos estaban acostumbrados a la voz tensa, mortífera y rabiosa de su abuelo cuando se encontraba en este estado.

—Señor, permítanos... —El abogado comenzó a susurrar acelerado al oído de Aldrich-Millicent. Oliver giró hacia los padres de Ilana y Harold, quienes estaban pálidos.

—¡Basta! —escuchó que Oliver I le gritó a su abogado—. ¡Largo!

Todos váyanse de aquí. Esto es entre mi nieto y yo —la última palabra fue dicha en forma tan despectiva que Christian volvió a estremecerse, aunque Oliver no sabía bien por qué Miller se sorprendía, como si no lo conociera.

Uno a uno fueron desocupando la sala de juntas, hasta que solo quedaron Christian, Oliver y su abuelo.

—¡Dije todos! —escupió el viejo hacia Christian—. ¿Y acaso crees que esta jugarreta me detendrá? Si yo caigo tú caerás conmigo, ¿o es que no lo recuerdas?

—Me contrataste porque soy muy bueno en mi trabajo —respondió Miller, tuteándolo por primera vez—. Y lo cierto es que no me importa qué me suceda mientras pagues lo que hiciste. Recuerda que fui yo quien te alejó de Sam cuando la agredías, maldito bastardo, poco hombre, ¿tanto te satisface maltratar a mujeres y niños? Pervertido de mierda. ¿Por qué no te enfrentas con alguien...?

—¡Christian! —interrumpió Oliver y tomó su antebrazo izquierdo para alejarlo—. Déjanos solos.

—Oliver —advirtió el abogado, su expresión fiera.

—Ahora —ordenó y apretó su brazo para calmarlo.

Christian miró al anciano y después salió de la habitación, no sin antes tirar la puerta detrás de él.

Escuchó aplausos dirigidos de donde estaba su abuelo y se giró a verlo. Se estaba quitando su saco para tirarlo sobre la silla. Había llegado el momento.

—¿Qué es lo que quieres? —preguntó su abuelo y tomó asiento. Oliver alzó sus cejas y le hizo una mueca.

—Te aconsejaron transigir, entonces —se burló y se sentó frente a su abuelo.

—No me provoques, Oliver —le respondió entre dientes.

—Esta es tu guerra, Aldrich-Millicent, no la mía. En vísperas de Año Nuevo te ofrecí mi dimisión, la rechazaste y creíste que podrías seguir controlándome.

El viejo se relajó contra el respaldo de la silla.

—Era un hábito, supongo —concluyó y Oliver apretó sus labios—. Y si tu madre hubiera servido para algo, habría cumplido el trabajo.

—Fue un buen plan hacer que me pidiera que no te dañara mientras me destrozabas en un tribunal, a la vez que comprabas a mi abogado para que quedara indefenso. Arruinado y humillado.

Su abuelo bufó.

—Aún creo que blofeas.

—¿Dudas de que lo llevaré hasta las últimas consecuencias? ¿Crees que me temblará la mano antes de darte el golpe de gracia?

—Aún sigo de pie, ¿no? Deberías haber dado esas pruebas a la autoridad, Oliver, mientras no lo hagas no acabarás conmigo.

—Y esa es la razón por la que no lo hice, abuelo, no te quiero acabado, esa es mi diferencia contigo, yo solo te obligaré a darme lo que quiero y después me olvidaré de que existes. Lo cierto es que tú acabarás con esta empresa sin ayuda alguna, eres tan soberbio que será imposible que entiendas cuánto han cambiado las cosas y que necesitas ayuda.

—Eres un hombre débil si crees que necesitas alguna vez ayuda. Pero lo cierto es que nunca aprendiste nada de lo que te enseñé —le escupió el abuelo y se removió sobre su asiento—. Di tus condiciones, además de dejar de ser heredero Aldrich-Millicent.

—Me desheredaste cuando paré de hacer las cosas como tú las querías —dijo Oliver con los dientes apretados y mirada vacía, la desazón y confusión que sintió cuando decidió renunciar a todo este mundo volvió a invadirlo, y lo mareó. Sin embargo, para qué seguir luchando por un sueño que, más que eso, era un imposible, porque para su abuelo él siempre sería un bastardo, y ya había perdido años y cosas mucho más importantes—. Firmaremos un acuerdo de cese de fuego —declaró—. Christian lo redactará de inmediato. Acordaremos mi renuncia al cargo de Director de Aldrich-Millicent, y una declaración de indemnidad, de esta manera estarás atado de pies y manos y no podrás demandarme en el futuro por ninguna de mis acciones en la empresa ni intentarás alguna causa criminal. Desistirás a las acciones legales en proceso. Todas. También firmarás un documento donde declararás que sabías sobre el acuerdo prematrimonial cuando Ilana y yo firmamos, no tendrá valor legal, el acuerdo fue imputado y yo no intentaré rebatirlo, es solo una

garantía por si acaso tú o cualquier interesado lo denuncia en el Ministerio Público.

—Bien —masculló y golpeó la mesa de madera con un puño.

—No he terminado —continuó y apoyó los codos sobre la mesa—. Yo te cederé todas las acciones que me diste cuando me volví Director General, pero a cambio acordaremos una escisión, quiero Aldrich-Millicent de Estados Unidos traspasada a mi nombre y al de mi socia Alexandra Johnson.

—¡Sobre mi cadáver! —gritó el viejo y se levantó de su asiento.

—¿Por qué no? —explotó Oliver—. Me la merezco, ¡son mis honorarios por haber sido tu jodido esclavo durante veinte malditos años!

—¡He dicho que no!

—Pobre Oliver I Aldrich-Millicent —se burló—, la única sucursal que no le interesaba, a la que envió a su peón bastardo para jugar a gobernar, vigilado y apostando siempre a su fracaso. Pero su peón bastardo resultó ser tan bueno que en la actualidad, seis años después de haberse ido, con solo seguir sus lineamientos, es la más rentable de todo su imperio, con excepción de esta, por ahora.

Oliver I entrecerró los ojos con furia.

—No tienes nada —dijo y negó con la cabeza—. Estás apostando sin ningún respaldo.

—¿Lo estoy? —preguntó y enarcó una ceja, sin levantarse aún del asiento, mostrándose tan relajado que su abuelo parecía débil, incluso aunque estuviera de pie—. Nunca menosprecies a dos hombres con un objetivo en común, Aldrich-Millicent, y tienes muchos enemigos que por verte destruido están ofreciendo información gratis.

—Muéstramelo —ordenó.

—No —respondió de inmediato.

—Entonces haz lo que desees, exiges mucho por un simple reportaje falso.

Oliver suspiró y se relajó aún más sobre su asiento.

—Es tu decisión, abuelo, pero cada día vas a ver publicada una noticia relacionada con tus manejos turbios y te prometo que se

pondrá peor, solo recuerda lo que sucederá si todo lo que he dicho resulta ser cierto.

Oliver I entrecerró sus ojos.

—¿De qué hablas?

—¿Cuando estés preso, quién va a administrar tu empresa? ¿Mi madre?

—Ella no te apoya —respondió el viejo entre dientes.

—No, no lo hace, pero no sabe manejarla y pueden suceder dos cosas, abuelo: o la destruye o me pide ayuda y la destruyo yo, eso si queda algo que salvar después de las demandas por dolo e incumplimiento de contrato, y de la congelación de bienes y cobro del Estado por malversación y evasión de impuestos. Adiós a tu preciado imperio Aldrich-Millicent —concluyó y arqueó sus cejas con expresión burlona—. ¿Es eso lo que quieres?

—No te atreverías...

—En eso te equivocas, aprendí del mejor. Elijo tener piedad y darte una oportunidad para que salves tu culo. Si intentas obligarme a hacer lo que no quiero de nuevo, terminarás en la cárcel y destruiré tu empresa, no quedará nada en pie.

—Te desconozco, Oliver Lewis —dijo entre dientes, destilaba veneno—. Ya no tengo nietos, ¡ninguno! No eres un Aldrich-Millicent y nadie jamás mencionará de nuevo tu nombre a menos que quiera que lo destroce —gritó, temblaba de la rabia, las manos vueltas puños, y parecía como si le fuera a dar una apoplejía.

Oliver bloqueó el sentimiento de temor por su salud. Se levantó del asiento y miró a su abuelo con todo el orgullo que pudo emular.

—Dado que nunca me has considerado un Aldrich-Millicent y jamás me hiciste sentir que algo de esto en verdad me pertenecía, no significará ninguna diferencia para ti, muchos menos para mí. —Tenía las manos en puño como las de su abuelo, y lo miraba con reto—. ¿Tenemos un acuerdo?

Oliver I apretó la mandíbula.

—Cría cuervos y te sacarán los ojos —dijo el viejo furioso.

—Sobre todo si no les das agua —completó Oliver y lo observó dar un respingo. Instintivamente dio un paso hacia adelante,

preocupado.

—Lárgate de aquí y no vuelvas, Lewis —ordenó furioso—. Que tu abogado trate con los míos, y sí, tenemos un maldito trato. Aléjate de mi presencia en este instante.

El viejo temblaba y Oliver casi se acercó para atenderlo. Se detuvo después de dar un paso hacia él, giró y salió de la oficina.

Encontró a Christian sentado en uno de los sofás de espera, movía su pie con un gesto nervioso, sus ojos seguían fijos en la pared de enfrente y sus labios estaban apretados en dos líneas.

—Llévale a mi abuelo un vaso de agua y llama a una ambulancia. ¡Ya! —El grito hizo que todos los presentes lo vieran, asustados. De reojo notó que la secretaria salía corriendo hacia el salón donde se encontraban. Sintió que jalaban su brazo y se giró para encontrar a Christian.

—Este maldito día no ha acabado aún, Oliver. Los Lodge te esperan en el salón de conferencia a tu derecha, Ilana está con ellos, casi siento pena por ella, su madre la obligó a venir, de seguro. Están jugando su última carta para convencerte —le dijo y Oliver frunció el ceño.

—¿En serio? —preguntó aturdido. Christian asintió.

—Sé breve, te estaré esperando.

Oliver caminó hacia la habitación y cerró la puerta a su espalda. Los encontró a los tres sentados en una larga mesa cuadrada que solían usar para reuniones de gerentes cada lunes. Miró a Ilana y se sintió preocupado, estaba más delgada, un poco pálida también, aunque el maquillaje permanecía perfecto. Ella le devolvió la mirada, sus ojos azules parecían opacos, casi sin vida. Las palabras de Samantha retumbaron en su cerebro con fuerza, y por fin recordó por qué había aceptado ese matrimonio, junto con la posibilidad de hacer feliz a su hermana.

—Hola, Ilana —saludó con suavidad, antes de mirar a sus padres con beligerancia.

—Creímos que ella debía estar presente, estás afectando a su patrimonio después de todo. Sin acuerdo preliminar, la mitad de todo lo tuyo es de ella —comentó Aimee y alzó la barbilla de forma

provocadora. Él abrió la boca, pero Aimee lo interrumpió—. Ilana tiene que decirte algo. —La vio apretar su antebrazo con fuerza, ella cerró los ojos y se levantó un segundo después, toda su actitud era sumisa y titubeante.

—Lo lamento —respondió cabizbaja—. Sé que no fui lo bastante comprensiva contigo, que... que debí actuar mejor. Como sabes, nunca tuve ningún problema con tus formas de pasar el tiempo mientras no me avergonzaras, pero de seguro cuando estabas con ella te ató demasiado...

Él negó con la cabeza y su estómago se retorció.

—Esto no tiene que ver con Samantha —la cortó—. Tiene que ver con nosotros, yo me liberé, ¿no quieres hacerlo tú?

La madre apretó el agarre de su brazo e Ilana la miró con una expresión espabilada, casi desesperada.

—¿Te liberaste? —preguntó con un tono de voz aguda—. ¡Renunciaste a todo por lo que luchamos! ¡Todo! Ya no eres el hombre que conocí, apartaste tus aspiraciones; toda tu vida quisiste ser el presidente de Aldrich-Millicent, ¿y ahora claudicas? ¡Resignas a todo, incluyéndome! Algún día te arrepentirás, Oliver, te lo aseguro, y cuando ese momento llegue la vas a odiar por lo que te quitó, y lo que estás dejando aquí ya no estará esperándote.

Él emitió una risa amarga por esas palabras.

—Después me dirás que esas son las razones por las que no me darás el divorcio y no porque tu madre jamás lo permitirá.

Ella se quedó paralizada y él negó con la cabeza. Caminó unos pasos y se detuvo frente a los padres de Ilana, clavó sus ojos en Aimee, quien lo miraba desafiante.

—Quiero el divorcio.

—Es Ilana la que debe firmar —habló orgullosa.

—Aimee, cuando negocias tienes que tener cuidado con no tirar demasiado del elástico, porque si pones mucha presión, este se rompe y no hay arreglo posible —declaró, su voz era letal—. Quiero los papeles de divorcio firmados por Ilana en la oficina de mi abogada mañana y mantendré mi último ofrecimiento.

—¡No puede pretender! —explotó Mark y se levantó a su vez del

asiento, azorado.

—¡Pretendo lo que me dé la gana! —interrumpió Oliver, el hombre se sentó de inmediato—. No tengo nada que perder, harían bien en no olvidarlo, mi tiempo de piedad se ha acabado —les comentó y la madre de Ilana entrecerró sus ojos, orgullosa, lo miró con odio—. Mañana, ese es mi último plazo para mantener mi oferta económica y mi garantía de privacidad.

—¿Y si ella no firma? —preguntó Aimee, inquieta por primera vez.

—Lo hará —declaró y fijó su atención en Ilana, que bajó su mirada —, o airearemos todo en los tribunales y su reputación quedará arruinada. —Ella jadeó ante la amenaza, pero Oliver se giró y salió de la habitación para encontrarse frente a Christian—. Vámonos de aquí.

—Pensé que deseabas quedarte a acampar —bromeó.

Entraron al ascensor, pero antes de que este cerrara, Ilana se escabulló dentro. Ella lo miró atormentada y sin importar que Christian estuviera allí, tomó su antebrazo.

—Si quieres seguir con ella puedes hacerlo, yo... puedes tener lo que quieras —estaba temblando.

—No fue por Samantha que renuncié a todo, Ilana —confesó él y la tomó de sus antebrazos—. Fue porque no debería sentirse tan condenadamente mal obtener lo que quieres, ¿no lo crees? La vida es demasiado corta para pasarla preocupado por lo que los demás quieren; o peor, darle el poder de tu felicidad y libertad a otro ser humano que, por lo general, no te valora.

—¡No seas iluso, Oliver! Nunca se puede ser libre, y siempre nos preocuparemos por complacer a alguien más. Si no es tu abuelo tu carcelero será otro, esa es la realidad —dijo y trató de apartarlo—. Por lo menos aquí sabes las reglas, por lo menos aquí estamos bien.

—No, eso no es cierto. —Suspiró y la tomó de su mandíbula—. Mira en lo que te han convertido, ese patético intento que hiciste en esa oficina, como si fueras una marioneta que existe con el único propósito de entretenerlos, ¿cómo puedes vivir así?

—¡Cállate! —exigió, luego se tapó la cara con las manos y se apartó.

—Escúchame bien, Ilana —dijo y jaló sus brazos para que lo mirara.

Cuando lo hizo, notó que estaba a punto de llorar—, puedo obligar a tu madre para que me des el divorcio, con facilidad, en este momento no me importa nada. No hay nada que me detenga. La piedad de Oliver Lewis murió no solo cuando descubrí que estaba a punto de perder lo que más me interesa, sino cuando me enteré de que mi madre, después de rogarme que no destruyera a mi familia, intentó negociar junto a mi abuelo para que mi abogado me arruinase en el juzgado. Eso fue suficiente para mí, ya no me importa nada. Lo viste allí adentro, pero te estoy dando una oportunidad de decidir, de no depender de nadie, mucho menos de tu madre; ya tienes los medios, te lo dije una vez, nunca te dejaría desamparada. Tendrás dinero, una casa e independencia. ¿No ves lo que te ofrezco? Más de lo que alguna vez creíste que obtendrías al casarte conmigo, porque puede que en ese entonces vivieras lejos de toda esa mierda que te espera pisos arriba, pero en realidad, jamás dejó tu cabeza o de dictar tu vida. —Ella alzó su mirada, por fin el azul brillaba un poco, y no por las lágrimas contenidas—. Es hora que dejes de ser una niña, eres una mujer, demuéstalo. Te doy un día, un condenado día para que madures o sigas siendo la cobarde que está dispuesta a quedarse con un hombre que no la ama solo porque su madre lo exige de esa manera, o peor, porque dependes de él para cuidar de ti. Llegó el momento de que adquieras un poco de amor propio, porque a mi lado no lo obtendrás.

En ese instante el ascensor llegó a la planta baja del edificio, Christian salió y él lo siguió, se giró para mirarla, ella seguía en el mismo sitio, y lo miraba aturdida.

—Decide qué quieres hacer y hazlo —fue lo último que alcanzó a pedirle a su exesposa, antes de que las puertas se cerraran frente a ella.

Salieron del edificio con Oliver aún temblando por la adrenalina.

—¡Qué mañanita! Matamos a todos los pájaros de un solo tiro —anunció Christian, consternado—. Lo de tu abuelo, ¿está hecho? —preguntó. Oliver asintió.

—Debes redactar los documentos y contactar con sus abogados —dijo y Christian lo observó confundido—. Se terminaron los pleitos y

salí con todo lo que vine a buscar, aceptó escindir y cederme la sucursal americana de Aldrich-Millicent, con Alexandra como mi socia —anunció.

—Bien, imagino que ella estará feliz con esa noticia.

—No lo sabe —respondió y miró hacia el edificio que una vez consideró su única casa.

—Te va a arrancar las pelotas, Oliver —dijo Christian sin poder creérselo.

Oliver se carcajeó, porque sabía que Alexa no le cortaría ninguna extremidad, al contrario, solo le reñiría un poco para aparentar, y después se dejaría endulzar, esa era su Alexa. Además, a ella siempre le gustó que trabajaran juntos y, hace unos meses, le confesó que odiaba la idea de renunciar a Aldrich-Millicent cuando terminara de espantar al ejército de abogados y auditores que su abuelo había enviado desde Londres. El porqué de ese resentimiento a Oliver le costó más sonsacárselo, pero la verdad era que no le gustaba nada la idea de trabajar con su esposo Lucas.

—Vale, entonces es mejor que me quede y hable con los abogados de tu abuelo, así también constataré si no lo mataste antes de que firmara los términos del contrato. No que me importe mucho su salud y tampoco es como si no heredaras si él se muere —se encogió de hombros despreocupado.

Oliver se pasó una mano por la cara por esas palabras.

—Por favor, cerciórate de que esté bien. —Vio al abogado caminar hacia el edificio y se despidió para siempre de ese sitio, de ese sueño, después tomó su teléfono para volver a leer el mensaje de Samantha, repitiéndose que pronto sería libre para buscarla.

Capítulo 6

*Todo el mundo busca por ese algo,
eso que te hace sentir completo.
Y lo encuentras en los sitios más extraños,
en lugares que nunca creíste que pudiera estar.
Bien, pues para mí es despertar a tu lado,
mirar el amanecer en tu rostro,
saber que puedo decir que te amo
en cualquier momento o lugar.
Son las pequeñas cosas que solo yo sé,
esas son las cosas que te hacen mía
y es como estar volando sin alas,
porque tú eres mi cosa especial.
Flying Without Wings, Westlife*

Susan salió de la habitación de Diego, desorientada y buscando su teléfono celular que no había parado de sonar en los últimos cinco minutos o quizá más. Parpadeó por la luz del sol brillante que se asomaba por el ventanal de la sala, tenía que haber pasado de las dos de la tarde. Diego no la había dejado dormir hasta mucho después de haber amanecido, y la sostuvo todo el tiempo, casi en una sujeción mortal, temeroso de que ella volviera a irse.

Dormir con otro hombre, despertar en otros brazos fue extraño para ella, pero con Diego todo lo había sido, desde que lo conoció en su aula, como su estudiante. Cada vez que tenían sexo era intenso, apasionado, salvaje, algo que nunca había tenido ya que Michael siempre fue más dulce y calmado, y él jamás le mostró su naturaleza

completa como Diego sí lo hizo.

¿En qué momento él resquebró sus defensas, su alma fría y su desconfianza? ¿Por qué la idea de dejar ese apartamento y a ese hombre estaba destrozándola? Lo peor es que aunque le resultaba ilógico, él la hacía sentir segura, algo que no había experimentado desde que sus padres estuvieron vivos y era libre, sin otra responsabilidad que Sam.

Su teléfono comenzó a sonar de nuevo, y Susan parpadeó, salió de su ensoñación y caminó descalza alrededor de la sala de estar, hasta llegar a donde estaba su bolso, junto con su *jean*. Se agachó para buscar el aparato, y sus ojos cayeron en la camisa blanca que la cubría, era de Diego, la había cogido del suelo cuando la despertó el repique familiar.

—Susan Heller —respondió de inmediato, sin siquiera ver el aparato o quién llamaba.

—¡Susan, por Dios! ¿Dónde demonios estás?

Ella parpadeó y observó el teléfono.

—¿Sam? —preguntó confundida.

—¿Tienes alguna idea de qué hora es? —le reclamó furiosa—. Llegaste a mi casa con Sebastian a las seis de la tarde de ayer, dijiste que te irías solo un momento y no regresaste o llamaste de nuevo. ¡Estaba aterrorizada! Casi llamo a la policía y a los hospitales — explotó.

—Lo siento —susurró con voz compungida. Eso acalló los reclamos de Sam.

—¿Qué sucede, amor? —preguntó, preocupada—. ¿Te hizo daño? ¿Quieres que vaya a buscarte? ¿Dónde estás, Susan? ¡Iré de inmediato!

Susan sonrió orgullosa. Aún le asombraba la mujer en que su prima se había convertido, tan fuerte. No quedaban vestigios de la niña a la que había intentado proteger, o de la chica deprimida que había abandonado su casa junto a Oliver. Uno de sus principales arrepentimientos siempre sería haberla alejado de su vida, pero a menudo se preguntaba —no sin poco dolor— si fue esa separación el motivo de esa fortaleza. Quizá ella siempre le hizo más daño que

bien, y jamás se percató de ello.

—¡Susan! —escuchó que le gritaba y reaccionó.

—Estoy bien —respondió. Sam suspiró, aliviada—. Es solo que... la situación de la molécula se complicó más.

Aún no entendía la necesidad que sentía de evitar que su prima supiera de sus problemas, era como si necesitara crear un holograma, mostrarle una imagen diferente de sí misma para que no se asustara.

Tal vez fuera una cuestión de hábito, ya que siempre lo había hecho, eso era difícil de corregir, sobre todo porque, sin importar qué tan dura fuera Sam, invariablemente la vería como la niña asustada por la sombra que se reflejaba en la esquina de su cuarto cuando tenía cinco años.

—¿Sabes qué creo, Susan? Que tu hijo tiene un don —le comentó Sam—. Que no es tímido, sino que es perceptivo.

—Te estás juntando demasiado con Derek —se burló y ambas rieron.

—No estoy bromeando —continuó Sam cuando se calmaron—, él tiene una parte de su ser, su corazón, que lee las intenciones de las personas que se acercan a su lado. Por eso quiso a su tía desde que la conoció, sin importar que su madre actuara recelosa, porque sabía que yo nunca le haría daño. Igual con Christian, Oliver, Derek, todos son del sexo masculino, y ambas sabemos cómo le cuesta relajarse con ellos; pero él los aceptó desde el primer momento, como si los hubiese conocido de toda su vida.

—¿De qué estás hablando, Sam? —Le preguntó confundida.

—Que ver a Sebastian y a Diego juntos fue hermoso, Susan. Fue instantáneo, no hubo celos o dudas. Él se acercó al niño y Sebas reaccionó de inmediato, empezaron a jugar, reír y fue como nunca antes.

Susan sintió que su corazón se detenía y sonrió con suavidad.

—Es posible que no quieras confiar en tu corazón ya que muchas veces te ha llevado a lugares donde no la pasaste bien; créeme, Susan, entiendo y comparto esa decisión más de lo que alguna vez comprenderás. Pero podrías confiar en Sebas y su sensor interior, Diego no le hará daño y a ti tampoco. No todos son Michael.

—¿Cuándo te volviste tan sabelotodo? —le preguntó y la escuchó reír de nuevo.

—No lo sé, pero estoy segura de que gran parte de ello se debió a mi crianza y a una mujer asombrosa.

Susan cerró los ojos para contener las lágrimas y sonrió.

—No, tal vez te ayudó que yo no estuviera allí, y pudiste crecer —confesó su peor miedo. Sam retuvo el aliento.

—La mujer que soy, Susan, jamás podría haber existido si tú no hubieras estado en mi vida —le contestó de inmediato—. Te adoro, prima, siempre.

—Te quiero, Sam.

—Por favor sé feliz, te lo mereces. Es más, no te preocupes por Sebas, vamos a pasar el día jugando en el fuerte que construimos ayer, y te aseguro que si vienes a buscarlo antes de cumplir su fantasía estará enfurruñado. Rachel y Theo siguen en su secuestro, el cual según me enteré va bien encaminado.

—Espero que sea en setenta y dos horas, esa fue mi apuesta —comentó Susan.

—No, tengo mucha confianza en que será en cuarenta y ocho. Mucha confianza —enfaticó y ella entrecerró los ojos, eso no sonaba del todo bien—. De todas maneras, lo más seguro es que Rachel y Theo volverán en dos días.

—No estés tan segura de eso —la refutó y Sam rio.

—Vale, no estoy segura —saturizó—, pero estoy cuidando a Eve y a Liam, y Sebastian me está ayudando.

Susan entrecerró los ojos, dudaba que un niño de cinco años ayudara en esos casos.

—Sam, ¿qué...?

—Bien, seré directa ya que no lo entiendes de otra forma. Pasa unos días con Diego, alias «Molécula rebelde». —Susan rio por ese comentario—. Traten de hablar, ver si funciona. Sebas te estará esperando cuando estés lista. ¿Bien?

—No lo sé, Sam —dijo y se mordió una uña, lo cual significaba que estaba ansiosa.

—Si no apareces sabré que estás con Diego, rezaré porque así sea. Y

te dejo, cariño, Liam quiere remodelar el fuerte, está jalando el techo. Sebas quiere saludarte.

—Hola, amor —le dijo a su hijo cuando escuchó su voz, él comenzó a relatarle su día y lo emocionado que estaba del fuerte y que Sam lo iba a dejar ser el rey, y que, incluso, su tía le había improvisado una corona y la estaba usando en ese momento.

Susan sonrió durante toda la conversación y le envió miles de besos antes de despedirse, él ya estaba gritando porque iban a seguir jugando así que dejó que lo hiciera. Cuando trancó la llamada, se puso las manos sobre su cara y comenzó a llorar.

No lo escuchó, ni supo cuánto tiempo estuvo allí, oyendo su conversación, pero de repente sintió unos brazos rodear su espalda y piernas, y Diego la tomó en brazos, la llevó de nuevo a su habitación, la dejó sobre su cama y se acostó a su lado, antes de hacerla rodar y acomodarla sobre él. Susan escondió la cara sobre su cuello, y fue como si su cuerpo completo se desinflara, liberándose de años de tensión, responsabilidades y cargas.

Él acarició su cabello color miel, su espalda y besó su cabeza un par de veces.

—He avanzado un poco en mi estudio sobre los campos mórficos, aunque para probarlo tengo que ir al Polo Norte, y estoy trabajando por el permiso —dijo de la nada, y ella sonrió, y comprendió lo que estaba haciendo al empezar a hablarle sobre algo trivial—. Queremos estudiar el comportamiento de las focas, enseñarles que pueden alimentarse con un tipo de pesca distinta a la que utilizan, y si se da como quiero, otro grupo de científicos estará en otra parte del polo para comprobar si en verdad existe una transmisión mórfica en otra manada y lo imitan.

Susan se sintió más calmada, sabía que los seguidores de los campos mórficos tenían la creencia de la existencia de ondas expansivas que transmitían conocimientos a los otros seres sin tener contacto visual o de alguna otra forma. Es una de las áreas más controversiales de la biología, ella misma se declaraba incrédula al respecto ya que a todo el asunto de las energías le daba el mismo valor que a la existencia de un Dios superior, no pudiendo ser

certificado ni probado de forma científica.

—No crees en ello —indagó Diego y ella estiró su cabeza para mirarlo a los ojos, él no hizo comentario alguno sobre sus ojos rojos o nariz hinchada.

—Es un poco ambicioso presumir que el aprendizaje conseguido no es a causa de los instintos y la evolución, sino de la energía y ondas transmitidas por distintas razas. Es como la existencia de un ser superior que nos ama pero nos da un libre albedrío para que nos equivoquemos, sin otorgarnos ningún modo de protección.

Diego sonrió.

—Cuando tenía nueve años estaba paseando en bicicleta por el parque estatal Fort Harrison en Indianápolis, donde nació. Estaba a media hora de casa. En algún momento me resbalé en un pequeño precipicio que terminaba en el río, estaba muy apartado así que no había nada cerca; ni policías, ni civilización, ni amigos. Me había torcido el pie, ya que la bicicleta cayó sobre él, y no podía moverme. Una hora después había dejado de gritar y comenzó a oscurecer. Estaba aterrorizado.

Susan lo miró asombrada y su corazón se aceleró, lo imaginó como un niño perdido y asustado. No le gustó el vacío en el estómago que sintió por ello y levantó su mano para acariciar su cabello.

—Le recé a Dios que me salvara, tenía sed y solo podía gritar en mi cabeza una y otra vez que estaba allí y que necesitaba ayuda, porque ya había perdido la voz.

—¿Qué sucedió? ¿Fue la policía? —preguntó asustada.

—No, llegó Derek —respondió y sonrió con todo su cuerpo—. Era un compañero de clases que todo el mundo evitaba ya que era muy extraño, incluso yo lo hacía. Pero él apareció en el punto exacto donde me encontraba, a pesar de estar escondido, y ni siquiera me llamó por mi nombre, solo me ayudó a salir y me salvó. Y cuando le pregunté cómo supo que estaba allí, me contestó que su cabeza dolía por mis gritos y tuvo que venir a buscarme.

—Eso es ilógico —respondió aturdida.

—Con Derek muchas cosas lo son. Pero descartando el hecho de que él me hubiese seguido y visto sufrir por horas antes de

rescatarme porque era un psicótico desde sus nueve años, lo cual al conocerlo descubres que es imposible, queda que hay algo más entre nosotros que solo evolución y ciencia.

—Instinto —susurró ella.

—¿Qué necesidad arraigada en su ser tenía para salvarme? No me conocía. —Suspiró hondo—. No puedo cambiar las creencias de nadie, son sus decisiones; puedes pasar toda tu vida sintiendo que estás en control y que todo tiene sentido en el pequeño mundo que es la ciencia, solo que no es cierto. Hay literalmente un gran universo afuera que no hemos descubierto, ni siquiera empezado a investigar; y a lo largo de la vida pasan cosas que son catalogadas como: «asombroso», «instinto», «magia», «religión», «fe»; todos con distintos nombres pero con un mismo significado, un punto de convergencia donde la razón y la ciencia no pueden llegar para explicarlo todo. Eso es lo que creo y lo que quiero empezar a probar, porque sé que demostrarlo por completo será imposible.

Ella parpadeó y bajó su mirada hacia su pecho desnudo, antes de comenzar a acariciarlo.

—Cuando te vi por primera vez —continuó y ella lo miró de nuevo —, fuiste magia para mí. He conocido miles de mujeres, he estado con varias de ellas, he tenido relaciones, romances, noviazgos, todo. Pero después te vi frente al salón de clases, y desde ese día te convertiste en la convergencia entre lo que creía ser y lo que es. Yo profesaba haber entendido la belleza, el reto, el deseo y el amor, pero descubrí que no lo había hecho, porque no te había conocido.

Susan parpadeó un par de veces, y elevó la cabeza para besarlo con suavidad, nadie jamás le había dicho algo así, y a pesar de que en otra oportunidad lo habría tomado como una frase cliché para ligar, esta vez no, porque lo vio a sus ojos y supo que era sincero y, para ser honesta, ella sentía lo mismo por él.

—Eso que dijiste sobre querer tener el control y soñar con que su pequeño mundo fuera perfecto, cero caos, cero conflicto, solo lógica y ciencia, eso fui yo. Desde que era niña me hice cargo de Sam, y no me arrepiento, nunca lo haré; ella me necesitaba, a mi madre no le agradaba, y mi padre era muy duro con ella. Después murieron y yo

me encargué de todo. —Suspiró con tristeza—. Cuidar de ella se volvió mi trabajo, sonreírle, atenderla, hacerla feliz y nunca mostrarle que tenía miedo, más bien hacerle ver que todo era perfecto. Me acostumbré a que mi vida fuera así, fingir, aparentar. Después llegó Michael y lo amé ciegamente, parecía un hombre perfecto, y esa idealización se sumó a los otros frentes de mi vida; porque es cierto, yo sentía que mientras todo fuera pura «excelencia», más control tenía sobre mi vida y la de los demás, por tanto no habría posibilidad alguna de equivocarme.

—¿Y fue así Michael? —le preguntó sin dejar de acariciar su cabello.

—Al principio lo creí. Pero no lo fue en verdad. Seguí tomando la responsabilidad de todo, trabajaba de más para pagar las deudas, ya que en su trabajo no tenía buena paga, y esa falta de ayuda económica tampoco la compensó en otras áreas; era siempre yo la que tenía que atender la casa y preocuparme por mi prima que cada vez estaba más y más deprimida. Tenía miles de problemas sin resolver en mi cabeza y sentía la presión constante de que, si no lograba resolver uno de ellos, caerían todos sobre mí como una avalancha; sin embargo, empezaron a caer de igual forma, porque jamás tuve el control. Sam se fue de la casa, Michael comenzó a distanciarse cada vez más; mi vida perfecta se desmoronaba frente a mis ojos y la única que no se daba cuenta era yo. Después decidí embarazarme.

Diego la abrazó y ella suspiró hondo para tranquilizarse, inhaló una y otra vez en su cuello, para concentrarse en él y en la estabilidad que le ofrecía en ese instante.

—Creí que el niño solucionaría alguno de los problemas que se estaban filtrando en mi mundo perfecto, me apoyé en esa idea porque yo no sabía cómo enfrentarlos, menos cómo solucionarlos. También quería mantener a Michael a mi lado, porque en el fondo sabía que en cualquier momento se iría, y deseaba lo que Sam me ofrecía: la necesidad de controlarla para sentir que todo iba bien. Fui una idiota, aunque sin importar las razones que me llevaron a tenerlo, no me arrepiento. Sebastian es el centro de mi universo, lo

adoro con mi alma y no imagino mi vida sin él.

—Entiendo.

—No, déjame terminar, la razón por la que me preocupo tanto por su bienestar es porque su padre lo único que le dio fue su apellido, así que no cuenta con una figura paterna, ahora está Oliver, su tío, aunque imagino que eso cambiará cuando tenga su propia familia, Sebastian es extremadamente tímido y como vivo pensando en que quizá me equivoqué tanto con él, lo sobreprotejo.

—Susan —la interrumpió nuevamente y la giró para que quedara de espaldas en la cama, se acomodó sobre ella—. Ese niño es maravilloso, no has hecho nada mal, ríe feliz, es muy inteligente, educado. Me tuvo conquistado todo el tiempo.

—Me asombra que hubiera actuado así, que haya confiado en ti de inmediato.

—Quiero conocerlo mejor —le informó y ella se tensó, intentó mantener su cara plana para que Diego no se diera cuenta, pero fue en vano, porque la forma en que él entrecerró los ojos le demostró que la había notado—. Corrígeme si me equivoco, pero te estabas abriendo a mí, pensé que habías decidido intentarlo conmigo, ¿o es que esto solo fue un capricho y un desahogo? Te lo dije, Susan, ya no voy a ser un secreto.

Se apartó de ella, se sentó en el borde de la cama, y apoyó los codos sobre sus rodillas y sus manos sobre su cara.

Susan se sentó sobre sus talones, miró su espalda y parpadeó, aturdida, las palabras de Sam retumbaron en sus oídos, y decidió dejarlo entrar. Diego no era Michael. Y más importante, ella no era quien fue seis años atrás, ya no quería la perfección. Se acercó hacia él, deslizó las manos por su cintura hasta abrazar su estómago y apoyó la mejilla sobre su hombro.

—Solo no nos hagas daño, Diego —rogó—, la última vez que confié en un hombre, destrocé a mi familia, e incluso me perdí a mí misma.

Él la giró para besarla en los labios.

—Te demostraré que puedes confiar en mí, solo no me apartes. Déjame entrar.

Ella asintió, aterrorizada pero decidida. Ambos se abrazaron por

mucho tiempo, solo relajados con el silencio y sus respiraciones.

AL DÍA SIGUIENTE, ambos se encontraban sentados frente al desayunador. Había sido irresponsable y desvergonzada. Llamó a Sam la noche anterior para chequear a Sebastian y su prima sonó más que un poco satisfecha consigo misma porque Susan le había hecho caso y se quedó con Diego.

—Podemos usar tu carro —le dijo Diego por enésima vez, ansioso por ir a buscar a Sebastian para disfrutar del día de campo que habían planeado desde que despertaron—, después me regreso en un taxi.

—Pero es más cómodo si llevas tu vehículo —refutó ella de nuevo—. Llegamos a mi casa, me cambio y salimos en el tuyo a buscar a Sebastian.

—Si lo haces me quitas la visión de mi camisa en tu cuerpo, eso es un placer que ansío seguir teniendo.

Susan rio y puso los ojos en blanco, pero después cedió, si el hombre tenía algo con verla usando sus camisas, estaba bien con eso.

Unos diez minutos más tarde se montaron en el vehículo de Susan, ella le dio las llaves para que manejara, así revisaba los correos de la universidad y los mensajes que había dejado de contestar en esos días.

—Estoy necesitado de atención —dijo Diego y le sonrió con picardía antes de tomar su teléfono y lanzarlo al asiento trasero.

—¡Diego! —se quejó, y lo miró con un fingido ceño fruncido, antes de quitarse el cinturón para saltar a los asientos traseros.

—Lee eso después, cuéntame cosas de Sebastian. Es nuestro día de campo —le pidió y ella aceptó, antes de volver a acomodarse en el asiento y girar a buscar el cinturón de seguridad.

—¡Susan! —lo escuchó gritar, la empujó contra el asiento y la sujetó con su brazo libre, antes de sentir el impacto del choque. Su cuerpo se precipitó hacia adelante y su cabeza golpeó el vidrio del parabrisas.

Recibieron otro golpe por el asiento del conductor y su cuerpo se

impulsó hacia el lado derecho, aporreando la puerta del copiloto y su cabeza volvió a impactar con la ventana de la puerta, cuarteándolo. Algo se clavó en su costilla, no podía moverla y sentía un dolor sordo en la parte inferior de su cuerpo.

—Diego —susurró aturdida, su cabeza parecía de gelatina y le costaba respirar—. Diego —repitió. Con gran esfuerzo giró la cabeza (lo único que podía mover), hacia el hombre, había mucha sangre, su cabeza caía sobre un lado, de una forma no natural.

Abrió los labios para gritar, pero no pudo pronunciar palabra, deseó decirle que lo amaba, y agradecerle porque le regaló un día donde fue libre, pero su visión se volvió oscura y comenzó a perderse en la inconsciencia. Pensó en Sebastian, en Samantha, e intentó mantenerse consciente, ellos la necesitaban, ella tenía que luchar por ambos, sin embargo, no pudo evitarlo más. Se desvaneció y por fin dejó de sentir dolor.

Capítulo 7

*Vivimos y morimos
como fuegos artificiales
y nuestro legado se esconde en las brasas.
Alejamos la oscuridad como fuegos artificiales
competimos contra las estrellas con todo nuestro corazón,
hasta que nuestra brillantez temporal se vuelve ceniza.
Nosotros apartamos la oscuridad mientras podemos.
In the Embers, Sleeping at Last*

Oliver y Christian estaban en la columna más apartada de gente que estaba en el parque, el vuelo que los trajo a Chicago se había retrasado, por tanto les fue imposible llegar antes. La mirada de Oliver no se apartaba de las dos personas que estaban en la fila principal. Era la primera vez en nueve meses que estaba tan cerca de Samantha, pero jamás creyó que la volvería a ver en estas circunstancias.

Recordó cómo Alexa lo había despertado un día y medio atrás gritándole, entre lágrimas y sollozos, que tenía que regresar a Chicago. Muy pocas veces había escuchado a su amiga expresarse de esa manera, temió que algo grave hubiese sucedido, lo cual fue el caso. Miró los alrededores del cementerio Graceland y se estremeció, a pesar de que el aura que rodeaba las instalaciones era pacífica, y contribuía a ese estado el sonido de las corrientes del lago que lo bordeaba.

Se concentró en el pequeño grupo de asistentes, transitó por cada uno con la mirada reconociendo a la mayoría de los presentes.

Michael no estaba con ellos, tampoco Ethan.

El ataúd estaba preparado y en pocos minutos más lo bajarían, el pastor estaba dando un pequeño discurso. Volvió su atención a la primera fila, donde estaban Samantha y Sebastian y se preguntó de nuevo cómo una mujer tan llena de vida como Susan había muerto. ¿Cómo podría haber sucedido eso? ¿Qué pasaría con Sebastian?

Samantha no miraba a nadie, sus expresión perdida estaba fija en la tumba de su prima, se veía como ausente del planeta; usaba un vestido negro sencillo y cubierto con un suéter del mismo color, llevaba su cabello rojo recogido en una coleta alta y la rodeaba la tristeza mientras apretaba con fuerza la pequeña mano de Sebastian. Este parecía confundido y triste mientras chupaba con insistencia el pulgar, más retraído que nunca.

Por un instante se cuestionó si había sido una buena idea hacerlo pasar por todo eso, pero de inmediato recordó todas sus conversaciones con Samantha sobre sus padres y cómo ella le confesó que habría deseado despedirse de ellos, así fuera en su tumba, y que no haber podido decirles adiós era un vacío que jamás la había abandonado.

Unos minutos después el hombre terminó su discurso, bajaron el ataúd a la tumba y cada persona presente arrojó una rosa a modo de despedida. A él se le formó un nudo en el estómago al ver a Samantha y a Sebastian caminar de la mano hasta el borde.

Cuando se detuvieron ella se puso en cuclillas a la altura del pequeño y le habló al oído. Oliver lo vio asentir y sacar un papel doblado del bolso que le ofrecía Samantha. Cuando lo abrieron se dio cuenta que era un dibujo, le dieron un beso al papel y lo arrojaron dentro del foso.

Ella tomó al niño en brazos y se alejó unos pasos sin dejar de acariciar su espalda. Muchos se acercaron a presentar sus respetos, pero ella estaba ausente, concentrada en Sebastian. Alguien lo abrazó y Oliver desvió su atención hacia Alexa.

—¿Por qué tardaron tanto? —le preguntó contra su pecho.

—Lo siento, no encontramos un vuelo antes. —Ella asintió entre sus brazos y él vio a Christian acercarse a Samantha y abrazarla—.

¿Cómo está?

—Casi no ha llorado. Quizá está siendo fuerte por Sebastian y por todos los trámites que ha tenido que hacer.

Él asintió y se separó de ella justo cuando Christian tomó a Sebastian en sus brazos. Caminó hacia donde se encontraba y, cuando iba a mitad de camino, ella alzó la cabeza y lo vio con una expresión de alivio tal que le hizo fruncir el ceño. Sus labios se movieron como si estuviese susurrando su nombre, y él aceleró los pasos para llegar a su lado, a la vez que ella se lanzó a sus brazos y lo abrazó del cuello. Sintió que temblaba por lo que la sujetó con mayor fuerza.

—Sácala de aquí. —Giró al escuchar a Lucas pronunciar esas palabras y vio que le señalaba un vehículo con chofer—. Nosotros nos encargaremos de Sebastian—dijo y tomó al niño de los brazos de Christian.

Oliver, aún con Samantha anclada entre sus brazos, acarició la mejilla del niño, antes de besar su frente.

—Hola, campeón —saludó. Sebastian alzó la mirada y lo reconoció, aunque no habló ni le brindó una sonrisa, solo lo miró con expresión triste.

Vio a Lucas alejarse junto con Alexa e intercambió una mirada larga con Christian. Él los estudió a ambos, apretó los labios en una línea fina y asintió, antes de dirigirse hacia el vehículo que habían alquilado al llegar a Chicago.

Cuando todos los asistentes se alejaron, junto con el maestro de ceremonia, ella se apartó de sus brazos, caminó hacia la tumba y tomó un poco de tierra húmeda en su mano derecha, antes de arrodillarse frente al montículo de arena.

—Te prometo que cuidaré a tu hijo como tú hiciste conmigo. Siempre.

Oliver apretó las manos en puños, impotente ya que no había nada que pudiera hacer para mejorarlo. La vio temblar y corrió hacia ella, deslizó sus manos por su espalda y piernas y la tomó en brazos, para caminar hacia el vehículo alquilado. Ella lo abrazó de inmediato y apoyó su cabeza en su cuello, humedeciéndolo con sus lágrimas.

Entrar en la limusina fue dificultoso, pero rechazó liberarla, es por lo que Samantha quedó sentada en su regazo, su cara sobre su hombro, sus sollozos más desgarradores. Oliver subió la separación entre el conductor y ellos.

—Lo siento tanto, Samantha —le susurró mientras acariciaba su espalda y ella asintió sin dejar de abrazar su cuello, ya temblaba sin control.

Él comenzó a balancearla, en una forma de consuelo, sintiéndose aún más inútil y como un completo bastardo, ya que mientras ella lloraba por su prima, él estaba disfrutando de volver a tenerla en sus brazos, sentir la suavidad de su piel, su olor y su calidez que lo volvía loco. Era el paraíso. Sin siquiera pensarlo, colocó una mano en su barbilla y la guió para besar sus labios, sus propias mejillas humedeciéndose por las lágrimas de Sam.

Samantha se tensó y Oliver maldijo en su cabeza, pero no pudo detenerse, ansiaba la conexión física que ella podía darle, en especial después de todo lo que había sucedido. Creyó que lo empujaría o golpearía, en cambio se entregó a él.

Si él tuviera moral la habría apartado, ya que sabía que se estaba aprovechando cuando ella era vulnerable, y que Samantha solo quería sentirse bien momentáneamente; pero Oliver no tenía ni una pizca de ello, así que en respuesta la tomó de sus caderas, la alzó para que se colocara a horcajadas y la besó de lleno, de forma apasionada, introdujo su lengua y rodeó su boca como siempre había preferido, en un acto de posesión. La escuchó gemir mientras apretaba su cabello en un agarre mortal.

El besó duró solo unos segundos. Cuando comenzó a aminorar, Oliver limpió los restos de lágrimas en sus mejillas. Sam parpadeó, lo miró y una expresión de horror invadió sus facciones.

—Lo siento, no debí hacer esto —balbuceó ella e intentó apartarse, pero él no se lo permitió, más bien apretó una mano en su muslo cubierto por unas medias negras, ya que el vestido se había subido a sus caderas cuando empezaron a besarse.

—Fue mi culpa, y desde ahora me portaré bien —le prometió, acariciando su mejilla—. Bueno, lo mejor que pueda, no se le puede

pedir peras al olmo —se jugó. Ella asintió y se movió para cambiar de posición. Oliver permitió que se apartara, aunque no la dejó salir de su regazo, y Samantha terminó sentada en su falda con sus piernas sobre el cojín y su espalda apoyada contra la puerta.

—¿Cómo sucedió? —le preguntó entonces, acarició su coleta y deslizó su mano por su brazo y cintura, no podía dejar de tocarla—. Alexa solo nos dijo que fue un accidente y que había muerto.

La sintió estremecerse de nuevo y se maldijo por su falta de tacto.

—Fue un accidente múltiple en la autopista, fueron quince vehículos en total, hubo cinco muertos y más de quince heridos. Al parecer, uno de los conductores en el carril del medio tuvo un fallo técnico en el carro e impactó contra otro, según el reporte de la policía la velocidad y lo intempestivo del acto causó que fueran golpeando uno contra otro. Nos dijeron que ella y que Diego... —tragó grueso—, que fue instantáneo.

Oliver deslizó un brazo por su cintura, y la apretó contra su cuerpo.

—¿Diego? —preguntó confundido.

—¿La cita a ciegas? —le inquirió—. Te conté que era amigo de Derek, Susan y él estaban viéndose, desde meses atrás. Y estuvieron esos últimos dos días juntos. Yo fui la que le insistí que lo intentara y ahora se han ido —se detuvo ahogada y él apretó su sujeción—. Tuve que ir sola a identificar su cadáver y el de Diego, tuve que llamar a Derek para darle la noticia justo antes de que la policía llamara a su familia, y fue terrible porque era como si ya lo supiera, estaba desconsolado. —Negó con la cabeza—. Lucas me ayudó con el papeleo, ya que él lo había hecho antes con su esposa, y un tiempo después llegó Derek.

—¿Dónde está él? —preguntó, ya que no vio a nadie junto a ella y dudaba de que él la hubiese dejado sola con Oliver si estuviese allí.

—Llegó ayer con la mamá de Diego, tenían que trasladar el cuerpo a Indianápolis, donde lo van a enterrar en el panteón familiar. —Negó con la cabeza y suspiró—. Él quería estar aquí conmigo, pero le pedí que se fuera con ella, porque iba a enterrar a su único hijo y lo necesitaba, estaba angustiada, además él tenía que despedirse también, fue su mejor amigo, y yo contaba con muchas personas que

me acompañarían.

«Bien», repitió y se maldijo por agradecer de alguna forma la muerte de alguien más para sacarlo de escena.

—No estaba usando cinturón de seguridad —confesó Samantha y él frunció el ceño.

—¿Qué?

—Susan siempre lo usaba. Incluso por años no arrancó el vehículo hasta que yo no lo tuviese puesto, ¿por qué ahora no lo estaba usando? ¿Habría cambiado algo si lo hubiese hecho? ¿No estaría muerta? ¿Qué va a suceder ahora con Sebastian? —Empezó a llorar de nuevo y él la abrazó más fuerte—. No ha vuelto a hablar desde que conversé con él y le dije que Susan ya no estaría con nosotros, que estaría en el cielo. Él había avanzado tanto y ahora todo se arruinó —se atragantó y él la miró preocupado.

—Volverá a estar bien de nuevo —prometió y la sintió negar con la cabeza.

—No, no lo estará, Oliver —respondió con tono amargo y profundo. Él parpadeó y acarició su mejilla, la pérdida se sentía de forma opresiva en el aire.

No hablaron más durante todo el camino, él la abrazó y acarició su espalda, y ella lloró por otro rato, hasta que empezaron a acercarse a la casa de Susan, allí ella retomó la actitud serena y perdida que tuvo durante el sepelio. Cuando se estacionaron frente a la casa de Susan, ambos se estremecieron al mismo tiempo, aunque imaginaba que por motivos distintos, en su caso era porque él odiaba esa casa.

La sala principal de la casa ya estaba llena de gente, algunos estuvieron en el funeral, otros no, y vio a Rachel y a Alexa en control de todo a su alrededor, actuaban como anfitrionas, a la vez que controlaban el flujo de la comida.

Samantha comenzó a hablar con una señora mayor que le estaba contando algo sobre Susan y él giró para buscar a Sebastian, lo encontró sentado en el sofá, se le veía tan perdido que le apretó el alma; frunció el ceño al comprender que estaba sentado al lado de Ethan.

—Bambi —escuchó la voz de Christian. Al girar los vio abrazarse,

era enfermizo, el hombre tenía una prometida en Londres, y le había dejado claro que su interés sobre Samantha no era amoroso, pero igual se llenaba de furia y celos cuando los veía juntos—. Siento no haber llegado a tiempo.

—Está bien, gracias por estar aquí —susurró y vio a Christian posar sus manos en su cara.

—Bianca te envía su pésame, a ella le es difícil volver a pisar Chicago.

—Chris —lo detuvo con dos dedos en sus labios—. Lo sé, ni te preocupes por ello, dile que gracias por preocuparse.

—Ella deseaba estar aquí.

—Lo entiendo. —Se miraron por un par de segundos.

Oliver frunció el ceño al verlos y comprendió la raíz de su cólera: era la intimidad, parecía que hablaban en clave y que compartían un mundo privado que él jamás pisaría.

—¿Sabes quién era la abogada de Susan? —le preguntó un segundo después. Samantha lo miró interrogante—. Ya sabes cómo soy, me encanta conocer esas cosas. ¿Quién es? —insistió. Miró a Oliver y él se tensó, en esos meses que tenían trabajando juntos, él aprendió a conocer esa expresión, era la típica de Christian cuándo iba en busca de algo, también sumó el comportamiento del abogado, que desde que se enteró de la muerte de Susan, estaba más tenso de lo normal.

Cuando Samantha le señaló a la castaña que estaba cerca de la puerta giratoria de la cocina, Christian caminó hacia ella sin decir otra palabra.

—Le pedí a Theo que fuera a buscar ropa para los niños y para mí —comentó Rachel, acercándose hacia ellos.

—Nunca te pregunté qué pasó con ustedes, ¿funcionó?

—Estamos juntos —le confesó y sonrió con suavidad.

Samantha lo hizo a su vez, aunque fue solo un gesto, sin mostrar sus dientes.

—Fue Derek quien ganó la apuesta, ¿verdad? —comentó sin la emoción con la que había hablado sobre ellos en días anteriores.

—Teníamos planes de hacer trampa para que ganaras tú, lo prometo, pero después Alexa nos llamó y salimos corriendo de la

cabaña —comentó la pelinegra antes de que sus ojos se humedecieran.

—Creo que deberías mudarte con Theo, como estoy segura planearon desde el principio —confesó—, yo me trasladaré aquí con Sebastian, no quiero sacarlo de su entorno, y ustedes tienen derecho a comenzar a vivir sus vidas.

—No puedo dejarte sola, Sam —le refutó Rachel.

—Yo estaré con ella —sentenció Oliver.

Ninguno de los tres supo quién estaba más sorprendido sobre esa declaración, aunque no había razón, porque jamás la dejaría pasar por esto sola.

—Estaré aquí por todo el tiempo que me necesites —repitió y besó su frente, antes de alejarse. Caminó hacia donde estaban Ethan y Sebastian, tomó al niño en brazos y sonrió al sentir que lo abrazaba con aire tímido.

—Hola, Ethan —lo saludó y el hombre asintió penoso—. ¿Viniste solo?

—Sí —respondió aún más avergonzado. Maldijo a su hermano y a su madrastra por faltar, aunque también lo agradeció, no podría soportar ver a Michael en estos momentos—. Susan siempre fue una muy buena muchacha. No merecía morir tan pronto.

Oliver asintió y colocó una mano sobre su hombro, y se sorprendió ya que era la primera vez que tenía un gesto tal con su padre. Ethan lo miró con agradecimiento. Se despidió con un movimiento de cabeza y se dirigió hacia la cocina, con el niño en brazos.

Cerró la puerta giratoria cuando entraron y sentó a Sebastian en el mostrador, se agachó para verlo a los ojos.

—¿Tienes hambre? —le preguntó tenso, ya que ese silencio no era natural. Sebastian tendía a contarle todo lo que sucedía cada vez que conversaban. Lo vio negar con la cabeza.

Lo dejó sentado mientras pensaba qué podría hacer, recordó que su sobrino tenía la misma fascinación por el chocolate que Samantha, así que comenzó a abrir cajones. Encontró unas galletas de chocolate y las tomó, después se dirigió a la nevera y sacó la leche, sirvió dos vasos y se acercó al niño, quien al ver las galletas le brillaron los ojos.

Le dio una y lo observó comer en silencio. Arrastró una de las sillas de madera de la mesa de comedor y se sentó a su lado.

Ambos comieron las galletas y tomaron la leche en silencio. Oliver se preguntó una y otra vez cómo ese niño volvería a ser feliz. Y cuándo volvería a hablar.

—¿Cuándo volverá mami del cielo? —escuchó a Sebastian preguntar.

Subió su mano izquierda y acomodó su cabello hacia atrás.

—No lo hará —respondió y se maldijo cuando vio a Sebastian arrugar su cara como si fuera a llorar. Se levantó del asiento y dejó los vasos en la encimera, antes de afirmar el rostro del niño con sus manos para obligarlo a prestarle atención—. Pero te cuidará desde donde está, y te querrá siempre. Así como te queremos nosotros.

—Eso mismo dijo tita —murmuró el niño y bajó la mirada.

—Porque es la verdad. Ahora tu mamá te cuidará desde el cielo, y nosotros lo haremos aquí.

Sebastian asintió y se abalanzó hacia él, para abrazarlo y llorar un poco, así que Oliver lo sentó en su regazo.

—¿Quieres otra galleta? —le preguntó unos minutos más tarde.

—Sí —respondió y Oliver se la entregó aliviado porque, aunque sus ojos seguían rojos, había dejado de llorar.

Poco después Nella entró a la cocina, lo miró y lo abrazó con libertad, con Sebastian entre ellos.

—Hola, padrino.

—Hola, hermosa —le sonrió y miró a su sobrino—. Sebas, ¿quieres ir a jugar con Nella? —preguntó.

—¡Sí, Sebas! ¡Vamos! —le dijo animada y el niño asintió, pero antes de bajarse del regazo de Oliver lo abrazó de nuevo.

Él sonrió al verlos correr hacia el patio.

Comenzó a arreglar las cosas que había usado cuando escuchó el golpe de la puerta giratoria. Se viró y encontró a Christian con expresión furiosa y preocupada.

—¿Christian?

—¡Maldita sea! —gruñó el abogado antes de acercarse a una pared y golpearla con saña.

Oliver se tensó y se acercó a él.

—¿Qué carajos sucede ahora? —espetó y caminó hacia la puerta giratoria, ansioso por saber si Samantha estaba bien.

—Susan no hizo testamento —le respondió y Oliver se paralizó—. Lo acabo de confirmar con su abogada, ella no hizo nada, imagino que la razón fue porque estaba peleada con Sam, pero esto nos deja jodidos.

Oliver arrugó el ceño y consideró sus palabras, hasta que por fin lo entendió. Y cuando lo hizo, volvió a palidecer.

—No. ¡Joder, no! —gritó y tomó una silla para lanzarla contra la misma pared que Christian había golpeado. Justo en ese momento, Samantha entró en la cocina, aturdida.

—¿Qué está sucediendo? ¿Por qué están gritando? —Ella los miró, pero Oliver no quiso mirarla de vuelta—. ¿Están peleando? Este no es el momento ni el lugar —los reprendió como a dos niños.

—No es eso, Bambi —la interrumpió Christian. Samantha lo miró e iba a hablar, pero se detuvo, el temor invadió su cara.

—¿Chris, qué está sucediendo? —De nuevo, la idea de la intimidad volvió a torturar a Oliver, pero solo por un momento, porque los celos desaparecieron cuando el terror lo invadió todo—. Háblame.

—Susan no hizo testamento —Samantha frunció el ceño—, Martha me lo confirmó, eso significa que no podrías...

—No me importan las cosas —le atajó—, todo es de Sebastian, sé que un fideicomiso testamentario sería lo adecuado, pero igual yo podría formar uno a su favor.

—No, Sam. No estoy hablando de las cosas materiales.

Ella lo miró confundida por un segundo pero después lo entendió, como Oliver lo había hecho a su vez.

—No —jadeó sin voz.

—Eras solo la prima de Susan y Sebastian tiene un padre vivo.

Ella gimió y pareció que fuera a desvanecerse. Oliver la atrapó y la atrajo a su cuerpo.

—No —dijo en un susurro—. Ese niño no puede ir a un hogar donde no lo quieren. Jamás lo permitiré.

—No lo permitiremos —repitió Oliver, abrazándola—. ¿Verdad,

Christian?

El abogado asintió, su cara llena de resolución.

—Hablé con Martha, mañana a primera hora introduciremos una medida cautelar para que tengas la custodia provisional, ya que Sebastian no ha vivido Michael, ni lo conoce, y así evitaremos que lo tome Seguridad Social, hasta que el Juez decida. —Se acercó a Samantha y tomó su barbilla—. Te prometo que nadie te quitará a tu sobrino.

Ella asintió un poco perdida y abrazó a Christian, Oliver la dejó ir, y salió de la cocina, se sentía desconcertado y también un poco desesperado.

Él no había considerado eso, y la simple idea de que ese niño, inocente, tímido y tan maravilloso, fuera a parar a la casa de un padre tan irresponsable le causó arcadas. Se acercó a Ethan, sin ningún control, lo tomó del brazo y lo llevó a una esquina apartada.

—¿Qué sucede, Oliver? —le preguntó Ethan, confundido.

—Necesito ayuda —pidió sin importarle que le fue enseñado nunca ofrecerle al enemigo algo con que dañarlo.

—¿Qué?

—Michael no puede quedarse con Sebastian, Ethan. Si vale de algo todo lo que me dijiste en nuestra última conversación, si entendiste tu mierda con tu nieto, no puedes permitir que ese niño pase por lo que ustedes me hicieron pasar a mí.

Ethan palideció.

—Yo ya había pensado sobre ello —le confesó su padre y Oliver quiso maldecir al cielo y a todo el universo.

Él, quien todo lo preveía, que no le gustaba que nada lo tomara con la guardia baja, no había considerado que su sobrino tenía un padre y que este tenía la obligación de cuidarlo si la madre no estaba. «¡Era mejor que tiraran al maldito niño con las hienas, joder! ¡Tendrían mejores instintos paternales que el condenado de Michael!».

—Yo le avisé a Michael sobre Susan cuando lo leí en el periódico, y no quiso venir, ni siquiera pensó en su hijo. Quizá no le interese, nunca le ha importado antes.

—Eso no es suficiente —gruñó Oliver y apretó las manos en puños.

—Hablaré con él, le diré que es conveniente que Sam tenga la custodia. —Ahora fue el turno de su padre de poner la mano sobre su hombro, se tensó por ese simple gesto, por lo que la retiró de inmediato—. Lo prometo, lo haré.

Oliver asintió. Deseaba tener el control, pero esto no era su empresa, y no era una cuestión de dinero o estatus. Era su hermano quien podría cagar la vida de un niño al que quería, y que Samantha jamás se perdonaría si eso sucedía, porque le había prometido a su prima que lo protegería con su vida.

La vio salir de la cocina y se apresuró hacia ella, la tomó por su cintura y la sintió agarrotada contra sus brazos. Pasó todo el tiempo a su lado, aterrorizado por la posibilidad de que se hundiera de nuevo, como en el cementerio, pero no lo hizo; se mantuvo erguida y firme, asentía y respondía, aunque él la conocía, era una simple fachada.

Poco a poco la gente se fue retirando, y él supo que tenía que imitarlos, sin embargo no lo hizo. Christian junto a Rachel lo esperaron hasta el último momento, pero al final se rindieron y se encaminaron a la salida, no sin antes pedirles que los llamaran si los necesitaban. Oliver sacó la maleta del auto antes de que Christian se fuera, y después se concentró en ayudar a lavar los platos y acomodar la casa, mientras Samantha atendía a Sebastian.

Cuando terminó, vio los alrededores de la cocina, la puerta cerrada que iba hacia el sótano, y de nuevo lo invadió la sensación de que odiaba esa casa, no solo por lo que sucedió en ella, sino porque de alguna forma, sin importar el tiempo que pasara, aún seguía viendo a Michael en cada rincón.

Apagó todas las luces y caminó hacia la pequeña habitación de la planta baja, Samantha le había dado permiso para que la usara, había sido la suya cuando vivió allí.

Tomó un baño, luego se puso un pantalón de pijama y una franelilla. Se acostó en la cama, pero no pudo relajarse o dormir, se sentía intranquilo. Salió del cuarto y entró al de Sebastian para verificar que todo estuviera bien, frunció el ceño al no encontrarlo allí.

Caminó hacia la habitación principal porque observó una luz

saliendo de la rejilla de la puerta y cuando la abrió se quedó paralizado al verlos a ambos: Sebastian ya estaba dormido, Samantha estaba acostada a su lado, por un instante también creyó que dormía, pero notó que sus ojos estaban abiertos. Ella giró su cabeza y lo miró en el portal.

—Solo quería saber que estaban bien —le susurró Oliver para que Sebastian no se despertara. Se giró para irse y dejarlos solos, aunque añorara estar en esa cama.

—No te vayas —le rogó ella y él se detuvo—. Por favor —susurró y él cerró la puerta y se acercó a la cama. Ella se movió para pegarse al niño y apartó la sábana que cubría su espalda, a fin de mostrarle lo que deseaba.

Oliver suspiró hondo y se metió en la cama, apagó la pequeña lámpara que había quedado encendida a su lado, se pegó a Samantha hasta que su espalda quedó contra su pecho, deslizó una mano para abrazar su cintura y la sintió temblar. Por unos minutos, ninguno habló.

—¿Te costó dormirlo? —preguntó él, por fin.

—Al principio, hasta que le propuse que pernoctáramos aquí. Sabía que esto le ayudaría, y quiero que descanse. Ayer durmió en la sala, con su cabeza en mi regazo. —Ella tembló—. No sé qué haré si me quitan a Sebastian. Se lo prometí...

—Eso no va a ocurrir —la cortó y la sintió asentir. Ansiaba que se girara y lo besara de nuevo, pero a su vez no quería que lo hiciera, se sentía cómodo al tenerla contra él.

—Aún espero que aparezca y diga que todo es mentira —le confesó Samantha—. Nada más tiene sentido, solo la sensación de quererla aquí. Estoy esperando que me golpee la idea de que ella ya no está y que no tengo familia.

—Claro que la tienes: él es tu familia —le indicó y acarició el estómago de Sebastian antes de abrazarlo—. Yo también soy tu familia. Siempre lo seré.

Ella asintió.

—Gracias por estar aquí, Oliver —le susurró y movió su mano hasta posarla sobre la suya, abrazando a Sebastian a su vez.

Oliver besó su sien y se acomodó para dormir, su último pensamiento antes de caer en la inconsciencia fue que ella no tenía que agradecerle nada, ese era el sitio donde quería estar y no permitiría que nadie lo quitara de su lugar.

Capítulo 8

*¿Te molestaría si te hiero?
Entiende que lo necesito,
desearía tener otras opciones
que hacerle daño a la persona que amo.
¡¿Qué has hecho ahora?!*

What Have You Done Now?, Within Temptation, ft. Keith Caputo

Oliver cerró la portátil y con ello su vida en Londres, que cada día presionaba más para que regresara a ocuparse de ella. Salió de la habitación hacia el patio, donde Sebastian ya lo estaba esperando. En las dos semanas que habían pasado desde la muerte de Susan, el pesar aún estaba en el ambiente, pero Sebas parecía un poco mejor, lo cual se debía principalmente a la forma en que Samantha había continuado con su rutina, con algunas variaciones, entre ellas Nella y él. Cada día lo llevaban a casa de Alexa para que jugara un rato con la niña, ya que parecía animarlo y por las noches, luego de hacer los deberes de la escuela, él tendía a agotarlo, inventando juegos como fútbol, saltos o cualquier otra cosa para que pudiera dormir con tranquilidad.

Hasta el momento lo más complicado habían sido los fines de semana, allí Sebas parecía más perdido, quizá esperando que su madre llegara para dar fin a las vacaciones.

Sin importar cuántas veces sucediera, cada vez que lo veía así se le partía el corazón.

Oliver había aprovechado esos días para visitar su empresa, estudiar su funcionamiento y liquidez. Habían pasado seis años

desde que dejó de ser su director, y nueve meses desde que no dirigía ninguna rama de esa constructora, y debía familiarizarse de nuevo con el negocio, a pesar de no poder decir en público que le pertenecía, al menos no hasta que firmaran la escisión que, como todo lo demás que había dejado pendiente de su vida, lo esperaba en Londres. Cada día se repetía que debía regresar porque no podía seguir arriesgándose a quedarse sin nada, pero siempre se prometía «un día más», lo cierto era que no quería abandonarlos.

La única que sabía de su retorno como presidente de Aldrich-Millicent Chicago era Alexa, que, como predijo, después de pelearle por diez minutos estuvo radiante de felicidad porque volverían a ser equipo y no tendría que trabajar con Lucas.

Llegó al patio y comenzó a lanzar la pelota con un Sebastian activo y sonriente, mientras que por la puerta abierta de la cocina observaba de reojo a Samantha que estaba preparando la cena. Decidió que un hombre podría habituarse a esto. Solo que nada le pertenecía en verdad, y se lo recordaban a diario cuando el fantasma Derek invadía el ambiente con una llamada, o en una que otra conversación. Era cierto que ambos habían compartido un beso en la limusina, y por supuesto, cada noche, como un vulgar ladrón, se escabullía a su cuarto y dormía con ella y Sebastian entre ellos, pero nada de eso le parecía suficiente o absoluto. Oliver aprovechaba cada oportunidad que podía para tenerla cerca, e intentaba demostrarle con hechos que ambos esa vez sí funcionarían, porque él podría ser brutalmente sincero, pero no era bueno en hacer confesiones.

Sin embargo, él no conocía el protocolo de luto, no sabía cuánto tiempo tenía que dejar pasar para hablarle sobre un futuro a una mujer que acababa de perder a su prima —a quien quería como a una madre—, y mucho menos cómo convencerla para que botara al pendejo de su actual novio. También estaba el pequeño, diminuto, asunto de que aún estaba técnicamente casado y se había jurado que no volvería a intentar nada con ella mientras lo estuviera.

Escuchó el timbre y, aunque miró hacia la cocina, no dejó de jugar con Sebastian, Ethan lo había llamado en la tarde para preguntarle si podía cenar con ellos para hablar sobre Michael, y ambos lo estaban

esperando.

Ese era un asunto que no había variado durante esas dos semanas, Christian y Martha obtuvieron la medida cautelar, el Juez citó a su hermano, ya que era el padre del niño, aunque según lo que tenía entendido nunca recibió la citación, al parecer había salido del país junto a su esposa un día después de la muerte de Susan.

Observó a su padre entrar a la cocina y sonreírle a Oliver y a Sebastian desde la puerta; su sobrino salió corriendo hacia su abuelo para abrazarlo, esa acción volvió a extrañarle, en esas dos semanas cada vez que veía a su abuelo actuaba efusivo, quizá siempre fue así, pero Susan, y el propio Ethan, le habían dicho una vez que él se mostraba tímido a su alrededor.

Samantha observó a Sebastian que hablaba emocionado con su abuelo y sonrió con un poco de tristeza.

—¿Qué sucede? —preguntó con cautela, no la había vuelto a ver llorar y en parte le preocupaba que se forzara a que todo fuera normal, porque no estaba viviendo su duelo, pero imaginaba que lo hacía por Sebastian, y porque toda su concentración actual estaba en evitar que lo arrebataran de su vida.

—Nada, solo recordé una de mis últimas conversaciones con Susan, le dije que Sebas no era tímido sino intuitivo, y ahora lo creo más que nunca.

Oliver frunció el ceño, pero ella lo ignoró y comenzó a preparar la mesa para la cena, así que se concentró en ayudarla. Una hora más tarde, le sorprendió que esa cena no hubiera sido tan desagradable como había previsto, no hubo tensión en el ambiente, Ethan incluso hizo reír a Sebas un par de veces, y lo mantuvo interesado con preguntas sobre la escuela y sus amigos. Después, se enfocó en Oliver.

—Entonces vivirás en Chicago —le comentó su padre cuando le terminó de contar sus planes.

Él asintió. Samantha lo miró sorprendida y allí se dio cuenta de que no se lo había comentado. Lo cierto era que el tema de la escisión solo lo había hablado con Christian y con Alexa, pero aún lo veía como una posibilidad remota; de hecho, todavía le sorprendía que su

abuelo hubiese aceptado dividir su patrimonio y que no hubiese tenido problemas con la junta directiva por ello, salvo dos casos concretos, al menos eso fue lo que le comentó Christian en su última llamada, que en esos momentos debía de estar en un avión hacia Chicago pues tuvo que viajar a Londres cinco días atrás.

—Después de firmar los contratos y que se formalice el traspaso me estableceré aquí. Aunque es un proceso que podría durar meses.

—Pero, ¿ya lo iniciaron?

—Pronto —prometió y volvió a recordar los correos que estaban en su bandeja de entrada que no había querido contestar.

—¿Cómo? ¿No tienes que estar en Londres para hacer eso? — cuestionó Samantha, su expresión aturdida.

—Todo está bajo control —respondió aunque no fuera del todo cierto.

Después de la cena, Samantha dejó al niño viendo televisión, mientras Oliver servía el café en la cocina.

—Es asombroso cómo tu mundo cambia cuando algo se vuelve lo más importante, ¿no es así? —le preguntó Ethan y Oliver lo miró con la frente arrugada—. Te estuve viendo hoy, con Sebastian, con Sam. Los consideras tu familia.

Sopesó esas palabras y asintió, desde hacía dos semanas, cuando los tuvo a ambos sobre su regazo llorando por Susan, lo invadió una sensación familiar que tenía años sin experimentar, específicamente desde el tiempo en que vivió con Sam.

—Sebas encontró Discovery Kids —comentó ella, interrumpiendo la conversación, después de cerrar la puerta giratoria. Tomó su taza y se sentó en la mesa, mirando a Ethan con ansiedad.

—Mi visita es para decirles que Michael llega de su viaje mañana — titubeó y miró a Oliver sin parpadear—. Le comenté lo que hablamos, pero no me respondió nada en concreto. Traté de dejarle claro lo beneficioso que sería que Sam se encargue del niño, pero solo me dijo que tendría que hablar con ella para ver si podían llegar a algunos acuerdos.

—Sobre mi jodido cadáver —escupió Oliver, tenso.

La simple idea de que Samantha estuviera en la misma habitación

que Michael lo asqueaba.

—Oliver, esto sería lo mejor, tratar de arreglar todo antes de llegar a juicio me parece adecuado —refutó ella.

—No —respondió entre dientes.

Samantha entrecerró los ojos, después giró para ver a Ethan.

—¿Te dije que tenía que llamarlo para pautar la reunión?

—¡Maldita sea, Samantha! —gritó él y golpeó la mesa de madera—. ¿Qué crees que va a ocurrir si te tiene a su merced?

Él era muy creativo y sabía que su hermano era un hijo de puta, podría pedirle cualquier cosa o solo manipularla y ella caería de nuevo. Se forzó a respirar profundamente.

—No lo sé, Oliver, por eso quiero reunirme con él —le refutó, decidida—. Sebas es lo único que importa aquí.

—¿Sí? —preguntó desafiante y descontrolado.

Samantha lo miró por un segundo y volvió su atención a Ethan.

—Gracias por avisarme, mañana me pondré en contacto con él.

—No, no lo harás —le refutó de inmediato—. No lo hará —repitió hacia Ethan—. Michael ni siquiera escuchará la voz de Samantha, y si lo veo cerca de ella, juro que lo mataré —dijo y apretó las manos en puños sobre la mesa con tanta fuerza que dejó de sentir las.

—No eres mi padre, Oliver, es más, no eres nada mío —le respondió con tono plano—, solo somos amigos, ¿o lo has olvidado?

—¿Ah, sí? —la interrogó y se levantó del asiento.

Samantha comenzó a respirar brusco y se levantó a su vez.

—¡Sebastian! —gritó antes de caminar hacia la puerta giratoria—. Nos vamos a casa de tía Rachel —le informó y Oliver la miró desconcertado, se levantó para seguirla.

—¿Qué demonios crees que estás haciendo?

Se detuvo cuando la vio girar con expresión furiosa, ella colocó un dedo en su pecho y sus ojos azules brillaron, firmes.

—Sabes muy bien lo que estoy haciendo —le susurró, pero parecía un grito—, te recomiendo que te calmes o te vayas a un hotel, Oliver, porque no voy a aguantar esto de nuevo y antes me tendrás que matar que permitir que Sebastian presencie tu explosión idiota y sin sentido, lo único que lograrás será asustarlo cuando sabes por lo que

está pasando.

Él la observó irse y giró hacia Ethan, que parecía un poco sorprendido. Se pasó una mano por la cabeza y exhaló con lentitud para calmarse.

—Ella tiene razón —le comentó su padre antes de levantarse del asiento.

—Lo sé —masculló furioso.

—Las mujeres no funcionan muy bien cuando decides por ellas, tampoco cuando explotas y menos cuando crees saber más que ellas sobre un tema que les compete con exclusividad. —Se acercó hasta quedar de frente, puso la mano en su hombro de nuevo y apretó, como hizo en el funeral de Susan. Él se tensó, pero fue menos incómodo que la primera vez—. ¿Pero sabes qué funciona de maravilla? Pedirles ayuda y mostrarles que debajo de toda esa furia lo que realmente hay es vulnerabilidad.

—Actuar como un blandengue y demostrarle lo pendejo que eres —agregó Oliver.

—Eso no te hace menos hombre o menos fuerte, hijo. De las pocas cosas que he aprendido en mi vida está que... la forma en que demuestras que amas a alguien es al enseñar lo que eres; lo bueno, lo malo, incluso lo que es vergonzoso para ti, porque así la persona a la que amas sabrá que confías plenamente en ella, tanto como para reconocer que sabe lo peor de ti y no lo usará en tu contra. Yo lo hice con Ruth, tu madrastra puede ser muchas cosas, y pudo atacarte de formas horribles que yo no evité; ese fue mi error. Sin embargo, ella me perdonó lo de Bryoni y nunca lo usó en mí contra, ni una vez.

«No, lo usó en la mía», pensó Oliver y esas palabras le quemaron la lengua aun sin decirlas. Levantó la vista hacia su padre y asintió, luego permitió que Ethan lo abrazara por unos segundos y cuando se apartó, lo miró agradecido. Oliver frunció el ceño.

—Gracias, Oliver, por permitirme dar un vistazo a tu vida cuando sé que no lo merezco. Incluso me das la ilusión de que puedo aconsejarte. —Le sonrió y él asintió.

—Cualquier otra cosa que sepas de Michael, me avisas —le pidió y su padre afirmó con un gesto, luego caminó hacia la salida. Cuando

estaba a punto de abrir la puerta principal, él se detuvo y giró a mirarlo

—Creo que ella, sola, tiene una mejor posibilidad de conseguir algo con Michael. Apóyala, pero no dejes que tu hermano se entere de lo mucho que te afectaría el hecho de que él no renuncie a la custodia, eso solo lo haría luchar más fuerte para mantenerla.

Asintió en silencio y lo despidió. Después caminó hacia la sala y esperó a Sam y a Sebastian un par de horas, revisó su correo electrónico, contestó unos *mails* de Giselle, la abogada encargada de su divorcio, y vio mala televisión hasta que se quedó dormido en el sofá.

CHRISTIAN, MARTHA Y SAMANTHA entraron a la casa y se encontraron con Oliver que se estaba levantando del sillón, tenía las mantas enredadas entre su cintura y las piernas, se veía un poco aturdido; y cómo no, si desde que llegó a Chicago, había dormido junto a Samantha y Sebastian, se había acostumbrado a su calor y a los pequeños pies de su sobrino entre sus costillas. Pero solo una mirada de Samantha bastó para entender que la noche anterior no había sido bienvenido en su cama. Fue extraño porque pudo dormir en el cuarto designado para él, pero prefirió quedarse en el incómodo sofá para sentirla llegar, aunque estaba tan dormido que no escuchó el motor del vehículo, tampoco la escuchó cuando salió, imaginó que partió más temprano que lo habitual para dejar a Sebas en el colegio y no encontrarse con él.

—Veremos cómo se desarrollan los acontecimientos, pero Bianca y yo hablamos sobre ello y acordamos que atrasaríamos la boda si no puedes estar con nosotros en diciembre —dijo Christian a Samantha. Ella abrió los ojos como platos.

—No debiste hacer eso, pobre Bianca. Imagino que quedó devastada.

—¿Devastada? —se burló el abogado—. Me pidió que la suspendiéramos.

—Lo siento, Chris, no tienes que hacerlo por mí.

—Te dije que nunca me casaría sin mi padrino. —Ella asintió y de nuevo tuvieron uno de esos momentos que Oliver tanto odiaba—. De cualquier manera, puede que no lleguemos a ese extremo. Que todo se resuelva pronto. Aún faltan tres meses para la boda. —Giró hacia el frente y tropezó con Oliver—. ¿Cómo estás? —le preguntó y se sentó a su lado—. ¿Leíste los correos de Giselle?

—Sí, lo hice —respondió y se concentró en Samantha, que estaba hablando con Martha, con su espalda erguida e inmóvil. Estaba tensa—. Ya los documentos están listos, Ilana firmó hace dos semanas —comentó feliz y orgulloso de ella, ya que por fin dio un primer verdadero paso para tomar el control de su vida, porque estaba claro que la exigencia de su madre por mantener su matrimonio solo era un ancla más para mantenerla bajo control.

—Sí —contestó Christian—, pero tú no lo has hecho, además la querida Aimee está acusándote de manipulación e incluso ha sugerido que estás en Chicago con tu amante. No quiero que nada de esto toque a Samantha, si comenzamos un proceso judicial, Oliver, lo más importante será la parte moral, ¿entiendes? —culminó con tono inclemente.

—Lo sé —masculló frustrado—. No estoy con ninguna amante, estoy con mi familia en tiempo de necesidad —culminó entre dientes.

—En esa parte del mundo nadie lo sabe. Debes mover tu culo e ir a Londres. Además, Ilana está desaparecida y Aimee está desquiciada.

Él miró hacia Samantha de nuevo, quien había dejado de hablar, solo se mantenía callada, concentrada en algo. Christian tomó su antebrazo.

—Tú sabes dónde está, ¿no es así?

—Sí, lo sé —respondió y se encogió de hombros. Creyó que el día de la última reunión con su abuelo lo más sorprendente fue la aceptación de la escisión, en cambio fue horas más tarde, cuando Ilana apareció en su casa, destrozada pero decidida a firmar el divorcio. Sin embargo, la vio tan frágil que había llamado a Nathan, porque quería ayudarla—. Un primo de Nathan y Alexa la está cuidando, es psiquiatra, tal vez hasta la beneficie.

Christian se quedó callado y cuando se fijó en él, lo descubrió sonriendo de forma sarcástica. Oliver puso los ojos en blanco.

—¿Y mi abuelo? —preguntó para acabar el tema.

—Está inquieto también, como te dije ayer, la junta aprobó la escisión, a pesar de que le costó que dos de los miembros le vendieran las acciones, y quiere terminar todo rápido. Debemos apresurarnos, temo que si esperamos más tiempo perdamos lo que hemos conseguido. Quién sabe, quizá el viejo encuentre algo con que acabarnos.

—Él me dio su palabra —comentó entre dientes.

—¿Y eso vale desde cuándo?

—No puedo regresar a Londres aún —le dijo en voz baja, casi sin mover los labios y dio a Christian una mirada severa antes de levantarse y señalar a Samantha—. Cuéntale tu maravilloso plan —pidió con voz burlona.

—¿Qué sucede, Sam? ¿Por qué nos pediste que viniéramos? —preguntó Martha.

—Ayer Ethan nos dijo que Michael llegaría hoy a Chicago y nos comentó que él quería hablar conmigo sobre la custodia, quizá no tendremos que ir a juicio, él quiere llegar a un acuerdo.

La sala se quedó callada en un tenso silencio.

—Eso me parece una buena idea —comentó Martha por fin.

—¡Claro que no! —gritaron al mismo tiempo Christian y Oliver. Samantha puso los ojos en blanco.

—No te acercarás a Michael, Sam —ordenó Christian.

—¡Por fin, alguien con el cerebro para ver que es una jodida mala idea! —gruñó Oliver y Samantha alzó los brazos al cielo.

—Tantos meses conciliando con ambos para que se lleven bien y me quieren decir que contrariarme fue lo único que los unió por completo. —Los señaló con los ojos entrecerrados—. Están muy equivocados, si hay una forma de resolverlo sin tener que pasar años en un litigio la utilizaré. No quiero exponer a mi niño a algo como eso. El bienestar de Sebastian es lo único que importa aquí.

—Escúchame bien, Sam —pidió Christian y la tomó con suavidad por sus antebrazos—. ¿Qué crees que te va a decir? Si él quiere llegar

a un acuerdo con respecto a la custodia iría al tribunal y mediaría; también podría haber dejado a su abogado encargado para que conversara con nosotros mientras estaba en su tan conveniente viaje.

—Igual quiero intentarlo —insistió ella.

—Entonces iremos contigo.

—Estoy segura de que conciliaríamos, después de que jueguen al «yo lo sostengo y tú lo golpeas» —saturizó Sam—. No tendrán nada que ver con mi reunión con Michael.

—No va a haber una reunión con Michael —insistió Oliver.

—Tenemos que planear la estrategia —interrumpió Martha y parecía incómoda por la reacción de todos—. Yo insisto, derecho familiar es algo complicado, porque no se trata siempre de lo más justo, sino de lo más adecuado para el niño.

—Michael no quiere a Sebastian—agregó Samantha.

—Todos aquí lo sabemos, fui amiga de Susan por años, y sé que después de que Michael la abandonó, jamás se interesó por su hijo.

—La miró fijamente y Samantha pareció empequeñecerse—. Pero hay que aceptar que no tenemos muchos elementos a favor para ganar.

—Hay testigos —insistió Christian.

—Lo que tenemos es a una mujer de veintisiete años, soltera, con un trabajo demandante, que tuvo más de cuatro años sin hablar con la madre difunta de Sebastian, que es artista, lo que es respetable, pero económicamente inestable por más que esté desarrollando su propia empresa; ni tiene estabilidad familiar, ya que no cuenta con ningún otro ascendiente o descendiente; divorciada, no posee propiedades y ni siquiera está en línea directa de consanguinidad con el niño.

Samantha la miró horrorizada y después se dejó caer en el sofá, como si esas palabras la hubiesen herido físicamente.

—No quiero ser brusca, solo sincera —se apresuró a agregar—. Frente a ella tenemos al padre, quien tiene derechos más que comprobados con el niño, que lo reconoció; que es estable económicamente; casado con alguien en buena posición económica y social, como lo es Hannah Lewis, proviene de los Anderson, por vida

de Cristo, uno de los industriales automotrices más importantes de América. Y en su contra solo está que no se ocupó del niño, pero no es ni será el primer padre que deja aparte su responsabilidad e igual los jueces le dan la custodia. Según mis cálculos lógicos, cualquier acuerdo extrajudicial que se haga es bienvenido. Sam tiene razón en algo: lo que más importa es Sebastian.

Se quedaron callados por un rato. El estómago de Oliver se contrajo ante ese análisis, ya que era brusco y al grano. Se pasó una mano por el cabello mientras pensaba en una solución, no podría ofrecer dinero, Michael ahora tenía suficiente de ello y su padre tenía razón, Michael estaría feliz de poder arruinarlo y no dudaría en utilizar al niño. Claro, sería más fácil si ella no estuviera sola.

—¿Y si ella no estuviese sola? —repitió en voz alta—. Si estuviera casada, ¿tendría mayor posibilidad? Yo soy estable económicamente, soy familiar de Sebastian de forma directa. —Samantha estaba sentada muy quieta en el sofá, y casi no respiraba. Él la observó, confundido—. Sería lo mejor para Sebastian, como tanto insistes, y no tendrías que hablar con él, podríamos ir a tribunales y que el juez decida —insistió.

Sam comenzó a respirar un poco más acelerado.

—No estoy seguro de que esa sea una buena opción, en la actualidad no se necesita que la persona esté casada para que pueda adoptar —refutó Christian de inmediato—. Además, esto debería ser rápido, Oliver, y tu divorcio no sé cuánto más tardará en salir.

—No mucho tiempo —contestó sin dejar de mirar a Samantha.

—Me parece algo que podríamos pensar —comentó Martha.

Sam por fin se levantó del sofá. Caminó por la sala, hasta llegar al pasillo y abrió la puerta de entrada. Todos los miraron aturridos.

—Christian, Martha —llamó con una voz serena, con su pecho subiéndolo y bajándolo de forma notoria—, ¿podrían retirarse? Después seguiremos hablando de las estrategias.

Christian se levantó y tomó a Martha del brazo antes de comenzar a caminar hacia la salida.

—Lo siento, Bambi, no sé en qué estaba pensando.

—Adiós, Chris, hablamos después —le dijo, ignorando sus

disculpas, luego cerró la puerta detrás de ellos y empezó a caminar por la sala, en busca de algo.

—¿Samantha? ¿No lo ves? Me lo dijiste ayer, lo más importante es Sebastian —comentó Oliver, concentrado en cómo ella buscaba en cada gaveta, y tiraba el contenido al suelo—. ¿Qué estás haciendo? —le preguntó y ella le lanzó lo que pareció ser una especie de almanaque.

—Estoy buscando algo que tenga sentido —dijo, un poco desquiciada.

—¿De qué hablas?

—Algo que me haga ver que no he viajado en el tiempo y que tengo veintiún años de nuevo —le gritó y se giró a verlo—. Algo que me haga entender por qué estás proponiéndome de nuevo un condenado matrimonio por mi bien o el bien de alguien más. ¡Y que me haga comprender por qué siempre tiene que ver con Michael! —continuó gritando, luego lo empujó y caminó por la sala para alejarse de él.

—¡Claro que no! —le reviró de inmediato—. Escuchaste lo que Martha dijo, es la única solución.

—¿La única solución? —continuó, su voz jadeante—. ¿Como fue la única solución casarme contigo seis años atrás? Lo cierto es que me gustaría que en verdad hubiésemos regresado en el tiempo, desearía tener veintiún años en estos momentos y saber todo lo que sé ahora, habría hecho mi vida tan fácil decirte en ese entonces lo que te diré ahora: ¡No!

Él la miró sin parpadear, su pecho se contrajo por esa respuesta tan categórica.

—Me extraña —dijo y sintió que la furia y el dolor se mezclaban en sus entrañas—, porque un minuto atrás dijiste que lo único que importa es Sebastian cuando defendías tu caso sobre hablar con Michael.

Samantha se tapó la boca con una mano y negó con la cabeza, sus ojos estaban humedecidos. Él se sentía como si fuera a explotar.

—No puedes pretender hacernos esto de nuevo —susurró desesperada—. ¡No puedes salvarme, Oliver! —exclamó furiosa—. Esto no es tu problema, yo tengo que solucionarlo sola. Tú tienes tus

propios asuntos, lugares donde debes ir, pero no lo haces por quedarte a ayudarme, necesitas irte de aquí, regresar a Londres.

—¡Claro que es mi problema porque ese es mi sobrino! —le dijo y la tomó de su brazo para jalarla hacia su cuerpo—. ¡No voy a permitir que él lo tenga, que lo hiera, que no lo quiera!

—¡Yo tampoco! —le respondió ella y lo empujó para soltar su agarre, pero él no podía soltarla—. Y aun así no dejaré que vuelvas a sacrificarte por mí, no más, se acabó. Estoy cansada de cometer errores, Oliver, y ahora no solo somos tú y yo, no son nuestras almas las que se destruirán, es él; Sebastian está allí también, y no le haré daño.

—¡Yo nunca le haría daño! —refutó desesperado.

—Como tampoco me ibas a hacer daño a mí y me destrozaste tantas veces que aún no estoy completa —reclamó, y se movió de su agarre, desesperada.

Él la miró y se sintió frío por dentro.

—Eso no es justo, Samantha —le dijo de vuelta—. Tú también me hiciste daño.

—Lo sé —respondió paralizada, sus ojos azules llenos de tristeza—. Sé lo que te hice, y todo comenzó cuando acepté algo que no estaba preparada para recibir. No lo haré de nuevo. Compréndelo, por favor.

La miró fijamente por unos segundos, ambos estaban llenos de frustración, furia, dolores del pasado, y sin pensarlo, ni poder controlarse, bajó su cabeza y tomó sus labios.

Ella gimió, pero en vez de apartarse, lo tomó del cuello y lo besó como hacía tanto tiempo no había sentido, ni siquiera en la limusina, eso solo había sido un abreboca comparado con esto; se ancló a su cuello, subió sus piernas hasta que cabalgó su cuerpo, abrazó sus caderas y su boca se movía con ansias contra la de él. Samantha sacó su lengua y acarició sus labios, e hizo que Oliver gruñera y caminara hasta apoyarla contra alguna superficie plana, la escuchó quejarse cuando golpeó la pared, pero a ninguno le importó en absoluto.

La besó con mayor fiereza, poseyéndola. Bajó su mano hasta desabrochar su *jean*, introdujo su mano y gruñó cuando sintió su vagina húmeda y caliente. Gimió y se separó de sus labios.

—Siempre estás tan caliente que me quemas solo por tocarte. Sentirte es el jodido paraíso, tu coño arde solo por mí, Samantha, yo soy el único que te hace sentir así —le dijo mientras besaba su cuello.

—Oliver, por favor —rogó y besó la piel de su pecho ya que había apartado su franela.

—Puedes decir lo que quieras, pero en el fondo debemos estar juntos, ¡joder! —gruñó desesperado, metió dos dedos en ella y comenzó a removerlos de la forma que sabía que la hacía arder. Samantha gimió mientras bajaba su mano y la introducía en su pantalón de deporte, llegó debajo de su bóxer y tomó su pene—. Maldición —siseó y volvió a tomar sus labios con furia, pasión y ansias.

Ella comenzó a acariciarlo al igual que él, siguiendo el mismo ritmo. Cuando él iba despacio, ella lo imitaba, y cuando aceleraba, lo repetía.

Él movió sus dedos y tocó uno de los puntos que sabía la volvía loca, la escuchó gritar con fuerza. Con su mano libre, tomó su mejilla y la forzó a que lo mirara.

—¿Sabes por qué sé que nos pertenecemos, que tu puto lugar es conmigo? —le susurró contra sus dientes.

Ella gimió porque no había dejado de moverse dentro de su cuerpo, incluso aceleró el ritmo. Samantha hizo lo mismo con su mano en su polla y sabía que no faltaba mucho tiempo para que ambos se corrieran.

—¿Quieres saberlo, Samantha? —le preguntó antes de profundizar sus dedos y escucharla gritar de nuevo. Había llegado a su orgasmo—. Porque no importa con quién estemos, es como si faltara algo, sé que también te sucede cuando él está dentro de ti.

Samantha abrió los ojos azules que estaban oscurecidos por el placer, y lo miró un poco desenfocada, aunque su cuerpo se había tensado.

—¿De qué hablas? —le preguntó sin casi aire.

Sus ojos se ampliaron cuando lo entendió, y comenzó a golpear su pecho para que la liberara. Él apartó sus manos y permitió que bajara sus piernas de su cintura, pero la mantuvo fija contra él. Samantha

volvió a empujarlo.

—¡Yo estaba bien! Pero no, no podías dejarme ser feliz en una vida sin ti, como siempre todo se hace como tú quieres que se haga; quieres sexo, me tiras contra una mesa; me amas, tengo que amarte de vuelta en el momento en que lo desees porque si no te largas; me tengo que ir a Londres para salvarte ¡aunque jamás me permitieses entrar! Y ahora eliges volver a quererme en tu vida y tienes que manipularme con Sebastian, y con el sexo, y con que solo siento esto contigo, ¡claro, maldito engreído, has sido mi único amante!

Él la miró impactado antes de sujetar sus manos y apoyarla contra la pared, no podía dejar que huyera.

—No me digas esa mierda, Samantha, porque yo no soy el único que se ha equivocado. Demonios, estaba enamorado de ti, lo estuve y me destrozaste una y otra vez. Después llegaste a Londres y lo intenté, ¡maldición, lo intenté! Sabes la mierda que es mi vida, ¡lo sabes mejor que nadie! ¡Me es difícil confiar, abrirme, y cuando por fin lo hice me arruinaste! ¿Y cómo demonios voy a saber que no has estado con él? ¡Tienes cuatro malditos meses saliendo con ese imbécil! Y aún si lo hubieses hecho, me daría igual. ¿No entiendes que nada más importa? ¡Abandoné mi empresa, mi matrimonio, todo por ti!

—¡No te atrevas! ¡No te atrevas! —le gritó desesperada, luchaba de forma salvaje para que la liberara—. No te atrevas a decir que fue por mí.

—¿Qué? —preguntó, confundido, evitando cada golpe.

—No se te ocurra decir que fue por mí que abandonaste tus sueños, no quiero que dentro de cinco años me culpes de todo lo que perdiste por mí, de nuevo. ¡No quiero!

—No lo haré —dijo y se apartó, liberándola por fin, aunque ella no se separó de la pared.

—Hemos tenido años en esto, Oliver, ¿por qué no podíamos solo parar? —le rogó con los ojos llenos de lágrimas—. No tengo fuerza para esto ahora, no puedo lidiar contigo junto a todo lo demás, mi prima no está y yo ahora soy responsable de la felicidad y estabilidad de un niño. Y todo estaba bien, éramos amigos, nos escribíamos, nos

hablábamos, todo estaba bien —repitió.

Oliver rio, aunque fue un sonido amargo, la realidad de que ella ahora se escudaba con Susan no le dejó de resultar irónica. Las palabras de Ethan retumbaron en su interior, sobre todo la parte en que las mujeres no funcionaban cuando les ordenaban o decidían por ellas. Sin embargo, su frustración era distinta, porque estaba cansado de que Samantha siempre jugara esa carta.

—¿Y qué creías que iba a pasar? ¿De verdad pensabas que yo me iba a quedar tranquilo cuando fueras a casarte con otro? ¡Ver la vida que me hubiese pertenecido! —le gritó y ella se estremeció—. Estaría condenado si sucediera eso, Samantha, no puedo ser tu amigo, necesito más. Siempre lo he necesitado.

—No digas eso —le rogó.

—Y tú me mentiste —aseveró Oliver.

—Jamás lo hice.

—Sí, lo hiciste, cuando me dijiste que me habías perdonado —le dijo y la miró con tristeza. Samantha lo observó con un sentimiento similar.

—Sí que te perdoné, Oliver, pero eso no significa que te quiera de nuevo en mi vida —contestó, y la vio temblar por esa afirmación. Oliver volvió a pegarla contra la pared, todo su interior irradiaba cólera.

—Esas son pendejadas, Samantha, solo que no quieres aceptarlo, te escudas en esta dichosa amistad porque tienes terror de aceptar lo que sientes por mí. Nunca has dejado de ser una niña miedosa. —Él se apartó y vio una lágrima correr por su mejilla—. No voy a obligarte —le dijo y alzó su mano para acariciar su mejilla, limpió la humedad—, me juré que nunca más lo haría y que la próxima vez que te tuviera, o que poseyera algo bueno en mi vida, sería entregado de forma voluntaria.

Ella parpadeó varias veces por esas palabras, lo empujó, y Oliver, agotado, la dejó libre. La vio caminar hacia la puerta principal.

—Eso es algo bastante irónico, porque me acabas de llamar niña miedosa por no aceptar tu condenado chantaje de casarme contigo, de nuevo, para que Sebastian se quede con nosotros. No puedo

aceptar eso, no soy una chiquilla de la que te tengas que hacer cargo, soy adulta y siento que el único chance real que tengo para quedarme con Sebastian es negociar con Michael y eso es lo que voy a hacer.

Mientras hablaba rabiosa se cerró el pantalón y llegó hacia la puerta. Él suspiró hondo y se preparó psicológicamente para lo que iba a decir.

La vio abrir la puerta.

—Tengo miedo de que lo veas y volvamos al principio. Que te digas: «Eh, nunca dejé de estar enamorada de Michael». Ya me tiene enfermo que estés saliendo con Derek, ¡y ahora vas a tener que ver al condenado de mi hermano! Nunca había vivido algo como lo que he vivido con ustedes en estas últimas dos semanas, siento que somos una familia y no quiero perder eso. —Suspiró y tragó grueso—. Jamás has dejado de ser mi hogar, Samantha, podría estar dolido, furioso, condenado al infierno, pero también estaba perdido, ya que te quería a mi lado más que respirar. Cada puñetera vez.

Samantha se detuvo en la puerta, aún dándole la espalda. Ella respiró hondo varias veces, antes de girar la cabeza, lo miró con una expresión de tristeza tal que lo dejó paralizado.

—También sentí eso. —Negó con la cabeza—. Pero si algo he aprendido es que para tener una relación, algo real, hay que ser pares, no colgarnos a la otra persona por necesidad. Y eso es lo que me estás pidiendo, y ya no puedo ni quiero hacerlo.

—No es eso —le dijo él y negó con la cabeza, frustrado y desesperado por esas palabras—. Es darte una opción para superarlo todo, es hacer funcionar esto juntos, y ambos ganaríamos, tú tendrías lo que más quieres y yo te tendría a ti y a Sebastian.

Samantha rio incrédula y limpió su cara que estaba llena de lágrimas.

—No, cariño, porque en el fondo siempre te preguntaría por qué estoy a tu lado, y no es justo, nada de esto lo es. Desearía que por alguna vez todo fuera sencillo.

—Nada en mi jodida vida lo es —murmuró y sintió que se enfurecía de nuevo—. Y sabes qué desearía yo, ¡que por una puñetera vez, me eligieras!

Ella frunció el ceño y apretó los labios con fuerza.

—Esto que quieres no es una elección, Oliver, me estás pidiendo que te use, y estoy cansada de eso. Te escuché hablar con Christian, al estar conmigo corres el riesgo a perder todo por lo que has luchado, y no puedo soportarlo. Quiero que te vayas a Londres y me dejes resolver esto sin tu ayuda. Necesito que confíes en mí. —Lo miró con tristeza y se pasó una mano por la cara, agotada—. Sin importar los años que pasen o lo mucho que me jure no volver a hacerlo, siempre termino haciéndote daño, y no sabes cuánto me odio por ello —susurró y sin agregar nada más, salió de la casa.

Capítulo 9

*Anda y vuelve a romper mi corazón
Abandóname mientras me pregunto
por qué demonios te dejé entrar.
¿Eres tú la definición de locura?
¿O lo soy yo?
Debe ser agradable,
amar a alguien que permite
que lo destroces dos veces.
Break My Heart Again, Finneas*

Oliver entró al Aeropuerto Internacional de Chicago-O'Hare, y se dirigió hacia la aerolínea para chequear la maleta, ya que el vuelo saldría en dos horas. Después de la discusión con Sam, todo había sucedido bastante rápido; llamó a Christian y acordó que ambos volarían a Londres al día siguiente, compró los pasajes, pautó una reunión con Giselle para esa misma tarde y, después de terminar de empacar, se sentó a esperar a Samantha y Sebastian.

Sebastian se había entristecido por la noticia de su partida, pero Oliver lo convenció de que retornarían a sus días de juego por computadora y sus llamadas diarias. Después, lo vio más calmado pero aún perdido, imaginaba por todos los cambios repentinos, y se odió por haber causado una nueva herida en el niño. Samantha, por otro lado, se había mantenido apartada y taciturna durante todo el día, de alguna forma se las arregló para planear una salida a cenar con todo el grupo para despedirlo, y se sentó en la esquina más alejada de él. No debieron intercambiar más de diez palabras

durante toda esa noche, y cuando llegaron a casa, se escudó en Sebas y no volvió a verla hasta esa mañana que, de forma absurda, se ofreció con insistencia en llevarlo al aeropuerto, quizá para asegurarse de que por fin se alejara de su vida.

Le sorprendió que no previera que iban a estar solos, ya que Christian le indicó a Oliver que esa mañana tendría una reunión de estrategias con Martha antes de dejar la ciudad. Sabía que el abogado no quería irse, mucho menos con Michael acechando entre ellos, pero tenían que alistar los acuerdos, y los esperaban meses de reuniones —de seguro muchas infructuosas—, hasta que la escisión fuera un hecho.

Caminó hacia el área de seguridad, donde tendría que despedirse de Samantha, y rechazó verla. La había dejado ir tantas veces, la mayoría de esas fue por su propia decisión, pero donde antes existía la rabia, el odio y la desilusión, ahora solo quedaba el desconcierto. Oliver tomó una decisión ya nueve meses atrás, y el objetivo final era la mujer que caminaba a su lado, y no dudó que la conseguiría, mucho menos después de que contestó a su primer correo, pero la certeza había desaparecido, y se sentía tan perdido como el propio Sebastian.

Giró hacia ella y frunció el ceño. Le había parecido tan serena durante todo su trayecto al aeropuerto, sin hablar, segura sobre la decisión que tomó por ellos el día anterior, que le sorprendió verla temblando, se estaba abrazando, cabizbaja.

—Samantha, ¿te encuentras bien? —preguntó aturdido, fue a su lado y puso sus manos en sus antebrazos, estaba fría, y aunque el clima se había templado con la llegada de septiembre y la salida del verano, no creía que ese fuera el motivo.

—Me equivoqué —susurró ella, sus dientes castañeaban—. ¿Me equivoqué? Hice mal en llamarte, ¿verdad? Soy una persona egoísta porque no acepté que lo mejor que te podría pasar era no tenerme en tu vida. —Oliver la miró confundido ya que estaba balbuceando—. Debí dejarte tranquilo, lo único que siempre he hecho fue dañarte.

Él parpadeó, ya que esa frase lo llevó a su discusión anterior, y por fin comprendió hacia donde se dirigía.

—Basta —le reclamó y apretó sus antebrazos—. ¿Qué está sucediendo? ¿Por qué estás temblando? —Ella negó brusco y desvió su mirada, una lágrima corrió por su mejilla—. ¡Samantha!

—Temo que te irás y nunca más volveré a verte —confesó ella, su voz aterrada, y el temblor pareció convertirse en convulsiones—. Que saldrás de mi vida. Es lo mejor para ti, pero yo no tengo sentido sin ti.

Él parpadeó y apretó su sujeción, la pegó a su cuerpo y besó su frente.

—No será así. Es un viaje y nada más. —Tomó su mejilla y la forzó a mirarlo—. Yo aún no me he rendido, Samantha, a pesar de lo que sucedió ayer, aún te quiero en mi vida.

Ella lo miró con un terror tan profundo que él se detuvo, dejó hasta de respirar por un segundo.

—No puedo, Oliver. No puedo... —lo repitió una y otra vez, hasta que él actuó por desesperación, posó una mano en su cuello, la otra rodeó su cintura, y la besó.

Había tanta angustia entre ambos, que por una vez la pasión y el deseo fueron controlados, en cambio la besó lento, se ahogó en ella, acarició sus labios, la rozó con su lengua, quería aliviar todo el miedo que vio en su mirada y que presenció el día anterior, cuando lo botó de su vida. Él se apartó un par de minutos después y unió sus frentes. Ella aún temblaba, pero sus manos estaban aferradas a la solapa de su chaqueta de cuero, sus ojos cerrados y su respiración lenta, profunda.

—Jamás repitas que te arrepientes de estar en mi vida. ¿Lo entiendes? —le susurró, y la sintió estremecer, pegada a él.

Ella asintió, con sus ojos cerrados, y él volvió a besarla, usó la misma ternura, sintió el mismo anhelo, ya que así como Samantha estaba aterrada por no volver a verlo, él lo estaba por no volver a estar así, por perderla para siempre.

Cuando se separaron ambos se miraron a los ojos por un par de minutos hasta que él se percató de que Christian había llegado y los esperaba a varios pasos de distancia. Oliver se alejó y los observó abrazarse en despedida, antes de dirigirse al área de Policía

Internacional. La última visión que se llevó de Samantha fue ella rozando sus labios con dos dedos, y él casi la imitó.

No intercambió palabra con el abogado hasta que ya se encontraban ubicados en los asientos de primera clase, sobrevolando Chicago para dirigirse a Londres.

—Nunca me agradarás para ella —farfulló Christian—, ella puede conseguir a un hombre mucho mejor. Aun así, aunque no quiera aceptarlo, Sam está mejor, sonríe más y no tiene que fingir para proteger a los que ama.

—Entonces supongo que estás feliz de la existencia de Derek en su vida.

—¿Derek? No fue él quien logró eso, fuiste tú. Dudo que ella hubiese sobrevivido si tú no hubieras estado a su lado después de la muerte de Susan.

Oliver parpadeó y giró hacia él, le frunció el ceño.

—Samantha quiere que seamos solo amigos. Lo ha repetido hasta el cansancio desde que volvió a mi vida, y ayer me lo demostró —confesó y se sintió extraño al hablar con alguien sobre ello, pero la presión en su pecho no le permitió quedarse callado.

—¿Amigos? —preguntó Christian, antes de soltar una carcajada—. Ustedes dos nunca fueron solo amigos. —Oliver lo miró aturdido, ¿estaba loco?—. Recuerdo la fiesta de Año Nuevo en mi casa, ella estaba con alguien más, pero igual a las doce los dos orbitaron hacia el otro y terminaron besándose sobre mi sofá, ¿crees que no vi eso? O cuando ella planeó tu cumpleaños sorpresa, ¿sabes por qué le pedí a Matt el favor para que lograra que alquiláramos el estadio y que el equipo hiciera una aparición para jugar con nosotros? Fue por ella, estaba tan ansiosa por hacerte feliz, más que un cumpleaños parecía una lista de deseos solo para ti. Me rogó tanto que accedí a hacerlo, y tuve que pagarle a Matt una grande a causa de eso. —Christian bufó y se enserió—. Cuando me llamaste sobre el acuerdo postnupcial, no me sorprendió que te hubieses casado con ella, porque cada vez que los veía juntos era algo sólido, mucho más que una simple amistad, y te envidié como nunca he envidiado a alguien antes, porque era lo que yo deseaba con Bianca, tener a alguien a mi lado, que me amara

con esa libertad y entrega.

Oliver se dejó caer en el asiento y admitió que lo que él decía era cierto, que ellos nunca fueron solo amigos, porque desde el día en que ella apareció en su apartamento con un dibujo en sus manos, preguntando dónde estaba la esperanza, Samantha se convirtió en lo que él volvió a repetirle el día anterior: su hogar, y eso jamás había cambiado.

—¿Y de qué me sirve eso? —murmuró frustrado—. Ella ya no me quiere en su vida de esa manera. —Christian lo miró por mucho tiempo, su expresión volviéndose más y más prepotente, hasta que Oliver no pudo soportarlo más, puso los ojos en blanco y gruño—: Escúpelos.

—Si es así, es tu jodida culpa y me alegro; tú fuiste quien la destrozó una y otra maldita vez, quien la abandonó y la dejó sola después de que Susan la botó de su vida, y quien también la sacó de su casa para convertirla en lo que ella juró no ser jamás, por los propios prejuicios que tú le inculcaste cuando vivió contigo por culpa del idiota de Michael, y además renunciaste a ella cuando más te necesitó, y... ¿quieres que continúe?

Oliver negó con la cabeza y comenzó a mirar por la ventanilla, su mente fija en la expresión de terror de Sam cuando él le declaró que no se rendiría. El desasosiego lo invadió, porque tenía que dejarla ir. Pasó tanto tiempo luchando para alejarse de lo que hasta ese día había sido, que no consideró que lo que lo único que siempre quiso en su vida estaba huyendo de él a pasos agigantados.

Toda su confianza estaba desaparecida. Había una gran posibilidad de que hubiese perdido más que sus sueños, que hubiese apartado para siempre su único hogar.

Sam aparcó en uno de los estacionamientos públicos ubicado en el distrito River North Gallery. En el trayecto se preguntó si Michael estaba tratando de burlarse de ella al fijar la cita en esa zona de arte, la más importante de Chicago y la segunda de Estados Unidos,

después de Manhattan. Aunque por otro lado, era imposible que Michael hubiese escogido ese lugar para perturbarla, ya que no tenía cómo saber que ella ya no pintaba y que la simple idea de tomar un pincel la torturaba. Sin embargo, en esos días de tristeza contenida, deseó pintar más que nada, ansiaba expresar en un lienzo los sentimientos de pesar que se instalaron en ella, desde que supo que su prima había muerto.

Sacudió sus pensamientos negativos y comenzó a caminar hacia el restaurante, en el recorrido se entretuvo mirando las obras expuestas en las distintas galerías y su semblante cambió al recordar sus sueños de juventud, esos en los que recreó un futuro como una renombrada artista plástica que volvía a Chicago luego de una larga estadía en Italia. Había imaginado una entrada en la sección de Arte y Entretenimiento del Washington Post en donde destacaban su carrera y anunciaban el lanzamiento de su último trabajo en una de las galerías de esta zona y, en todos los escenarios recreados por su mente, Susan siempre estaba a su lado, orgullosa y feliz, porque finalmente habían alcanzado la meta por la que tanto habían trabajado.

Sam se detuvo y apoyó una mano sobre una vitrina, el dolor se afincó profundo en su pecho, trató de controlarse porque no era el momento para quebrarse, menos en ese instante en que iba a la pelea por la custodia de su sobrino, que era lo único importante, y para eso tenía que ser fuerte, si se rompía todo se arruinaría. No. No debía ceder, Sebastian la necesitaba más que nunca.

Miró su reflejo en el vidrio y sus dedos de inmediato fueron a sus labios, como lo venía haciendo desde hace tres días, cuando Oliver en el aeropuerto que lo llevaría a Londres, quizá para siempre, le dio un beso que aún la tenía hipnotizada, porque fue la primera vez que experimentó algo así con él.

Sus besos siempre fueron desesperados, algunas veces lánguidos cuando eran después del sexo, pero no por eso menos intensos. Ese también lo fue, pero de una forma distinta, fue lento, tierno y tan lleno de necesidad, anhelo y amor que fue como si se besaran por primera vez sin ninguna barrera o intenciones silenciadas.

Maldijo a Oliver de nuevo, porque volvió a descontrolarla, y eso la había aterrado, no quería cometer otro error, no deseaba iniciar otra vez una relación que solo acabaría en desgracia. Ellos solo eran buenos como amigos, nada más. A pesar de que el recuerdo de ese beso la hacía dudar de esa afirmación.

Suspiró y negó con la cabeza, concentrándose de nuevo en la misión de ese día. Revisó su cartera tipo sobre y encendió la grabadora que había llevado para esa cita. Estaba alerta y preparada para lo que sucediera, y si en esa conversación se daba algo con lo que pudiera chantajear a Michael, no dudaría en usarlo.

Oliver y Christian habían rechazado esa reunión, el último casi la hizo jurar en el aeropuerto que no haría nada estúpido y que dejaría que lo resolvieran en el tribunal, pero Sam se negó a permitir que la influenciaran, haría lo que fuera para cumplir la promesa de proteger a Sebastian que realizó en la tumba de su prima. Se lo debía y nadie la detendría.

Había llamado a Ethan para que le diera los números de contacto de Michael el mismo día que ellos se fueron. Él también le advirtió varias cosas en el proceso, cosas que le hicieron reafirmarse que lo mejor que pudo hacer fue sacar a Oliver de la ciudad.

Entró a Hub 49, el restaurante en el que acordaron reunirse, se anunció con la anfitriona y se sentó en la mesa asignada a esperar por Michael, acomodó su sobre con la grabadora justo frente a ella.

Sus manos temblaron por un par de segundos, necesitaba llegar a un acuerdo con Michael, incluso más que antes. Si había tenido alguna duda sobre esta cita, la visita de la trabajadora social a su casa hace dos días se lo reafirmó. La mujer le confirmó que sin importar el amor que existiera entre ella y su sobrino, o lo estable que se veía con ella incluso después de la reciente muerte de su madre, los tribunales de familia en temas de custodia, por jurisprudencia daban prioridad a los padres biológicos, salvo de que existieran pruebas contundentes de que ese padre lo maltrataba, física o psicológicamente; y lamentablemente, la falta de amor era una evidencia que, por lo general, no se tomaba en cuenta. Sin embargo, la asistente social sintió empatía por la historia de Sam y le prometió

que redactaría un maravilloso informe, en donde la declararía más que competente, pero insistió en que lo más conveniente era la cesión de la patria potestad, el mismo procedimiento que le había recomendado Martha, por tanto, ella tenía que conseguirlo, costara lo que costara.

—Señora Heller.

Sam alzó su mirada y arrugó el ceño al encontrar a una pelinegra, muy hermosa y bastante embarazada.

—¿Disculpe, la conozco?

—Soy Hannah Lewis.

—Mucho gusto, señora —se levantó y ofreció su mano—. Por favor, llámeme Sam. —La mujer vio la mano alzada, pero no se dignó a estrecharla. Sam tomó asiento, sin mostrar que el gesto la hubiera intimidado e incitó a Hannah para que hiciera lo mismo—. No sé qué sabrá usted sobre mi cita con Michael, o sobre mi relación con él, pero él estuvo casado con mi prima.

Hannah la miró con furia y parecía que no quisiera perderse detalle de ella.

—Soy consciente de ello, Sam —respondió con tono burlón—. Y solo estoy aquí para informarte que Michael ahora no está solo, que no permitiré que ni tú o tu familia vuelvan a dañarlo y lo protegeré de todo. —Se inclinó sobre la mesa de forma amenazante—. Y tengo los medios y el incentivo para hacer de tu vida un pequeño infierno.

—No comprendo —respondió con sinceridad, su cuerpo se tensó por la animosidad de la mujer—. ¿Nosotras le hicimos daño a Michael?

—¿Estás bromeando? Entre esa esposa suya que no lo quería y lo engañaba y tú que te querías meter en su cama. ¡Arruinaste la relación con su familia! Aún hoy Oliver y él no se hablan y todo por tu culpa. ¿Cómo tuviste el valor de llamarlo? ¿No tienes decencia alguna? Ahora la fulana de tu prima está muerta y de seguro quieres dinero para mantener al pequeño bastardo con problemas mentales que ella engendró. No obtendrás ni un centavo de nosotros y si quieres que nos lo quedemos tendrá que someterse a una prueba de ADN.

Sam fantaseó sobre tomarla por ese cabello negro y arrastrarla por todo el restaurante. La única razón por la que no lo hizo fue por su barriga. El bebé no tenía culpa de nada, y ya iba a ser castigado lo suficiente con esos padres.

—Si vuelves a pronunciar una palabra más ofendiéndonos te prometo que olvidaré que estás embarazada y te tiraré contra el suelo. No te permito que hables así sobre mi prima y mi sobrino.

—Ellos... —comenzó pero Sam golpeó la mesa con un puño, sin importarle quién pudiera verla.

—Ellos son intocables, señora Lewis —la última palabra casi la escupió—. Te aconsejo que indagues mejor la información que manejas, porque estás equivocada. Lo único que quiero es a mi sobrino conmigo, puedes quedarte con todo tu dinero, se ve que te hace mucha falta. —Esta vez fue ella la que se inclinó sobre la mesa—. Haz que tu esposo me ceda la patria potestad de mi sobrino y jamás sabrás de nosotros de nuevo.

—Mientes —siseó la mujer, recelosa.

—Michael es todo tuyo, te lo envié con un gran lazo de regalo años atrás cuando le dije que no quería nada con él.

La mujer se envaró frente a ella, pero en ese instante sonó su celular y la mesera llegó a presentarse con los menús en las manos.

—Permiso —se disculpó Hannah y se alejó de la mesa.

Sam tomó un sorbo de agua para calmarse.

—Samy...

Ella escuchó la voz de Michael y cerró los ojos por un instante, el temor de Oliver retumbó en su pecho como si fuera el suyo propio. Elevó la mirada y al verlo no sintió absolutamente nada, ni anhelo o vestigios del cariño de antaño, más bien le daba asco la idea de que él le contara todas esas mentiras a su mujer para quedar como el bueno en toda esa historia.

Observó con ojo clínico el cabello rubio que ya comenzaba a tornarse gris en algunos lugares, las pequeñas arrugas en su cara que parecían hacerlo más interesante y hasta sexy.

Sin que se lo esperara, él la tomó de un brazo y la levantó del asiento, para abrazarla. Ella se tensó, sorprendida por ese gesto. Él

beso su mejilla, casi llegando a sus labios y allí sí reaccionó, luchó para que la liberara, sin ningún éxito.

—¡Dios! —exclamó él, sus manos en su cintura, sus ojos llenos de deseo. Sam sintió náuseas—. Estás tan hermosa, me alegra que por fin me hayas llamado.

—Hola, Michael —respondió cuando logró zafarse de su agarre y tomó asiento de nuevo—. Te llamé por la muerte de Susan, y por Sebastian, tu hijo, ¿recuerdas?

Michael lo descartó con una mano y Sam sintió que su pecho se estrujaba. «¿Cómo demonios pude crearme enamorada de ti?», parpadeó profusamente para evitar llorar y lo miró furiosa.

En vez de sentarse frente a ella, se acomodó a su lado, y acercó el asiento para que sus rodillas se tocaran. Sam se apartó lo más que pudo, hasta que su espalda quedó apoyada contra la pared.

—Sí, lamento haber escuchado lo de Susan —comentó como si no fuera importante—. Pero no hablemos de ella hoy, este es nuestro reencuentro. —Pasó una mano por su antebrazo y ella se alejó.

—No me toques, Michael —le exigió entre dientes.

—Vamos, Samy —murmuró él con su tono sensual—. Te he extrañado, cariño.

—Te pedí que nos viéramos por Sebastian, por ningún otro motivo —respondió y negó con la cabeza.

—Antes de llegar allí yo quiero saber de tu vida, tenemos muchos años sin hablar. —La miró de arriba abajo—. Viéndote así me doy cuenta que debí mantener el contacto.

Sam frunció el ceño y negó con la cabeza después de emitir una risa irónica. Decidió no permitir que la manipulara, y decir lo que había ensayado.

—Sebastian necesita estabilidad y estar en el entorno que conoce, sobre todo en estos momentos que es tan vulnerable —inició—. Tú jamás has sido un constante en su vida.

—Tú me dijiste que me apartara de ellos, yo cumplí con tu petición —la interrumpió y Sam entrecerró los ojos.

—Te pedí que te alejaras de mi prima, que no le hicieras más daño, y que ya no me interesabas; no que abandonaras a tu hijo —le refutó

de inmediato y después suspiró hondo—. No estoy aquí para hablar del pasado, Michael, sino para hacer lo que es mejor para Sebastian.

—Pero tu visita aquí solo me hizo recordarlo, Samy. —Movi6 su mano hasta apostarla en su pierna y apret6 su muslo. Ella se removió para apartarlo, sin conseguirlo—. ¿No te preguntas algunas veces cómo hubiese sido entre nosotros?

—No —respondió sin siquiera pensarlo.

—Yo sí. Todo el tiempo. Aún recuerdo lo apasionada que eras, sé que incendiaríamos las sábanas. —Él la miró con intensidad, y ella por fin lo entendió.

—¿Quieres poner un precio, Michael? ¿Me darás a Sebastian si por fin cumples tu objetivo de llevarme a la cama? —le preguntó en voz baja, horrorizada.

—Por fin sabríamos cómo es estar juntos, sé que también quieres responder a esa pregunta, ¿ves? Así los dos ganamos —mientras hablaba deslizó una mano por el muslo de Sam, en una caricia. Ella lo miró aturdida—. Ambos seríamos muy felices, y te aseguro que no te arrepentirás.

«Y Oliver jamás me perdonará por ello, y destrozaría por completo cualquier posibilidad de estar a su lado», jadeó y bajó la mirada, esas palabras salieron de la nada. Se maldijo y se llamó idiota, creyó que por fin había dejado de engañarse y sin embargo eso seguía presente, burlándose de ella.

—Primero que todo, nunca me pregunté cómo sería estar contigo, segundo, no tengo ningún interés en ayudarte a comprobar tus tesis depravadas, Michael. Y tú estás casado, ¿o es que aún no has aprendido a controlar tu libido? Al menos hasta llegar a casa, donde te espera tu mujer.

Michael sonrió y negó con la cabeza.

—Hannah y yo no funcionamos, es una mujer fría y estar con ella es una pesadilla diaria. Es más que todo un acuerdo comercial, ya sabes cómo somos los de mi clase, tenemos que cumplir ciertos estándares y ella es perfecta en su papel. Si no fuera por eso ya estaríamos divorciados.

Sam negó con la cabeza y casi masculló un juramento, su deseo de

tener una máquina del tiempo volvió con mucha fuerza, en esa oportunidad quiso regresar ocho años atrás y golpearse por haber creído en este hombre miserable.

—Quiero que firmes la citación y vayas al tribunal para acordar la cesión de patria potestad de Sebastian a mi favor. Ya la trabajadora de servicios sociales realizó la primera visita y tiene un preinforme positivo.

—¿Quieres que renuncie a mi hijo?

—Me lo debes por todo lo que me arrebataste seis años atrás en ese maldito sótano; me quitaste mi familia, y todo lo que me importaba. Me lo debes, Michael —le repitió.

—¿Es que ninguno de ustedes es capaz de dejar atrás el pasado? —preguntó él y puso los ojos en blanco—. Ha pasado mucha agua bajo el puente, Samy, ya déjalo ir, además yo no tengo la culpa de que Susan y Oliver sobreactuaran. Si no hubieras sido tan escurridiza e infantil nada de eso habría pasado.

—Ya no importa —respondió Sam, y se llevó una mano a la sien, ese tema no los llevaría a ninguna parte—. Tú tienes tu vida, tu casa, tu esposa, y Sebastian nunca te ha interesado.

—Es mi hijo.

Sam quiso golpearlo para borrar esas palabras de sus labios.

—Yo no me opondré si quieres visitarlo alguna vez, pero no creo que desees hacerte cargo de él. Y tú sabes cómo fue mi pasado, lo que sufrí con los padres de Susan.

—Exacto, Samy. Harías lo que fuera y por el tiempo que yo quiera para que el niño no sufra lo que tú viviste. Yo lo sé, tú lo sabes —le sonrió con suficiencia—. ¿No es así?

Ella lo miró horrorizada.

—Disculpen mi tardanza.

Ambos giraron para ver a Hannah parada frente a ellos, que en ese momento sus ojos lanzaban dagas imaginarias hacia Sam.

—¿Cariño, qué haces aquí? —preguntó Michael, parecía relajado, pero apretó la mano que aún sujetaba el muslo de Sam, hasta hacerle daño y se enderezó.

—Te dije que quería acompañarte a que hablaras con la prima de tu

ex, Michael.

—Y yo te dije que lo manejaría mejor si no estabas, mi cielo —le refutó y sonrió.

—Mucho gusto, soy Hannah Lewis, su esposa. —La mujer alzó la mano hacia Sam quien la miró aturdida.

«Ella juega en una liga muy distinta a la mía», pensó mientras estrechaba su mano.

—Mucho gusto, soy Sam Heller, la prima de la exesposa de Michael —respondió y ambas sonrieron con expresión falsa.

Michael se levantó y abrazó a Hannah con suavidad mientras le susurraba algunas palabras, e hizo que Hannah se relajara y hasta sonriera.

Era un encantador de serpientes, decidió Sam, alguien capaz de conquistar a quien fuera con palabras, y en ese instante comprendió su principal diferencia con Oliver. Él, al contrario del hombre frente a ella, no podría jamás envolver a nadie con sus palabras, pero sería capaz de hacer lo que fuera por los que quería. Como sacrificar su vida en un matrimonio destinado al fracaso una y otra vez, permitir que lo usara a su antojo, para tenerla a su lado. A pesar de saber que hizo lo correcto, volvió a agradecer tener la fuerza para rechazarlo, porque no podía permitir que se inmolará de nuevo por ella.

La mujer se giró y miró a Sam.

—¿No te importa que esté en la reunión, o sí, querida? —Sam se apresuró a negar.

—No, por supuesto, creo que tu compañía es necesaria. Le estaba comentando a Michael que quiero adoptar a Sebastian.

Michael ayudó a Hannah a sentarse y después le sonrió a Sam.

—Y yo no estoy del todo seguro, es mi hijo —contestó. Hannah lo miró con sorpresa y Sam maldijo en su interior.

—Siempre podríamos llegar a un acuerdo —recapituló Hannah de inmediato, incómoda—. Aunque, claro, el niño será bienvenido en nuestra casa —su voz era mecánica, lo cual hizo que Sam se estremeciera.

«Primero me volveré una fugitiva y me llevaré a Sebastian a Canadá antes de permitir que ustedes lo tengan», se prometió en silencio.

—Ustedes van a tener otro niño, no creo que quieran cuidar a uno que no conocen. No tendrían que pagar manutención ni responsabilizarse de nada. Será mi hijo, solo mío —insistió y Michael entrecerró los ojos.

—Creo que ella está preparada para cuidar al niño —comentó Hannah.

—¿No has vuelto a ver a Oliver? —le preguntó Michael y la miró con intensidad. Sam se tensó aunque intentó que no fuera evidente.

—¿Qué? —preguntó confusa.

—No lo quiero cerca de mi hijo, es una mala influencia. —Hannah lo miró confundida—. Él me odia —le confesó a su esposa—. No quiero que lo ponga en mi contra.

Sam pensó en lo que Ethan le había dicho: «No le hagas ver jamás que Oliver quiere a ese niño, lamentablemente Michael es muy caprichoso y no entiendo su necesidad de superar a su hermano. Mucho menos porque él tuvo más que Oliver, al menos de mi parte».

—Hace seis años que no lo veo —mintió sin dejar de mirarlo a los ojos—, creo incluso que está casado —respondió y sintió que su pecho iba a explotar.

—Si decido darte la patria potestad quiero esa entre otras condiciones. —Elevó sus cejas para que ella entendiera con claridad que la condición era que se acostara con él—. No me importa que él sea su tío, no tendrá contacto con mi hijo. —Sonrió como si ese hecho le complaciera—. ¿Entiendes? —insistió. Sam sintió que su estómago se removía y se forzó a mantener la comida dentro de su panza.

Michael alzó las cejas pidiendo una confirmación y su alma se retorció. Podría decir que no, que se verían en un juicio, ¿y después qué pasaría? Las palabras de Martha y de la visitadora social volvieron a repetirse en su cabeza, y supo que era la única manera.

—Por supuesto, él no se acercará a tu hijo —le respondió con voz ahogada y quiso salir corriendo de allí.

«Oliver va a matarme». No, rechazó de inmediato; él entendería, cuando ella le explicara que la esposa de Michael estaba dispuesta a cuidar a Sebas y lo horrible que eran ambos, él... «¿Qué diablos estoy pensando? Él va a tomar el primer avión que salga de Londres y me

destrozará en pedacitos cuando llegue a Chicago. No, antes de eso va a afirmar que sigo enamorada de Michael y que lo estoy apartando de Sebastian para que no se interponga cuando me vuelva su amante y ponga a su sobrino en el medio. Sí, esa opción se parece más a Oliver. Y después de eso va a matarme». Su corazón se hundió porque sabía que lo que estaba decidiendo en ese instante, iba a destruirlo. «¿Por qué siempre tengo que hacerle daño?».

—Bien —acordó Michael, su sonrisa era resplandeciente—. Tendré que hablar con mis abogados, y con mi esposa en privado. Después te avisaré, podríamos reunirnos de nuevo para conversar sobre el niño y sobre las otras condiciones.

—Una llamada a nuestros abogados será suficiente —contestó con frialdad, considerando que él ni siquiera había mencionado el nombre de su hijo, y que no tenía ningún grado de moral para hablar de sus otras «condiciones» frente a Hannah.

Alguien les hizo señas del otro lado del restaurante y Michael sonrió al hombre.

—Permiso, debo saludarlos. —Se levantó y se alejó de ellas.

—No te reunirás de nuevo con él —insistió Hannah y Sam quiso reír de forma histérica. Si la mujer tan solo supiera lo que sucedió antes de que ella llegara, entendería que preferiría caer muerta a volver a acercarse a él.

Miró su sobre, a Hannah y tomó una decisión rápida. Apagó la pequeña grabadora, tomó una de sus tarjetas y estrechó su mano para entregárselos en secreto.

—Lo único que quiero es a Sebastian sin condiciones. Nada más. —La miró con ruego—. Por favor, tómalo y escúchalo. Mi número de teléfono está allí.

La mujer pareció renuente a hacerlo, pero cuando vieron que Michael se acercaba, Hannah apartó su mano y guardó la grabadora y la tarjeta en su cartera de mano

Sam se levantó del asiento, se disculpó con ambos y salió del restaurante. Su cuerpo se sacudió por el contraste del aire aún cálido a pesar de estar a mediados de septiembre, con su piel fría por el terror. Caminó rumbo al estacionamiento con desespero, necesitaba

llamar a Christian y saber qué iba a hacer ahora.

Capítulo 10

*En los brazos de un ángel,
vuela lejos de aquí,
de este oscuro y frío cuarto de hotel,
y la infinitud que sientes.
Te sacaron de los restos
de tu ensoñación silenciosa.
Estás en los brazos de un ángel,
ojala encuentres consuelo aquí.
In the Arms of an Angel, Sarah McLachlan*

Sam observó a Sebastian mientras veía un video en su tableta y se llenó de angustia a pesar de haber hablado con Christian cuando salió de su reunión con Michael y Hannah, un par de horas atrás. No podía perderlo, se repitió en silencio, era lo único que le quedaba de Susan.

Christian había gritado por más de diez minutos cuando lo llamó para contarle sobre su reunión; después, cuando pudo calmarse lo suficiente para escuchar lo que sucedió, se mostró animado por los resultados, y ambos confiaban —sin certeza alguna—, en que Hannah escuchara la grabación y decidiera ayudarla, porque había entregado de forma irremediable la única prueba que tenía contra Michael, pero en ese momento le había parecido lo correcto.

Trató de no pensar en lo que sucedería si la esposa de Michael decidiera que no quería ayudarla. Cuál sería su alternativa, ¿tomar a Sebastian y huir de casa como una delincuente? Alejarse de su familia para siempre porque en su calidad de fugitiva no tendría otra

opción; no, en el fondo, Sam sabía que esa idea era inverosímil, sobre todo porque no podía romper la estabilidad que tenía en Chicago, y no por ella, sino por Sebastian, quien había demostrado estar mucho más abierto a su entorno, con sus amigos y tío, incluso cuando recordaba a su mamá. No, no podría hacerle eso a su sobrino.

La otra alternativa era la que más odiaba, de solo pensar en ello se asqueaba; tendría que cumplir las condiciones sin garantías interpuestas por Michael, pero eso significaría renunciar a Oliver para siempre, incluso como amigo, porque él jamás le perdonaría que lo alejara de Sebas, o que cediera ante el requerimiento más importante para Michael: sexo con ella.

Dejó al niño entretenido en la sala de estar y caminó hacia la cocina, casi enferma de tanta angustia. Apretó sus manos cuando empezaron a cosquillar, y se obligó a tomar lentas bocanadas de aire. «Cuidado con lo que deseas», había escuchado o leído por ahí. Tanto rogar por una máquina del tiempo y por fin se le cumplió. Todo ese día se la pasó dando saltos en el tiempo hacia el pasado y por primera vez en casi un mes se permitió pensar en Susan como un ente ausente, como la prima y madre a la que nunca volvería a ver; todo ese día mirando hacia atrás, repensando su vida y después, el encontrarse con Michael y su esposa, fue peor, como verse frente a un espejo donde el pasado y el presente convergían para mostrarle las consecuencias de sus decisiones.

Si su máquina del tiempo no fuera solo una construcción narrativa, podría cambiar muchas cosas, como ser más feliz, disfrutar más, dejar de tener tanto miedo. Se arriesgaría. Por ejemplo, habría aceptado a Oliver cuando le indicó en el aeropuerto que no iba a renunciar a ella, en vez de sentirse aterrorizada por la posibilidad de volver a intentarlo. Él se merecía que alguien lo abrazara, protegiera y amara, no por lo que podía dar, sino por él mismo. Y Oliver tenía tanto que dar, mucho más de lo que él creía suficiente para ser amado, por eso no podía permitir que pensara que ella lo iba a aceptar solo porque lo necesitaba como pilar para dar una buena impresión a un juez. Ya habían transitado por ese camino, varias veces, y cada uno de esos viajes terminaron en tragedias.

En ese momento, notó dónde estaba parada y qué estaba haciendo, sus manos picaron aún más, frente a ella se encontraba la puerta del sótano. Sin poder controlarse, caminó hacia esta y trató de abrirla, pero estaba con llave y con un bloqueo para protección de niños. Tuvo que buscar la llave y la forzó a abrirse, la humedad había abultado la madera.

Cuando logró moverla, entró y encendió la luz, que titiló un par de veces y al bajar tres escalones entendió que no solo la humedad provocó que la puerta se trancara, sino el desuso. El sótano parecía un mausoleo a Sam. Todo se mantenía igual a la última vez que estuvo allí, esa tarde que el rumbo de su vida cambió para siempre.

Tocó el sofá destartado y lleno de polvo, encontró el caballete que Susan le había regalado cuando cumplió catorce años, lo había dejado de usar porque se caía cuando le instalaba un lienzo encima. Detrás de él estaba un intento de réplica de las *Bailarinas Azules*, de Edgar Degas, una pintura que le había encantado a Susan y que quiso crear como un regalo para sus dieciocho años.

Jadeó y se apartó un paso. Sintió que su corazón se partía en pequeños pedazos ya que finalmente entendió que Susan jamás volvería. Que se había ido para siempre. Ya no la llamaría cada mañana, o cenaría con ella tres veces por semana, y no la tendría para aconsejarla, con su fuerza y paciencia; la había perdido para siempre.

Comenzó a llorar, gimoteos desgarradores dejaron su pecho al recordar a su prima, la forma en la que nunca más le sonreiría, que no volvería a abrazarla. Y se sintió abrumada por la responsabilidad que recaía en sus hombros por la vida que dependía solo de ella.

—Prima, fuiste una mujer tan fuerte —susurró entre los sollozos, ya que ella pasó por lo mismo siendo mucho más joven que Sam, y actuó con aplomo, no solo crió a una niña de catorce años, sino que se graduó de la universidad y luchó para que a ella jamás le faltara nada.

Soltó un nuevo alarido, ya que su niña interior necesitaba que le diera su respaldo, que le dijera que lo iba a hacer bien. Que Sebastian estaría bien y que ella no lo arruinaría. Un pequeño cuerpo se le abalanzó encima, acomodándose sobre su regazo y apretó su cuello

con fuerza. Sebas estaba llorando también, notó. Con la misma intensidad que ella lo hacía.

—Lo siento tanto, mi pequeño —susurró con la voz ronca, mientras se forzaba a calmarse—. No quise asustarte. —El niño asintió, pero seguía aferrado a su cuerpo, y lloraba con igual fuerza. Sam se rindió y lo abrazó a su vez, apretándolo contra su pecho, y dejó de controlarse—. Extraño a tu mamá. Mucho.

Sebastian comenzó a llorar más fuerte y asintió de nuevo, antes de susurrar muy bajito que él también lo hacía. Que la quería de vuelta.

Sam lo mecía y lloró con él, esos días lo había notado más perdido que antes, imaginaba que por la partida de Oliver. Su vida había sufrido tantos cambios, uno atrás de otro. No era justo y sería menos justo que al final tuviese que entregarlo a unas personas con las que jamás había tratado, que no lo querrían como se merecía, peor que eso, que no lo amarían de ninguna forma.

Acarició los cabellos del niño y Sebas la miró, sus pestañas estaban húmedas, sus ojos azules brillantes, tristes y confianzudos. Ella le prometió en silencio que sacrificaría cualquier cosa, por su bien.

—Te quiero, pequeño. Y te protegeré de lo que sea. Eres mío, ahora. Por siempre —le dijo y volvió a mecerlo entre sus brazos.

—¿Lo prometes? —le preguntó en voz baja—. ¿Tú no me dejarás?

—Lo prometo, nunca te dejaré por mi voluntad y lucharé por ti contra todo —le dijo y besó su frente—. Como tu mamá hizo conmigo.

Se dejó caer al suelo, con el niño sobre ella, y comenzó a hablar de Susan, sus recuerdos más felices y divertidos, y poco a poco ambos dejaron de llorar, y él rio un par de veces, aún aferrado a su cuerpo. Y en medio de ese sótano mugriento que fue su hogar por casi toda su niñez y adolescencia, por fin conectó con Sebastian. Y entendió que era hora de dejar de esperar que su prima apareciera, porque en su manera especial lo hizo, en medio de sus recuerdos, para unirlos por siempre. Entonces decidió que debía despedirse por fin de esa casa, que amaba y odiaba en partes iguales, y que sacaría a Sebastian de su hogar, pero para crear uno nuevo, solo para ellos dos.

—Nos mudaremos a mi casa, Sebas —confesó, aunque

técnicamente fuera la casa de Christian—. Podrás decorar tu cuarto como lo desees. Será una pequeña aventura.

—¿Mi mamá sabrá dónde estoy? —preguntó contra su cuello.

—Siempre sabrá dónde encontrarnos —le respondió y acarició su espalda—. Y nos llevaremos fotos, tus juguetes, los videos y las cosas que más quieras para que siempre la recordemos.

—¿Y tito sabrá dónde estamos? —inquirió ansioso.

—También lo sabrá.

El niño asintió, aunque ninguno de los dos hizo ningún intento por moverse. Pasaron mucho tiempo en el sótano, acostados en el suelo, abrazados, hasta que el niño se quedó dormido y Sam lo cargó hacia su habitación para que descansara en su cama.

Estaba cerrando la puerta cuando escuchó el repique de su teléfono y salió corriendo a contestarlo.

—Sam Heller —respondió sin siquiera ver el identificador de llamadas. Por unos segundos, nadie habló del otro lado—. ¿Hola?

—Es Hannah —informó por fin y Sam se tensó, a la expectativa—. Quiero que se aleje de mi esposo —anunció de forma abrupta. Sus ojos se humedecieron porque el encantador de serpiente había ganado—. Así que la ayudaré, Michael firmará la cesión de patria potestad, sin ningún tipo de condición, mientras usted me prometa que no volverá a acercarse a él.

—Se lo garantizo —prometió con vehemencia.

—Es un trato —respondió la mujer y después trancó la llamada sin siquiera despedirse.

Sam apoyó sus manos sobre la mesilla para evitar caerse, comprendiendo que su plan había funcionado y que iba a cumplir la promesa que acababa de hacerle a Sebastian.

El timbre la sacó de sus pensamientos y se acercó a la puerta principal, desorientada. Cuando la abrió se encontró a Derek frente a ella, tenía grandes ojeras, y parecía haber perdido varios kilogramos. Lucía triste, y se abalanzó hacia él, para abrazarlo y consolarlo, como no pudo hacerlo en esas semanas.

—¡Derek! —susurró, su aura libre y acogedora volvió a atraerla, y se relajó en sus brazos.

—Sam —musitó a su vez, la abrazó con fuerza, ambos perdidos en la sensación de vacío.

Él la había llamado cada día después de la muerte de Diego y Susan, y ella estuvo para él en la mejor forma que pudo, tanto en su viaje a Indianápolis, como su travesía en Montana, para dejar el tributo a su amigo.

—¿Cómo te fue? —le preguntó al apartarse, y seguirlo hacia el sofá de enamorados, que se balanceaba en el porche.

—Ayudé a Aurora en todo lo que pude, vaciamos su apartamento en Indianápolis, resolví los pendientes en su trabajo y puse todo en orden. Después fui al parque estatal Fort Harrison a dejar una pequeña piedra de cuarzo para la buena suerte, eran las favoritas de él, y evitará que alguien vuelva a perderse allí. En Montana me quebré, era mi mejor amigo, Sam, mi hermano desde que éramos niños. Hoy por fin termine de vaciar su apartamento en el centro, y le envíe sus pertenencias a su madre. Cada día intento dejarlo ir, pero es difícil.

Sam asintió y tocó su labio inferior con dos dedos.

—Te entiendo, también me es muy difícil.

—Ellos están bien, Sam —dijo con tanta certeza que lo miró interrogante, deseó ser tan optimista—. Y estarán juntos hasta que vuelvan intentarlo y creo que esa vez por fin podrán conseguirse.

—No entiendo —confesó con el ceño fruncido.

—¿Recuerdas lo que te conté sobre las almas gemelas?

—¿Crees que ellos lo eran? —indagó y él asintió.

—Sí, el problema con las almas gemelas es que, como todo, forma parte de un gran equilibrio, puedes pasar muchas vidas sin encontrarla, porque tienes que entender un montón de cosas antes de llegar a ella. De eso se trata la vida, de aprender lecciones, cuando lo haces tu tiempo ha acabado y debes comenzar otra etapa. Para que dos almas gemelas se reconozcan es necesario un estado perfecto, si no es su momento no se verán o se dejarán ir, que es por eso que te decía que un ser puede vivir sin su alma gemela incluso así la haya conseguido, solo que no será tan feliz. Diego y Susan se encontraron, pero no había equilibrio. Espero que en la siguiente vida ya estén

completos y puedan vivir su travesía. Por lo menos él no se fue solo, ella lo sostendrá hasta que sea el momento de volver a nacer.

Sam miró hacia la carretera, y deseó que eso fuera cierto porque no quería que su prima estuviese sola donde quisiera que se encontrara.

—¿Y tu Darth Vader? —preguntó él un par de minutos más tarde—. Tu aura está llena de esas marcas oscuras y azules con la que te encontré en Australia, así que imagino que aún está cerca. Además que siempre se hacía notar cuando te llamaba.

—Le pedí que se fuera. —Derek la miró con intensidad—. Sebastian me necesita, y él pertenece a otro lugar, si seguía aquí se arriesgaría a perderlo todo, y yo no podía soportar ser la responsable de ello. —Suspiró y apoyó su espalda contra el sofá, se balanceó un par de veces y giró hacia él, su expresión llena de vergüenza—. Lo siento, tengo que confesarte algo; antes de que él regresara a Londres...

—No tienes que decirlo, Sam. Lo sé —le atajó y ella frunció el ceño, dudaba que lo supiera, pero la forma en que la miraba y la pequeña sonrisa que le ofreció la hicieron sentir segura—. Somos amigos antes que todo lo demás, ¿no es así? Y creo que por más que yo hubiese querido algo distinto, siempre hemos sido solo eso.

Sam bajó la mirada y asintió, hundida por el pesar, ya que no quería hacerle daño porque él le había enseñado muchas cosas sobre sí misma, entre ellas la libertad que conllevaba confiar en sus habilidades y en sus instintos.

—Soy una idiota. No entiendo por qué sigues aquí, no lo merezco.

—Por la misma razón que todos orbitamos a tu alrededor, porque tu aura es perfecta; oscura en varias partes, con heridas y vacíos, pero luminosa en otras, ya que en el fondo no importa lo que te hayan hecho, sigues siendo igual de inocente y brillas con intensidad, como la estrella Sirio.

Sam lo miró y estiró sus labios en una sonrisa, su visión se enturbió.

—Y tal vez estoy destinada a sentirme tan perdida como ellas se deben sentir, orbitando sin dirección en el universo. —Se encogió de hombros. La melancolía le ganó de nuevo—. Desearía poder tener la posibilidad de cambiar mi pasado y mis errores.

—¿Por qué querrías hacer eso? —le preguntó Derek, confundido—. Cada uno de ellos te volvió la mujer que eres ahora. Sam, la mariposa podrá resentir el tiempo en que fue oruga, pero si no lo hubiese sido, ahora no existiría. —Ella se tensó y meditó sobre eso—. Tienes que aceptar el pasado para no volver a repetirlo. Quien lo niega está condenado a volver a vivirlo hasta que aprenda; algunos lo llaman karma, otros destino, o justicia divina, todo significa lo mismo. —La vio intrigado y continuó—. ¿Qué parte cambiarías?

—Michael —respondió de inmediato—. Perdí tantas cosas por él, hubiese tenido muchos más años con mi prima. Y quién sabe, hasta el destino de Susan y Diego habría sido distinto.

Él la miró con dolor, y negó con la cabeza.

—¿Desde cuándo puedes controlar un sentimiento? —se burló y después la miró con duda—. ¿Ese es el único destino que habrías cambiado?

Ella parpadeó mientras pensaba en ello y se templó cuando llegó la respuesta.

—Oliver —contestó aturdida.

Claro, lo habría visto en una que otra reunión, pero jamás hubiese sentido la necesidad de pasar tiempo con él ni tampoco lo habría conocido en verdad.

—No lo habría amado —confesó—. Pero tampoco lo hubiese herido.

—¿Eso fue lo único que hiciste? —insistió él.

Los acontecimientos de hace tres días volvieron a repetirse en su cabeza: «Siempre has sido mi hogar, eso jamás cambiará». Cuando él pronunció esa palabra seis años atrás, en su confesión de amor, Sam no había entendido bien a qué se refería. Esa vez sí lo hacía, y lo cierto es que era algo mutuo, porque él también siempre sería su hogar.

—¿Ves? —le preguntó él como si entendiera su silencio—. Equilibrio, Sam. Eso es todo lo que se requiere para que dos almas gemelas se reconozcan. Puedes rendirte, esperar otra vida para volver a intentarlo, pero ¿no te parece un desperdicio? —Ella arrugó el ceño. Él sonrió—. ¿Qué sientes cuándo él no está cerca?

—Nada tiene sentido —respondió de inmediato.

Ella cerró los ojos ante esas tres palabras y el terror la atormentó de nuevo, pero junto a él estaban el anhelo y las ansias de volver a casa. El remordimiento desapareció porque Derek había tenido razón, incluso en lo peor de su relación, él había estado allí, como Sam, aferrándose, sin importar el daño que se hicieran uno al otro. Allí sintió unos labios rozar los suyos, y se enfocó en Derek, que estaba acariciando su mejilla.

—Merecíamos un beso de despedida.

—Eres asombroso, ¿lo sabes, verdad?

—Algunos nacemos con el don —bromeó, pero sus ojos seguían tristes.

Ella acarició su mejilla a su vez, buscaba consolarlo. En ese instante la puerta principal se abrió y Sebastian salió agitado, corrió hacia ella y se sentó en su regazo, apartando a Derek de su lado.

—¡Hola, pequeño! —lo saludó Derek antes de acariciar su cabello —. Te traje un juego inédito que me enviaron para probarlo, ¿quieres ayudarme?

Sebas asintió, ya más tranquilo, y todos entraron a la casa.

El resto de la tarde lo pasaron juntos, relajados. Derek jugó un rato con Sebas y la ayudó a hacer la cena, mientras le contaba que había tenido que retrasar el inicio de su nuevo proyecto por la muerte de Diego, y que la empresa había aceptado la prórroga, por respeto a su duelo, además sabían que él era el mejor del mercado. Pero que en un par de días debía iniciarla. Ella intentó estar presente y participar, pero sus pensamientos iban una y otra vez a Oliver.

—¿Estás segura de que puedo dormir aquí? —le preguntó Derek, después de acabar la película animada que estaban viendo como favor a Sebastian, quien ya estaba dormido en el sofá, sobre su regazo—. Puedo ir a un hotel, si lo prefieres.

—Para nada, la habitación de Sebastian está lista, él duerme conmigo, y tu vuelo sale temprano, ve a descansar.

—Vale, hermosa, entonces llevaré al pequeño a la cama mientras tú apagas todo —le respondió, besó su frente y tomó a Sebas en brazos.

—Déjalo acostado en la cama del cuarto principal —dijo, alzó los

hombros en un gesto inocente y continuó—. Hoy decidí que nos mudaremos a mi casa, espero que después que decoremos su cuarto, él decida dormir solo de nuevo. No sé si estoy haciendo bien en dormir con él, pero me asusta que se despierte de una pesadilla, como ha sucedido varias veces en este mes, y no me tenga cerca.

Él miró de forma intercalada a Sam y a Sebastian, con ese estado de concentración que era tan característico del pelinegro, y sonrió, un gesto suave.

—Él está bien, Sam, triste y desolado como nosotros, pero no está perdido, porque tú eres su ancla. Lo estás haciendo bien —le dijo y ella sonrió con sus ojos humedecidos, la mirada fija en su niño, y rezó para que Derek tuviera razón.

Verificó que todas las puertas estuvieran cerradas y comenzó a apagar las luces, se detuvo en la sala de estar, tomó su teléfono de la mesa de centro y comenzó a recordar los eventos que sucedieron hace tres días. Sin siquiera meditar en lo que estaba haciendo, activó su celular y lo llamó, no le importó que en Londres fueran las seis de la mañana y que él debiera estar dormido.

—¿Samantha? ¿Sucedió algo? ¿Está Sebastian bien? ¿Estás bien? —contestó con voz enronquecida y alterada, casi al quinto repique.

—Él está bien. Estamos bien—se apresuró a calmarlo.

—¿Qué sucede? —insistió.

—Soy una cobarde. Tenías razón en lo que me dijiste, soy una niña miedosa.

—No, jamás debí llamarte así —la interrumpió—. Si no recuerdo mal, yo también he actuado como un cobarde contigo, y estoy seguro de que ese terror que sientes fue instaurado a consecuencia de ello.

—Es más que eso. —Se pasó una mano por la cara, porque no sabía bien cómo explicarlo—. Mis recuerdos de felicidad, de ambos, siempre van dirigidos a cuando éramos amigos, y es como que cada vez que intentamos ser algo distinto solo trae miseria y tristeza. Por eso, cuando me escribiste en diciembre te contesté y luché por ser solo tu amiga, porque siento terror de perderte, porque si tú no estás conmigo es como si yo estuviera incompleta, no quiero volver a caer en lo mismo.

—No lo haremos, Samantha —le aseguró—. Solo tenemos que buscar una forma de superarlo. Juntos.

—Pero, ¿sabes qué? Si todo lo que ha pasado sucedió para convertirme en tu hogar, y que tú fueras el mío, entonces supongo que de alguna manera, fue necesario. —Lo escuchó contener el aliento—. Porque lo cierto es que nadie me ha hecho sentir tan intensamente como tú, ni dolor ni alegría, y me he estado mintiendo, jamás sería feliz si tú estás con alguien más, y si tienes con ella los hijos que siempre he querido darte.

—Samantha, háblame claro, ¿qué es lo que me estás diciendo? —escuchó que le susurraba, su voz llena de ansiedad.

—Hoy por fin lloré a Susan —continuó aunque pareciera que hubiese cambiado de tema por completo—. Y recordé nuestra última conversación, yo le pedí que se arriesgara, que no tuviera miedo al amor y le dije que no todos los hombres eran iguales, y después de eso murió, Oliver, porque la vida es así, efímera.

—Lamento que por fin hayas llorado a tu prima y que yo no pude ayudarte o consolarte.

Esas palabras la hicieron estremecer y comenzó a llorar, ya que con ese gesto había terminado sus fortalezas.

—Escojo creer que aunque todo sigue siendo igual de difícil entre nosotros, esta vez no nos haremos daño, que nuestra historia tuvo que enseñarnos algo, y que la forma en que nos aferramos el uno al otro, incluso cuando no debíamos, significa que seremos capaces de superar las pruebas que tendremos en el futuro y curar lo que está roto, porque no quiero vivir con el miedo, Oliver, quiero crear por fin nuestro hogar.

—¡Maldita sea, Samantha! —escuchó que le gritó enfurecido y la hizo dar un respingo—. ¿Por qué escoges decirme esto por teléfono? ¡Me vas a causar un infarto, mujer! —Lo escuchó inhalar brusco un par de veces, de seguro para calmarse, y ella soltó una risilla tonta, su pecho liviano por primera vez en mucho tiempo—. Necesito estar dentro de ti justo en este instante. Ya. —Ella jadeó y él gruñó.

—Sí, por favor —susurró ella y fue el turno de él de emitir un gemido. Sam volvió a reír, jamás había tenido sexo telefónico, pero si

conocía a su Oliver, sería sexo igual de avasallante que el sexo regular, así que confiaba en que él tomara las riendas—. ¿No vas a preguntarme qué estoy usando?

—No será así —contestó, era obvio que había entendido hacia donde iban sus pensamientos—. Estoy encendiendo mi *laptop* para comprar un pasaje para Chicago, y si no hay ninguno, juro que le pagaré a cualquier pasajero la cantidad que quiera para cedérmelo, pero estaré en tu casa mañana, sin falta. Y allí, te tendré como quiero, y Samantha, te lo garantizo, no te volveré a dejar ir. Jamás.

Ella tardó unos segundos en comprender lo que estaba diciendo, ya que había estado perdida en sus fantasías y en la sensación de liberación por haber confesado sus deseos, aún sentía miedo, pero también mucha esperanza, y eso, por fin, la hizo sentir viva. Pero entonces asimiló lo que él dijo.

—¡No! —respondió de inmediato. Su respiración se agitó, y quiso golpearse en la cabeza, porque fue una estúpida al haberlo llamado y no pensar en las consecuencias—. No puedes venir a Chicago, Oliver.

—¿De qué diablos hablas ahora?! —la increpó, después lo escuchó respirar hondo—. Entiendo que aún sigas preocupada por mis asuntos, pero ya firmé el divorcio, Samantha, e incluso Ilana solo aceptó el valor nominal del apartamento y unas cuantas inversiones que tengo que traspasar a su nombre. Rechazó todo lo demás porque, según me escribió, le parecía injusto quedarse con más de la mitad de mi patrimonio cuando al casarme con ella solo quise ayudarla. Además, ya empezamos con el proceso de la escisión; sé que no me podré quedar por mucho tiempo, pero...

—Hablé con Michael hoy —lo interrumpió y él se detuvo, por completo.

Supo que estaba tenso, y su corazón se aceleró ya que temió que saldría con alguno de sus ataques típicos de autodefensa, porque Oliver jamás actuó de forma racional cuando se trataba de Michael, su anterior propuesta de matrimonio probaba eso.

—No siento nada por él, Oliver —le reafirmó, al ver que no hablaba.

—Gracias a Dios —murmuró y a ella se le partió el corazón, ya que

había sonado realmente aliviado—. ¿Y qué sucedió con Sebastian?

Ella quiso trancar el teléfono y huir, pero desde hace mucho tiempo ya no arrancaba de sus peleas.

—Hay muy buenas probabilidades de que Michael firme la cesión de la patria potestad —anunció con entusiasmo fingido—. Y es lo mejor, porque ellos jamás podrán amar a Sebastian.

—Michael va a acceder a... —se detuvo y ella hizo una mueca, ya que sabía lo que venía—. ¿Qué está pidiendo a cambio? —preguntó con tono calculador. Abrió la boca, pero no supo qué contestar, cuál de las dos condiciones sería más sencilla de explicar a su hombre irracional.

—Su esposa va a ayudarme a que me entregue a Sebastian sin condición alguna, pero necesito que te mantengas lejos de Chicago —optó por esquivar.

—¿Por qué? —preguntó con voz mortífera—. Samantha, dilo.

—Él no quiere que tengas nada que ver con la crianza de Sebastian —se apresuró a confesar.

—¡Qué! —gritó y Samantha bajó la cabeza, derrotada.

—Oliver, déjame explicarte.

—¿Qué me vas a explicar?! ¿Te pidió que yo no lo viera?

—Sí.

—¿Y accediste?

—Era la única manera, y no durará por siempre, tal vez ni siquiera sea necesario, si tan solo...

—Te dije que no fueras sola, ¡que podíamos ganarle de otra forma! —la interrumpió.

—Escucha, por favor —pidió, su cabeza pulsaba por los gritos que siguieron.

De lo poco que entendió fue su acusación de que era la mujer más cabezona que había existido y que nadie lo mantendría alejado de su familia. Dijo muchas cosas más, pero solo pudo captar la mitad de ellas ya que todo era en un tono alto y muy grave. Entonces Sam decidió esperar a que se desahogara, porque sabía que en ese estado sería imposible confesar lo que había sucedido.

—¿Sam, estás bien? —le preguntó Derek y ella alzó la mirada para

encontrarlo a su lado, con expresión confundida y un vaso de agua en su mano derecha.

—Sí, tranquilo, ve a la cama —le respondió de forma mecánica, estaba aún mareada por la explosión.

Escuchó a Oliver exhalar con fuerza y por fin se dio cuenta de que había dejado de gritar. Su cuerpo se tornó frío.

—¿Quién carajo es ese? —preguntó con tono tosco, furioso.

—¿Derek? —respondió, aunque por algún motivo sonó tipo pregunta y lo escuchó maldecir antes de que se cortara la comunicación.

Ella llevó la mano a su frente y miró a Derek, antes de negar con la cabeza.

—Ahora sí va a matarme —le confesó y se dejó abrazar por el otro hombre, mientras se preguntaba cómo podría solucionarlo y por qué creyó que ambos habían aprendido algo de su pasado.

Era obvio que no lo habían hecho.

Capítulo 11

*Oh, mi amor, somos la luz,
un espejo de amor eterno
¿cómo podría alejarme?
Quédate, quédate, quédate.
Podemos aprender a escogernos,
frente a frente y con las manos entrelazadas
el fuego muere y la tempestad irrumpe,
pero no dejaremos que la oscuridad entre.
Stay, Tenth Avenue North*

Habían pasado doce horas y Oliver aún seguía igual de cabreado, furioso, obstinado, con el mundo y con una mujer en específico, que cuando estrelló el teléfono contra la pared de su dormitorio. Cómo se le ocurría negociar con el bastardo de su hermano para que lo alejasen de su familia. Nadie lo apartaría de Sebastian ni de Samantha, mucho menos después de la conversación en donde ella le aseguraba que por fin, después de nueve meses, tendría la posibilidad de conseguir lo que quería.

«¡Que se joda Michael y toda su mierda!».

Adicional a ello, estaba Derek. Solo de imaginarlo en su cama con Sebas le hacía querer destrozar algo y causar daño. Sabía que no habían follado, ella le confesó que no lo hicieron antes y no creía que fueran a hacerlo en ese momento; sin embargo Derek estaba allí y él no, lo que era suficiente para que su furia aumentara.

Salió de su auto casi sin coordinar lo que hacía, y observó la fachada de la antigua casa de Susan. Ella tendría que estar allí y Sebastian

estaría en el colegio, lo cual le parecía perfecto, porque estaba seguro de que iban a tener una gran pelea y no quería que el niño fuera a asustarse. Llegó a ese sitio por un acto impulsivo y no le importaba. De hecho, tuvo que pagar una cantidad exorbitante para alquilar un vuelo privado que lo llevara a Chicago, porque no consiguió pasaje en un vuelo comercial, pero lo haría de nuevo sin dudarlo.

Entró por la puerta de la cocina, que siempre se mantenía abierta, y caminó hacia la sala de estar, para localizar a Sam, pero se detuvo al encontrar la puerta del sótano abierta, se agitó al instante, la cólera que venía acumulando desde Londres se convirtió en algo distinto que no alcanzó a identificar, pero cuando escuchó la voz de Samantha en la sala de estar, la furia volvió a renovarse con mayor fuerza, por lo que se dirigió hacia ese sitio.

—No, no me he podido comunicar con él, he llenado su casilla de mensajes de voz y de correos electrónicos, ¿podrías buscarlo? —Se calló por unos segundos—. Sí, ya lo sé, no fue mi mejor momento, pero tienes que explicarle lo que está sucediendo. Juro que si no fuera porque no puedo salir del país ya estaría en el primer vuelo a Londres. ¡Dios, Chris! ¡Necesito encontrar a Oliver!

Él entró a la sala y la vio caminar de un lado al otro, su cabello rojo estaba suelto, y se balanceaba con sus movimientos, sus piernas lechosas estaban desnudas, y la única ropa que cubría su cuerpo era un suéter azul marino dos tallas más grandes, y que caía hasta su medio muslo, Samantha elevó sus manos hacia el último estante del librero y notó que estaba usando unos shorts de *jeans* que rozaban su trasero, y Oliver tuvo una erección instantánea. Porque ese pantaloncillo mostraba sus piernas de bailarina, y el suéter era de él, de seguro lo había dejado cuando tuvo que regresar a Londres, y en esos instantes solo deseaba recuperarlo.

Parpadeó para salir de sus fantasías eróticas cuando la vio coger un par de libros y empacarlos en una caja abierta sobre la mesa.

—Es que no pude explicarle, él debe pensar que no va a volver a ver a Sebas.

Eso hizo que su excitación muriera en el acto y fuera reemplazada por la rabia.

Ella giró hacia donde él estaba, y se detuvo al encontrarlo.

—Adiós, Chris, no te preocupes, Oliver está aquí —agregó y trancó la llamada, después tiró el teléfono contra la mesa.

—Estoy tan condenadamente furioso, Samantha —dijo y apretó los labios en dos líneas.

Alcanzó a notar que sus ojos azules se ampliaron, parecían más claros que nunca, justo antes que ella saliera corriendo hacia él y se lanzara contra su cuerpo.

—Estás aquí —susurró ella, mientras besaba sus mejillas y frente. Él se tensó y gruñó.

—Estoy molesto —repitió, aunque al mismo tiempo deslizó sus manos por sus caderas, y las apoyó sobre su trasero.

—Lo sé y lo entiendo —confesó, aunque no dejaba de tocarlo, besó su mejilla una y otra vez, acarició su espalda, y deslizó su nariz por su cuello—. Solo han sido cuatro días, y sentí como si hubiesen sido años, Oliver. Te extrañé tanto.

Él cerró los ojos y giró la cara, para tomar sus labios. Apretó la sujeción de su trasero y lo elevó un poco, a fin de acomodarla mejor contra su cuerpo. La besó de lleno, de forma apasionada, cruda, como siempre había sido entre ellos, y depositó allí toda su frustración, tanto por la discusión que los había separado, como por esta nueva idiotez de mantenerlo lejos de ella.

Pero poco a poco el beso cambió, casi imitó a ese roce en el aeropuerto, y se dio cuenta de que era por ella, que lo tocaba de forma libre, y con entrega. Él se apartó y tomó su cabello en un puño, para fijar su atención en él.

—Eres mía, maldita sea —le rezongó—. No me pidas que vuelva a renunciar a ti, Samantha, porque no voy a hacerlo.

Ella suspiró y subió sus manos hacia su nuca, comenzó a acariciarlo con sus uñas a la vez que unía sus frentes. Cada roce en la parte trasera de su cuello emitía un pequeño golpe de electricidad a su cuerpo. Oliver apretó la sujeción en su trasero y la pegó aún más a él. Se quedaron así por unos minutos, hasta que de alguna forma Samantha lo guió hasta el sillón, lo sentó y se acomodó en su regazo, sus piernas estiradas sobre el reposa manos, las manos de Oliver

fueron directo a estas.

—¿Dónde está el imb... Derek? —medio gruñó. Ella deslizó sus manos por su pecho, y se encogió de hombros.

—En un avión rumbo a Nueva York. Vino ayer a despedirse, y solo somos amigos ahora. Nada más.

Oliver quiso protestar, incluso hasta preguntarle por qué entonces lo había mandado a la cama, pero los celos que lo habían quemado la noche anterior parecían haber desaparecido, solo por tenerla sobre él, por sentirla tocándolo. Cerró los ojos y sintió que ella escondía su cara en su cuello y tomaba varias inhalaciones profundas contra su piel. Él estaba excitado, su erección amenazaba con explotar su *jean*, pero no quería o podía moverse.

Acarició sus piernas desnudas con su mano izquierda, y la derecha la metió bajo el suéter, para rodear su estómago. La sintió besar su cuello de nuevo y reposar su cabeza sobre su hombro.

—Empieza a explicar —pidió entonces.

—Hablé con Ethan y me dijo que Michael tiene una fijación contigo y lo entendí en esa reunión. —Oliver asintió, ya que recordó que a él también le dijo algo parecido—. Entonces, cuando me preguntó por ti, y habló sobre su condición, parecía que se estaba regocijando con la idea. Si le decía lo contrario, lucharía por quedarse con Sebas solo para hacerte daño.

—Así que solo decidiste eliminarme de sus vidas —murmuró sin mirarla, sintió su pecho constreñirse de dolor.

—Mírame —le rogó y tomó su barbilla. Él no quiso hacerlo porque sabía que estaba mostrando demasiado. La escuchó suspirar—. ¿Crees que te llamaría para decirte que quiero estar contigo y al mismo tiempo te rechazaría? Confía en mí, por favor. Déjame entrar, estoy aquí, y te quiero conmigo —le rogó—. Según me explicó Christian, cuando Michael firme la cesión de la patria potestad, no poseerá ningún derecho sobre Sebastian, yo seré su madre legal, y no tendré que cumplir ninguna de sus prohibiciones.

La sintió acariciar su barbilla con suavidad y cerró los ojos de nuevo, se relajó, ya que era cierto y tenía sentido, pero igual lo mataba, porque eso significaba que tenía que depender de su

hermano para estar con ella, y que la dejaría sola mientras conseguía esa cesión.

—Hannah, su esposa, me ayudará, y me dijo que no permitirá que me exija ninguna condición. —Oliver frunció el ceño, porque ella había titubeado en la última palabra—. Pero no quiero arriesgarme a enfurecerlo antes de que firme, por eso tienes que mantenerte alejado, solo por ahora. —Lo miró con pánico—. Son horribles. Michael le ha dicho que Susan lo engañó y que Sebastian podría no ser suyo, además de que yo me metí en su cama y lo seduje. Y ella insinuó que Sebas tenía problemas mentales. Haré lo que sea para evitar que esa gente terrible cuide a mi niño, Oliver. Ningún sacrificio será suficiente.

—Primero, necesito una promesa de tu parte —exigió y subió la mano derecha hacia su cuello, y apretó para que le prestara atención—. Me dirás en el momento que intente jugar la carta del matrimonio desgraciado, como hizo con Susan, o si busca algo turbio. No quiero que te toque, Samantha, y necesito saber si algo así sucede. No confío en él o en que no trate de seducirte o forzar cualquier cosa. Él es quien tiene el poder y de seguro lo sabe. No quiero que tenga alguna posibilidad de hacerte daño, y lo mataré si vuelve a seducirte —Apretó aún más su sujeción—. ¿Me lo prometes? —Su mirada se enturbió y él frunció el ceño.

—Lo prometo —le aseguró, después lo besó casi con brusquedad, apretó su cabello en dos puños hasta que la sujeción fue casi dolorosa. Él deslizó su mano por su cintura y se aferró a su sujeción, la besó con igual desesperación, porque también la había extrañado, y no sólo en los últimos cuatro días.

Cuando se separaron, pegó sus frentes.

—Bien. Confiaré en ti, entonces —susurró, y la miró fijo. La sintió temblar sobre su cuerpo y sus ojos se humedecieron.

—¿Qué sucede?

—Tus ojos, son aguamarina —confesó ella y acarició su cuello—. Los añoraba.

Oliver la miró confundido, sus ojos eran marrones verdosos, nadie jamás le había dicho que se tornaban aguamarina.

—Debe ser la luz.

—No, no lo es —dijo ella antes de abrazarlo en un agarre casi mortal, lo que causó que restregara su trasero sobre su erección. Oliver gruñó.

Ella volvió acercarse a besarlo, parecía que no podía dejar de tocarlo, lo cual estaba más que bien con Oliver. Le rozó los labios con los suyos y después lo hizo con su lengua. La escuchó gemir y la imitó, antes de elevar sus caderas para mayor fricción, pero sin cambiar la velocidad del beso, solo la tocaba con sus labios, jugando, la escuchaba suspirar cada vez que la rozaba, hasta que la sintió reír contra sus labios.

—Eres tan cachondo —comentó antes de besarlo de nuevo.

—Han pasado casi diez jodidos meses —se quejó él antes de unir sus labios con mayor fiereza.

—Lo sé —respondió ella y se apartó para mirarlo con picardía—. Sé cuánto tiempo llevamos sin acostarnos, Oliver, pero...

—No —la atajó—. Diez meses sin nadie más.

Samantha lo besó de nuevo con mayor entusiasmo y comenzó a acariciar su pecho. Él metió sus manos dentro del suéter otra vez para rozar su espalda desnuda, pero antes de poder tocarla, ella las apartó.

—No, sin tocar —le dijo y él frunció el ceño cuando ella colocó cada una de sus manos sobre los reposa brazos—. Las quiero allí todo el tiempo, ¿vale?

Oliver se sintió confundido ante esa orden, pero lo entendió casi de inmediato, cuando ella se bajó de su regazo y del sillón, hasta quedar arrodillada entre sus piernas, y comenzó a desabrochar su *jean*.

—Oh, maldita sea —murmuró antes de pasar sus dos manos por su cara. Ella lo observó con expresión traviesa y se mordió el labio inferior. Oliver se estremeció por ello y porque lo tomó con su mano—. Carajo, tenme misericordia.

Cerró los ojos y dejó caer su cabeza sobre el sillón. Ella tocó su punta y uso su líquido preseminal para lubricarlo. Su carne palpitó bajo su toque. Oliver gimió, y su corazón acelerado solo se acrecentó cuando sintió su lengua contra la gruesa cabeza, se tensó y emitió un

gemido que retumbó en su pecho, que subía y bajaba agitado.

Movió una mano y la apoyó sobre su cabeza para acariciarla mientras ella llenaba su boca con su polla, o por lo menos todo lo que podía abarcar.

—Mi amor —balbuceó—. Ah sí, chupa mi polla, fuerte y profundo.

Ella rio, y lo que la sensación que la vibración le hizo a su pene, lo dejó sin aliento. Samantha iba a acabar con él.

Se forzó a respirar. Había pasado demasiado tiempo desde que había sentido su boca caliente, apretada, y la forma en cómo su lengua trazaba la punta de su pene hasta raspar su parte más sensible. Y él lo había extrañado, nadie lo tocaba como ella, ni lo hacía sentir tanto. Sus testículos se movieron y él volvió a gemir por lo dolorosamente rígidos que estaban cuando ella los tomó con su otra mano, los ahuecó y masajéó de una forma que tuvo que apretar los dientes para no gritar ya que era muy placentero.

Él acarició su cabello mientras sentía que seguía haciéndolo temblar por la forma en que lo tocaba. Se forzó a abrir los ojos porque necesitaba mirarla, y le pareció más hermosa y perfecta que nunca.

Su cabello rojo estaba alborotado y rodeaba su cara, sus mejillas estaban sonrojadas, y lucía concentrada, excitada, sus ojos brillosos y con una expresión ligeramente perversa, su color azul más oscuro que nunca. Él siempre había idolatrado esa mirada cuando follaban.

La escuchó gemir, mostrándole que disfrutaba tanto como él, y eso le excitó aún más, ya que desde que le enseñó a hacerle el sexo oral, la primera vez, siempre había hechos esos sonidos que amenazaban con volverlo loco.

—Sí —clamó él de placer cuando ella comenzó a acelerar sus movimientos—. Se siente tan bien. Tan bueno.

Su boca se movía por su polla, tomando lo más que podía y después se retiraba, y Oliver se estaba volviendo loco, sentía que iba a destruirlo. Apretó su agarre en su cabello para que lo tomara aún más.

—Fóllame, Samantha —le pidió y la sintió relajarse, ella también sabía lo que venía. Tomó su cara entre sus manos y comenzó a guiarla

—. Chupa mi polla. Demonios, tu boca es tan caliente y húmeda, solo tu coño es más caliente que tu boca, Samantha. Eres tan jodidamente perfecta y hermosa.

La sintió removerse de lo excitada que estaba, pero ya no pudo hablar más, la sensación lo atravesó, contrajo sus músculos y perdió todo el control.

—Me voy a correr —manifestó y jadeó por aire, no podía contenerse, sus testículos estaban tan apretados que era una tortura. Ella era la única que siempre conseguía que perdiera el control hasta ese extremo—. Apártate, Samantha —rogó.

Pero ella no se apartó, sino que lo apretó más fuerte, acarició sus testículos mientras él embestía, sin dejar de lamer con su lengua, lo cual logró que su placer se convirtiera en éxtasis. Y él llegó al fin, con ella succionándolo. Oliver gritó sin control mientras su orgasmo lo recorría.

Reposó su cabeza sobre el respaldo del sillón, sin energía. Ella lo acomodó dentro de su *jean*, cerró los botones y bajó su franela. Luego se levantó del suelo y se apartó. Él quería moverse y tomarla ya que deseaba regresarle el favor, pero estaba drenado por completo.

Jamás, nunca un orgasmo lo había dejado tan agotado y relajado en su vida. Ni siquiera podía abrir sus ojos. Cayó en un estado de semiinconsciencia, solo reaccionó cuando sintió sus labios rozar su frente.

—Voy a buscar a Sebas, vuelvo enseguida.

Él quiso quejarse y decirle que aún no habían terminado, pero solo pudo escuchar la puerta principal cerrarse.

Mientras caía en la inconsciencia, pensó que no la había matado como tanto planeó hacerlo en el avión, pero que ella sí fue exitosa en acabar con él.

OLIVER ACARICIÓ el cabello de Sebastian, estaba acostado a su lado en el sofá, por fin se había quedado dormido y les había costado lograrlo. Desde que Samantha y él llegaron de la escuela —y lo despertaron—, el niño se había mostrado agitado por encontrarlo ahí

y Oliver se pasó todo el día entreteniéndolo: jugaron, hablaron, incluso le mostró la habitación donde Derek había dormido la noche anterior.

Oliver no se sentía nada culpable por haber interrogado al niño.

Vio a Sebastian tan feliz que tuvo que considerar el reto que significaría lograr que se calmara, después de anunciarle que estaría en Chicago por poco tiempo. Y lo fue, Sebas se entristeció mucho y, en un principio, ningún tipo de soborno pudo ayudarlo a cambiar su estado de ánimo, en especial porque Oliver se sentía de la misma manera, o se sentiría así de seguro al día siguiente, ya que estaba experimentando la relajación postorgásmica más larga de su vida, habían pasado más de diez horas y todavía no daba indicio de acabar.

Sonrió satisfecho.

—¿De qué te ríes? —preguntó Sam, quien estaba al otro lado de la habitación, empacando libros.

—¿Y cuándo se mudan? —cambió el tema.

—Quizá en un par de semanas. Siento que hay muchas vidas que empacar aquí —confesó y lo miró con intensidad—. Tres generaciones Heller residieron aquí, y uno de ellos fue prestado —concluyó. Oliver imaginó que hablaba sobre sí misma—. Siento que tenemos que crear un nuevo hogar, solo nuestro. Y lo cierto es que jamás podría volver a vivir aquí, porque odio esta casa con intensidad.

Ambos compartieron una mirada significativa, ya que el sentimiento era mutuo. Tal vez fuera absurdo atribuirle tanto poder a un objeto inanimado, pero eran muchos los recuerdos que los atormentaban. Ella sonrió y caminó hacia él. Oliver abrió sus piernas y Samantha se paró entre ellas, tomó su cabello entre sus dos manos y lo apretó entre los puños, antes de besar su frente, varias veces.

—No puedo creer aún que estés aquí —le susurró ella, y la sintió sacudirse. Sus manos fueron directo a su trasero, las metió debajo del suéter azul, para acariciarla—. O que estemos así. Me asusta y me emociona. —Respiró hondo—. Me hace sentir viva.

Él la jaló hacia él y la abrazó, pegando su cabeza entre sus pechos.

—No me gusta estar apartado de ustedes, ni esa maldita condición

—confesó y se apartó para enfocarse en sus ojos azules—. Igual podré regresar algunas veces y verte. Michael no es omnipresente y yo tendré que empezar pronto el proceso de auditorías acá en Chicago. Solo debemos ser cuidadosos. —Ella hizo una mueca renuente y él frunció el ceño—. ¿Qué sucede?

—Eso me hace recordar la época cuando tuvimos que escondernos —le comentó y se apartó un poco de él.

—No es lo mismo —refutó de inmediato.

—Lo sé. Y sin embargo lo sería —se apresuró a indicar y pasó una mano por su cabello, antes de negar con la cabeza y mirar a Sebastian, allí suspiró y caminó hacia la cocina.

Oliver se tensó por ese comentario críptico y se levantó del sofá, arropó al niño, y la siguió hasta la cocina.

—Samantha —intentó hablar, mientras cerraba la puerta giratoria, pero ella lo atajó.

—Por una vez desearía tener contigo lo que toda mujer tiene. Una cita, una relación normal sin temer por un tercero o por nosotros mismos —confesó, su tono parecía triste, aunque no podía ver su cara, porque le estaba dando la espalda mientras llenaba la tetera de agua—. Siempre hemos hecho todo al revés.

—No entiendo —declaró. Ella se giró para encararlo.

—Necesitamos una confianza diferente a la creada por el sexo; como intimidad, complicidad. Y eso no lo conseguiremos por estar en posición horizontal, sino en un proceso que es tan viejo como el tiempo y que parece que siempre evadimos. —Él frunció el ceño y ella puso los ojos en blanco—. ¿Cortejo? Ya sabes, ¿flores, citas? Un beso al final de la noche, y miles de conversaciones para conocernos.

Él se apartó un paso.

—Yo no hago eso —contestó inseguro.

—Es evidente —respondió ella y elevó las manos al cielo.

—¿Quieres toda esa pendejada que es falsa y que los hombres solo usan para llevarse a una mujer a la cama? Porque, Samantha...

—Ya me llevaste a la cama —completó ella entre dientes y lo encaró—. También lo sé —dijo molesta.

—Pero no comprendo lo que quieres, tenemos ocho años

conociéndonos y millones de recuerdos —refutó Oliver, frustrado.

—¿Pero cuántos de ellos felices? ¿Sin Michael o Ilana o el problema de turno? Nuestra última pelea fue por mi culpa, ya lo acepté, pero ese temor sigue allí, no ha desaparecido; y jamás lo hará, porque lo cierto es que hay varios asuntos sin resolver entre nosotros y el principal es la confianza. Si eso no fuera un problema aún, no estarías hoy en Chicago y lo sabes. Quiero que esta vez seamos felices, y si algo he aprendido de todo esto es que la felicidad no surge de forma milagrosa, hay que trabajarla, y necesito que lo hagamos juntos, desde los cimientos, como debió haber sucedido desde el principio.

—¿Es eso cierto o lo que quieres es huir de nuevo? Porque ese ha sido tu maldito trabajo en los últimos meses, desde que saliste de Londres. Y claro que confío en ti, estoy permitiendo que arregles lo de Sebastian a tu modo, a pesar de estar seguro que Michael no anda en busca de nada bueno.

—No estoy huyendo, Oliver. Estoy aquí y quiero intentarlo. Deseo ser feliz y disfrutarlo todo, pero de verdad. Cada vez que ambicionamos iniciar algo siempre lo hacemos en la cama y al final es el mismo resultado.

Él suspiró y pasó una mano por su cara.

—Eso igual no garantiza nada. Nosotros lo arruinamos, es lo que hacemos.

Ella soltó una risa medio amarga.

—Me asombra tanto positivismo —se apartó del lavaplatos y colocó las manos sobre su pecho, antes de besar sus labios con suavidad—. Por favor.

Oliver parpadeó y arrugó el ceño. Él jamás había tenido una cita antes. Lo más cercano fue con Alexa y lo máximo que hicieron fue salir a un bar, y después de tres bailes fueron al dormitorio de ella para follar. Las siguientes solo eran salidas que terminaron en sexo.

—Bien —aceptó, reticente—, pero quiero algo a cambio.

Samantha lo miró con los ojos muy abiertos.

—¿Estás negociando para cortejarme? —preguntó incrédula, después rio—. Chico, cuando estaban repartiendo las cualidades en

el cielo y llamaron para ver quién quería romanticismo, tú huiste por la retaguardia, ¿verdad?

Oliver apretó los labios para no reír e hizo su mejor esfuerzo para lucir avergonzado. Pero en el fondo no lo estaba, porque eso era lo que hacía, él negociaba, era lo que conocía y donde se sentía seguro.

—Vale, acabemos con esto, ¿qué deseas a cambio? —preguntó ella y se liberó para poner la tetera en el fogón.

—No quiero que tengas más contacto con Derek.

—Él solo será un amigo. —Oliver abrió la boca para protestar y ella alzó un dedo para callarlo y empezó a enumerar—: Alexandra, Rachel, Ilana, a quien sé que escribes al menos una vez por semana, ¿quieres que continúe?

—Bien —respondió entre dientes, enfurruñado. Sí, siempre supo que eso iba a regresar a atormentarlo algún día—. Pero no quiero a otro Derek, u otro hombre. Ni siquiera como amigos, me vale madre que suene posesivo o idiota, estaré lejos, y ya Michael me inquietará lo suficiente como para poner a otro pendejo en la ecuación.

Ella negó con la cabeza, casi desilusionada. Después suspiró.

—Está bien, supongo que esa petición va con el objetivo de todo esto: crear confianza. —Él asintió, complacido. Ella lo miró con una ceja elevada—. No hemos terminado, tengo otra propuesta: mientras dure el cortejo, no habrá sexo.

Él alzo la cabeza al cielo y maldijo.

—Eres perversa, mujer.

—Yo no fui quien propuso negociar, ¿o sí? —preguntó con tono inocente y él refunfuñó contra ello—. Además la idea es crear bases, y obnubilados por el sexo no vamos a llegar a nada.

—¿Y qué demonios fue lo de hoy?

—Digamos que fue mi emoción de que no hayas tenido acción en ese departamento por el mismo tiempo que yo en el mío.

Él entrecerró los ojos, pensó sobre ella, su pasado y su presente y recordó algo que quería que tuviera y que se había negado.

—Bien, ahora es mi turno —respondió Oliver.

—Vale, imagino que quieres que todo empiece mañana y que esta noche...

—No —le interrumpió y se acercó para unir sus frentes.

—¿Me vas a besar despacio? —preguntó en un susurro cuando él movió su mano hacia su cuello para acariciarla.

—Te gustó eso, ¿no es así?

—Sí —respondió con una sonrisa y él se acercó y la besó como quería, la escuchó suspirar de placer.

Le acarició los labios, la rodeó con la lengua y esperó que ella fuera la que introdujera su lengua entre sus labios. Fue tan lento que tuvo que apretar sus manos contra el mesón hasta convertirla en puños para no saltarle encima. Ella mordió sus labios con suavidad y él sonrió.

—Acaricia mi nuca —pidió él y la escuchó reír bajito.

—Te gustó eso, ¿no es así? —se burló y él gimió.

Oliver la besó un poco más intenso y profundo, pero igual de despacio a la vez que la sentía acariciar su nuca con sus uñas.

—¿Qué quieres? —preguntó ella al separarse, aunque aún seguían abrazados.

—Lo diré en otra oportunidad. Y sea lo que sea no podrás negarte.

—¡Eso no es justo! —gritó y él rio con libertad,

—Pero tengo una petición —le susurró contra su oído y la sintió excitarse—. Quiero dormir con ustedes esta noche.

—Hecho —respondió jadeante. Ella se iba a apartar pero él lo evitó al empujarla para apoyarla sobre la mesa de la cocina—. ¿Qué haces?

—preguntó aturdida cuando vio que él comenzó a subir el suéter azul y a desabrocharle el pantaloncillo.

—Verás... —anunció él y la sintió temblar y tensarse cuando comenzó a acariciar su vagina—. Puede que no sea romántico, pero sé que te debo un orgasmo y yo también estoy muy emocionado con que no haya habido actividad en ese departamento desde la última vez que estuvimos juntos.

Ella jadeó y colocó sus manos sobre su pecho.

—Eres un tramposo. Acordamos que no habría sexo y me dijiste que no ibas a pedir que todo comenzara mañana. —Lo último lo gimoteó porque había introducido un dedo en su vagina que ya estaba húmeda.

Oliver se acercó a besarla con fiereza mientras removía su dedo hasta llegar al punto donde sabía que la enloquecería, a la vez que acariciaba con otro dedo su clítoris.

—No llegaremos al final, lo prometo —le susurró y mordió el lóbulo de su oreja.

Ella entrecerró los ojos, desconfiada, antes de atraparlo por el cuello y besarlo para acallar los gritos y gemidos que comenzaron a salir de sus labios.

Capítulo 12

*Síp, yo he estado sintiendo todo,
del odio al amor,
del amor a la lujuria,
de la lujuria a la verdad
y supongo que así es como te conozco,
por lo que te mantendré cerca
para ayudarte a rendirte.
Así que bésame como si
quisieras ser amada.
Kiss Me, Ed Sheeran*

Oliver estacionó el auto frente a la casa de Samantha ubicada en Lincoln Park Lakeview y pasó la mano por su cara, frustrado. Había pasado un mes desde que decidieron empezar el cortejo, e iba tan despacio como ella lo quiso al principio, en especial porque él aún estaba atrapado en otra ciudad y porque los procesos judiciales de familia no son en absoluto tan rápidos como deberían ser. Estaba lleno de burocracia, audiencias, informes y estudios psicológicos para «beneficio» del menor, y que resultaban tan engorrosos que no sabían cuándo habría una decisión, a pesar de que Michael ya había anunciado su deseo de renunciar a la custodia y patria potestad.

Sin embargo, él podría vivir con eso, extrañaba estar en el mismo espacio que ambos, y ansiaba a Samantha con locura —tanto que había empezado a despertar de sueños húmedos como un adolescente— pero aún era soportable, en especial porque como recompensa parecía hacerla feliz. Con lo que jamás podría vivir era

con la condenada apuesta que había descubierto dos días atrás, gracias al idiota de Nathan, y ese era el motivo por el que había arriesgado todo y decidió tener su primera cita en ese momento, porque primero muerto que dejar que los idiotas de sus supuestos amigos ganaran.

Para avivar el fuego, sacó el teléfono del bolsillo de su chaqueta de cuero —perfecta para el frío de otoño de octubre de Chicago— y volvió a leer el contenido del *mail*.

De: lamejorrubia@amillicent.net

Enviado: 13 de octubre.

Para: Grupo (Concilio Deseando lo mejor, pero esperando lo de siempre)

Asunto: Estado de apuestas Oliver&Samantha. Actualización del día.

Apuesta 1: Oliver lo arruinará todo antes de un mes de inicio del cortejo casándose con alguien más.

Promovida por: Lucas.

Secundada por: Nadie. (Christian dijo que la sentencia no saldría en ese tiempo, pero Lucas estaba seguro de que sí lo haría. Le gusta jugar con nuestro dinero).

Valor: mil pavos

Bien, el mes ha pasado y Oliver no se casó con otra (nuestro monitor en Londres, Nathan, me lo ha asegurado) así que Lucas, perdiste: a pagar.

A los demás, las apuestas continúan así:

Apuesta 2: Oliver lo arruinará antes de la primera cita.

Causa: Siendo Oliver. (Aquí va incluida la opción de que Samantha lo bote porque su idea de cortejo es gritar como un neandertal y formas varias por su incapacidad a algo remotamente romántico).

Promovida por: Nathan.

Secundada por: Todos.

Valor: ocho mil pavos por cabeza.

Apuesta 3: Lo arruinará Samantha. Motivo: Cabezonería.

Promovida por: Emma.

Secundada por: Theo (Rachel vuelve a hablarle a ese chico) y mamá (es decir, yo, y quiero un par de zapatos nuevos. Vamos, Samantha, no seas

mala, todos sabemos que amas el drama).

Valor: seis mil pavos por cabeza.

Apuesta 4: Samantha se escapa con Michael.

Promovida por: Rachel. (Nena, todavía no me simpatizas por sugerirla, no me importa que fuera en broma).

Secundada por: Ilana. (Creo que ella lo piensa de verdad).

Valor: cuatro mil pavos por cabeza.

Apuesta 5: Oliver deja a Samantha porque es gay y se anima a salir del clóset.

Promovida por: Christian. (Lo repito: yo lo probé y Rachel lo probó y sabemos que no es así, pero si les permite dormir mejor por las noches el creerlo, están bienvenidos a perder su dinero).

Secundada por: Theo y Lucas (de nuevo jugando con nuestro dinero, igual te amo, eres el mejor de todos, lo sabes. P.D. Fue falsa alarma, cariño).

Valor: tres mil pavos por cabeza.

Apuesta 6: Oliver se reconcilia con Ilana.

Promovida por: Rachel. (Nena, hay días en que tu sarcasmo es demasiado).

Secundada por:... (Ni siquiera Ilana apostó aquí. Deberíamos cerrar esta, chicos).

Valor: medio pavo.

Hace dos días se incorporó una nueva opción y casi como que va detrás de la ambulancia.

Apuesta 7: No lo arruinará ninguno.

Promovida por: Derek. (¿En serio? No ataquen a Derek, chicos, él es nuevo, no conoce a los protagonistas de la apuesta).

Secundada por: cri cri... cri cri...

Valor: diez mil pavos por cabeza. (Alguien debería decirle al pobre chico cómo invertir su dinero).

Bueno eso es todo, ya saben, cualquier cosa, avisan. Se aceptan nuevas sugerencias.

Se despide la jefa del concilio:

Deseando lo mejor, pero esperando lo de siempre.

Lanzó el teléfono contra el asiento de pasajeros y gruñó. Lo peor es que él había sido inocente de todas esas estupideces hasta hace dos días, cuando después de ir al bar de Nathan a celebrar por fin la salida de la sentencia de divorcio con Ilana, vio la pantalla de la *laptop* del pelinegro abierta y le atrajo su nombre en el contenido del correo electrónico. La traición vino después cuando, en busca de apoyo moral, llamó a Samantha y descubrió que ella había participado activamente en cada una de las apuestas, y no tan solo eso, sino que había apostado contra él, ya que como se lo confesó no le parecía muy inteligente apostar contra sí misma. A Oliver no le parecía inteligente apostar en absoluto, pero cuando se lo dijo, la escuchó tan feliz, con ese aire juguetón que la había rodeado durante todo ese mes, que descartó por completo quejarse.

En esa misma llamada, aprovechó para contarle que estaría pronto en Chicago, ya que los de Hacienda habían fijado la fecha para la primera parte de la auditoría de su empresa y, como estaba ardidado por la apuesta, le advirtió que en esa oportunidad le daría la mejor maldita primera cita de su vida. Sam celebró la sentencia, pero no dejó de advertirle que era peligroso por el asunto de la custodia, ya que aún estaba pendiente y no podrían arriesgarse a que Michael se enterara de que él siempre había estado presente en su vida, pero Oliver no lo aceptó, primero muerto que seguir siendo objeto de burlas y apuestas. Le demostraría a todos que no lo arruinaría antes de la primera cita y que sí sería capaz de ser romántico, como tanto se lo habían cuestionado todos ese mes. Lo tenían hartos con consejos de conquista y romance, hasta Theo, de forma absurda, le dio la receta de un té de valeriana ideal para conquistar a mujeres cabezonas.

Oliver había tenido más que suficiente.

Sobre todo porque había conseguido la página de Internet donde estaban manejando las apuestas esa mañana. Y ellos se atrevieron a iniciar una nueva apuesta por esa cita, y la opción que iba ganando era que Samantha terminaría la noche llorando de tristeza. Él se

había jurado que haría todo lo posible para que esa cita fuera perfecta y que ella terminara llorando de felicidad o de éxtasis. Aunque sabía que eso último sería su propia fantasía hecha realidad.

No se permitió recordar que Nathan lo había ayudado a planificar todo ese evento, que incluiría un estúpido paseo en carruaje en el Grant Park, una reservación en el mejor restaurante de la ciudad, y que también tuvo que confabular con Ethan para conseguirlo.

Por fin salió del vehículo, con un inmenso girasol amarillo en sus manos —la idea de la flor había surgido de un mensaje de texto de Alexa esa mañana—, ella le había propuesto rosas, pero esa flor amarilla le recordó a Samantha, por los cuadros de girasoles de Van Gogh, y tuvo que adquirirla.

Tocó el timbre, y unos segundos después Christian le abrió la puerta. Ellos habían firmado un cese de fuego con el asunto de Samantha desde meses atrás, aun así su mirada era casi mortífera, parecía que quería amenazarlo con ocasionarle un gran daño si la apuesta principal se cumplía. Sin embargo, se apartó y lo dejó entrar.

—Sam, tu cita está aquí —gritó, aunque pareció que casi refunfuñó.

—¿Qué haces aquí? —le cuestionó.

—Es mi casa —enumeró—, mañana Sam tiene una nueva audiencia, y lo más importante, cumplo funciones de niñera —anunció, aunque lo último lo dijo con una sonrisa, ya que Sebastian se acercó a ellos y se lanzó sobre Oliver para abrazarlo.

—¡Hola, campeón! —saludó Oliver y lo cargó en brazos, cada mes que pasaba el niño parecía más alto y pesado, pero no le importaba.

—¡Tito! —gritó, emocionado—. Tita Samantha me compró una lámpara de Bob que cuando enciende, ¡todo es amarillo y canta! —Se rio ilusionado.

Él asintió y sonrió. Samantha le había decorado el cuarto con el dichoso Bob Esponja. Oliver intentó que cambiara a algo más masculino, pero solo recibió la mirada del mal, y un descarte de su mano.

—Hoy fui a la casa de Thomas —comentó emocionado.

—¿Quién es Thomas? —preguntó Oliver sin soltarlo.

—Es nuestro nuevo vecino. Tiene así —le mostró con sus dedos que

tenía seis años—. Es grande.

—Tú también lo eres —le dijo y él sonrió tímido, después miró hacia el frente.

—¡Tita, estás hermosa! —dijo asombrado. Oliver alzó la mirada y quedó aturdido. Sus manos se aflojaron y Sebastian se bajó de sus brazos, para ir hacia Samantha.

Oliver ni siquiera se dio cuenta, estaba concentrado en la mujer que caminaba hacia ellos. Llevaba un vestido azul eléctrico pegado al cuerpo con el largo hasta las rodillas, una larga cremallera plateada se esculpía en el medio, dejaba unos cuantos centímetros de apertura en las piernas, y culminaba en sus hermosos y exuberantes pechos, que sobresalían por la forma V del escote. Su cabello rojo, ondulado, caía por su espalda y estaba asombrosa. Sus labios cereza lo atraían, al igual que sus tacones aguja y las medias transparentes que le hacían preguntar si llevaba unos ligeros, aunque rezó porque no fuera el caso, ya que podría explotar en cualquier momento si descubría que era cierto.

—Sí que lo está. —Christian interrumpió sus fantasías y él parpadeó al verlo acercarse a ella, para darle un beso en la mejilla.

Ambos hablaron por un par de segundos, de nuevo fue una conversación privada e íntima y Oliver recordó la charla que había mantenido con Bianca menos de una semana atrás; él la había invitado a cenar porque sabía que el abogado estaba en Chicago para ayudar a Samantha. En medio de la comida le preguntó si ella había notado ese nivel subyacente de comunicación entre ambos, y si también la enloquecía como hacía con él. Bianca había admitido que en parte también lo hacía, pero que logró aceptar que el corazón de Christian estaba dividido en dos y que siempre iría a ayudar a Samantha si lo necesitaba, sin ninguna restricción, que esa parte de él venía con el paquete y que por ningún motivo quería cambiarlo. Por último, le dijo unas palabras que seguían atormentándolo hasta ese día: «Estoy en paz con ello porque comprendí que me quería a mí, y no a ella, si ese no fuera el caso, ellos estarían juntos. Tú los has visto, si ellos hubiesen sentido el amor de otra manera, digo, de forma romántica, habría sido absoluto, y nosotros no hubiésemos

tenido cabida en sus vidas. Nunca».

Oliver había admitido en ese entonces lo cierto de ese comentario, y al verlos juntos de nuevo volvió a aceptarlo, y se preguntó de nuevo cómo llegaron a ese nivel.

Samantha se acercó a él, con una pequeña sonrisa en sus labios, sus ojos azules brillosos de la emoción, aunque también parecía vigilante. Oliver le sonrió a su vez ya que, aunque no quisiera admitirlo, también estaba expectante por esa cita.

—¿Es para mí? —preguntó con timidez y Oliver parpadeó, antes subir la mano que llevaba la flor—. Amo los girasoles.

—Lo sé —respondió y acarició su mejilla con su mano izquierda. Ambos se miraron a los ojos y fue como si hubiesen entrado a un nuevo mundo.

—Bien —escuchó la voz lejana de Christian—. Te espero de vuelta a las doce, Sam, y vuelvo a insistir sobre mi protesta por esto. No quiero que la custodia se vea perjudicada por un acto de este malcriado.

Samantha asintió.

—Sí, papá.

Detrás de ellos, Christian gruñó. Oliver miró al abogado, divertido, aunque entendía su preocupación, él habría pensado lo mismo, pero lo tenía controlado.

—Ethan me está ayudando. Él fue a casa de Michael y se quedará hasta la madrugada, me dijo que se reportaría conmigo cada media hora, y si hay algún cambio, nos regresaremos de inmediato.

Hubo algo en el entusiasmo y la voluntad de su padre en ayudarlo que lo había emocionado más de lo que querría aceptar.

—Bien —dijo Christian, y Samantha suspiró, parecía aliviada también.

Ella caminó hacia el perchero y tomó un abrigo largo de color beige y una bufanda de lana bastante escandalosa. Tal vez tenía todos los colores existentes en el planeta.

Se despidieron de Sebastian después de que Oliver le prometiera que iría al día siguiente temprano para jugar con él. En ese viaje se quedaría en un hotel, en parte por el cortejo, y entendió en ese

instante que también era porque Christian estaba en «su casa». Aceptó que esa quizá fuera la mejor opción, ambos habían aprendido a ser educados, pero dudaba que esa situación se mantuviera así si dormían en el mismo techo, con Samantha en el medio.

Después de montarse en el vehículo y antes de encenderlo, ella entrelazó sus manos, Oliver se giró a verla y Sam se le abalanzó casi con violencia y lo besó en los labios. Él frunció el ceño, porque antes de besarla su expresión era casi desesperada y tumultuosa. Sin embargo, al sentir sus labios y su calidez, se perdió en ella, apoyó una mano en su cintura y la apretó para besarla con propiedad por un par de minutos. La sintió temblar varias veces. Cuando se separaron, ella suspiró entre sus labios.

—¿Sucede algo? —preguntó, confundido. Ella no había abierto los ojos, en cambio se concentró en respirar hondo una y otra vez—. Samantha, ¿estás bien?

—Lo estoy —le dijo y abrió los ojos, era como si la desesperación y preocupación hubiesen desaparecido—. Ahora lo estoy, y jamás debí dudarle, porque eres tú.

Oliver sonrió, aunque se sintió perdido por esas palabras y volvió a acariciar su mejilla.

—¿Lista para nuestra cita? —preguntó y la vio sonreír.

—Ya quiero saber qué me tienes preparado —le dijo y se acomodó en el asiento, se abrochó el cinturón de seguridad y después volvió a entrelazar su mano izquierda con la de Oliver. Él encendió el vehículo y arrancó—. ¿Cómo salió tu auditoría?

—Bien, ese era uno de los últimos pasos para completar el proceso y comenzar a operar desde cero, lo cual me alegra porque ya estoy agotado de la ley mercantil y las estipulaciones comunes sobre las empresas, en especial los capítulos sobre disoluciones y escisiones. —Se burló y ella rio—. Aún faltan algunas reuniones, firmar el acuerdo final y listo. Espero terminar con todo antes de diciembre y, después de la boda de Christian, venir a vivir a Chicago.

Samantha asintió y lo miró con duda.

—Donde entregarás a Bianca en el altar. ¿Qué trampa tuviste que hacer para formar parte de esa ceremonia?

—No me mires así, yo soy la parte inocente en todo eso. Christian no está nada emocionado con la idea de tenerme allí. Cuando Bianca me lo pidió, traté de darle la charla de «cuida a Bianca o te las verás conmigo» y me dijo que me iba a patear el trasero.

Samantha rio y apretó su mano.

—De todas formas, esa boda parece haber afectado a todo el mundo. Nathan me tiene enloquecido. Al parecer, las mujeres cambian por completo cuando hay un matrimonio cerca, y él teme que Emma desee que le proponga matrimonio, ya sabes cómo es Nathan, no se decide qué hacer si ese es el caso, está entre cambiar su identidad o huir para otra ciudad para empezar una nueva vida.

—¿Emma? —preguntó confundida—. ¿Y ha hablado con ella?

—No. Lo último que me comentó fue que estaba ignorando el problema, aunque me confesó que ha rezado para que, después de la boda, las cosas entre ellos vuelvan a ser como antes. Creo que Emma también lo está haciendo, porque cada vez que alguien menciona la palabra «matrimonio», se tensa y cambia el tema, lo he visto. Imagino que Nathan no está siendo tan sutil como cree con el miedo al compromiso.

—¿Y está seguro de que Emma quiere casarse en este momento? Siempre me pareció que era liberal, además una vez me confesó que amaba su trabajo porque le permitía viajar mucho. Tendré que hablar con ella a ver qué está sucediendo.

—Ni se te ocurra —le refutó de inmediato—. No nos metamos en eso. Es Nathan siendo Nathan. Anda llorando y quejándose, pero de seguro ya compró el anillo. De hecho, le pregunté si se casaría con ella si es lo que quería, y me dijo que sí lo haría, solo que lo odiaría. Pero quién sabe si estará bromeando o no, con él cualquiera de las dos opciones es muy posible.

Ella arrugó el ceño, preocupada, Oliver suspiró y negó con la cabeza, esto no era lo que tenía en mente para el inicio de su primera cita.

—Basta. No debí hablar de ellos, esta noche es sobre nosotros. Te daré la mejor maldita primera cita que hayas tenido en tu vida, Samantha Heller.

La vio reír y retornó su atención a la calle, de repente un animal negro cruzó frente de su vehículo, Oliver intentó desviarse, pero lo golpeó igual.

—Demonios —masculló cuando sintió el golpe. Detuvo el auto y ambos salieron a ver qué había sucedido.

—¡Lo mataste! —gritó Samantha al encontrar tirado en el suelo al pequeño perrito peludo y de color negro.

—No —dijo Oliver cuando lo escuchó gimotear—, está vivo —concluyó mientras se quitaba la chaqueta de cuero para cubrirlo con ella y tomarlo en brazos.

—Debemos llevarlo al veterinario, Oliver —dijo ella desesperada.

Manejó como maniaco ya que el animal no dejaba de lloriquear. Al llegar a la emergencia veterinaria más cercana, entró directo al pabellón de urgencias, lo dejó en el quirófano junto al veterinario de turno, el médico le agradeció y le hizo un gesto para que cerrara la puerta después de partir, al salir tomó a Samantha del brazo y juntos se dirigieron a la sala de espera, la sentó y le ofreció un poco de agua.

Ella se veía muy pálida, y se preguntó si el susto del casi choque le hizo recordar a su prima y la forma en que murió. Esperó hasta que terminara el agua para acariciar su mejilla, pero no lo miró o siquiera pareció reaccionar al toque.

—¿Quieres que nos vayamos?

—No —respondió aturdida—. No podemos dejarlo aquí. ¿Y si se muere? No puede morir solo, en una clínica, sin nadie que lo ame a su lado.

Él se puso en alerta al escuchar esas palabras, suspiró y se sentó a su lado, deslizó una mano por su espalda hasta abrazar su hombro y rezó para que se apuraran, ya que estaban a punto de perder su reservación para cenar.

«¿La mejor cita del mundo? ¿Quién me mandó a abrir la boca?».

Las horas pasaron con lentitud y, cuando se dio cuenta, ya llevaban cuatro horas esperando el resultado de la operación. Perdieron la reservación, y tuvo que enviar un correo electrónico al dueño del carruaje para que no lo esperara.

Por fin, el mismo veterinario al que había entregado el perro, salió y

caminó hacia ellos. Oliver abrazó a Samantha más fuerte para que se despertara.

Ella lo hizo y se levantó con premura cuando vio al médico.

—¿Cómo está? —preguntó, asustada.

—Está fuera de peligro, tuvo una fractura proximal y rotada de la epífisis del fémur, a la altura de la cabeza, la intervenimos para soldársela y metimos un tornillo por dentro del hueso. El período de recuperación de hospitalización es de tres semanas. Hicieron bien en traerla, muchos la hubiesen dejado morir, en esta época del año es difícil ver a los animales en la calle, pero ahora estará bien.

Samantha suspiró aliviada.

—¿Tiene collar o algo que indique algún dueño? —preguntó Oliver.

—No, sin dueño aparente. Es una Schnauzer gigante negra, es hembra, tiene seis meses de nacida, así que aún es un cachorro. No sabemos nada más. Cuando se recupere tendremos que enviarla a la perrera municipal.

—Entiendo.

—Esperemos que alguien la adopte, aunque tal vez no tenga muchas posibilidades, quedará coja ya que tuvimos que recortarle medio centímetro para ponerle el clavo.

Oliver lo miró con furia y frustración, sabía lo que el médico intentaba, él era casi un experto en ese tipo de manipulaciones, sin embargo, cedió a sus intenciones.

—Samantha —susurró.

—No —respondió y se apartó, antes de salir corriendo hacia la calle.

Él frunció el ceño y de inmediato salió a buscarla, no entendía qué demonios estaba sucediendo. La encontró pegada contra la pared de la clínica, tenía los brazos cruzados bajo su pecho, estaba cabizbaja y parecía respirar con dificultad.

Oliver tomó su cara y se la levantó para que lo mirara, sus ojos estaban enrojecidos y había brotado una lágrima.

«Maldita sea, acabo de perder la condenada apuesta».

—¿Qué pasa? —preguntó y acarició su mejilla para limpiar la lágrima.

—Ella necesita otro hogar. Yo no soy buena para los animales.

—¿De qué estás hablando? —preguntó incrédulo—. Tu gata te... —
Se detuvo y lo entendió todo.

«Joder, me ganaré el premio al más imbécil del planeta». La abrazó con fuerza. Ella se escondió entre sus brazos.

—Lira murió sola —susurró—. No pude abrazarla por última vez. ¿Sabes lo último que le dije? Le grité que me dejara porque trató de impedir que le abriera la puerta a tu abuelo. Ella presintió el peligro y yo la ignoré y no la protegí.

—Difícilmente podrías hacerlo, estabas muy ocupada tratando de evitar que mi maldito abuelo te matara. —Sintió odio contra su ascendencia.

—¿Has vuelto a hablar con tu abuelo?

Él negó con la cabeza, ella lo sintió ya que su cara estaba contra su cuello.

—Solo cuando hay abogados presentes, no soy su nieto.

—Lo siento tanto, Oliver —dijo en voz baja.

—Yo no. Al contrario, es liberador no tenerlo alrededor. Vivía mi vida por él, no por mí. —Suspiró y la abrazó más fuerte—. Eso fue lo que me diste, y por eso dije que fue por tu causa que abandoné ese trabajo y mi matrimonio, no porque lo hice por ti, sino porque me hiciste ver lo vacío que era vivir su vida. Te aseguro que mi madre me da lástima.

—¿Y ella? ¿Has mejorado tu relación con ella? Ha pasado mucho tiempo —insistió. Él negó de nuevo.

Aún hablaba con Joanna y veía a su nueva sobrina, Alyssa, una vez por semana, pero jamás se había encontrado con su madre allí, tenía la ligera sospecha de que era a propósito.

Ella se apartó y lo miró a los ojos. Seguían enrojecidos, pero su maquillaje debía ser a prueba de agua porque no parecía haberse arruinado de ninguna forma. Ella apoyó una mano sobre su pecho.

—Lo siento, Oliver —repitió, pero él no respondió. Sam lo abrazó y suspiró contra su oído—. Eso no es tu culpa, es de ellos ya que no lo entienden, no te ven en realidad. Tu madre es quien malgastó la oportunidad de conocerte, amarte y aceptarte como eres. Y se perdió

demasiado ya que eres un hombre maravilloso. Y espero que algún día lo comprendan, ambos, y que puedas contar con ellos en tu vida. Pero suceda o no, nos tendrás a nosotros y siempre seremos tu familia.

Él sonrió y tomó su nuca para que lo mirara. Sus ojos volvieron a brillar, emocionados.

—Esa perra coja estaría privilegiada si la escogieras —le dijo y Samantha negó con la cabeza, la duda brillaba en sus ojos—. Lira, esa gata me odiaba porque sabía que te estaba haciendo daño y quería protegerte. —Ella iba a hablar, de seguro iba a contrariarlo, pero la atajó—. Su naturaleza era huraña, sus instintos de conservación eran altos, como todos los gatos; sin embargo, ella atacó a mi abuelo porque la hiciste tan feliz que prefirió que la hirieran en vez de a ti.

Samantha lo abrazó y de nuevo escondió su cara en su cuello, llorando sin duda.

—Soy una idiota, ¿verdad? —masculló cuando logró calmarse—. A Sebas le gustaría tener un perro. Tienes razón, adoptémosla.

Volvieron a entrar y ella firmó los papeles mientras él pagaba el costo de la operación más la hospitalización. Cuando por fin salieron ya era más de la medianoche. Entraron en el vehículo en silencio.

—¿La reservación? —preguntó ella.

—Perdida, y lo demás también.

—¿Lo demás? —interrogó.

—Había alquilado un carruaje con caballos para que nos paseara por el Grant Park.

—¡Un carruaje! —gritó ella antes de carcajearse—. ¡Íbamos a pasear con caballos y abrazados! Y eso que dije que... —Se detuvo y sonrió, burlona—. ¿De quién fue la idea?

—Nathan —musitó casi sin mover los labios.

—¿Entonces? —Lo observó con picardía—. ¿La mejor primera cita del mundo?

Quiso asesinarla, lo cual aumentó cuando ella comenzó a carcajearse. Oliver la imitó, porque toda la situación fue absurda. Cuando ambos se calmaron, se miraron y de forma simultánea se lanzaron hacia el otro, colisionaron en la mitad y su beso fue tan

apasionado que él se sintió arder.

La atrajo a su cuerpo hasta que casi quedó sobre él, la escuchó quejarse por la palanca de cambio, aunque a ninguno pareció importarle. Las manos de ella lo acariciaban donde llegaban, y comenzó a besar su cuello, mandíbula, pecho. Oliver gimió mientras la tocaba a su vez, pasó su mano por su espalda y, ya sin un ápice de control, encontró la palanca del asiento y la jaló para moverlo hacia atrás.

Él la tomó por las caderas y la cargó hasta que quedó sentada a horcajadas sobre su cuerpo. Samantha lo miró aturdida, por lo que aprovechó para quitarle el abrigo y dejarla solo con ese vestido azul y esa cremallera tan sugerente que solo deseaba bajar. Era evidente que la frustración sexual y la abstinencia habían acabado con todas sus buenas intenciones.

Volvió a tomar sus labios y tiró hacia adelante haciendo que sonara el claxon.

Ambos saltaron y ella se apartó riendo cuando se dio cuenta de lo que estaban haciendo. Pero él no podía reír, comenzó a besar su cuello, el tope de sus senos que se desbordaban sobre el vestido, mientras con sus manos subía su falda para acariciar sus piernas cubiertas por las medias. Sin liguero, notó.

—Eres tan hermosa. Tan jodidamente hermosa —rumió.

Ella gimió antes de apretar su cabello y besarlo de nuevo. Oliver llegó a sus bragas y comenzó a rozarla, ella jadeó y se apartó hasta volver a sonar el claxon.

—Detente —rogó Samantha una y otra vez, su voz ahogada—. Teníamos un acuerdo. O algo así —susurró y se pegó al volante.

Él maldijo y dejó caer su cabeza sobre el respaldo. Lo cierto era que el asiento delantero de un vehículo, frente a una clínica veterinaria, no era el mejor lugar para esto.

Intentó respirar profundo para calmar su excitación, pero la fragancia de Sam y el hecho de que siguiera sentada sobre su cuerpo no le permitían pensar. Se concentró en ella, obnubilado, y le resultó extraña la presión en su pecho al concentrarse en sus ojos azules y sus mejillas sonrojadas.

Él no pudo controlarse más y la tomó del cuello para jalarla de nuevo hacia su cuerpo, necesitaba besarla. La sintió suspirar y, como si estuviera en un trance, le rozó los labios, en otro de esos besos lentos que parecían gustarle tanto. Cuando sus manos volvieron a acariciar sus piernas, escuchó que golpeaban la ventanilla de su asiento.

Él parpadeó y subió la mirada para descubrir que frente a ellos estaba un policía.

«Este día se vuelve cada vez mejor», satirizó para sí mismo.

Estuvieron los siguientes diez minutos parados frente al vehículo, mientras escuchaban a un par de policías hablar sobre las buenas costumbres, los lugares donde debían hacerse esas cosas y que si volvían a ser encontrados de esa forma, tendrían que ser trasladados a la comisaría.

Al principio, Samantha había estado avergonzada y asustada de que los hubiesen encontrado, más por su pleito con Michael y la custodia de Sebastian, que por otra cosa. Pero pronto le resultó más bien divertido, y apretaba su cara contra el pecho de Oliver, intentando no reír, él solo quiso besarla de nuevo por ello.

Al momento en que los policías se montaron en su vehículo, ella se giró hacia él.

—Tengo demasiada hambre, vamos a buscar algo que comer, por favor —le rogó y él asintió, deseoso por acabar ese día de una vez por todas.

Fue por ese motivo que a la una de la mañana terminaron sentados en una mesa de color rojo y azul frente a frente, en un establecimiento de comida rápida con cuatro tipos de tacos, dos de burritos y un especial.

—Christian me escribió, quería saber por qué no llegaba a casa, le respondí que estábamos teniendo sexo salvaje y que dejara de interrumpirnos. No me contestó. Creo que estoy en problemas. — Sonrió con coquetería y él puso los ojos en blanco.

Ethan también le había escrito para informarle que todo estaba bajo control y que había dejado a Michael durmiendo en su casa. Un alivio para esa noche infernal.

—Vale, lo acepto. Esta debió ser la peor cita de todas —se quejó él y golpeó una papa frita contra el platón de plástico—. Por lo menos no lo arruiné antes de la cita.

—Oliver, mírame. —Él levantó la vista y la encontró sonriendo con suavidad. Ella se levantó del taburete, deslizó su comida hacia él y se sentó a su lado, con la mitad de su espalda apoyada en su pecho. Tomó su brazo para deslizarlo sobre su espalda, para que la abrazara, y entrelazó esa mano con la de él—. Aprecio la idea de Nathan y sus carruajes, pero no serías tú y es contigo con quien quería salir, y a quien quiero a mi lado. —Se encogió de hombros y besó su mandíbula—. Esta noche ha tenido sus buenos momentos.

—No seas condescendiente.

—No lo soy —comentó y tomó una papa frita, para alimentarlo con ella. Después, jaló su corbata para que se acercara y unió sus labios. La besó por un instante, luego se apartó.

—Contrólate, que si la policía viene a buscarte, no voy a defenderte. Exhibicionista —bromeó y ella rio, antes de descansar su cabeza sobre su brazo.

Solo se concentraron en comer por un rato, la posición y el hecho de que solo pudiera usar un brazo para comer eran incómodos, pero no querían moverse.

—¿Vas a decirles que lloraste? —preguntó, cabreado. Habría sido un acto de venganza perfecta, ganar su dinero después de controlar la cita para que fuera perfecta.

Solo que la había perdido como un idiota.

—Claro que no. Aposté a lo contrario —comentó y le dio de comer de nuevo. La miró con admiración y sonrió.

—Eres una mujer de cuidado, señora Heller. Aunque eso ya lo sabía.

Ella sonrió ampliamente, estaba tan concentrada en Oliver que tarde se dio cuenta de que la camarera estaba frente a ella ofreciéndole un plato de *brownie* de chocolate con bolas de helado sobre este. Sus ojos se abrieron de felicidad.

—¡Me compraste chocolate! —gritó con tono feliz, apartó los restos de la comida y puso el dulce sobre la bandeja—. Eres tan romántico,

Oliver.

Él puso los ojos en blanco y tomó una cuchara, para comer un trozo.

Capítulo 13

*Y he llegado a entender lo que es,
y ya no es un secreto,
porque ya hemos pasado por eso antes.
Desde esta noche sé que eres el único para mí,
he estado confundida y en la oscuridad
pero ahora lo comprendo.
Like a Star, Corinne Bailey Rae*

Cuando Sam por fin tuvo en sus manos los papeles de adopción de Sebastian y la sentencia de aceptación de la cesión de patria potestad de Michael Lewis, salió corriendo de la pequeña oficina de la Corte del Condado de Cook. Al notar que la gente la miraba extraño, detuvo un poco el paso para no parecer una loca. Siguió caminado por los pasillos marmolados hasta que encontró un baño familiar donde se encerró y comenzó a llorar. Confirmar que Sebas finalmente sería suyo y que parte de la promesa que le hizo a Susan estaba cumplida la abrumó; apenas podía respirar y entre sollozos finalmente comenzó a reír de alivio. Parecía una desquiciada.

Unos cuantos minutos más tarde, escuchó unos pequeños e insistentes golpes a la puerta y, como sabía que no iban a detenerse, la abrió. Christian entró, volvió a trancar la puerta y la tomó en brazos. Sam se entregó a él y siguió llorando con libertad, hasta que de alguna manera ambos terminaron sentados en el suelo, contra la puerta, abrazados el uno al otro.

—Oliver jamás puede saberlo. Sé que dijimos que le contaríamos cuando todo finalizara, pero es imposible —le susurró Sam cuando

pudo hablar, ni siquiera supo cuánto tiempo había pasado.

Christian solo suspiró en forma de protesta, pero no hizo ningún comentario al respecto, en cambio respondió lo que Sam quería escuchar.

—Sí, Bambi, él jamás puede saberlo.

La abrazó más fuerte, porque finalmente Christian comprendía por qué ella protegía tanto a Oliver, en ese último año él había aprendido a conocerlo, por tanto sabía que reaccionaría de forma negativa si llegase a enterarse de las asquerosas condiciones de Michael. No lo soportaría.

Cuando, ya dos meses y medio atrás, Sam negoció con Oliver para que la cortejara de una manera isabelina con el fin de que ambos experimentaran lo que es el romance y creciera la confianza de pareja, jamás imaginó que iba a ser la primera en romper sus acuerdos, y la estaba matando. Había hecho las paces con el hecho de que ese mismo día le mintió cuando acordó que le confesaría si Michael intentaba propasarse con ella, porque sabía que él no cedería a mantenerse alejado de Chicago si se lo decía y jamás creyó que se repetiría. Estuvo tan equivocada.

Esos meses habían sido turbulentos, días buenos y otros horribles; algunos llenos de incertidumbre y otros de maravilla: en esa categoría entraba Oliver, quien por fin le dio un voto de confianza, lo que era fantástico para su relación, porque la complicidad se hacía presente de forma natural cada vez que por las noches, de forma espontánea, se encontraban hablando por horas por teléfono y haciendo planes.

Su primera cita, ya un mes y medio atrás, fue un desastre, pero para ella fue perfecta, y en algún punto también fue un alivio, porque pese al miedo que sintió las horas previas a la cita, se dio cuenta en el primer beso que compartieron esa noche que ella pertenecía a ese hombre.

Cada vez que Oliver venía a Chicago, aunque solo fueron pocas veces y todas motivadas por los asuntos de su constructora, la colmó con su presencia y fuerza. Y a pesar de la incómoda posición en la que Michael los había puesto, determinado a mantener lejos a Oliver

de su vida a cambio de la potestad de Sebastian, él —con la ayuda de Ethan, su padre, quien siempre lo mantuvo informado de los pasos de Michael—, la llevaba a cenar, a pasear un rato por la ciudad o simplemente a conversar en un bar, y siempre la hizo sentir especial y deseada. Cada día que pasaba, se perdía más y más en ese hombre y en lo que significaría en verdad que ese futuro, del que tanto hablaban y añoraban, se volviera una realidad.

Y esa fue la razón principal por la que tomó la decisión consciente de callar. Porque estaba segura de que si lo supiera, no lo tomaría de forma tranquila, al contrario, lo atormentaría y comenzaría con su diatriba espantosa sobre que ella ama a Michael y no a él, a pesar de no haber sucedido nada grave en realidad, aunque Christian tuviera una opinión muy distinta sobre eso último.

—Debes regresar a Londres —susurró Sam entre los brazos del abogado.

—Aún no. La última firma de la escisión es en una semana, así que tengo tiempo —se quejó Christian, ella suspiró.

—Bianca debe odiarme y la entiendo, por mi culpa la has dejado sola mucho tiempo. Debes irte, Chris, tienen muchas cosas que hacer aún, en dos semanas se casan.

—Ella no te odia, sabe lo que está sucediendo y Emma la ha estado ayudando en los preparativos. —Le tomó la mejilla y estiró su cara para que lo mirara. Su expresión se endureció al verla y supuso que era una reacción a su aspecto, maquillaje corrido, ojos hinchados y nariz roja—. Debí haber estado allí, era obvio que ese sinvergüenza iba a tomar ventaja de alguna u otra manera.

Sam solo negó con la cabeza. En silencio, se culpó porque ella debió haberlo visto venir, pero al parecer seguía siendo una idiota cuando se refería a Michael. Aunque quizá de forma inconsciente lo supo, por eso había decidido mudarse de esa casa, pero fue demasiado tarde.

Dos días después de la visita de Oliver, en donde decidieron volver a empezar una relación, mientras ella empacaba tocaron la puerta, Sebastian aún estaba en la escuela. Dejó dentro de una caja la vasija envuelta en diario y caminó rápido hacia la entrada, la abrió y se

encontró de frente a Michael. Samantha quedó paralizada, no supo qué hacer; Hannah le había prometido que iba a obligar a su esposo a firmar sin condiciones, y aun así estaba ahí, repasando su cuerpo de arriba abajo. Ella había confiado en las palabras de Hannah y creyó que le ataría una correa al cuello para dejarlo sin voluntad, lo cual si lo analizaba, resultaría imposible.

En un acto casi involuntario le permitió entrar a la casa, y cuando se dio cuenta de lo que había hecho, fue como si hubiera accedido de nuevo a su infierno personal. Michael no actuó cruel, ni perverso. Más bien, intentó seducirla y sacó todo su arsenal de encanto y carisma para lograrlo. Trató de relajarla, fue educado, quiso hacerla reír, todo a la vez que se acercaba a ella poco a poco.

Su actuación le había recordado los motivos por los que cayó en sus redes años atrás, los porqués de su obsesiva atracción hacia él y las razones por las que se creyó profundamente enamorada: Michael parecía amable, dulce, amoroso y de verdad interesado en su bienestar sin pedir nada a cambio, no le exigía ser perfecta.

Y entonces, la tocó.

Solo bastó que él posara una de sus manos en la parte trasera del cuello de Sam, presionara un poco a fin de que bajara la cabeza y la apoyara en su hombro, para que todo cambiara. Hasta ese momento, estuvo indecisa en qué hacer porque no podía enojarlo, y se repetía de forma incesante que encontraría una salida, una que no significara darle algo que no deseaba entregar, pero cuando él la tocó, de esa forma tan familiar, Samantha explotó, las llamas del infierno ondularon a su alrededor, y para ella nada tuvo sentido.

Lo siguiente que recuerda fue estar sentada sobre el sofá, con una mano en el corazón como tratando de calmar la taquicardia y aliviar, de alguna manera, la fuerte opresión de su pecho, mientras Michael la miraba aterrado, la rodeaba sobre sus hombros y le daba indicaciones para que respirara profundamente. Cuando él vio que el ataque de ansiedad bajó un poco de intensidad, se atrevió a preguntarle qué le sucedía y, al no recibir respuesta, insistió hasta que ella levantó la vista y comenzó a hablar.

Habló sobre el terror que siente al ser tocada sin consentimiento, le

dijo que ese miedo la siguió desde que él la besó ese día en el sótano de esa misma casa, le contó de esa sensación horrible que nunca la abandonó y que Christian, por todos los medios posibles, intentó ayudarla a superar, y también de cómo pasó años sin tener citas porque no sabía si lograría soportarlo.

No le dijo que sospechaba que en esta ocasión su miedo no estaba relacionado con sus intentos de seducción, lo que realmente la asustó era perder de nuevo a Oliver si permitía que su hermanastro la tocara como tantos años atrás. Tampoco confesó que al único hombre que le permitió tocarla de forma sexual fue a Oliver. En cambio, le confesó que tenía miedo de perder todo lo que amaba por estar con él, en especial a causa de alguien que no la quería.

Lo que más le sorprendió de todo ese evento fue la expresión de dolor en la cara de Michael, y la forma en que acarició su mejilla, mientras negaba la cabeza, y le decía: «Eres una tonta, Samy. ¿Por qué no fuiste conmigo cuando te lo pedí? Yo sí te quería. Todavía lo hago».

Después, la dejó sola y Sam se internó en ese pequeño mundo que tenía tiempo sin visitar. Estuvo ahí hasta que Martha, su vecina, la hizo reaccionar. Había visto a Michael salir de la casa y usó la llave de emergencias que Susan le había dado años atrás para comprobar que estuviera bien.

—Debemos irnos —la voz de Christian la sacó de sus recuerdos, ella asintió, pero no hizo esfuerzo por levantarse del piso—. Todo acabó, Sam. Tienes a Sebastian, él no cuenta con más derecho sobre ti, y pronto Oliver tomará posesión de Aldrich-Millicent Chicago, por lo que vivirá aquí, contigo. Me parece irracional lo que voy a decir, porque si hace un año alguien me hubiera dicho que iba a pronunciar estas palabras, se las habría hecho comer con un puñetazo, pero ahora son más ciertas que nunca: solo voy a estar tranquilo cuando Oliver esté contigo, porque sé que va a protegerte.

Ella rio, era cierto, jamás creyó que Christian pronunciaría esas palabras.

—Debes estar orgulloso de mí, a pesar de todo lo que ha sucedido en estos meses, no he pintado ni una vez —confesó.

Hubo días en que casi no pudo contener las ansias por pintar, pero se concentró en hacer yoga, en escalar en la pared escaladora del gimnasio del barrio, en Sebastian o en hablar con Oliver. A pesar de haber caído en un estado catatónico después de su crisis de pánico el día de su encuentro con Michael, y el miedo constante que los hundió esos meses, ella no perdió su optimismo o su esperanza. No lo hizo porque su familia no lo permitió, más bien la acompañó casi todo el tiempo para evitar que ese evento se repitiera; el futuro parecía luminoso y se sentía más fuerte que antes, quizá tener a una persona que dependía de ella y enfrentar los retos diarios que conllevaba ser madre la habían influenciado.

—Puede que me haya equivocado sobre ese punto —le confesó Christian y Sam se apartó entre sorprendida y confusa—. Mi miedo a lo que ese cuadro provocó en ti, a la forma en cómo te sientes y lo que te hace crear en un lienzo, pudo haber influenciado tus propios temores, Bambi. He pasado años quemando y destrozando la única forma en la que te expresabas, amoldándote a lo que yo deseaba que fueras porque no quería perderte. Ahora me pregunto si todo hubiera sido distinto, si en vez de alejarte de tu pasión, de tu arte, te hubiera potenciado o ayudado a buscar una forma de canalizar esa energía para que después de cada obra no te autodestruyeras, ¿habrías sido feliz mucho antes? Porque mírate, lo eres por fin, después de tu período en Londres, por todo lo que creaste cuando yo no estaba allí para cohibir y reprimir tu arte, y por Oliver. Siempre por Oliver.

Ella negó con la cabeza, conmovida por sus palabras, por su preocupación y su amor.

—Chris, por ti estoy viva, jamás lo olvides. Y es porque soy feliz que no puedo coger un pincel, porque no quiero volver a lo mismo. No son tus temores lo que me han detenido, es mi cobardía. Y sí, Oliver me hace feliz, es mi corazón y mi aire, pero tú siempre serás parte de mi alma —repitió lo que él había dicho un día en el aeropuerto, antes de ir a luchar por Bianca. Christian rio y besó su frente, se levantó del piso y ofreció su mano para ayudarla.

—Vamos —propuso después de verla acomodar su maquillaje—,

tenemos que ir a buscar a Sebastian y todos deben estar esperándonos para celebrar las noticias. ¿A qué hora llega Oliver?

Ella sonrió, porque la expectativa y la emoción volvieron a invadirla. Oliver estaría en la ciudad en un par de horas y se quedaría por el resto de la semana, luego Christian y él regresarían juntos a Londres para firmar los últimos documentos de la escisión, ya que el terco abogado no quería dejarla tranquila hasta que el período que por ley tiene el padre del niño en Chicago para emitir en la corte su reivindicación hubiese terminado. Luego de eso, ella viajaría junto con Sebastian y el grupo entero para la celebración de la boda, y se quedarían en Londres por lo que faltaba del año, ya que planeaban celebrar Navidad y Año Nuevo en esa ciudad. Incluso Joanna y Harold se iban a unir a las celebraciones.

«Será maravilloso», pensó ensoñadora antes de partir tras el abogado hacia el restaurante donde la estaban esperando sus amigos.

SAM OBSERVÓ LOS alrededores del Navy Pier y sonrió con añoranza, era el principio del invierno, por lo tanto no estaba muy concurrido, pero aún veía muchos transeúntes caminando entre las tiendas o yendo hacia los restaurantes, todos cubiertos con abrigos para protegerse del viento frío de diciembre que, aunque aún no había nevado, ya se sentía el olor metálico que precedía a la nieve. Vio hacia la noria y quedó paralizada, apretó la mano de Sebastian quien observaba todo con asombro. Quizá Susan lo hubiese llevado allí antes, pero con solo cinco años, debió haberlo olvidado.

—¿Con qué debo sobornarte esta vez para que te subas a la noria?
—escuchó el susurró de Oliver en su oído y rio, Alexa los miró con interés.

No habían tenido un momento a solas, aun ahora, todos —menos Christian que prefirió quedarse en casa para realizar una videollamada a Bianca—, los habían seguido al muelle y planearon cenar, después de caminar un rato.

—Tengo que probarlo, no sabía que lo habían remodelado.

—Hace un par de años —comentó Sam, recordando que cuando se enteró de la innovación se había entristecido, ya que a ese sitio siempre lo resguardó como un lugar solo de ellos, y por eso jamás se había montado de nuevo en la rueda.

—También quiero subirme, creo que Sebas necesita experimentar lo que nosotros vimos cuando estuvimos en la cima y frente a esa hermosa vista de la ciudad.

Fue su turno de reír, y agradeció que después de la remodelación fueran góndolas cubiertas, donde cabían diez personas por viaje, ya que todos quisieron subir y experimentar la descripción romántica que hizo Sam de esa experiencia sobre la noria. Oliver y Sam quedaron en una esquina, ella creyó que Sebas se sentaría con ellos, pero como se había percatado en otras oportunidades, cuando Nella estaba presente ninguno de los dos se separaba del otro.

Pasaron todo el viaje bromeando sobre la boda de Christian y sobre las nuevas apuestas —que por primera vez en tres meses incluían a alguien más que Sam y Oliver—, ya que se enteraron de que la novia estaba renuente a la ceremonia por culpa de un comentario inocente de Christian y, por supuesto, la apuesta que estaba en primer lugar era si Bianca llegaba o no a la iglesia. Lo peor eran los montajes y parodias de la «Novia Fugitiva» que habían viralizado. Emma había modificado los *posters* de la película de Julia Roberts con la cara de Bianca, fue muy gracioso de ver.

Christian había querido golpearlos a todos, pero entró en un estado de resignación, sabía que no iban a detenerse, además, porque la apuesta que iba ganando era que Bianca sí llegaría a la boda.

Cuando quedaron detenidos en el tope de la noria, Sam entrelazó su mano con la de Oliver y miró por la ventana, aturdida por la maravilla del Lago Michigan y la ciudad.

—No pude montarme de nuevo, ni siquiera cuando anunciaron que iban a iniciar la renovación e hicieron una feria de despedida —le susurró a Oliver, y él giró a verla, con el ceño fruncido—. No habría sido lo mismo, porque no estabas conmigo. —Él acarició su mejilla y la besó en los labios, un gesto casto por primera vez, ya que estaban rodeados de mucha gente para hacerlo distinto.

Alrededor de la góndola se escuchaban pequeñas conversaciones, y sobresalía la risa de Sebastian. Los dos lo miraron y ella suspiró, de nuevo aliviada.

—Es solo mío —dijo para Oliver y para sí misma.

—Nuestro —le repitió él, como siempre hacía cuando hablaban de ese tema. Ella asintió y vio a los niños maravillarse por la vista, sin una pizca de miedo a las alturas.

Capítulo 14

*Algunas veces empiezo a correr en la oscuridad
cuando no sé cómo leer las estrellas,
pero adonde sea que corra,
sin importar la distancia,
de alguna manera, de alguna manera
siempre termino en tus brazos.
Somehow, Tom Odell*

Christian se paseaba de un lado a otro por la pequeña habitación de la Iglesia St. Helen Bishopsgate, mientras esperaba por Bianca. Estaba nervioso, aunque no tenía motivo, la editora podría odiar el hecho de celebrar una boda con tantos invitados, pero lo amaba a él. Además, sin importar lo grotesco y burlesco de las apuestas en esa última semana, resultaba claro que nadie creía que fuera a dejarlo en el altar.

—Estás muy apuesto, Christian y todo va bien; además, Oliver nos prometió que la traería a la iglesia, deja de estar tan asustado, me estás mareando —se quejó y lo vio voltear hacia ella y mirarla con molestia, sus ojos castaños brillosos. Le sonrió y le lanzó un beso, aunque en verdad no estaba mintiendo, el esmoquin negro y la pajarita blanca le quedaban muy bien, por una vez su cabello ondulado estaba hacia atrás, peinado, lo hacía ver guapo y elegante.

—Te advierto: espero que el imbécil no repita su actuación de la despedida de soltero, porque no respondo —indicó el abogado, en un obvio intento por distraerse.

Ella asintió, obediente. No podía decir nada. Tampoco iba a explicar

que si se mezclaba la posesividad de Oliver con una Samantha embriagada, solo habría un resultado posible, como se volvió a evidenciar en la noche de la fiesta de despedida de solteros: al final de la noche, ella había terminado montada en el pequeño escenario con un poste de estríper bailando entre Emma y una bailarina exótica. Después se unieron Alexa y Rachel, y de alguna manera que no recordaba, Alexa, Emma y ella habían empezado a quitarse la ropa, mientras Rachel reía.

Oliver —actuando como Oliver—, después de gritar y quejarse porque Sam siempre terminaba montada sobre una mesa en el bar de Nathan, la había cargado sobre su hombro como si fuera un saco de patatas y la sacó del local para llevarla al hotel. Al día siguiente, Oliver se había quedado con Sebastian toda la mañana, mientras ella, con una resaca de película, se arreglaba para la boda que se realizaría a las dos de la tarde.

Todo el grupo llegó a Londres un par de días atrás y habían alquilado un piso completo del Savoy —donde se celebraría la recepción de la boda—. Esa primera noche Oliver y ella habían tenido su primera salida oficial libre de obstáculos y sin miedo de ningún tipo. El hecho de que hubiese sido en Londres, donde un año atrás habían estado escondiéndose y para esa fecha ella lo estaba abandonando, lo hizo aún más significativo y la llenó de nostalgia. Solo fueron a cenar, y después pasaron un rato por Le Lion, para bailar y compartir un tiempo con Emma y Nathan, quienes de seguro aún no habían tenido ningún tipo de conversación sobre compromiso, porque la tensión era evidente. Sam había decidido que, después de la boda, haría algo para ayudarlos.

Al salir del bar, habían hecho el regreso al hotel a pie; Sam quiso disfrutar no solo del frío londinense, sino también de esa sensación de certeza y triunfo que la embargó cuando llegó a la ciudad, porque un año atrás se había despedido de Londres y de Oliver, pensando que sería para siempre. Pasó semanas descorazonada, herida y se concebía como un total fracaso, sobre todo por haberlo herido de nuevo.

Durante todo el trayecto de regreso al hotel, Sam no pudo

controlarse, tuvo que atacarlo en cada esquina en una nueva sesión de besos, y se los merecía porque, al contrario de ella, él nunca se rindió y gracias a su persistencia hizo realidad el sueño de estar juntos.

El único motivo por el que no lo sedujo para llevarlo a la cama esa misma noche fue Sebastian, que estaba durmiendo con ella, y aunque le costara controlar el deseo, muy en el fondo sabía que no estaba lista para dar ese paso. En esos meses, había enfrentado muchos de sus miedos, pero aún existían reminiscencias y dudas. No deseaba volver a arruinarlo.

—Tengo algo que contarte. Me enteré esta mañana —confesó Christian, y ella volvió al presente de un sopetón, levantó la cara y lo miró intrigada, sus ojos marrones brillaron de emoción y Sam sintió una opresión en su pecho, feliz por ver a su amigo así, tan satisfecho—. Serás tía de nuevo. Bianca está embarazada.

—¡Chris! —gritó Sam y se abalanzó hacia él para abrazarlo. Lo escuchó reír y la sujetó con igual fuerza—. ¡Felicitaciones! Ese niño será bendecido al nacer en ese hogar. Y su tía lo malcriará muchísimo.

Escucharon la puerta abrirse y ambos giraron para encontrar a Rachel con una ceja arqueada y una pamelita azul marino sobre su cabeza.

—Ya deberían tomar sus lugares, la novia ha llegado.

Minutos después, Sam y Christian se pararon frente al altar. Como los padres adoptivos de Chris habían muerto hace muchos años, se saltaron las tradiciones y decidieron esperar al cortejo en el altar. Ella le dio un apretón en el antebrazo, para demostrarle su apoyo. Cuando la música comenzó a sonar, y el cortejo inició su caminata, Chris estiró su mano y ambos entrelazaron sus dedos. Era idiota, pero él en verdad temía que Bianca huyera.

Sam soltó una sonrisa cuando vio a Nella y a Sebastian caminar hacia el altar. Ella era la niña de las flores y Sebas llevaba los anillos, había estado tan nervioso en dejarlos caer que lo miró con expectativa, la timidez de caminar frente al público se notaba por lo sonrojado de sus mejillas y por la forma en que trataba de ocultar su

rostro, mirando hacia el suelo.

Al llegar al altar, Sebastian, en lugar de irse con la organizadora de la boda como había hecho Nella, fue hacia donde estaba Samantha, dejó la almohadilla con los anillos en el piso y se abrazó a sus piernas.

—¿Me viste? Lo hice —le susurró y regaló una sonrisa luminosa.

—Estoy muy orgullosa de ti —le dijo después de acuclillarse frente a él—. Te adoro, pequeño. Ahora ve a sentarte hasta que te digan que tienes que traer los anillos. Estaré aquí todo el tiempo

El niño asintió y fue a sentarse, emocionado. Ella se enderezó, cerró los ojos y sintió los dedos de Chris volver a entrelazar los suyos. Esta vez fue para consolar a Sam.

«Susan, ojalá lo hayas visto y estés tan orgullosa como lo estoy yo».

Emma entró detrás de los niños, como madrina de Bianca, sola, y evitó mirar a Nathan quien se encontraba en la segunda fila. Sam negó con la cabeza, hasta que su enfoque fue invadido por la novia. Bianca lucía hermosa con un vestido blanco estilo princesa, y sintió los dedos de Christian apretar los suyos, ya que de seguro el escoger un modelo tan tradicional era un regalo para él. El velo cubría su cara.

A su lado, Oliver la guiaba. Los ojos de Sam se detuvieron en él, lucía impactante en su esmoquin negro y su pajarita blanca, su expresión era seria y concentrada. Su cabello hacia atrás, las puntas detrás de su cuello sobresalían un poco, porque de nuevo estaba dejando que creciera. Cuando estaba cerca, notó que sus ojos en esos instantes eran verdes, parecido al de las manzanas. El corazón de Sam se aceleró, y lo miró aturdida, tenía tanto tiempo sin ver ese particular tono en sus iris, y los había añorado, casi tanto como el aguamarina que siempre le regalaba cuando no había testigos.

Él la miró de vuelta, y trastabilló medio paso. Ella no pudo evitar sonreír, gesto que se amplió cuando lo vio deslizar sus ojos por su vestuario. Samantha era la «padrino», así que se había vestido para el honorífico cargo: mandó a hacer un esmoquin entallado a su cuerpo, con una camisa blanca justa y la pajarita tenía ligeras piedras brillantes del mismo material que acompañaban sus tacones negros,

mucho más altos de los que acostumbraba usar —estaba segura de que casi llegaría a la misma altura de Oliver—, pero necesitó usarlos, quería algo bastante femenino para acompañar el atuendo, además del maquillaje y el cabello rojo suelto con ondas que caían sobre su espalda.

Oliver entregó a Bianca, pronunció las palabras que demandaba el protocolo y fue a sentarse en la primera fila, donde se concentró en Samantha, sus ojos se oscurecieron un poco. Ella volvió a sonreír, divertida.

«Cuidado, señor Lewis, si alguien lo nota haría que la apuesta de que es gay dé un repunte abrumador», pensó burlona.

CASI TRES HORAS MÁS TARDE, entró a la recepción del lujoso salón del Savoy; los candelabros de araña, que generalmente colgaban a una altura considerable en ese salón, los habían bajado unos centímetros para crear un ambiente romántico y elegante, la luz cálida resaltaba los manteles dorados y blanco de las mesas agrupadas en semicírculo antes de la pista de baile y el escenario.

Samantha suspiró aliviada porque la ceremonia había terminado, fue el ritual más largo al que hubo asistido y se estaba muriendo de hambre. Vio a los niños corretear hacia la pista y caminó hacia el baño para arreglarse un poco, antes de empezar la nueva ronda de fotografías; ya habían hecho un montón, en la misa y fuera de la iglesia.

Cuando estaba terminando de retocar su maquillaje, la puerta del baño se abrió y entró Alexa. Le sonrió cuando se paró a su lado, su amiga la miró con expresión pensativa y tensa. Sam se enderezó, conocía ese estado.

—¿Qué sucede? —preguntó, nerviosa. Su amiga se acercó y la arrinconó contra la pared. A quien las viera así le parecería gracioso, Alexa le llegaba al pecho y era casi diminuta, pero era fuerte y tenaz, y cualquiera que la conociera sabría que Sam no tendría ninguna posibilidad de ganarle en una pelea.

—Es hora de que dejes de ser una maldita cobarde, Heller, mueve

tu maldito trasero y folla por fin a Oliver. ¿Quieres que te diga lo mismo que me dijiste una vez, cuando estaba luchando contra Lucas? Tienes al alcance de tu mano todo lo que quieres, ¡ve a por ello!

—¿Cómo demonios sabes...?

—Por favor —se quejó la rubia y le puso los ojos en blanco—. Si estuvieran follando no te habrías quedado en un hotel, sino en su apartamento. Además, yo conozco a ese hombre, y reconozco los síntomas de pelotas azules.

—¡Basta! Esa es una información que no necesito, muchas gracias —se enfurruñó, sabía que ella estaba felizmente casada, pero jamás quería tener una conversación sobre su relación sexual con Oliver.

Alexa respiró hondo y asintió.

—Todos queremos que su relación resulte, y yo en especial solo deseo que él sea feliz, contigo; además, que sea en Chicago, conmigo allí, lo hará aún más maravilloso. Pero solo podemos ayudar hasta un punto, ¿cómo crees que Oliver se enteró de las apuestas? Eso fue nuestra forma de incentivarlo a mover el culo y que tuvieran su primera cita. —Sam la miró horrorizada y después rio, ya que no sabía que habían llegado hasta ese punto de manipulación—. Pero sé que contigo no funcionan las apuestas ni esas estupideces, y es por lo que estoy aquí, exigiéndote que actúes como una mujer, no como una idiota miedosa.

Sam se tensó y apartó la mirada.

—Alexa, entiendo que ustedes se preocupen por nosotros, pero esto es entre Oliver y yo.

—No, esto es entre tú y tu maldita cabezonería.

Sam negó con la cabeza y la rodeó para salir del baño, un poco cabreada y aturdida. Ellos estaban bien, eran felices, y estaba disfrutando como una vez se prometió hacerlo. Sí, tal vez fuera cierto que aún tenía miedo, no quería arruinarlo, perderlo, acelerar todo y que el tsunami emocional volviera a arrastrarlos al abismo. Ni siquiera se permitía pensar en la palabra que comenzaba con la letra «A», porque sabía que se producía un maldito desastre cada vez que osaba mencionarla, pero eso no significaba que no se estuviera esforzando en ser feliz y en hacerlo feliz a él, de eso se trataba el

cortejo, de crear bases y confianza.

El tema de Michael quiso mostrar su cabeza y lo enterró en el acto, estaba acabado, Sebastian le pertenecía, nada sucedió en verdad, y solo le haría daño saberlo.

Vio que el fotógrafo estaba listo y se acercó a la nueva sesión de fotos. Oliver la miró extrañado un par de veces, a la vez que intentaba hacer que le hablara, pero Sam estaba tan centrada en sus pensamientos, que lo ignoró.

Después, tomó asiento en la mesa de los novios, entre Christian y Oliver, y sintió cómo este último pasaba una mano por el asiento para rodear su cintura. Todos estaban sentados alrededor y, como si fuera cronometrado, las copas fueron entregadas por los camareros.

—¿Qué sucede, todo bien? —le preguntó en su oído y ella asintió, aún tensa—. Samantha, te conozco, ¿qué está sucediendo?

Ella giró y se perdió en sus ojos verde manzana por unos segundos, antes de acariciar su mejilla. Le dio un beso suave en los labios antes de golpear su copa un par de veces. Cuando tuvo la atención de todos, miró a Christian y le regaló una sonrisa. Era la padrino, debía abrir los brindis. Tomó el micrófono.

—Es un orgullo para mí estar hoy en la boda de este maravilloso hombre. —Movié su mano izquierda para entrelazarla con la de Christian y sintió que sus ojos se humedecían—. Cuando lo conocí no supe cuán importante iba a ser para mí, lo confieso; pero en el momento en el que nuestras vidas se cruzaron, nunca volvieron a ser las mismas. —Giró hacia Oliver y vio que los miraba con intensidad, como si quisiera descifrar la parte clave de un rompecabezas. Ella sonrió y volvió la atención a su Chris—. Christian, te debo mi vida y mi paz; eres mi padre, hermano, amigo, confesor y protector al igual que yo soy la tuya, para siempre. Te quiero, y verte feliz fue uno de mis mayores deseos y es una de mis mejores satisfacciones. —Miró hacia Bianca—. Te llevas a un gran hombre, cuídalo, protéjelo y ámalo como él se merece, como él te ama a ti. —Sintió que una lágrima se deslizaba por su mejilla, pero no pudo detenerla—. Ambos han estado muertos y han revivido para estar juntos, nunca lo olviden. Y que este nuevo camino que empiezan a transitar hoy, esté

lleno de bendiciones. Salud.

Los aplausos los rodearon y Chris la jaló para darle un abrazo tan apretado que la hizo jadear.

—Mi alma, Bambi, gran parte de mi alma —le susurró y Sam asintió, sin dejar de abrazarlo con la misma desesperación.

Cuando la liberó, ella tomó asiento y se pegó a Oliver. Se sentía avergonzada, de alguna forma ese brindis fue más íntimo de lo que pretendía.

De inmediato, Emma se levantó y golpeó su copa con suavidad.

—Bien —comenzó Emma, lucía inquieta e incómoda—. Es un poco difícil ganarle al brindis anterior. ¿Por qué será que los padrinos siempre van primero? —Dio un sorbo a la copa y Sam frunció el ceño, Nathan estaba a su lado, ambos parecían más tensos que la última vez que los vio—. Conocí a Bianca en el bar de Nathan, Le Lion —dijo y lo señaló, sin siquiera atreverse a mirarlo—. Estoy tan feliz de que mi amiga se haya casado —continuó y botó un poco de líquido en la mesa—. Matrimonio, ¿eh? No es eso una pequeña cosa.

Sam vio a Nathan enderezarse en su asiento.

—Quiero decir, está bien para ellos, se aman, quieren tener cercas blancas. Estoy segura de que es maravilloso y todo eso. Pero, algunas veces... —Dejó la copa en la mesa y empezó a moverse como si estuviera sobre un escenario en el medio de un monólogo—. Hablemos hipotéticamente por un momento, a veces toda la pinta del matrimonio y el «feliz para siempre» y lo que te enseñan desde que eras una niña mocosa con pecas y más plana que ahora no es necesario. Digo yo que, si tienes, digamos, casi un año y medio de relación con un hombre maravilloso, no convencional, y que lo hace como los dioses. Bueno, no hablaré sobre los dioses aquí; es solo que ese hombre maravilloso no tiene que buscar nada distinto a lo que tienen. ¿Para qué se necesitan documentos que validen el amor? ¡Yo digo que no! Tal vez en diez años o veinte, ¡sí, veinte años! —comentó y golpeó la mesa—. Y si de alguna forma están en una situación así y, digamos, que si la mejor amiga de su novia se casa eso no significa que tiene que proponer algo, ni mucho menos colocar un catálogo de anillos de compromiso en la gaveta donde están los juegos sex...

¡Juegos! Porque su novia podría verlo por casualidad una semana después de que a su mejor amiga le propusieran matrimonio y ¡entrar en pánico! ¡Pánico! Y huiría, sobre todo cuando él insiste en sacar el tema de conversación del matrimonio una y otra vez. Y la mujer no lo haría porque quiere terminar la relación, sino porque quiere evitar que... que el hombre maravilloso compre un condenado anillo —culminó—. Yo solo digo, es una hipótesis que puede suceder.

Sam miró a Nathan. Imaginó que lo iba a ver furibundo, frustrado, ¡la mujer estaba revelando su vida personal frente a 150 extraños! Pero su cara era de shock total.

—Yo... —Emma miró alrededor como si por fin se diera cuenta de dónde estaba y qué estaba haciendo. Aunque después sonrió y levantó su copa—. Espero que tengan respuesta a mi cuestionamiento y me la hagan llegar. Yo... Bianca —miró hacia ella—, querida, te deseo felicidad en tu matrimonio, decidiste hacerlo y eso es maravilloso, yo soy promatrimonio, ¡por completo! —gritó y elevó su copa sobre su cabeza—. Por Bianca y Christian, se pertenecen, y se ve que se aman, y se casaron, lo que está más que bien para ellos. —Se detuvo y mordió su labio inferior.

Nathan se levantó del asiento y la tomó por la cintura para, de alguna manera salvarla del bochorno.

—¡Por Bianca y Christian! —gritó él—. Larga vida en su matrimonio y sean muy felices.

—¡Salud! —gritó Oliver casi al mismo tiempo, y todos aplaudieron un poco titubeantes, después bebieron su trago.

Casi al instante, Nathan arrastró a Emma lejos de la recepción hacia la salida del salón.

—Bien, este es un gran día —dijo Oliver—: Nathan Baggio estaba equivocado. Juro que pasarán años antes de que permita que lo olvide —se burló.

—¿Estarán bien? —preguntó Sam—. Deberíamos llamarlos.

—Samantha —la atajó y negó con la cabeza—. Esos dos deben estar en la habitación más cercana o en su defecto en el cuarto de limpieza, y de lo que menos estarán pendiente es del teléfono, te lo aseguro.

Lo miró con los ojos muy abiertos. Él asintió divertido, pero en ese

instante escucharon otra copa sonar y se giró para encontrar que era la del novio.

—Bueno, eso fue interesante —anunció Christian y se levantó de su asiento—. Quien dijo que la perfección era el objetivo nunca vivió en verdad —se burló y sonaron risas alrededor.

Sam sonrió con suavidad ya que esa era una de las frases favoritas de Christian. Lo vio tomar la mano de Bianca.

—Les agradezco a todos por estar en nuestra boda, en este momento tan dichoso para ambos. —Hizo que Bianca se levantara y acarició su mejilla—. Mi dulce tormento, tu presencia me hace el hombre más feliz; tu respiración me hace sentir vivo y agradezco al cielo que me hayas elegido como el dueño de tu corazón. Es un honor que deseo tener cada día de nuestra vida. Quiero compartir contigo mis alegrías, tristezas, triunfos y arrepentimientos, pero sobre todo, quiero que siempre tengas presente que mi mayor dicha y logro fue haber conseguido tenerte en mi vida.

Bianca estaba llorando, lo abrazó y besó mientras ambos se reían.

Nathan notó cómo uno de los camareros lo miraba con simpatía antes de salir del salón de fiesta con Emma atrapada entre sus brazos. Maldijo porque su pecho se hundía con furia y decepción. La conmoción se había ido por completo, y solo quedó algo muy distinto. Pidió su abrigo mientras ella lo miraba consternada, estaba sonrojada y avergonzada.

—Nathan —susurró con voz de súplica.

—No. Ni una palabra —la detuvo.

La vio bajar su mirada brillante, pero él estaba tan furioso que sentía que si lo presionaba iba a explotar en ese mismo lugar, frente a todo el mundo, y lo cierto es que Emma ya había revelado suficiente de su vida privada por esa noche.

Negó con la cabeza a la vez que sus manos temblaron, la mujer había pasado meses torturándolo con su silencio y cuando por fin decide hablar, lo hace frente a cientos de personas, para rechazarlo

en medio de un brindis.

Tomó el abrigo y salió del hotel, frustrado con ella y con él en partes iguales. Necesitaba alejarse antes de que hiciera algo de lo que después se arrepentiría, no le gustaba ser impulsivo, más bien lo odiaba.

Nathan no quería casarse, lo había dejado claro en cada oportunidad que se le había presentado; lo gritó a los cuatro vientos, incluso mandó a hacer camisetas divertidas de: «Antes muerto ahogado que ahorcado por el matrimonio», y las repartió en cada despedida de soltero a la que lo habían obligado a ir, con la excepción de la de Christian, por razones obvias.

¿Por qué entonces le había dolido y ofendido tanto que ella dijera que tampoco quería hacerlo?

—¡Nathan! —escuchó que le gritaba a su espalda, estaba nevando y había un poco de ventisca. Sin siquiera controlarse, se giró a verla. Ella se estaba abrazando y temblaba ya que no llevaba abrigo. Él maldijo de nuevo.

—Vuelve adentro, Emma, vas a congelarte —exigió, aunque ella no lo hizo, en cambio se acercó a él.

—Lo siento —le susurró con la voz rota—. Perdóname. No debí hacerlo.

—¿Qué? ¿Alejarte, mentirme o contar nuestra jodida vida en la boda de tu mejor amiga?

La escuchó jadear por aire, a la vez que se estremecía. Él se quitó el abrigo y lo puso sobre sus hombros.

—No quería arruinarlo —concluyó ella y tomó su mano—. Pensé que me dejarías si te lo decía, y yo te amo, Nathan.

—Vaya, Emma —satirizó—. Patentaré tu jodida manera de no querer arruinarlo, es maravillosa; huyes de mí y después me humillas frente a todo el mundo. ¡Por favor! —Soltó el agarre de su mano y se pasó una mano por el cabello negro ondulado—. Yo soy tan idiota y te amo lo suficiente para estar dispuesto a sacrificarme, casarme si eso era lo que querías aunque yo no lo hiciera, pero tú nunca consideraste hacer lo mismo conmigo, ¿verdad? ¿Por qué es eso? ¿Porque soy el maldito dueño de un bar no soy lo bastante bueno

para que lleves mi condenado anillo en tu dedo?

Ella boqueó como un pez, aturdida. Nathan se rascó la cabeza y empezó a alejarse de nuevo, se sentía como un animal atrapado, ahogado.

—Espera —musitó ella y lo tomó de un brazo para detenerlo—. Espera, por favor... Déjame explicar. —Se quedó callada y lo miró con súplica por unos segundos.

—Maldición —gruñó a la vez que sentía su pecho constreñirse—. He dejado muda a Emma Fellon, un jodido milagro.

Ella no contestó, y él la miró decepcionado, antes de seguir su camino.

—¡No te atrevas a dejarme así, Nathan! —le gritó Emma y él se detuvo de nuevo—. ¿No lo entiendes? Sé que tal vez no utilicé el medio idóneo, me conoces, soy una idiota que sufre de verborrea, pero ¡estaba desesperada! No eres tú, tú me haces feliz, más de lo que he sido nunca, y creo que yo también te hago feliz. Lo sé porque te conozco desde hace diez años, y creo que ahora sonríes más, y no me has engañado y eso es importante, porque significa que estas satisfecho conmigo. Y eres adorable cuando despiertas cada mañana y me sonríes de esa forma que hace que mi corazón se parta en dos.

Él se giró y ella le dio una sonrisa triste, lo miró con desesperación.

—No quiero casarme. No creo en ello, pasé toda mi vida viendo cómo mi madre obedecía a mi padre de forma ciega, tú la conoces, para mí parece alguien sin voluntad, y puede que no sea el matrimonio, que solo sea ella, pero no quiero arriesgarme, mucho menos contigo. Por eso tú siempre has sido tan perfecto para mí, porque tú tampoco quieres casarte, yo lo sé, todos lo que te conocemos lo sabemos. Me disculpo, te pido perdón por haber revelado tantas cosas, pero eso significa que ya ambos estamos bien y podemos volver a ser como antes, porque es una tontería que ya solucionamos.

—No, no podemos —dijo Nathan y la tomó por sus mejillas, Emma estaba tan desesperada que estaba llorando y él sintió que su pecho se hundía—. ¿Sabes por qué pasé tantos años jugando a tu alrededor? Siempre coqueteando, pero nunca haciendo una maldita

cosa para tenerte, porque sabía que eras más, te lo dije esa noche, y todas las siguientes, Emma, eres mi mujer y no puedo soportar que tú no sientas lo mismo.

—Claro que sí, ¡por Dios! Soy tuya desde hace mucho tiempo, yo te amo. —Nathan negó con la cabeza, sintiendo que su corazón se partía—. Tú fuiste quien me dijo esa primera noche que nunca me prometerías cercas blancas, que no querías una vida normal — insistió ella.

Lo había dicho, una y otra vez, hasta el día anterior se había quejado con Oliver por todo el asunto del matrimonio y ahora se estaba comportando como un malcriado, arruinando la mejor cosa que había tenido en años. Pero no podía evitarlo. Se apartó un paso de ella, sentía que el frío lo envolvía, aunque era más interno que lo provocado por la ventisca que caía sobre ellos.

—Nathan —suplicó.

—Pero sí quiero más, lo cual es irónico, ¿no? —Ella lo miró horrorizada y él se acercó y tomó su nuca con una mano para atraerla a su cuerpo—. Y es una perrada que la única mujer que me ha cazado y que me tiene a su jodida merced no lo quiera. —Negó con la cabeza y la liberó porque su contacto lo mataba—. Adiós, Emma.

Se alejó totalmente deprimido y sintiéndose un idiota. No podía ni siquiera pensar, quería emborracharse como una cuba y olvidarse del mundo. Sin embargo, no conseguía tener la fuerza para entrar en ningún bar, solo logró caminar y sentir sus extremidades picarle por el frío.

Samantha suspiró aliviada cuando el último discurso de la boda fue presentado —que fue dado por Bianca, quien leyó un poema hermoso—, porque estaba a punto de desfallecer del hambre.

Después de comer, la banda comenzó a tocar el vals tradicional y todos se levantaron mientras observaban bailar a Christian y Bianca.

Era un espectáculo asombroso: bailaban, se sonreían y lucían tan enamorados que se sintió aliviada. No los había visto juntos y felices

en muchas oportunidades ya que Bianca nunca había viajado a América, pero en ese momento pudo ver que ella amaba a Christian como se lo merecía.

Sintió las manos de Oliver sobre su cadera y se relajó contra su espalda.

—Baila conmigo —le pidió él cuando el vals se convirtió en una balada. Ella sonrió, tomó su mano y le permitió guiarla hasta la pista.

Asintió hacia Christian y Bianca, a la vez que veía que las parejas empezaban a llenar la pista, notó a Alexa y a Lucas sonriendo y besándose casi a su lado mientras danzaban, y más hacia la izquierda a Rachel y a Theo bailando abrazados, mientras él le susurraba algo a su oído.

Ella giró hacia Oliver y sonrió, solo debía subir un poco la mirada para quedar casi al mismo nivel. Por lo general adoraba que él fuera más alto que ella, pero en ese momento, cuando él hizo que deslizara una mano por su cuello y la otra la enredó con la de Sam para apoyarla sobre su pecho, antes de colocar su frente sobre su sien, no le importó demasiado. Más bien le pareció que, como siempre, encajaban de forma perfecta. Ella suspiró y se relajó contra él. Bailaron así un rato, hasta que Christian los interrumpió.

—¿Me permites bailar con mi «padrino»? —pidió e hizo un guiño a Sam.

—¿Eso significa que Bianca es mi hija? —se burló Oliver y Christian bufó, pero igual le entregó a Bianca.

—Cuidado, Christian, podría no devolvértela —advirtió Lucas con Alexa en sus brazos—. ¿Por qué no aposté sobre ello? —bromeó.

—¡Dios, Lucas, mi dinero! No juegues con nuestro dinero —refutó Alexa de inmediato—. He creado un monstruo, tal vez deberías ir a Jugadores Anónimos

Todos se rieron, estaban los seis pegados en la pista de baile.

—Lucas, lo que me recuerda —agregó Oliver y se acercó a él—. Te grabé algo, dado que no estuviste ayer con nosotros. —Sacó su teléfono y le enseñó un video. La cara de este último pasó de interrogante a furioso—. La próxima vez que pienses que soy gay o apuestes a que me llevaré a alguna mujer, recuerda que lo tengo y

puedo usarlo.

—¡Oliver! —gritó Alexa y apartó a su esposo mientras lo miraba divertida.

—¡No me dijiste que habías hecho un *striptease*, Alexa! —se quejó Lucas, herido.

—Te haré uno en privado y hasta el final, cariño —le susurró de forma seductora, antes de alejarlo del grupo.

—Eso fue malvado, Oliver —acusó Sam y negó con la cabeza—. Y espero que borres ese video de inmediato —advirtió y enarcó una ceja, celosa por el hecho de que tuviera el video de otra mujer en su teléfono, a pesar de que ella también saliera en la toma.

—Culpa a Nathan, fue quien lo grabó, y después se pone más interesante.

—Imagino que fue la parte en que te cargaste a Sam como si fuera una bolsa de patatas, imbécil engreído —despotricó Christian.

—¡Vale! —gritaron Bianca y Sam al mismo tiempo antes de apartar a los dos hombres lo más lejos que pudieran, ya que ambas sabían lo que sucedería si permitían que se extendieran en los insultos.

—A veces no entiendo por qué Bianca y tú lo defienden o lo quieren tanto, por momentos me provoca patearle el trasero.

Samantha rio y abrazó a Christian.

—Baila conmigo, tonto, y te recordaré por siempre lo que me acabas de decir, porque eso quiere decir que a veces también te agrada.

Lo escuchó gruñir y rio de nuevo cuando no la refutó.

Capítulo 15

*Escápate conmigo y nos besaremos
en la cima de una montaña.
Escápate conmigo
y yo nunca dejaré de amarte.
Y quiero despertar con la lluvia
cayendo sobre un tejado de estaño,
mientras estoy a salvo en tus brazos,
así que todo lo que te pido es
que vengas conmigo en la noche.
Escápate conmigo.
Come Away With Me, Norah Jones*

Habían pasado ya más de dos horas desde que Nathan había dejado a Emma en la puerta del Savoy, se encontraba parado frente a la puerta de su apartamento. Ni siquiera logró ir a su bar, no quería ver a nadie ni fingir ni una mierda.

«Quizá es lo mejor», se repitió por enésima vez. «Con esto acabará la presión, el compromiso, podré follarme a quien desee y también...». Se detuvo y suspiró frente a la puerta. Esa mentira le serviría para autoconvencerse al día siguiente, esa noche necesitaba ahogarse en autocompasión un poco más.

Abrió la puerta y frunció el ceño al escuchar una canción romántica como recibimiento. Caminó hacia la sala de estar y se detuvo al ver a Emma parada en el medio de la sala, su cabello, que, desde hace un mes, había pintado de color cereza, estaba húmedo, quizá por la nieve, sus ojos estaban hinchados, aun así, su rostro era pura

resolución.

—No estoy de humor, Emma. No tenías que haber venido aquí.

Ella señaló hacia la izquierda y él miró la pequeña mesa de madera. Sobre ella había una maleta, una llave y un anillo.

—¿Qué? —preguntó confundido. Ella caminó hasta quedar frente a él—. ¿Qué diablos es eso, Emma? —explotó aturdido.

—Desde que te vi en el despacho de Aldrich-Millicent, cambiaste mi vida. Me has otorgado tu amistad, tu amor, cientos de orgasmos y, sobre todo, la seguridad de sentirme yo misma, sin disimular o esconderme de nadie. Eres un hombre maravilloso, amo que tengas un bar y seas tan dedicado con él, que tus ojos brillen solo por verme, que cantes en el baño de forma tan melodiosa y que me quites siempre las papas cuando comemos hamburguesas, aunque no, olvídalo, no amo eso; tampoco amo que dejes abierta la tapa del retrete, o que te despiertes cada lunes gruñón, no es mi culpa que los lunes no quieras trabajar, que necesites dormir más y que el bar no tenga mucha ganancia ese día. —Frunció el ceño y suspiró hondo—. También creo que deberías hacer algo distinto en el bar los días miércoles, porque...

—¡Emma! —la interrumpió y ella lo miró aturdida y parpadeó, antes de asentir.

—Lo siento, perdón. —Lo miró embelesada y él sonrió. «Jodida mujer adorable», se dijo—. Desde el principio, nunca te he querido cambiar, ¿estamos claros en eso, no es así? —Nathan, asintió, eso era algo que tenían en común, se aceptaban el uno al otro—. He sido muy feliz contigo, y te prometo tratar con mucho esfuerzo no volverme miserable ni permitir que tú lo seas nunca, y si en algún momento eso cambia...

—Emma, demonios, estoy envejeciendo aquí —farfulló y ella puso sus ojos en blanco.

—¡Que conste que fuiste tú quien no me dejó ser romántica!

—¿Qué parte de esto es romántico?

Ella emitió un gritillo y se arrodilló frente a él. Nathan la miró, aturdido.

—¡Bien! ¡Aquí lo tienes! —Suspiró hondo y su expresión se volvió

serena y soñadora, de nuevo—. Te doy lo que sea que desees de mí: me ofrezco a ti para siempre, es por lo que te entrego una maleta con toda mi vida, para que la compartas conmigo; una llave, con mis sueños y secretos, que te pertenecerán de por vida; y un anillo, con mi libertad, porque sin duda esa ha sido tuya desde que me cazaste y estoy a tu merced, y.. —Arrugó la cara y negó con la cabeza—. Lo siento, sonaba menos patético en mi cabeza cuando venía para acá, ¡pero tienes que aceptar que no tuve mucho tiempo para pensarlo! —Alzó las manos en rendición—. No quiero perderte, Nathan, y jamás me avergonzaría de ti, te amo.

Nathan se rio y la tomó en sus brazos para levantarla del suelo antes de besarla con fiereza, ella se abrazó a su cuello y se impulsó para rodear sus caderas con sus piernas.

—Vale, viviremos juntos, es un buen trato —comentó y aún con ella envolviéndolo entre sus brazos, tomó la maleta para llevarla a su cuarto, aunque al hacerlo se dio cuenta de que estaba vacía. La miró confundido y ella se encogió de hombros.

—La maleta era un gesto, Nathan, es simbólico.

—Ese anillo tampoco me queda. —Ella lo miró como si quisiera golpearlo—. Yo solo digo que si vas a proponerme algo, deberías venir preparada. Yo busqué catálogos y robé un anillo de tu joyero para saber tu talla. Deberías haberte esforzado más.

—Idiota, a veces me provoca matarte —le espetó frustrada.

—Y yo creo que te has ganado unas buenas nalgadas por tu actuación de hoy.

—¿Y me atarás? —preguntó y alzó las cejas de forma sugestiva—. O quizá yo deba atarte, ese anillo significa que me perteneces y puedo hacer lo que quiera contigo.

—¡Joder, si ni me queda! —se quejó mientras caminaba rumbo a la cama.

—No seas un niño, Nathan. ¡Ponte el anillo en el dedo o te lo pongo en otro lado!

—No, por allí ni de coña entra —le refutó y ella rio antes de besarlo.

Samantha y Oliver habían dejado la recepción en pleno apogeo para llevar a Chris y a Bianca al aeropuerto, quienes esa misma noche partirían rumbo a su luna de miel en las Islas Vírgenes Británicas. Al llegar al aeropuerto de Gatwick, en Londres, Oliver y Bianca llevaron las maletas a la zona de embarque, mientras Sam se despedía de Chris, fue una despedida llena de promesas. Ella percibió culpa en la voz de su amigo, ya que hace un año le había prometido que pasarían las festividades de fin de año juntos. Había intentado tranquilizarlo, no es que le diera lo mismo, pero lo cierto es que se sentía extasiada por la felicidad de Christian y de que Bianca lo amara como se merecía. Iba a extrañarlo, mucho, pero no podía permitir que Christian siguiera tan aprensivo con ella, ya era una adulta.

Mientras Oliver manejaba de vuelta a la ciudad, Sam seguía abstraída, pegada a la ventana con la mirada fija en las calles húmedas y vaporosas de la noche londinense.

—Aún es temprano, apenas las nueve de la noche, quisiera enseñarte algo —propuso Oliver. Ella giró y lo miró extrañada, pero asintió, tenían tiempo y había hablado con Rachel antes de salir de la recepción para que cuidara a Sebastian hasta que llegara de nuevo al hotel.

Una hora más tarde, se detuvieron frente a un edificio de tres pisos, era de piedra gris, y en la planta baja había un local, al parecer clausurado, ya que tenía cubiertos los ventanales con paneles de madera. Se bajó del vehículo y cerró su abrigo, porque había comenzado a llover. Oliver rodeó el vehículo y se dirigió hacia la puerta del recinto. Sam frunció el ceño.

—¿Qué es este sitio?

—En el tercer piso está mi apartamento —explicó antes de abrir la puerta, luego giró hacia ella y le extendió su mano para que la tomara. Sam caminó hacia él y entrelazó sus dedos antes de seguirlo hacia el almacén.

Cuando Oliver encendió las luces, ella sintió que su mundo giró fuera de órbita. Su respiración se aceleró hasta volverse pequeños jadeos a la vez que su corazón se precipitaba hacia su garganta.

Era una galería de arte. Esa parte resultaba obvia, el vestíbulo era

completamente blanco perla, había medias paredes falsas que ofrecían profundidad y abrían compartimientos secretos hacia nuevos cuadros. En el medio de la sala, había una mesa de madera oscura que de seguro servía de recepción, con la información del artista, y folletos explicativos de la obra.

Sus obras.

Samantha sintió que sus ojos se llenaban de lágrimas y la presión de ver su trabajo en esas paredes, además del dolor y la sensación de vacío que rodeaba a cada pintura, la ahogó. Era lo que siempre había querido en su vida; sin embargo, las obras que colgaban en las paredes se burlaban de ella, mostrando una parte de su ser que quería mantener enterrada para siempre, emociones sumamente privadas como la vergüenza, el terror y el amor desgarrador que sintió por el hombre que estaba a su lado y que, en ese momento notó, no había soltado la sujeción de su mano, a pesar de que ella se la apretaba de una forma casi mortal.

Se forzó a calmar su respiración, necesitaba detener el pequeño ataque de pánico que intentó instaurarse en su ser. Giró y trató de correr hacia la puerta de entrada, pero Oliver la detuvo, la jaló hacia su cuerpo y deslizó una mano por su cintura para abrazarla.

—¿Por qué? —preguntó, su voz pequeña, aturdida, asustada.

—Porque son maravillosas —contestó Oliver de inmediato, sin dudar en ningún momento del significado de su pregunta—. Son hermosas, impactantes, y merecen este lugar y muchos más. Necesitan ser mostradas al mundo, Samantha. Tu arte, tu forma de expresarte son un regalo, nunca una maldición. —Ella sintió un par de lágrimas caer por sus mejillas, a la vez que negaba con la cabeza, su respiración eran completos jadeos, su visión fija en la puerta de vidrio cubierta de madera—. Esto es lo que siempre has querido. Y tienes todo el motivo de ambicionarlo, porque es para lo que viniste a este mundo.

Ella parpadeó de nuevo, a fin de poder enfocar su visión, y nuevas lágrimas cayeron y recorrieron el mismo camino de las anteriores.

—Le pedí a Christian que las destruyera, no quería que nadie más las viera o las tuviera, ¿pero en cambio te las dio a ti? —preguntó en

un susurro, más para sí misma que para él.

—No lo hizo, las encontré en tu apartamento, cuando fui a buscarte.

Ella jadeó, conmocionada.

—¿Fuiste allí? Te esperé por toda una semana, pero pensé que nunca regresarías.

Él asintió contra su cabello. Sam se removió y él relajó su contención por lo que logró girar y encararlo. Lo primero en lo que se enfocó fue en su cara, sus ojos más castaños que verdosos, casi parecían miel quemada, ella apretó sus labios y suprimió un sollozo al verlo herido.

—Fue mejor que no estuvieras, ya que jamás las hubiese descubierto en ese caso, porque ese cuarto siempre estuvo cerrado para mí, y era obvio por qué, sabías lo que me haría ver lo que estabas creando, y el motivo. Es por ello que jamás me dijiste por qué ya no pintabas.

—¿Para qué querías que te las enseñara? Es puro dolor, y cada vez que las veo me absorbe la desesperación. No puedes decir que esto es hermoso, Oliver. No está completo y es horrible. Todas estas pinturas lo son.

Él tomó su barbilla y la forzó a mirarlo. La miel quemada absorbía todo, desapareciendo casi por completo el ámbar.

—No lo son, Sam, sé que es difícil, pero míralas bien, fuera del terror que te producen, entiende lo que creaste.

La giró para que apoyara la espalda contra su pecho y la forzó a recorrer la exposición, a observarlas como él las veía, pero la emoción invadía todo cuando se fijaba en una en específico, tanto que después de ver las primeras dos —la que creó después de ver a Oliver con Ilana en el Salón Royal y la que hizo la madrugada después de su cumpleaños, cuando él le hizo el amor por primera vez y la dejó para irse a los brazos de la mujer a la que pertenecía—, tuvo que cerrar los ojos ya que la angustia en cada una la hacía querer hundirse en ese sitio de nuevo, donde nada existía, ni luz ni amor, o incluso el vacío. Sin embargo, la voz de Oliver la mantuvo anclada al presente, la forma en que hablaba de las pinceladas, del estilo, de lo increíbles

que eran. Expresaba cada idea con pasión, mientras le reiteraba que debían ser vistas y no destruidas. Sam apretó sus labios para no soltar un gemido, ya que a pesar de que él era capaz de verla en sus pinturas, no la entendía, y para que lo hiciera, debía romperle el corazón.

Fue ese entendimiento lo que la hizo abrir los ojos de golpe y repasar las demás obras de la exposición sin resistencia. No comprendía cómo Oliver supo organizarlas en orden cronológico, porque ella jamás habló de eso con nadie, ni siquiera con Christian.

—Están en orden... —susurró Sam sin lograr terminar la frase—. ¿Cómo? Están exactamente donde pertenecen.

Siguió mirando alrededor y se centró en el área de exhibición bien iluminada, ubicada en el fondo de la sala. Comenzó a caminar hacia ese lugar, conmovida, porque supo de inmediato cuál pintura estaría colgada en ese lugar.

Sintió a Oliver suspirar contra su cabello, ambos se detuvieron antes de llegar a la obra central.

—Porque siempre te he escuchado cuando pintas, Samantha, sé con exactitud cuándo pintaste cada una y cuál fue el motivo para crearlas, sé el daño que te hice en ese tiempo, y cuánto me amaste a pesar de que nunca quise verlo. Ahora lo entiendo, y jamás volveré a cometer los errores que te hicieron gritarme en cada cuadro. Es un voto que me repito cada día.

Ella giró para verlo y colocó una mano sobre su mejilla, perdida en el dolor de sus facciones y en el que invadía su propio pecho.

—Y yo jamás volveré a cometer los errores que te hicieron renunciar a mí.

Él suspiró y la abrazó, sus brazos la apretaron casi con angustia. Ella lo imitó, pero por razones distintas. Cuando se apartaron, él la guió hasta la mesa de madera que vio al entrar —que de alguna manera enferma le recordó la mesa de comedor del apartamento que compartieron en Chicago—, y la llevó hasta la pared del enfoque frontal de la exhibición. Creyó que encontraría solo un cuadro, el último que pintó, no obstante le pareció indicado que estuvieran los dos, el que pintó cuando había muerto y el que creó cuando decidió

vivir. Esa instalación hacía que la exposición fuera como un círculo infinito, desde el inicio hasta el final, con todo un mundo abierto entre ellas, que se evidenciaba con el hecho de que ambos estuviesen allí. Era hermosa, poética, y fue hecha como una demostración de amor de Oliver hacia ella. Quizá creyó que la iba a hacer feliz, o que la iba a ayudar a enfrentar sus miedos; en cambio, Sam solo podía pensar en cuánto quería incendiar esas paredes.

—Lo único que falta es que titules cada una de ellas, y podremos abrir al público —escuchó a Oliver, ella se estremeció ante esa perspectiva—. Pero quiero pedirte algo: cuando por fin lo hagas, y el mundo vea tu arte, nadie podrá comprar estas dos pinturas —dijo apuntando hacia las obras con su mentón—, son mías, han estado colgadas en mi estudio durante todo el último año, las bajé esta mañana porque sé que son las más importantes, pero me pertenecen. De hecho, irán a Chicago conmigo cuando termine la exposición.

Sam salió de su mundo privado con esas palabras, enfocándose de nuevo en el presente y en Oliver.

—El primero siempre ha tenido nombre —confesó y él la miró confundido—: *Oda a Oliver*, y fue creado para ti, desde que lo pinte seis años atrás.

Oliver negó con la cabeza, en rechazo absoluto.

—Ese no es su nombre, más bien es *Oda a Samantha*, porque eres tú, y es un regalo para mí, para que yo entendiera lo que no podías poner en palabras en ese entonces.

Su corazón retumbó contra su pecho, y con el entendimiento corriendo entre ambos, el temor sobre ese hombre que aún albergaba en su alma, el que forzó a Sam a rechazar las palabras que Alexa había pronunciado solo horas atrás, desapareció. Y el amor invadió todo.

Fue un sentimiento conocido y distinto a la vez, vestigios de esa emoción la habían acompañado durante los últimos ocho años, por todas las etapas por las que transitó su afecto hacia él: conocidos, amigos, luego protector, amante, hasta el hombre de su vida. Sin embargo, en ese momento, fue como si convergiera en su corazón hasta crear un nuevo color frente a sus ojos.

Sam se alejó otros centímetros, emocionada. Lo miró a los ojos, subió las manos a su abrigo, lo desabrochó y lo dejó caer a sus pies.

—Ámame, Oliver —le pidió y se estremeció, ya que la primera vez que ella había dicho esas palabras, él la rechazó. Pero no pudo detenerse.

Oliver la miró confundido.

—¿Estás segura? Porque, Samantha, si...

—Por favor, te necesito —lo interrumpió en un ruego que surgió de su alma.

De inmediato, él la atrajo a su cuerpo y la besó de forma abrazadora. Ella respondió con el mismo fervor. O incluso sus ansias fueron superiores, succionó su lengua, rasguñó su espalda sobre su saco y gimoteó ansiosa, subió una pierna para apretar su trasero y lograr que se pegara aún más a ella. Justo cuando la empujó para apoyarla sobre la mesa, lo escuchó gemir contra sus labios, el sonido parecido a un animal salvaje.

Él apretó su pelvis contra su vagina mientras acariciaba su cuerpo, luego se apartó para verla, emitió un sonido parecido a un ronroneo cuando se concentró en sus labios hinchados y su ropa arrugada.

Sam cerró los ojos y apretó las manos sobre su saco, había extrañado ese sonido y por un instante creyó que jamás volvería a escucharlo.

—Algo está muy mal conmigo —se quejó él, a la vez que acariciaba sus caderas. No podía parar de tocarla. Ella frunció el ceño, confundida—. Me excita como el infierno verte con esta ropa, ¡y ni se te ocurra decírselo a alguien, o me tacharán de gay, sin duda alguna!

Sam se carcajeó, aunque la risa surgió ahogada por su excitación, un instante después él la sentó sobre la mesa y subió sus piernas, una a la vez, para quitar sus zapatos, los cuales tiró sin ceremonia al suelo.

—Un día, pronto, lo usarás de nuevo y te desnudarás despacio para mí, pero no hoy, porque no podría soportarlo.

Volvió a asaltar su boca a la vez que empezaba a desabrochar su pantalón. Ella luchó para remover el de Oliver, y después de que él tiró el suyo al suelo, junto a los zapatos, ambos empezaron a abrir sus camisas, lo cual resultó ser complicado, porque estaban usando

camisa de cuello de pajarita y fajín. Mientras Oliver le bajaba su saco y soltaba su corbata de piedras preciosas, Sam terminó de apartar su camisa y comenzó a besar su pecho, a la vez que luchaba por remover esa ropa de su cuerpo.

Al final, Oliver se arrancó la camisa, rompiendo las mangas que estaban sujetas con unos gemelos de oro. Después, hizo lo mismo con la camisa de Sam. Allí, sus manos fueron directo a ahuecar sus pechos, que estaban cubiertos por un brasier de encaje color piel.

—Maldita sea, Samantha —se quejó antes de bajar sus labios a ellos —, cómo extrañé tus tetas.

Ella trató de reír de nuevo, pero sus labios la detuvieron, ya que él la arqueó para que quedara apoyada sobre sus codos y bajó el encaje del sostén para liberarlos, antes de concentrarse en besar cada uno de sus senos, los lamía, mordía, succionaba. Sam emitió pequeños gritos ahogados, acarició su cabello y lo atrapó con sus piernas para rozarse sobre la ropa interior.

Lo jaló de su cabello, ya que necesitaba que volviera a besarla, y cuando lo hizo, utilizó sus piernas para bajar sus calzoncillos, después lo tomó en su mano para acariciarlo. Oliver emitió un sonido gutural y apoyó su frente en la suya.

—Hazlo más fuerte —pidió cuando ella comenzó a masturbarlo.

Al mismo tiempo, él metió la mano en sus bragas y empezó a tocarla, la desbordaron las emociones, ya que el ritmo era rápido y tortuoso.

Tiró de su cabeza para que la besara y él lo hizo entrelazando sus lenguas, en un beso mojado y lento mientras ambos se daban placer. Cuando ella estaba a punto de llegar al orgasmo, le mordió el labio inferior y atrapó un puñado de su cabello para que la mirara.

—No juegues más. Te quiero dentro de mí. Ya.

Él prácticamente ronroneó de nuevo, antes de tomar sus bragas, y deslizarlas por sus piernas. Sin embargo, en vez de penetrarla por fin, se acuclilló frente a ella, y tomó su clítoris entre sus dedos, empezó a saborearla.

—¡Oliver! —gimió.

—Sabes tan bueno, amor, tan jodidamente dulce —le susurró.

Ella gritó y se encorvó, porque el placer era casi demasiado para soportar, el cual fue en aumento cuando empezó a penetrarla con su lengua sin dejar de jugar con su clítoris. No pasó mucho tiempo antes de que su vientre se contrajera y explotara.

Él empezó a besar sus muslos, subió a su estómago y volvió a sus pechos, pero sin dejar de acariciar su clítoris, por lo que empezó a arder de nuevo, a pesar de sentirse agotada. Sam lo tomó del cuello y lo guió a sus labios. Lo besó con suavidad, con amor. Intentó guiarlo para que entrara en ella, pero Oliver negó con la cabeza.

—Aún no —rogó, a la vez que trataba de apartarse.

—Te necesito, no juegues más.

—Quiero tomarte completa, Samantha.

—Ya lo tienes. Hazlo.

Él gruñó y la besó de forma primitiva, antes de por fin adentrarse en ella. Ambos gritaron por la sensación. No pudo evitar arrugar la cara en señal de incomodidad por un par de segundos, ya que había pasado un tiempo, y la primera vez siempre dolía un poco. Oliver aún no se había movido, ya que lo sabía.

—Tu coño es mi puñetero paraíso, se siente tan bien a mi alrededor. Tan dulce, apretado y caliente, ardes por mí, Samantha, dime, ¿cuánto te hago arder? —preguntó contra sus labios y ella asintió.

—Siempre, solo tú —le susurró, besó sus labios y bajó a su cuello para morderlo, mientras por fin lo sentía moverse en ella. Se arqueó para que profundizara sus impeles y apretó la sujeción de sus caderas.

—Vas a acabar conmigo, Samantha, pero no hay mejor forma de morir que en tu calor.

Comenzó a arremeter contra ella de forma certera, con fuerza, haciendo que se sujetara al borde de la mesa y gimiera en cada embestida, ya que con cada impulso tocaba miles de terminaciones que la hacían estremecer y tensarse.

Ella sintió la mesa ir hacia atrás, pero no le importó, abrazó su cuello con su mano derecha, mientras se sostenía en la mesa con la izquierda, tomándolo por completo. Oliver besó su cuello, sus pechos, los mordía y estimulaba, lo cual la estaba llevando al límite, a

pesar de que solo estaban empezando y que no creyó que tocaría ese punto en tan poco tiempo.

—Maldición, es demasiado pronto —grito él desesperado cuando la sintió apretarse a su alrededor.

—Bésame, bésame —le rogó. Él lo cumplió, mientras comenzó a arremeter aún más fulminante. Un par de segundos después se apartó y atrapó su cabello rojo para obligarla a mirarlo.

—Nunca volverás a negarme esto, Samantha —ordenó y sus empujes se volvieron salvajes, imponentes. Ella gritó y lo abrazó, parecía que fuera a desintegrarse si lo soltaba—. ¡Dilo! —exigió.

—¡Nunca! —prometió clavada a él.

—¡Promételo, maldita sea! —pidió y la empujó hasta que su espalda cayó contra la mesa. Su mano seguía empuñando su cabello, mientras con la otra empezaba a maniobrar en su clítoris. Sus movimientos no cedían, ni disminuían—. Promételo. —repitió.

Sam por fin movió sus manos para agarrar sus mejillas y hacer que la mirara, que se enfocara en ella y viera que era sincera.

—Solo tuya, siempre.

Oliver poseyó sus labios y empujó hasta ese punto profundo que la hizo doblar sus piernas y explotar con tal intensidad que cayó desfallecida sobre la mesa. Un par de segundos después, él la siguió, gritando.

Oliver quedó sobre ella, su cabeza sobre su cuello, su respiración agitada. Sam poco a poco fue recobrando el sentido, notó por fin que la mesa se había movido hasta golpear la pared donde colgaban las dos pinturas. Deslizó sus manos por su cabello y espalda, mientras se calmaban. Cuando se salió de ella, descubrió que en esa oportunidad no había usado algún tipo de protección; quiso burlarse de él, quizá hacerlo sudar con el hecho de que olvidó que podía dejarla embarazada, a pesar de que fuera imposible porque desde hace tres años que estaba en un tratamiento de anticonceptivos porque su período era cada vez más doloroso; sin embargo, no pudo hablar, ni romper ese momento.

Cuando él se apartó de ella, le sonrió. La tomó en brazos y la llevó a una de las esquinas de la galería, donde había un sofá verde manzana

que no estaba hecho para albergar a dos personas; sin embargo, los sostuvo a ambos. Ella quedó acostada sobre su espalda, su cabeza sobre un cojín amarillo, Oliver se acomodó con la mitad de su cuerpo sobre ella y su cabeza reposando sobre sus pechos, Sam sonrió cuando él comenzó a tocarlos y a jugar con ellos, le hacía recordar tanto a otros momentos que había actuado así, cuando no existía tanta presión entre ambos.

Giró hacia los cuadros y ellos volvieron a imponerse, la desesperación la atrajo, pero él la atrapó antes de que lo consiguiera por completo y regresó a la realidad. Negó con la cabeza y giró hacia Oliver.

—Entiendo por qué hiciste esto, sé que fue creado para ser un regalo hermoso y no una imposición, pero no puedo, ellos jamás estuvieron destinados a ver la luz, porque la absorben donde sea que estén. Quiero destrozarlos con mis propias manos. Esta galería no será abierta al público, Oliver, al menos con mis cuadros. Tampoco les pondré título. Nunca —susurró, la emoción era un nudo que apretaba su pecho hasta hacerle daño.

Oliver se estiró hasta que quedó sobre ella y sujetó su cabeza entre sus manos.

—¿Crees que eres la única persona en el mundo que no está completa? —recalcó, la intensidad de esa declaración y las emociones a flor de piel hicieron que sus dientes castañearan—. Todos caminamos por esta vida sintiéndonos vacíos, Samantha. Algunos lo disimulamos más, otros aprenden a fingir y se engañan hasta tal punto que borran esa parte molesta de ellos, pero está allí. Muchos, como yo, recurrimos al alcohol, supongo que hay varios que buscan las drogas por ese mismo motivo. Y eso es lo hermoso de esta exposición, y de tu don, nos golpea con ello y nos obliga a enfrentarlo, así como tú lo haces, o en el peor de los casos, nos ayudará a que podamos aprender a vivir con ello, porque también es parte de nosotros. ¿No lo ves?

Sam negó con la cabeza, sus uñas se clavaron en la espalda de Oliver hasta traspasar su piel.

—No puedo. No puedo —repitió una y otra vez, su voz cada vez

más quebrada, hasta que el horror llenó las facciones de Oliver y se sentó en el sofá llevándola consigo, la hizo acomodarse a horcajadas sobre él, ella lo abrazó con sus brazos y sus piernas, y comenzó a llorar.

No fue por el ahogo que causaba el ver las pinturas, era por la pérdida que aconteció ya seis años atrás, era un duelo que se había bloqueado sentir, fue casi tan doloroso como perder de nuevo a su prima. Porque pintar para ella había significado tantas cosas maravillosas, y ahora todo eso parecía haber desaparecido para siempre.

—Lo siento, Sam —escuchó que él le susurraba, sin dejar de besar su cabello—. Me equivoqué, ¿no es así? Creí saber lo que estaba sucediendo, porque puedo escucharte en tus creaciones, pero hay muchas cosas más que soy incapaz de ver o sentir, que te evitan volver atrás. —Suspiró, derrotado—. Solo quería hacerte feliz, y sé que pintar lo hace.

—Soy feliz ahora, aunque no lo parezca en este instante —lo corrigió ella y se enderezó para ver a Oliver, deslizó un dedo por su mandíbula, mientras notaba que entre todo su tumulto emocional, ese color nuevo seguía brillando con igual fuerza. Se limpió las mejillas con el dorso de su mano y negó con la cabeza, incrédula—. No debe ser nada atractivo verme llorar en cada cita. Debo estar horrible —intentó bromear. Él sonrió, sus ojos claros otra vez, puntos aguamarina llenaban su mirada, y por fin notó que en el trasfondo de ese nuevo color que descubrió ese día, también estaba el aguamarina.

—Estás hermosa. Como siempre. Eres la mujer más hermosa que he visto en mi vida, Sam.

—Me llamaste Sam —comentó de la nada, a la vez que apretaba la sujeción de sus piernas, uniéndolos más—, tenías tanto tiempo sin hacerlo que lo extrañaba, aunque lo cierto es que también me encanta que me llames Samantha, porque es algo solo tuyo. —Utilizó sus dedos para trazar las facciones de Oliver, el lunar en el lado izquierdo de su nariz, sus labios gruesos, su nariz recta, su cabello marrón oscuro que estaba alborotado por sus manos y un poco húmedo. Era tan hermoso—. ¿Sabes? Creo que tus ojos fueron lo primero que amé

de ti, al principio me intrigaba la forma en cómo cambiaban de tonalidad según tu estado de ánimo.

—¿De qué estás hablando?

—Son marrones verdosos cuando estás estable, pero cuando una emoción es muy intensa, el verde predomina; el marrón toma mayor partido cuando estás triste, celoso o excitado, pero mi favorito es la aguamarina, porque ese color es solo mío, y quiero que siempre sea así.

—Nadie nunca me había dicho algo así, no sabía que mis ojos cambiaban de color —murmuró él, perplejo.

Sam acarició su mejilla y le sonrió, el miedo había desaparecido.

—Supongo que nadie ha estado tan atento como yo, pero estoy segura de que nadie jamás te ha amado como yo te amo, Oliver. Estoy tan enamorada de ti que me duele el corazón, a pesar de no sentir en verdad ningún dolor. No sé cómo explicarlo. Y quiero que entiendas que siempre te voy a elegir, porque la vida sin ti no tiene sentido, es como ver el mundo girar, evolucionar, florecer y marchitarse, mientras tú sigues detenido.

La miró con los ojos muy abiertos, y aunque no recibió las mismas palabras de vuelta —tampoco las esperaba—, él apretó sus caderas, y ella notó que estaba excitado de nuevo. Lo miró confundida.

—Ha sido todo un año, Samantha. Además, no puedes ponerle a un hombre tu coño caliente sobre su polla todo el tiempo y esperar que no se quemé.

Ella quiso reír, pero no pudo, ya que en ese momento él colocó una mano sobre su cuello y la besó, su toque y todo su semblante eran de intensa concentración. La penetró despacio, lo que la hizo suspirar entre sus labios. Llevó una mano para su cadera y la estabilizó sobre él.

—Mírame a los ojos —pidió Oliver y ella los abrió con dificultad. Hizo girar sus caderas y ambos gimieron—. Dilo de nuevo.

Jadeó al entenderlo y al recordar cuando él había hecho lo mismo, el día de su cumpleaños, cuando le enseñó lo que era hacer el amor. Así que se lo entregó, comenzó a moverse con círculos pequeños, mientras le repetía una y otra vez esas dos palabras. Pero esa vez fue

distinto, él no la detuvo, más bien parecía perder el control cada vez que las escuchaba, cerraba los ojos, apretaba sus caderas y la besaba casi como si necesitara absorberlas.

Pareció durar horas, y cuando por fin el orgasmo los atrapó, fue largo, inmenso y tan intenso que estuvieron abrazados por varios minutos, luchando por reconstruirse.

SAMANTHA ESTABA DESPARRAMADA en la cama, sobre su estómago, su estado era superior al cansancio, casi no podía moverse, estaba desnuda y ansiaba subir una sábana para arroparse ya que sentía frío, pero no podía estirar su mano para buscarla. Su cabello aún se encontraba húmedo, su piel también, aunque creía que eran más restos de sudor que del agua.

Oliver la tomó por la cintura y la jaló a su cuerpo, ella emitió un sonido mitad lastimero, mitad satisfecho. Cuando por fin pudieron moverse y salir del sofá después de la segunda vez que hicieron el amor, se vistieron y subieron a su apartamento, allí él volvió a desnudarla y la llevó al cuarto de baño, donde ambos se dieron un baño largo y placentero, que terminó con ella aplastada contra la pared de la ducha.

Luego, la llevó a la cama y la tocó e hizo que lo tocara hasta que las cenizas volvieron a quemarlos y empezaron de nuevo.

Sintió que besaba su cuello y gimió.

—Oliver, necesito dormir. Tengo sueño —logró mascullar en una voz ronca que ya no reconocía como suya, quizá porque la había hecho gritar muchas veces durante esas horas—. Mi vagina debe estar lesionada por el sobreuso.

Lo escuchó reír y lo sintió cubrirla con una sábana. La besó con suavidad y ella respondió con torpeza, no pudo evitarlo. Abrió los ojos por un segundo y lo vio acostado frente a ella, jugando con su cabello húmedo, envolvía el mechón rojo en un dedo. Ella cerró sus ojos, dejándose llevar por la inconsciencia.

—Sam —dijo. Ella abrió los ojos y lo vio sonreír como nunca antes, su pecho retumbó, trató de hablar pero no pudo, y comenzó a cerrar

sus ojos—. Te amo.

Capítulo 16

*Dicen que todo sucede por algo,
que puedes tener mil defectos
y aun así ser perfecto para alguien.
Alguien que estará allí cuando te quiebres
y que te guiará cuando camines por la oscuridad.
Oh, esos somos tú y yo.
You and Me, You+Me*

Oliver abrió los ojos y se estiró en la cama, arrugó la cara cuando sintió que todos sus músculos se contraían adoloridos, incluso su erección matutina le molestó, estaba sensibilizado por el sobreuso; sin embargo, no pudo o quiso quejarse, más bien se sentía revitalizado. Había extrañado el sexo —y el sexo con Samantha en particular—, ya que era glorioso, una mezcla absurda de desenfreno y estabilidad.

Vio su reloj y notó que pasaba del mediodía. Giró su cabeza hacia Samantha, que seguía en la misma posición en la cual se había quedado dormida en la madrugada, sobre su estómago, su cabello rojo volando hacia cualquier dirección, aunque su cara estaba descubierta, sus labios hinchados un poco abiertos. A pesar de su agotamiento, deseó despertarla y tomarla de nuevo, duro y profundo, y quedarse ahí, en su sitio, donde nadie más volvería a sacarlo —ni siquiera ella—, pero la realidad de que iba a estar muy sensible lo detuvo.

Se concentró en mirarla y arrugó la frente, la noche anterior no había sido en absoluto como lo planeó. Creyó que la sorpresa de la

exhibición de sus obras la reanimaría; también pensó que, ver sus pinturas con luces dispuestas para resaltar sus pinceladas, la ayudaría a superar el miedo de mostrar al público una obra que revelaba tanto de sí misma. Incluso intentó explicarle por qué resultaría innovador, pero Oliver se dio cuenta de que se estaba perdiendo algo en todo este asunto, y no tenía que ver con lo impactante de la pintura, sino que estaba relacionado con ella, y eso lo frustraba, ya que no sabía cómo descubrirlo.

El hecho era que Samantha no estaba pintando, y estaba seguro de eso, porque mientras estuvo en Chicago, en su casa, nunca vio en ella los síntomas que a él le indicaban que necesitaba pintar, tampoco encontró ni un cuadro o dibujo, por más que buscó cuando ella no estaba presente; nada, ni siquiera su caballete expuesto en ninguna parte o un bloc que no fuera de pinturas de Sebastian. También le había preguntado a Christian, ya que Sam confiaba ciegamente en él, pero el abogado confirmó sus sospechas con un escueto «no».

Tal vez, Oliver usó una pésima táctica desde el principio. No debió presionarla con algo tan pomposo como una exposición; debió incitarla para que volviera a pintar con más sutileza y, cuando finalmente viera sus nuevas creaciones, más felices y sin tantos matices de dolor, ella habría podido contrastar esos nuevos lienzos con los cuadros que decoraban su exposición y encontraría paz, la haría olvidar esa idea de vacío que parecía acosarla. Luego se preguntó si para lograr sanarla tendría que ofrecerse como modelo y se odió al entender que posaría sin dudarlo. «Otra maldita pintura de Oliver Lewis en el mundo», se quejó en silencio.

La vio removerse y el cobertor bajó un poco, mostrando su espalda lechosa. Él sonrió. Era definitivo que el sexo no estuvo en su plan, pero la improvisación no le molestó en absoluto. Mucho menos la forma en que ella le repitió una y otra vez que lo amaba, a pesar de que se arrepentía de haber cedido al impulso de decirlo de vuelta al final de la noche, y esperaba que no lo hubiese oído, no quería lidiar con ello o sentirse obligado a repetirlo.

Salió de la cama, tomó un pantalón de pijamas azul con rayas blancas y fue al baño a cubrir sus necesidades. Estaba meditando

sobre el contenido de su nevera para preparar el desayuno cuando escuchó un pitido lejano. Frunció el ceño y lo descartó mientras cepillaba sus dientes y lavaba su cara.

Al regresar a la habitación notó que Sam estaba despertando, sus ojos aún cerrados. Ella se había acomodado sobre su espalda y, al escucharlo entrar, estiró sus manos, en una señal clara de que lo quería de vuelta en la cama. Oliver sonrió y cumplió. Besó su frente y se acomodó sobre su pecho, apartó la sábana para descubrir mitad de su cuerpo, amaba la sensación de sus senos sobre su piel. Sintió que ella acariciaba su cabello por un rato.

—Hola —escuchó que saludaba, su voz ronca. Él estiró la cabeza para mirarla. Le sonrió—. Gracias por anoche, me encantó.

—A mí también —comentó y se movió para besar sus labios. Cuando se apartaron, él la miró interrogante.

—¿Te gusta la casa de Christian?

—¿Qué? —dijo ella confundida, de seguro debería esperar hasta que estuviese por completo despierta, o quizá después del desayuno, pero Oliver era impaciente.

—Si te gusta podría hablar con Christian para que nos la venda cuando regrese de la luna de miel. Es bastante grande, Sebastian ya está acostumbrado a ella, y Tara ama el patio, así que es cómoda, solo tendría que mudar mis pertenencias y quizá comprar algunas cosas, al menos que quieras decorarla por completo, para nosotros. —Analizó todas las posibilidades—. O si lo prefieres podríamos usar el edificio, pero creo que no sería cómodo para Sebas o la perra, él siempre ha vivido en una casa y ese sitio es más que todo para personas solteras.

—Oliver, ¿de qué estás hablando? —preguntó, ya por completo despierta.

—Podría diseñar una casa, me gusta la idea de crear nuestro hogar con las comodidades que ambos queramos, pero llevaría tiempo, así que tenemos que planear dónde vivir mientras la diseño y construyo.

—Para —exigió y tomó un puñado de su cabello para forzarlo a mirarla—. ¿De qué estás hablando? —repitió.

—De dónde viviremos cuando regresemos a Chicago.

—Tú te irás al apartamento y yo seguiré en la casa de Christian.

—No, señora, eso no sucederá —respondió, terco—. He cumplido todas tus condiciones, y tú lo planteaste claro, mientras haya cortejo no habrá sexo. Hubo sexo, que cabe destacar no fue iniciado por mí, se acabó el cortejo. Es lógica clásica.

Ella lo miró boquiabierta por un par de segundos.

—¿Lo sabías? ¿Lo estabas pensando desde ayer? ¡Eres un tramposo!

—No, soy un estratega, y tú dejaste ese vacío, sería un idiota si no lo hubiese aprovechado, y puedo ser muchas cosas, pero nunca un idiota.

Samantha frunció el ceño y los pitidos que había escuchado antes se volvieron fuertes golpes a su puerta. Él se levantó de la cama, rumbo a la sala.

—Espera, dame un minuto y seguimos peleando que adoro cuando nos reconciamos.

—¡No puedes por alguna vez pedirme las cosas de forma apropiada! —se quejó ella, estaba sentada sobre la cama, sus manos sujetaban la sábana sobre su pecho.

Él la miró y sonrió, antes de abrir la puerta de la habitación y dirigirse hacia la sala, dispuesto a deshacerse de quien fuera que quisiera importunarlos. Se sorprendió al encontrar a Lucas y Alexa, ambos estaban pálidos.

—¿Alexa, qué demonios? —preguntó aturdido.

—Sebas está mal, no sabemos qué pasa con él —gritó Alexa. Él sintió que el mundo empezaba a dar vueltas.

—¿Qué? —inquirió Samantha desde la habitación, antes de salir corriendo hacia ellos, aun con la sábana azul cubriendo su cuerpo.

—¡Maldita sea, Sam! —explotó Alexa y notó que su amiga temblaba. Ella tenía tres hijos, así que lo que sea que estuviera sucediendo, no era algo bueno—. Los hemos llamado hasta el cansancio, ¡por qué no contestaron el jodido teléfono!

—No hay tiempo para esto —indicó Lucas, la tomó de su antebrazo—. Vístanse, los esperaremos abajo, estamos estacionados frente al edificio.

—¿Pero, qué está sucediendo? —preguntó Samantha desesperada.

—Hablaemos en el camino —le rogó Lucas y ella asintió, antes de salir corriendo hacia la habitación.

—¿Llamaron a un médico? —preguntó Oliver.

—El doctor Alley está con ellos, es el médico del hotel —respondió Alexa y permitió que Lucas la abrazara.

Él asintió y fue a su cuarto para alistarse a su vez.

LA MEDIA HORA que tomó para que ellos llegaran al Savoy fue la más larga y terrible de la historia de la vida de Oliver. En el camino, Lucas les relató lo que Rachel les había dicho sobre la situación de Sebastian.

Dos horas atrás, Rachel fue a despertar a Sebastian para que desayunara, lo había dejado dormir ya que la noche anterior se había desvelado. Cuando Rachel llegó a la habitación, lo encontró temblando, con mucha fiebre y se había orinado en la cama. También balbuceaba frases que nadie entendía, una y otra vez.

Rachel intentó comunicarse con Sam, luego llamó a Oliver, al no tener éxito llamó a Alexa; Oliver y Sam habían estado tan concentrados en ellos que olvidaron que los teléfonos habían quedado tirados en el piso de la galería de arte, en los bolsillos de sus respectivos abrigos. Al no poder localizarlos, sus amigos llamaron al doctor del hotel, quien, después de examinarlo, le dio medicina y tratamiento para la fiebre, la cual bajó un par de grados. Cuando consideraron que la temperatura se había normalizado, lo bañaron para quitarle el sudor y la orina, luego de eso, lo vistieron y acostaron, pero el niño seguía temblando y había empezado a llorar.

El niño continuó llorando hasta que se quedó dormido, no obstante a los diez minutos, comenzó a dar unos gritos despavoridos, lograron despertarlo, pero Sebas se negaba a hablar. A ese punto, la preocupación de los cuatro adultos se disparó y decidieron enviar a Lucas y a Alexa a la casa de Oliver para regresarlos al hotel. Hasta el momento en el que salieron de la habitación, Sebastian aún seguía en estado de shock.

Oliver se sintió el hombre más inútil del mundo, sobre todo porque

con cada cosa que Alexa contaba sobre el estado de Sebas, Samantha se descomponía cada vez más y lucía realmente atormentada. No pudo decir palabra, le parecía imposible tranquilizarla, ya que él se sentía igual. Solo consiguió abrazarla y pedirle que se calmara para que Sebas no la viera así cuando llegaran. Estaba tan asustado que parecía que su corazón iba a salirse de su pecho.

Cuando llegaron al hotel, ambos saltaron del vehículo y corrieron hacia la suite de Rachel y Theo. Todos los niños estaban allí, saltando o luciendo aburridos; él los ignoró y siguió a Samantha en busca de Rachel.

—¿Dónde está? —preguntó Samantha.

—En esa habitación —le señaló la puerta a la izquierda—. El doctor...

No pudo continuar ya que Samantha la había sobrepasado rumbo al punto señalado. Oliver la siguió.

Sebastian estaba acostado en la cama, ni siquiera se movió al escuchar el ruido.

—¿Sebas? —preguntó Samantha, su voz rota.

El niño giró la cabeza y sus ojos se abrieron como platos cuando la vio, se levantó de la cama y salió corriendo hacia ellos, se colgó de las piernas de Samantha y sujetó el *jean* de Oliver con su mano izquierda.

—Sebas, mi amor, ¿qué sucede? —indagó Sam, mientras trataba de agacharse para tomarlo en brazos, pero él no la soltaba, más bien apretó la sujeción—. ¿Sebas?

Él comenzó a gritar. Oliver se tensó y Samantha lo miró afligida y aterrorizada, hasta que los gritos se volvieron llanto mientras seguía abrazado contra sus piernas.

—No llores, mi cielo, no llores —rogó e intentó cargarlo de nuevo, sin éxito.

—Tita —susurró entre los sollozos—. Me dijiste, me lo dijiste...

—¿Qué te dije, cariño? —le preguntó ella cuando logró que la soltara, luego lo cargó y lo llevó a la cama con Oliver a su lado, ya que el niño tampoco había permitido que se alejara.

—Me dijiste que volverías. Mami también me lo dijo, y... y no volvió

y..

Cada palabra salió entre balbuceos y Oliver quiso maldecir al cielo. Ambos se miraron y el entendimiento revoloteó entre ellos.

Susan le había dicho que iba a volver, Samantha también. Creyó que ella se había muerto.

—Lo siento, Sebas —susurró Samantha mientras lo abrazaba con desesperación—. Lo siento tanto, estoy aquí. Estoy aquí. No he ido a ninguna parte.

—Me prometiste que no te irías —dijo el niño, su voz era ansiosa, su sujeción parecía mortal, a la vez que intentaba escalar sobre su cuerpo—. Te quise buscar y no estabas. No me dejes. —Lo último lo rogó entre sollozos desgarradores.

Samantha respiró hondo y apretó sus ojos, le resultaba obvio que estaba intentando no llorar, para evitar asustarlo aún más.

—Eh, campeón —le susurró Oliver, se había sentado a su lado y acarició su cabello.

El niño dejó de escalar sobre Samantha y se giró para verlo. Oliver le limpió las lágrimas de la cara y trató de sonreírle con confianza.

—Estamos aquí y no nos vamos a ir a ninguna parte. No te dejaremos.

Samantha se acostó con él sobre su cuerpo y comenzó a deslizar su mano derecha sobre su espalda, para que se relajara.

Oliver acariciaba su cabello, su mano izquierda estaba retenida con la de Samantha, su contención era mortal, aunque ella, al igual que el niño, empezó a relajarse poco a poco.

Las horas pasaron con lentitud, Sebastian se durmió en los brazos de Samantha. Ella lo siguió por fin unos minutos después. Oliver estaba sentado en el sillón beige frente a la cama, y no podía apartar la mirada de su familia, ni siquiera cuando el doctor Alley, un hombre de sesenta años, con expresión calmada, entró en la habitación con el fin de evaluar el avance de su paciente. Tomó su temperatura y después giró hacia él para indicarle con una seña que saliera de la habitación.

Cerró la puerta y lo acompañó a la sala de la suite, estaba vacía. Cuando Sebastian se durmió les pidió a los demás que salieran a

hacer lo que tenían pautado para ese día, no quería que dejaran de disfrutar su estadía en Londres por ellos, en especial Theodore y Rachel que era la primera vez que visitaban la ciudad.

—Ya le bajó la fiebre y dejó de temblar. Cuando lo revisé la primera vez no encontré ningún problema en la garganta, ni en los oídos, ni parece que hubiese un virus estomacal o intestinal que justifique el cuadro —comentó el doctor—. Manténgalo en observación las próximas horas para ver cómo evoluciona, recomiendo que siga en reposo el día de hoy y mañana temprano regresaré para revisarlo.

—Esta no es nuestra habitación, la nuestra es la 908 —le informó Oliver y pasó una mano por su cabello. El hombre asintió e hizo una pequeña anotación en su libreta—. Nos asustamos al verlo así, su madre murió cuatro meses atrás en un accidente y hoy pensó que su tía lo había dejado también.

—Muchas veces somatizan sus emociones —reflexionó el hombre mayor, y frunció el ceño—. Es habitual ver a niños que están sometidos a situaciones de estrés, o deprimidos, enfermos a repetición o que tengan reacciones que a los adultos nos resultan incomprensibles.

—Pero él estaba bien —contradijo Oliver—. Por lo menos así parecía, no entiendo por qué creyó que Samantha no volvería, aunque supongo que es la primera vez que ella pasa tanto tiempo lejos de él sin que esté en la escuela, aun así debería saber que su tía y yo jamás lo dejaríamos.

—No soy experto en psicología infantil, pero es importante entender que ellos no razonan como lo hace un adulto, manejan las pérdidas de forma distinta, el tiempo pasa de manera diferente también. Lo que usted considera poco podría ser una eternidad para ellos. Y asumo que el temor de haber sido abandonado aún debe estar muy latente en él. —El hombre suspiró y negó con la cabeza—. Le recomiendo que cuando vuelvan a casa, lo lleven a terapia.

—Gracias, lo hablaré con Samantha —respondió, después estrechó su mano y lo acompañó hacia la puerta.

Giró hacia la habitación, pero decidió que mejor que salir, iría a su apartamento, buscaría ropa y traería su vehículo. Porque era

imposible siquiera considerar que iba a dejarlos solos, mucho menos después de lo que acababa de presenciar.

TRES HORAS MÁS TARDE, Oliver había dejado a Sebastian sobre su cama. Lo llevó de la suite de Rachel aún dormido en sus brazos, a la vez que le pidió a Samantha que se duchara mientras ordenaba comida del servicio de habitación, ninguno de los tres había ingerido alimento alguno en todo el día.

Volvió a la habitación justo cuando los camareros iban a tocar, así que les permitió entrar y colocó la maleta al lado de la puerta, mientras los veía acomodar la comida sobre la mesa, y cuando salieron, cerró la puerta detrás de ellos.

Giró y vio a Samantha salir de su cuarto, estaba usando un suéter gigante de color amarillo, un par de *leggings* blancos y unas medias gruesas de color rosado con amarillo, que llegaban a sus rodillas. De nuevo, nada del vestuario era provocador o sexy, pero igual quedó embelesado por ella, hasta que notó sus ojos enrojecidos. Había aprovechado y llorado en la regadera, lejos del niño.

—Samantha, él está bien.

Ella negó con la cabeza y pasó una mano por su cabello rojo, antes de ir a sentarse en uno de los sofás color beige. Él se acercó y tomó asiento a su lado, la abrazó y la sintió relajarse a su lado.

—Fui una idiota al creer que lo estaba manejando bien, que estaba haciendo lo correcto. Me pareció bueno que hubiésemos conectado por Susan, y que a pesar de que las pesadillas aún aparecían de vez en cuando, él podía dormir solo. Oliver, él sonreía, y hacía nuevos amigos, e incluso, a pesar de su timidez, se atrevió a caminar por el pasillo de una iglesia llena de gente. ¿Cómo no pensé en que podía afectarlo si lo dejaba solo? No me paré a considerar lo que sentiría al despertar, solo, en una habitación lleno de extraños, sin mí ahí.

—Nadie lo hizo. Creímos que estaba bien, Samantha. No es tu culpa. Y Rachel y Theodore no son extraños, él los conoce y los quiere. Solo está inseguro por la pérdida reciente de su madre.

Ella suspiró y masajeó su cabeza, parecía agotada a pesar de que

había dormido un par de horas abrazada al niño.

—Él necesita a Susan y no la tiene, solo soy una pobre sustituta. — Ante esa declaración, Oliver fue quien suspiró y apretó la sujeción de su hombro para que se acomodara sobre su pecho—. ¿Sabes qué es lo más estúpido de todo? Que creí que sabía lo que él sentía porque lo viví también, pero es muy distinto.

—El doctor Alley me recomendó que lo lleváramos a terapia.

—Sí, es lo adecuado, debí hacerlo desde el principio —declaró aún sin mirarlo y él puso sus manos sobre sus mejillas, forzándola a que se enderezara y lo viera.

Cuando por fin lo hizo, comenzó a acariciarla.

—Nadie espera la perfección, Samantha —comenzó.

—Susan siempre lo hizo, y es justo que yo lo cumpla.

—Por favor —se quejó con dureza—. Susan fue una jodida asfixiadora que prefirió ignorar el problema latente de un pedófilo de mierda atacando a su prima porque te quería a su lado.

—Ella no lo sabía —intentó defenderla.

—Me vale madre —rebatió de inmediato—. En el asunto de la paternidad todo es ensayo y error, nadie tiene una maldita idea sobre qué hacer y, sin importar cuánto te esfuerces, siempre saldrán jodidos y tú serás el culpable.

—Se me había olvidado que eres el hombre más optimista del planeta —saturizó, enfurruñada. Pero al menos ya no estaba triste y sus ojos no brillaban por lágrimas no derramadas, así que lo tomó como un triunfo.

—Escucha, estás haciéndolo bien. Te equivocarás mil veces, yo también lo haré, y él nos perdonará. Después llegará la adolescencia, y cometerá errores y nosotros lo perdonaremos. —Ella rio y él sonrió antes de besar su sien—. Trabajaremos de acuerdo a lo que vaya sucediendo, igual a todos los jodidos padres del planeta.

Ella por fin comprendió lo que estaba diciendo, él ya lo había entendido, lo hizo mientras los observaba dormir. En verdad no lo había visto venir, después de la muerte de Susan estuvo tan concentrado en evitar que Michael demandara la tutela de su hijo, que Samantha lograra adoptarlo, y en sus propios problemas, que a

pesar de que había dicho varias veces que el niño era de ambos, aún no lo había captado del todo. Pero justo después de la crisis, cuando el terror lo invadió al sentir el sufrimiento de Sam por ver a Sebastian en tan mal estado, lo había golpeado: ella iba a criarlo como su hijo, y si él quería estar en su vida, tendría que quererlo como tal, Samantha no aceptaría algo distinto, y lo cierto es que Oliver tampoco lo permitiría. Estaba aterrado por ello, nunca quiso ser padre, y tenía muy claras las razones por las que no lo deseaba, pero no iba a rechazar a ese niño.

—Sebastian siempre será mi responsabilidad, Oliver.

—Lo sé —susurró y acarició sus labios—, lo entiendo, Samantha. Y ahora también será la mía. —Ella frunció el ceño, interrogante, y él asintió de nuevo—. Al menos no lo arruinaré con mis genes, tenemos los de Michael para agradecer cualquier cagada que haga en el futuro. —Eso la hizo reír y poner los ojos en blanco—. No tener hijos fue lo único que gané del matrimonio con Ilana.

—¿Porque ella tampoco quería hijos? —le preguntó, cautelosa.

—No, porque Joanna y Harold los tendrían.

—¿Harold y Joanna? —preguntó ella en un susurro.

—Sabía que no iba a enamorarme de nuevo, y jamás creí que iba a volver a verte y enloquecer. La verdad de mi matrimonio con Ilana es que Harold fue a pedirme ayuda. Mi hermana lo amaba, pero creía que él solo la quería por su herencia y el maldito acuerdo de fusión que mi abuelo quería con su familia. Y esa fue la mejor opción que se me ocurrió; si yo me casaba con Ilana se haría la fusión por mí y ellos dos serían libres para estar juntos y tendrían hijos y los herederos que mi abuelo tanto deseaba. —Ella lo miró con los ojos muy abiertos—. Cuando me reuní la primera vez con Ilana todo quedó arreglado. Ella también estaba desesperada por un buen arreglo matrimonial, su madre es una manipuladora nata que había absorbido su vida por años, creí que si la sacaba de ese entorno crecería y sería libre. Claro, eso no resultó del todo cierto, en cambio la ató más en ese mundo; pero ahora parece libre, en el último correo que me envió dijo que habló con su madre y empezó a poner límites en su relación, al parecer el primo de Nathan, Abraham, le ha

enseñado a defenderse. Fue más de lo que yo conseguí en dos años. —Arrugó la cara y se removió incómodo. Samantha soltó una especie de jadeo.

—¿Quieres decir que te sacrificaste para ayudar a alguien más? ¡De nuevo! —Negó con la cabeza, incrédula—. Cómo agradezco no haber cedido y aceptado tu propuesta de matrimonio para quedarme con Sebastian, Oliver. —Él bajó la mirada, algo confundido, ya que aún no entendía por qué lo había rechazado—. Tú eres asombroso, maravilloso, entregas mucho más de lo que cualquier persona te haya dado alguna vez, y por eso eres incapaz de poner límites para protegerte. Tenemos que trabajar en ese complejo de superhéroe, mi amor, y desde hoy me declararé guardiana de ese corazón gigante que te acompaña, es hora de que alguien te resguarde para variar, porque ya has dado más de lo que deberías.

Oliver la miró aturdido, no tenía idea de qué demonios estaba hablando, o por qué lo miraba con una emoción tal que lo hizo sentir pequeño y relajado por primera vez. Ella le sonrió con suavidad, y después su expresión volvió a entristecerse.

—Sé que fui yo quien causó gran parte de las heridas que te han marcado, y que la primera vez que me declaraste tu amor, lo arruiné con dudas y llanto. Pero espero que algún día me gane de nuevo tu confianza para que lo confieses cuando esté despierta. —Él la miró tenso, entendiendo con eso que el día anterior ella lo había escuchado—. No estoy presionando, Oliver, porque tus acciones siempre dirán más que esas dos palabras; no obstante, quiero que entiendas que, la próxima vez que lo digas, solo habrá una respuesta posible, y que pasaré todo el tiempo que pueda demostrándotelo.

Ella lo abrazó, apoyó la cabeza sobre su hombro, y se relajaron en un silencio cómodo.

—Estoy más enamorado de lo que nunca he estado en mi maldita vida, Sam, y te estoy incluyendo a ti en esa cuenta —gruñó él, sin control. La sintió moverse y mirarlo con los ojos muy abiertos, su expresión anonadada. Y de la nada, su frente y mejilla se fruncieron, sus ojos se aguaron—. ¡Joder, mujer, me dijiste que no ibas a llorar!

—¡Lo sé! —se quejó, y lo miró con una mezcla de lágrimas y risa, las

emociones del día rebasando todos los límites de ambos. Lo abrazó con fuerza y suspiró contra él. Un par de minutos después, Oliver se preparó para lo que vendría, porque tenía que decirlo, y se imaginó que ese era el mejor momento para hacerlo.

—Traje una pequeña maleta, me quedaré aquí con ustedes.

La sintió tensarse, y todo el mediano aire liviano que los invadió antes desapareció al instante. Los acontecimientos de las últimas horas volvieron a rodearlos.

—Te amo, no quiero que lo dudes por un instante —inició Sam—, pero creo que eso sería un error. Sebastian ha tenido demasiados cambios en muy poco tiempo, e imponerle tu presencia aquí, cuando en Chicago no lo estarás...

—Es que lo estaré —refutó de inmediato, atajándola—. No estaba bromeando cuando te propuse comprar la casa de Christian, Samantha. En enero, cuando llegemos a Chicago, viviremos juntos, es mejor que se vaya acostumbrando desde ahora. —La escuchó suspirar y se apartó para mirarlo con súplica—. ¿No lo entiendes? Estoy hastiado de estar sin ustedes.

—Es muy pronto, yo necesito que todo salga bien entre nosotros, no podría soportar que, por habernos apresurado, esto que aún es frágil se dañe. Y ahora no somos solo nosotros, está Sebastian de por medio. No es tan fácil como crees.

—¿Qué de mi vida lo ha sido? ¿O de la tuya? —le preguntó y tomó su barbilla con su mano derecha—. Si quieres esperar a que todo sea correcto y fácil nos veremos en un asilo, y con mi suerte, cuando por fin llegues yo estaré muerto. —Ella rio, avergonzada por la broma—. Estoy seguro de que la cagaremos una y otra vez. Que habrá peleas, que querrás matarme de vez en cuando, que yo querré hacerlo a su vez. Pero también estoy seguro de que esta vez no voy a huir ni a rendirme, lucharé una y otra vez para permanecer a tu lado. Samantha, lo he hecho toda mi vida por los deseos de alguien más, anhelando algo que nunca obtuve; estoy tan seguro como del infierno de que lo haré por esto, por ti. Por mi familia.

Lo miró por todo un minuto, y Oliver se tensó, ya que parecía que estaba evaluándolo y no sabía cuál opción iba a ganar. Aunque, sin

importar lo que decidiera, nadie lo sacaría de esa habitación o impediría que vivieran juntos. Ni siquiera Samantha.

—¿Me lo pedirás de forma apropiada? —pidió ella por fin, rendida. Él se relajó.

—No, olvídale —le contestó terco, ella no tenía voto en el asunto—. Hubo sexo, se murió el cortejo y mientras más rápido lo entiendas mejor será para nosotros.

Ella se llevó la mano a la frente y negó con la cabeza, pero no parecía tan abatida por su declaración; en cambio, se levantó y caminó hacia la mesa donde los esperaban platos llenos de comida cubiertos con una cúpula de metal.

Justo antes de sentarse a comer, la puerta de la habitación principal se abrió. Sebastian salió apresurado, asustado, cuando los vio corrió hacia ellos y se pegó a las piernas de Samantha.

Ella lo acarició y se agachó para susurrar a su oído que no se iba a ir a ninguna parte, y que lo amaba.

—¿Quieres comer algo? —le preguntó ella y el niño asintió.

Comieron sin hablar demasiado, aunque cada vez que podía buscaba entretenerlo ya que necesitaba verlo sonreír. Después de la cena, Samantha compró una película animada, y se acostaron en la cama principal, rodeados de helados y otros dulces que sacaron del minibar.

—Tengo demasiados años sin ver una película animada —le comentó Oliver a Samantha y ella sonrió—. Aunque tampoco veía muchas cuando niño.

Sintió que acariciaba su cabello y giró a verla.

—Supongo que ahora eso va a cambiar.

Él asintió y miró a la pantalla, después volvió a ver a Sebastian, que estaba concentrado en la película mientras comía helado. Estaba acostado entre los dos.

Samantha disfrutaba de la película y comentaba cosas con el niño mientras con su mano acariciaba su cabello. Y él se sintió en su sitio, por fin. Era una sensación tan buena que se relajó, rio por las imágenes y por la forma en que su mujer y el niño repetían frases de los personajes, al parecer la habían visto varias veces.

Cuando terminó, Sebastian estaba adormecido y comenzó a cabecear.

—No creo que pueda dormir solo —comentó Samantha—. Ya lo estaba haciendo en casa, pero hoy lo necesito cerca para ver si puedo olvidar el miedo en su mirada.

—Entonces dormiré con nosotros. —«Esta noche», pero esa parte la decretó en silencio, se sentía como un niño que gritaba por atención, exigiendo algo porque era suyo.

Sin embargo, lo eran.

Los estudió y se acercó para abrazarlos. Apagó la televisión y se acomodó para dormir, a su vez. Lo había conseguido. Estaba dentro de sus vidas, y nadie jamás volvería a sacarlo.

Capítulo 17

*Porque tengo problemas,
pero tú también tienes los tuyos
así que dámelos todos
y yo te daré los míos.
Regodéate en la gloria
de todas nuestras dificultades,
ya que tenemos el amor
necesario para resolverlos.
Sí, yo tengo problemas
Y uno de ellos es lo mucho que te necesito.
Issues, Julia Michaels*

Era domingo, Sebastian y su perra Tara corrían alrededor del parque Lincoln Lake View, que estaba cubierto de nieve. Oliver quiso salir a tomar aire puro, porque el día estaba soleado y habían estado enclaustrados en casa por muchos días, ya que el crudo invierno de Chicago no dio tregua al calor. Sonrió hacia el niño cuando este se lanzó sobre la nieve para hacer pequeños ángeles con sus brazos y piernas. Hasta hace unos minutos habían jugado a la pelota, pero aprovechó para sentarse en el banquillo en el que estaba su padre, al que invitó por insistencia de Samantha.

Su estilo de vida se había alterado de forma irrevocable en el mes que llevaba viviendo con Samantha y Sebastian. Había tenido que adecuarse a muchos cambios, empezó por reestructurar su empresa y modificó sus horarios de trabajo, ya que vivir con un niño significaba manejar rutinas, horarios, obligaciones y necesidades superiores a

las propias. Sin embargo, no lo cambiaría por nada.

Sintió su teléfono vibrar y leyó el mensaje de Samantha informándole que, en unos minutos, iría por ellos a la arboleda para ir a almorzar.

—Entonces, ¿en verdad está mejor? —le preguntó Ethan sin apartar la mirada de su nieto.

—Si lo dices por su crisis en Londres —respondió Oliver, también con la mirada perdida en Sebastian—, ha tenido tres sesiones con la psicóloga Christine Mason, y lleva una semana sin pesadillas —concluyó.

Samantha también había iniciado terapia en esa misma clínica, e incluso le pidió que la acompañara, pero él se negó de forma rotunda, aún le costaba contarle cosas a ella, así que no podría imaginarse hablar de algo privado con alguien extraño.

—Es un proceso lento, pero espero que todo salga bien, imagino que todos los cambios que ha tenido en este último año influenciaron en su ataque —comentó Ethan y Oliver asintió.

—Le doy gracias a Dios que no tuvo que lidiar con Michael. Si sufrió ese ataque cerca de personas que conoce y han sido una constante en su vida en el último año, no me imagino qué hubiera pasado si lo hubiesen asignado a su padre, aunque lo cierto es que ese título le queda muy grande a un donador de esperma. Porque ser padre es otra cosa, es lo que Samantha está haciendo con él todos los días, es proteger, cuidar y estar allí para el niño en lo que sea que necesite. — Sintió a su padre tensarse y Oliver entendió qué estaba diciendo—. Lo siento —masculló y deslizó una mano por su cara—. No estaba hablando de ti.

—No lo hagas —respondió Ethan y enredó sus manos sobre su regazo—. Es cierto, tienes razón por pensar así y no necesitas suavizar las palabras para no herirme, de seguro yo caigo en esa primera categoría, pero el mundo no es blanco y negro, Oliver, y quisiera no ser juzgado solo por mis fallas, sino también por mis deseos e intentos de arreglarlo. Quizá no sirva de nada, tal vez todo esté arruinado entre nosotros de forma irreversible, pero mientras tenga vida no desaprovecharé la oportunidad de demostrar que

quiero hacer las cosas distintas.

—Es cierto —respondió y asintió, sin apartar la mirada del niño.

—¿Cómo va tu empresa? —preguntó de inmediato y Oliver le agradeció por la salida que le estaba ofreciendo.

—Encaminada —contestó—. Ya hemos recibido confirmación del 85% de los clientes que continuarán conmigo en vez de enviar su expediente a Canadá; hemos cambiado los estatutos y el nombre, ahora es Construcciones Bengala. Samantha organizó una campaña publicitaria increíble y esperamos lanzarla al mercado los últimos días de febrero, ya que estimamos que para ese momento tendremos respuesta de todos los clientes.

Alexa, Samantha y él estaban trabajando sin parar en la empresa, incluso Lucas los había ayudado, ya que él pasó por un proceso similar —en menor escala porque Bengala es una empresa mucho más grande que la suya—, pues era como crear un nuevo negocio, y Lucas los había orientado sobre la mejor ruta y pasos para seguir. Pasar por una etapa de transición no era sencillo. Le complacía que Samantha estuviese participando en ello, y trabajaran como un equipo, aunque tuviese más contacto con Alexa y el departamento de Relaciones Públicas que con él.

Había tenido vestigios del trabajo de Samantha en mercadeo y publicidad cuando trabajó para Claroscuro, pero fue en ese instante, con todo el trajín de la nueva empresa, que descubrió los niveles de creatividad de su mujer, y entendió por qué se decidió por esa rama laboral. A pesar de eso, Oliver no renunciaba a su idea de forzarla a pintar de nuevo, la conocía y, aunque resultara claro que disfrutaba de crear campañas, ella no era tan feliz con ello, jamás sería un lienzo, jamás la vio perderse en su arte cuando diagramaba afiches en su computadora. En cambio, cuando usaba un pincel, Sam se abstraía en su arte; y saberlo era una tara en su cabeza que no lograba eliminar. El problema era que no había tenido tiempo para llevar a cabo su plan. Esperaba que después de la reinauguración de la empresa, pudiera concentrarse en ello.

—Me alegra —respondió Ethan—. Has trabajado mucho para conseguirlo, y estoy seguro de que será un éxito total.

—Gracias —respondió y suspiró, antes de girar hacia su padre y encararlo—, por eso, por Sebastian y por haber venido hoy aquí. Es extraño como el infierno, y tampoco sé si servirá, pero aprecio el intento. Trataré de esforzarme también.

Ethan asintió, solemne, y ahora fue su turno de girar hacia Sebastian y llamarlo para jugar. Oliver enarcó una ceja, su teléfono vibró y lo sacó de sus pensamientos, lo revisó y volvió a guardarlo. Elevó su mirada hacia donde estaba su padre jugando con Tara, quien saltaba como un conejo sobre Sebas. Un par de segundos después, vio a Ethan arrugar la cara con asco y soltó una carcajada, la perra era adorable y entusiasta, pero algo debió haber salido mal en esa operación, porque sin importar su dieta —y Samantha había intentado que fuera lo más saludable posible— era una pedorra asquerosa y capaz de sacar a cualquiera de una habitación solo por sus gases. Lucas la apodó «Apestosilla», de cariño. El muy imbécil.

—Iré a buscar a Samantha.

—Vale, Sebas y yo vamos a tratar de enseñarle a la bestia fétida a traer de vuelta un palo —le comentó Ethan y él asintió antes de salir rumbo al estacionamiento ubicado en la zona este del parque, en orientación a su casa, la cual quedaba a solo seis minutos de distancia en coche.

Sonrió cuando vio a Samantha apoyada contra la puerta de la camioneta negra Bently. Tocaba sus codos con sus brazos entrelazados, vestía unos *leggings* gruesos negros con un chaquetón mostaza, su cabello rojo estaba suelto, se veía natural y tan hermosa que le costó respirar, sobre todo cuando su rostro se iluminó cuando lo vio.

Llegó a su lado y la tomó de la cintura. Ella lo abrazó y lo jaló para besarle como saludo, porque cuando Sebastian y él se fueron al parque, Samantha estaba dormida.

—¿Te dije hoy que te adoro por permitirme dormir hasta tarde cada domingo? —le preguntó y Oliver rio divertido.

—Eso es porque te quiero descansada para la noche —se jugó.

Samantha sonrió y besó su cuello, ambos caminaban con ella casi colgada a su cuello.

—Ya lo sabía yo, cachondo —susurró y él rio de nuevo.

Alzó la mirada y su sonrisa murió cuando vio que Sebastian y su padre estaban acompañados. Sintió que el agarre de las manos de Samantha sobre su antebrazo derecho se tensaba, pero no dejó de caminar hacia ellos.

—Oliver, es tu hermano. Su padre —le advirtió—. Ambos sabíamos que esto iba a ocurrir en algún momento.

Sus palabras eran ciertas, pero él solo quería apartar al niño y golpear a su padre por haberlos emboscado en esa situación.

—¿Qué estás haciendo aquí? —escuchó que le preguntaba Ethan a Michael.

—Mamá me dijo que estabas con Sebastian y dónde, así que no pude evitar pasar un rato para saludar a Samy —comentó el rubio con una sonrisa que le erizó los vellos. Michael giró y se enfocó en Sebas—: Hola, peque, soy tu papá, ¿no me vas a dar un abrazo? — Cuando intentó tocarlo, el niño dio un paso hacia atrás con los ojos muy abiertos, tímido y tan penoso que comenzó a chuparse el dedo, a Oliver se le partió el corazón—. ¿Entonces es verdad lo que dice mamá? ¿Nunca será normal? —le preguntó a Ethan y vio a su padre boquear, aturdido.

—Él es normal, Michael —informó Samantha, ya estaban a unos pasos de distancia.

Sebas se giró hacia ella y salió corriendo, con Tara pisando sus talones. Antes de que Oliver pudiera reaccionar, el niño se había abrazado a sus piernas desde el lado izquierdo, y con ello evitó que se moviera hacia su hermano.

Michael giró y se tensó cuando lo vio, ladeó la cabeza y ambos se midieron por unos segundos.

—Creo que es mejor que te vayas, Michael —le pidió Ethan, y colocó una mano en su antebrazo—. Por favor.

—¡Oliver Lewis! ¿Qué se supone que estás haciendo aquí con mi...? —Se detuvo y bajó la mirada hacia Sebastian, evaluó la forma en que lo abrazaba y luego se concentró en Samantha—. Incumpliste nuestro acuerdo.

—No, no lo hice —respondió ella y alzó la barbilla, aún sin soltar a

Oliver.

—Te dije que no lo quería cerca de mi hijo, esto cambia las cosas.

—No cambia nada, tú no tienes ningún derecho sobre él ni sobre mí tampoco. Ya no más.

Michael se envaró, su expresión se endureció —producto de la furia por el supuesto engaño— y encaró a Oliver, aunque él estaba más concentrado en la expresión de Samantha, porque el tono con el que pronunció esas palabras le resultó extraño, confuso.

—¿Siempre tienes que ir detrás de mis sobras, hermanito?

—¡Michael! —gritó Ethan y apretó la sujeción de su brazo para apartarlo de ellos, luego empezó a hablar de forma apresurada, Oliver no entendía nada de lo que estaba diciendo, pero tampoco le importaba.

Apartó a Sebas de sus piernas y se acuclilló frente a él, para sujetar sus hombros.

—¿Estás bien? —le preguntó al notar que temblaba. Sebastian asintió, pero su tez era pálida, y sus ojos azules estaban muy abiertos. Giró de nuevo hacia Ethan y vio que su hermano se alejaba. Volvió su atención al niño—. Quédate con Samantha.

—Oliver, déjalo ir —rogó la mujer y lo tomó del hombro. Él rechazó esa petición y salió en busca de Michael—. ¡Oliver! —llamó, pero él la ignoró.

Siguió a su hermano hasta el estacionamiento de la parte norte, donde de seguro estaba estacionado su vehículo. Agradeció que estuviese lejos de Sebastian, no quería asustarlo. Lo atrapó justo antes de que abriera la puerta de su vehículo, lo jaló de un hombro y tiró contra el auto.

—¿Qué demonios, Oliver? —inquirió Michael y trató de empujarlo, pero con eso solo logró que él volviera a estrellarlo contra las chapas.

—¿Ahora? —explotó—. ¿Ahora vienes y le dices que eres su padre? ¡Han pasado seis malditos años y nunca te has dignado a visitarlo! ¿Qué quieres conseguir? —Bufó y volvió a retrucarlo—. ¡No tienes ningún derecho! ¡Los perdiste! ¡Te quiero lejos de él, ya no es tuyo! ¿Entendiste?

Michael resopló con furia y empujó de nuevo, para forzarlo a

alejarse.

—Y por supuesto el gran Oliver ordena y tengo que cumplir. ¡Estás muy equivocado! Estoy cansado de ti y de toda tu maldita mierda. — Se apartó por fin, y lo miró encolerizado—. Te acepté en mi familia, mi casa, y callé una y otra vez para no joderte, ¡y tú lo arruinaste! ¡Y me lo quitaste todo! —Lo empujó con tanta fuerza que Oliver casi cayó al suelo—. Desde el principio lo único que hiciste fue recordarme lo superior que eras, estabas en un maldito trabajo con todos los millones del mundo, pero jamás, ni una puñetera vez, me ofreciste una oportunidad para superarme, ¡claro que no! Eso significaría que dejarías de controlar todo a tu alrededor, y ¡Dios no quiera esa mierda! Debe estarte matando quien soy ahora, maldito. ¡Que sea igual a ti!

—Estás loco, Michael —negó, aturdido por sus palabras—. ¿Qué mierda te quité? ¡Nada! Evité que jodieras a Samantha y después me enamoré. Seguro que es un término desconocido para ti, ¡pero solo quería protegerla!

—¿Protegerla? ¡Protegerla! —se rio de forma casi salvaje—. ¡Sam estaba suplicando porque me la follara! Estaba tan enamorada de mí que si le hubiese dicho que saltara de un puente lo habría hecho.

Oliver vio todo rojo y elevó su puño derecho para golpearlo.

—¡No! —gritó Samantha, y tomó el antebrazo empuñado de Oliver—. ¡Basta! Lárgate de aquí, Michael —pidió—. ¡Ustedes son hermanos, por Dios! —Tomó a Oliver por su estómago para apartarlo, la escena fue tan similar a una que habían vivido en el pasado que lo hizo sentir enfermo—. No vale la pena, por favor, detente.

—Ya lo veo... —comentó Michael con tono burlón—. Vaya, el gran Oliver está con Sam. Y ¿dónde está tu esposa?, me pregunto. No, no me lo digas, esto es demasiado bueno para ser verdad. El hombre que tanto me pidió que no me convirtiera en mi padre hizo lo mismo, ¿estás engañando a tu señora con ella? Aunque claro, algunas mujeres solo sirven para ser una cosa, ella siempre ha pertenecido a esa categoría, ¿no es verdad, Samy?

Samantha se tensó entre los brazos de Oliver, él la apartó con un

empujón y le lanzó un derechazo a Michael en su mandíbula con tanta fuerza que lo vio golpear su vehículo del impacto.

—¡No te atrevas! Estoy divorciado, Michael. Y ella me pertenece. Te juro que si te vuelvo a ver cerca de Samantha no podré controlarme. Me vale madre lo que suceda después. Y eso mismo va con Sebastian. Ambos me pertenecen.

Michael lo miró con los ojos entrecerrados y después negó con la cabeza, aún apoyado en el vehículo.

—Siempre con lo mismo, buscando lo que primero fue mío. Me pregunto si ella todavía desea que sea yo quien se la folle cada noche.

—¡Nunca! —gritó Samantha antes de jadear porque Oliver lo había golpeado de nuevo.

—Y Sebastian, yo soy su padre, eso jamás lo cambiarás —dijo antes de escupir baba y sangre hacia el piso.

—¿Padre? Te queda muy grande el maldito nombre, nunca te has acercado a él o te importó en el pasado, crees que tiene problemas mentales y de seguro es por lo que te mantuviste alejado. Siempre has sido un miserable.

—Basta, por favor —rogó Samantha—. ¡Paren con esto! Sebastian es mío ahora, Michael, lo adopté y tú no quisiste pautar visitas, ahora no puedes cambiarlo. Vete de aquí, te lo ruego. Oliver, retrocede —suplicó.

Oliver se apartó y lo miró con furia.

—Lárgate —le exigió. Michael sonrió.

—¿Es tuya, entonces? ¿Estaba contigo cuando le ofrecí a Sebastian a cambio de sexo? ¿Estabas con ella cuando la visité en su casa? Porque ese fue un buen trato.

—¡Mientes! —gruñó Oliver y giró hacia Samantha, que estaba retraída y pálida.

—No hagas esto, Michael —le rogó, y los oídos de Oliver pitaron, sus manos se volvieron puños y un mareo lo invadió, deseó tener algo donde sostenerse, en cambio se enfocó en ella, en sus ojos azules llenos de pánico y culpabilidad.

—¿Acaso miento? —provocó el rubio a su espalda.

—¿Por qué quieres destrozar mi vida de nuevo? —indagó ella, su

voz rota. Oliver no podía apartar la mirada de Samantha, así que no se perdió cómo palideció aún más, parecía un pedazo de papel y su atención fija en Michael.

Eso lo hacía todo peor.

—Me lo debes, Sam —escuchó que Michael decía, su voz por primera vez en el día carecía de la beligerancia. Más bien sonaba suave. Oliver bloqueó todo, su mente corriendo más rápido que nunca.

No escuchó nada más, solo fue consciente de que Sam y su hermano intercambiaron algunas palabras y luego el hombre se fue, lo cual solo empeoró todo, ya que el hecho de que la escuchara y se fuera demostró una intimidación que no debía existir.

—Oliver —lo llamó. Él reaccionó por fin, la miró casi enloquecido. Ella dio un paso hacia atrás, y negó con la cabeza—. Por favor, no...

—¿Cuántas veces? —preguntó trastornado, deteniendo su ruego. Ella arrugó su ceño, sin entender la pregunta—. ¿Cuántas veces dejaste que te follara para que por fin te entregara a Sebastian?

Ella jadeó y apretó sus manos en puños.

—Ninguna —respondió en un susurro—. ¿De verdad crees que sería capaz de hacer eso? El día en que lo vi fue el mismo en el que te acepté de nuevo en mi vida. Que te dije que quería intentar una relación contigo...

—Para evitar que él tuviera la infancia que tú sufriste cuando Sebastian ni siquiera tendría su propia versión de Susan —la interrumpió—. Lo harías en un santiamén, Samantha, no hay duda. ¿Crees que no te conozco? —Los recuerdos se agolparon en su cabeza, pasaban tan rápido que lo hacían sentir descoordinado, pero no podía controlarse—. Ningún sacrificio sería suficiente, me lo dijiste, y ahora por fin lo entiendo.

Ella negó con la cabeza, sus ojos húmedos.

—¿Mintió, entonces? —le preguntó, le sorprendía que estuviese tan sereno cuando por dentro quería destrozar el mundo. Esperó a que respondiera, cuando no lo hizo, insistió—. ¿Te exigió sexo a cambio de Sebastian? ¿O no?

—Lo hizo, pero...

—¿Fue a tu casa? —la detuvo de nuevo, no quería sus malditas excusas, ella había pedido su confianza y él se la había entregado sin importar su reticencia y cautela, y todo el tiempo estuvo mintiéndole —. ¿Lo hizo o no? —insistió.

—Sí, pero...

Él elevó una mano para frenarla, y ella se calló, su respiración era irregular, temblaba, notó en ese instante, tanto como Sebastian minutos atrás. Al verla así, reaccionó y comprendió dónde estaba y lo que había estado a punto de hacer.

Oliver la cogió de su antebrazo con la mano izquierda, y con la derecha sacó su celular del abrigo. Mientras marcaba el número, prácticamente arrastró a Samantha lejos del estacionamiento, rumbo a donde estaba su camioneta.

—Lleva a Sebastian y a la perra a tu casa, y mantenlo entretenido — ordenó cuando Ethan contestó la llamada—. Te avisaré cuando vaya a buscarlo.

—Oliver... —intentó de nuevo Samantha cuando trancó la llamada, pero él apretó la sujeción de su antebrazo.

—Ni una maldita palabra más hasta que llegemos a la casa —exigió, justo antes de detenerse donde estaban aparcado. La guió al asiento de copiloto y la sentó antes de tirar la puerta, después se embarcó en el auto.

Agradeció que el trayecto a la casa fuera tan corto, ya que tuvo que poner su absoluta concentración en el volante. Sin embargo, su mente seguía desviándose a las palabras de Michael, a la actitud culpable de Samantha, al hecho de que le había ocultado todo, y las teorías de por qué lo había hecho. Sentía que iba a explotar.

Se estacionó por fin en la casa, metió el auto en la cochera y volvió a tirar la puerta con fuerza cuando salió. Esa vez no tuvo que tomar a Samantha del antebrazo para arrastrarla hacia la entrada, ella se había apeado justo cuando pisó al freno y entró corriendo desde la puerta del garaje. Él la siguió.

—¿Por qué mierda no me lo dijiste? —gritó él, justo cuando llegaron a la sala.

Ella se pasó la mano por la cara, hasta jalar su cabello.

—Quería evitar esto, no deseaba hacerte daño y nada sucedió, ¿para qué iba a atormentarte cuando tenías tantas cosas que resolver en Londres? Además no podías estar aquí. No había nada que pudieras hacer.

—Claro que no había nada que pudiera hacer —repitió, enfurecido—. Supongo que así lo planeaste, mantenerme lejos mientras te follabas a mi maldito hermano. ¿Es por eso que me botaste tan rápido? ¿Esa estúpida condición siquiera existió o fue algo que inventaron para divertirse a mi costa?

—Oliver, no hagas esto, por favor. Nada de eso es cierto. ¿Cómo crees que sería capaz de hacerte eso? Yo te amo —intentó explicarle, pero él no podía aceptarlo, estaba frustrado y enfurecido.

—Michael siempre fue una pregunta sin responder en tu vida, porque evité que lo hicieras. Parece perfecto, ¿no crees? Me tenías a mí y a él, y cuando te aburríste de él, me permitiste regresar a Chicago, porque ahora sí querías asentarte.

La mirada de Sam pasó de afligida y culpable, a horrorizada.

—¿Y qué hay del amor?

—Eso jamás te detuvo antes —le gruñó, frustrado.

—Por supuesto que no —aceptó ella, la furia invadió su expresión—. Porque soy una maldita puta, ¿no es así? Sin importar los años que han pasado, o todo lo que hemos vivido, las veces que te he dicho que te amo, o que te he repetido sin cansancio que has sido mi único amante, jamás dejarás de creer eso de mí, Oliver. Nunca. Desde que tenía veintiún años y me dejé follar por ti, lo asentaste en tu cabeza, ¿qué debí haber hecho en ese entonces para cambiar tu mentalidad? ¿Gritar y golpearte más para que me terminaras violando y con eso ser una santa ante tus ojos? O tal vez, por supuesto, jamás estar contigo mientras me creía enamorada de Michael, porque si lo hice contigo, lo podría hacer con cualquiera, ¿no? Claro que jamás me he esforzado en cambiar tu opinión, ya que cada vez que regresas a mi vida repito el patrón, como cuando llegaste a mi apartamento cuatro años después de separarnos, ni siquiera tuviste que esforzarte para conseguirme, si mal no recuerdo, fuiste a buscarme para saber si seguía dándolo con igual facilidad, sin importar mis sentimientos. Y

estoy citándote.

Con esas últimas palabras fue su turno de dar un paso hacia atrás, el impacto de ellas lo hirió incluso más que toda la escena con Michael. Ella lo miró tensa, sus ojos azules brillantes, pero no lloró, más bien parecía una valquiria con cabello rojo y un abrigo mostaza, dura y casi despiadada.

—Así que por supuesto, si tengo que obtener a Sebastian, cómo no lograrlo con lo único que he sido buena en mi vida, ¿eh? Qué triste debe resultar ser tú, debes vivir aterrorizado de que surja este deseo extraño de follarme a un extraño cuando esté en la calle. A pesar que, de esta relación, tú has sido el único infiel, fuiste tú quien se acostó con dos mujeres cuando supuestamente estabas enamorado de mí y estábamos casados, cabe destacar. Y fuiste tú quien, de seguro, cuando no podía escaparse de las garras de su esposa para darme un par de horas en Londres, te liberabas con ella. Aunque la verdad es que siempre te ha venido bastante bien el doble estándar, ¿no? Tu abuelo debe estar tan malditamente orgulloso de ti.

La vio arrugar la cara, de seguro porque sabía cuánto lo había herido con esa frase. Ella suspiró y apretó los labios, un par de lágrimas escaparon y rodaron por sus mejillas. Él quiso acercarse para tocarla, pero Samantha lo impidió, se apartó, casi aterrorizada, y se pegó contra la pared del sofá cereza.

—No, no me acosté con Michael. Y sí, lo exigió, y también fue a casa de Susan a cobrarlo, pero nada sucedió. No, no sé qué habría pasado si no hubiera podido evitar cumplir, porque es cierto, me conoces bien, habría intentado cualquier cosa para quedarme con Sebastian, pero de lo que sí estoy segura es que, si hubiese llegado a ese punto, me habría odiado, porque no tengo ningún sentimiento hacia Michael, a pesar de lo que creas, y tengo claro que, si fuese de otra manera, en el día de hoy no estaría contigo, porque tú jamás me hubieses perdonado. A pesar de que yo sí lo hice contigo, una y otra vez. Así que jódete, Oliver. ¡Vete a la mierda!

Ella salió corriendo de la sala rumbo a las escaleras, pero él no pudo seguirla. Toda la furia se había drenado con el argumento de Sam, y entendió que se dejó llevar por su impulsividad y celos. Y por

supuesto, que otra vez lo había arruinado. Caminó por la sala por un rato, perdido en todo lo acontecido en esas horas, y cayó en cuenta de que le creía, que de hecho jamás pensó en verdad que se hubiese acostado con Michael, a pesar de sus acusaciones. El problema fue la mezcla del presente y el pasado que aún seguía acosándolo.

Subió las escaleras a fin de buscarla. No sabía dónde estaría, quizá escondida en el cuarto de Sebastian, pero la encontró en su habitación, estaba frente al ventanal, sentada en el sofá incrustado, abrazaba sus rodillas. De seguro acababa de salir del baño, porque estaba usando la bata larga gruesa que era su favorita en invierno. Él suspiró y se acercó hacia ella. Se sentó a su lado, pero Samantha no lo miró.

—Lo siento —se disculpó. La vio parpadear, aunque sin hacer ningún intento de enfocarse en él—. Tengo muchos motivos para disculparme, imagino. Te pido perdón por haber sido infiel, esas dos mujeres no significaron nada, pero te hirieron y lo cierto es que también me hicieron daño, ya que no las quería, solo necesitaba demostrarme que no estaba tan calado por ti como parecía. Lo cual, es evidente, no fue el caso. —Entonces, por fin, Samantha giró hacia él. Su mirada azul parecía opaca, decaída, se había ido su valquiria, solo dejó los restos de una mujer herida—. Sé que estas son solo palabras, pero te prometo que nunca volveré a fallarte, y te seré fiel. No me es difícil, porque solo te deseo a ti.

—Lo dices ahora, pero no puedes prever el futuro —comentó Samantha y regresó su atención a la ventana.

—No es prever el futuro, es un hecho. —Suspiró y tomó su barbilla, para que lo mirara, agradeció que no lo rechazara—. Jamás volví a tocar a Ilana después de estar contigo nuevamente. —Ella abrió los ojos como platos—. Ni podía ni quería. No era mi hogar, no pertenecía allí. Pertenezco dentro de ti, y eso no cambiará.

Ella asintió, aunque el aire seguía sombrío entre ellos.

—Te creo sobre Michael. Es solo... —suspiró y pasó su mano por sus ojos, odiaba estas conversaciones, odiaba sentirse expuesto, mostrarse débil, pero era ella, y debía hacerlo—. Tienes razón, supongo, soy un retrógrado machista cuando se trata de ti, debería

sentirme culpable, pero no lo hago. Aunque jamás he pensado que seas una puta, a pesar de que en verdad parezca lo contrario. Lo que sucede es que te veo y necesito que seas solo mía, quiero ser el único en todo, y con él tuviste demasiadas primeras veces. Tu primer beso, tu primer toque, tu primer amor.

—Mi primer amor... —repitió ella y suspiró, antes de negar con la cabeza—. Por tantos años Susan y yo estuvimos solas contra el mundo. Ahora, con Sebastian, yo entiendo lo difícil que debió ser, ella me cuidó y protegió mientras estudiaba una carrera, intentaba vivir, y era demasiado joven. Susan lo consiguió, pero, para lograrlo, yo tenía que ser buena y casi perfecta y, para ser honesta, ella jamás me lo exigió, más bien me lo demandaba yo, porque no quería ser una carga. Pasé mucho tiempo sola, Oliver, aunque no me importaba, porque tenía mi pintura, mi arte, y podía estar horas y horas concentrada en eso.

Oliver frunció el ceño, ya que no entendía de qué estaba hablando.

—Cuando llegó Michael mi realidad cambió, dejamos de ser solo Susan y yo, pero él me dio algo distinto. Él parecía amable, dulce, y me hizo sentir que podría ser yo misma, que podría ser suficiente y vivir sin temor a equivocarme, y yo creí que lo amaba como nunca amaría a nadie, porque me hacía sentir libre en una forma que jamás me había sentido, y miserable en otras. Después te conocí a ti, y todo cambió de nuevo. —Le sonrió y apretó aún más la sujeción de sus rodillas—. Tú no me hiciste solo sentir, me hiciste ser, si eso tiene algún sentido. Me llevaste a este sitio donde pertenecía, y me forzaste a pensar que era alguien fuerte, buena, y merecedora de cosas maravillosas, aunque yo no lo creyera. Pero cuando me dijiste que estabas enamorado de mí, yo me sentí tan perdida, porque era la primera vez en mi vida que no podía pintar una línea, y ese arte, que era una forma de conocerme, estaba negado. Y entonces me sentí confundida, porque por fin me di cuenta de que tenía veintiún años, y cinco de ellos gritando en mi interior que amaba de forma apasionada a un hombre, cuando al parecer no sabía ni siquiera qué era o cómo se sentía el amor.

Los ojos de Oliver se ampliaron un poco, aturdido por esas

palabras.

—Ese día... —Él se tensó, y sintió la necesidad física de salir volando de allí, ya que ella no tenía que especificar de qué día estaba hablando, ambos lo sabían, y jamás había querido escucharlo, sin importar las veces en las que Samantha insistió en hablar de ello—. Bajé al sótano porque necesitaba aclararme, no sabía lo que sentía, o por quién... Michael llegó, me sorprendió verlo allí, no me lo esperaba, tampoco entendía cómo mi corazón aún se aceleraba cuando lo veía, pero intenté irme, Oliver, te juro que lo hice. Traté de alejarme de él, y correr a tu lado, pero él me sujetó del antebrazo y empezó a hablar, me dijo que me veía como en verdad era, que quería hacerle daño a Susan, y huir de la perfección que ella exigía, que por eso lo elegí a él frente a todos los demás hombres del mundo, que éramos iguales, y por eso debíamos estar juntos. ¿Acaso no tenía razón? ¿No fui yo la mala al intentar romper un matrimonio e incluso dejar a un niño sin padre? Tú mismo me lo dijiste en ese entonces, y sí, era así, por supuesto que quería herir a Susan, de lo contrario no me hubiera fijado en Michael.

Oliver la miró horrorizado, un pequeño jadeo quiso salir de sus labios.

—Cuando comprendí eso, dejé de luchar para que me soltara, y cuando me besó, lo dejé, ¿entiendes? Tenía que estar segura, tenía que confirmar si lo que me decía era cierto, porque mientras estaba allí, todo lo que creí sentir por él se había ido, y solo quedaban las dudas y esas horribles razones para estar a su lado, que debían ser ciertas, porque si no, ¿por qué Michael frente a todos los demás? —le repitió.

Él se estremeció y cogió sus hombros, el horror se volvió un dolor sordo, mientras entendía lo que ella no decía o quizá no veía, que todo fue una manipulación, que reforzó temores que el propio Oliver había creado, en su esfuerzo para hacerla olvidar a Michael. Que nada fue como se imaginó y le había fallado cuando más lo necesitaba. De la nada, las palabras de Christian surgieron en su cerebro, repitiendo algo parecido.

—Eso me hace una hipócrita, ¿no es así? Acabo de atacarte con ser

infiel, y olvidé de forma conveniente que yo también lo fui.

Él acarició sus hombros y negó con la cabeza, ya que no lo había sido, a pesar de los años que llevaba acusándola sobre ello. Se maldijo y deseó haberla escuchado ese día, o todas las veces siguientes que intentó contárselo.

—Pero fue cuando sus labios tocaron los míos que lo entendí. Él fue un delirio, una obsesión creada por mi cabeza o mi corazón, en busca de aceptación y un afecto que creía verdadero, pero no era real. Michael no fue mi primer amor, Oliver, fue solo mi primera ilusión. Tú lo fuiste, y siempre lo has sido. —Él se estremeció y cerró los ojos, el alivio y la tristeza se mezclaron hasta ser un revoltijo en su pecho —. Pero gracias a mi confusión descomunal, todo se arruinó; perdí a Susan, y te perdí a ti, y de rebote la única forma de expresarme y ser yo misma, porque no pude crear de nuevo. —Cerró los ojos. Oliver apretó la sujeción en sus hombros, confundido.

—¿Por qué? No lo entiendo.

—Creo que de alguna forma inconsciente, cada vez que algo explotaba en mi interior lo vertía en un lienzo, enfocaba todas mis emociones y mis palabras allí, como me dijiste en Londres, hablaba en mi idioma y contaba las cosas que no podía decir en voz alta, por temor, por timidez o porque decirlas me haría una persona desagradecida y una carga para Susan, la única que me protegió desde niña. —Él asintió—. Pintar era seguro, porque nadie más me veía allí en verdad, observaban el resultado y lo relacionaban con los sentimientos y experiencias de sus propias vidas. Todos excepto tú. Pero eso cambió. —Ella giró hacia la ventana—. «Cuando estés sola completamente, en ese momento sabrás lo que es sufrir de verdad» —recitó y Oliver arrugó el ceño—. Tus palabras fueron tan ciertas. Me sentía tan triste, desesperada, desesperanzada y sobre todo culpable porque sabía que les había hecho daño, así que pinté tu cuadro, lo volqué todo allí, y quedé vacía.

Ella bajó la cabeza, y él volvió apretar el agarre en sus hombros.

—Te lo he dicho, Samantha. Todos nos sentimos vacíos. Cuando te dejé me volqué al alcohol, adormecía todas mis emociones, menos la rabia. Esa maldita nunca se fue en verdad. —Ella asintió, pero había

algo más. Lo podía sentir en sus huesos, en especial porque sus ojos seguían enfocados en la ventana, huyendo—. ¿Qué sucedió? Dímelo, por favor. Dilo.

—Nunca quise que lo supieras. Les hice jurar a todos los que nos conocían que jamás te lo dijeran, porque sabía que rompería tu corazón, y ya lo he quebrado demasiadas veces.

Capítulo 18

*Nadie me dijo
lo difícil que sería decir la verdad.
Te dejará hecho pedazos
Completamente solo con tus demonios.
Y sé que necesitamos esto
pero me aterroriza llevarlo a cabo.
Abrazame y no me iré
porque duele cuando le haces daño a alguien.*
Hurt Somebody, Julia Michaels & Noah Kahan

Oliver se quedó muy quieto, tomó su barbilla para girarla hacia él y forzarla a mirarlo. El tormento en sus ojos azules lo ahogó, y apretó su sujeción.

—Necesito saberlo, ¿crees que no lo entenderé?

—Sé que lo harás, más que cualquier otro. Por eso no quiero decírtelo. —Él frunció el ceño y se acercó a Samantha hasta que sus narices se tocaron, para forzarla a que lo dijera. Ella asintió unos segundos después, y se apartó unos centímetros.

—¿Sabías que Sebas nació el día que firmé el divorcio? —inició, y Oliver la miró confuso, ya que de todo lo que creyó que le diría, no pensó que iría por ese camino. La miró sonreír, sus ojos brillosos—. Lo vi nacer, y sujeté la mano de Susan todo el tiempo. Fue maravilloso y aterrador, también doloroso. Esa noche, después de despedirme de ustedes dos, de distinta manera, me juré que iba a estar bien, pero no fue cierto. Yo nada más... me rendí. Desaparecí en mi mundo, y no era vacío, Oliver, es que no había nada, solo

oscuridad, todo se había ido, ni siquiera existía la esperanza.

Él se estremeció y un gruñido más parecido a un gemido dejó su garganta, ya que sabía de qué mundo ella estaba hablando, lo había visto una vez en un dibujo de un hoyo con ondas alrededor. Fue ese maldito bosquejo el que había hecho que revolviere su mundo para sacarla de esa casa y llevarla a su apartamento. Fue ese croquis, la sensación de tristeza y dolor mayor a la comparable con la muerte de millones de personas que amaba, lo que le hizo protegerla.

Sin embargo, hizo todo lo contrario, la hirió y la volcó a ese oscuro lugar cuando la abandonó.

—No, Sam. ¡No! —gimoteó y la jaló hacia él, la abrazó con torpeza, aunque más bien debería ser que la aplastó contra su cuerpo, su cabeza entre sus senos. Sus manos sujetaban con fuerza su cintura. Creyó que las manos de ella apretaron su cabello, pero no pudo estar seguro ya que estaba perdido en la angustia de entender lo que había ocurrido.

—Estoy bien, lo prometo. Soy fuerte, no volverá a suceder —aseguró. Y Oliver tembló, sus ojos ardieron, su cara aún pegada contra su pecho—. Pero, cada vez que pinto, es como si una parte de mí siguiera allí, y me ayuda a borrar la desesperanza, pero me hunde también. Y temo que un día no pueda salir. Christian lo sabe, por eso es tan sobreprotector conmigo.

—¿Christian? —preguntó él y se apartó por fin, tomó su cabello en un puño para que lo mirara.

—Él me salvó la vida, ¿entiendes? —susurró y Oliver la miró confundido. Ella cerró los ojos, atormentada—. Te prometo que no lo decidí, solo sucedió. Nada importaba, no podía hablar o moverme, todo requería demasiado esfuerzo. Yo solo... era más sencillo dejarme ir, porque ¿cómo puedes existir sin esperanza, Oliver? Sin embargo, lo hice, por Christian, porque me mostró que juntos podríamos encontrarla. Él me llevó a su casa, me alimentó, me cuidó y me contó su vida, me motivó a salir de la depresión, y después ayudó a reconstruirme.

Oliver parpadeó, ya que el ardor en sus ojos se volvió insoportable, y por primera vez en más años de los que podía recordar, lloró.

Apretó su cara contra su pecho de nuevo y negó con la cabeza, mientras comprendía lo que Samantha estaba diciendo, porque ¿cómo ella podría existir sin esperanza, sin ese foco que iluminaba su vida? Oliver lo supo desde que le rogó una noche que le diera un poco de la suya, porque la de ella había desaparecido.

La apretó más contra su cuerpo, y el instinto lo dominó. La cargó hasta la cama y prácticamente destrozó la bata que la cubría, se arrancó su ropa, y la tomó con desesperación. No hubo raciocinio por parte de ninguno de los dos, ni algún tipo de control. Uno era el reflejo del otro. No hubo parte sin marcar, con sus dientes, uñas o labios. Cuando la penetró, no pudo llegar lo bastante profundo, aunque lo intentó, las piernas de ella tenían una sujeción mortal en sus caderas, mostrándole que, al igual que él, necesitaba que accediera aún más en su cuerpo, hasta traspasar su alma.

Ninguno dijo nada, no podían razonar lo suficiente para conseguir hacer otra cosa que poseerse. El orgasmo llegó demasiado pronto, fue doloroso, esclarecedor, y tan profundo que no tuvieron otra opción que respirar en la boca del otro, ya que los asfixió.

Al terminar, ambos siguieron abrazados, de medio lado. Entrelazados de piernas y brazos, la cabeza de Samantha estaba apoyada en el hombro de él y jadeos calientes golpeaban el cuello del muchacho. Oliver escondió su rostro entre los cabellos rojos de su mujer, sin hacer ningún intento de salir de su cuerpo. De hecho, apretaba aún más la sujeción, clavando sus manos en su trasero.

Cuando por fin recuperó el aliento, y volvió a pensar como humano, tomó el cabello de Samantha y la forzó a mirarlo. Sus ojos estaban húmedos, y lo vio con miedo, quizá atemorizada por su debilidad. Él negó con la cabeza, odió su miedo, porque era un reflejo de su propia vulnerabilidad, la verdadera, la de fingir ser fuerte cuando se sentía más frágil.

—Todo lo que dijo Michael ese día es mentira. Todo. Esa nunca fuiste tú, no eres egoísta, o cruel; al contrario, siempre has sido capaz de ver lo bueno en los demás, incluso cuando los demás no lo ven, y eso te ha hecho conformarte con poco, porque tu luz puede acapararlo todo. Quizá cometiste un error al encapricharte con él,

pero jamás cediste y creo que no lo habrías hecho incluso si yo no hubiese llegado a tu vida. —Ella bajó la mirada y negó con la cabeza. Una línea apareció entre las cejas de Oliver, se preguntó si toda la fijación con Michael tuvo que ver con Susan, como una forma de mantenerse unida a su prima, aunque le pareció absurdo y lo descartó—. Sam, te prometo justo aquí, rodeados por nuestra casa y dentro de nuestro hogar —con su mano izquierda presionó aún más su trasero, para que comprendiera exactamente a qué se refería—, que la esperanza siempre estará entre nosotros, no volverás a perderla. —Ella suspiró y asintió, cerró y abrió los ojos, con el halo de paz inundándolos—. Y es hora de que vuelvas a pintar, porque es quien eres, y es como te expresas.

—Oliver, no puedo...

—¿Recuerdas que te dije que te pediría algo a cambio cuando negociamos el cortejo?

—No, no me pidas eso. Ya no lo necesito para expresarme, en ese entonces no sabía poner en palabras lo que sentía, y no me entendía, ahora lo hago, ¿no comprendes? Estoy bien, soy feliz con ustedes, no puedo arriesgarme a iniciar de nuevo y volver a perderme. Yo...

—Sam —la interrumpió—, necesito que lo hagas. No puedo ser el culpable de que hayas perdido tu don. Me mataría si lo fuera.

Ella arrugó la cara y jadeó, luego llevó las manos a sus mejillas y suspiró.

—Te necesito, Oliver. Ámame, solo ámame.

Él tomó sus labios, y la volvió a amar con pasión y la misma desesperación.

UN PAR DE HORAS MÁS TARDE, Samantha seguía dormida anclada a su cuerpo, Oliver había deseado acompañarla, pero no pudo. Su mente no se apagaba, a pesar de que su cuerpo se sentía agotado y también estaba aferrado al de Sam. El único momento en el que salió de la cama fue para tomar su teléfono y enviar unos mensajes importantes. Cuando por fin recibió la respuesta, se movió hacia el ventanal para apartarse de ella. La escuchó quejarse en

sueños, y besó su frente. Ella abrió los ojos cuando él se sentó en la cama.

—Voy a buscar a Sebastian —la tranquilizó. Ella asintió y volvió a dormirse.

Oliver entró al baño y tomó una ducha antes de salir. Cuando bajaba las escaleras rumbo al garaje, se detuvo, ya que finalmente lo comprendió: pasó meses cuestionando la intimidad y el lenguaje privado entre Christian y Samantha, y ahora sabía el motivo. Debió reconocerlo cuando ella pronunció las palabras, pero estaba tan afectado que no captó la parte subyacente de eso.

Tomó de nuevo su celular y marcó el número de Londres, sin importarle la diferencia horaria.

—¿Oliver? —contestó el abogado de inmediato. Él entró a la camioneta y la encendió—. ¿Está Sam bien? ¿Sucedió algo?

Se apoyó contra el respaldo del asiento y suspiró, debía de ser el hombre más idiota del planeta. Cada vez que Christian y él tuvieron una interacción sobre Samantha —desde que ella lo siguió a Londres— el hombre actuaba defensivo, protector y preocupado. Oliver siempre lo atacó, por celos, ya que temía que estuviese enamorado de la pelirroja. Pero, como en reiteradas ocasiones, estuvo equivocado.

—No entiendo cómo no me mataste —comentó de la nada, conectando el teléfono en el manos libre antes de empezar a manejar hacia su destino—. Sé quién eres, Christian, cuáles fueron tus contactos. Pudiste acabar conmigo fácilmente.

El abogado se quedó callado por unos segundos. Oliver miró la pantalla del reproductor para ver si la llamada no se había cortado.

—Es cierto —respondió sincero—. No me habría costado mucho, tu abuelo siempre procuró que tuvieras seguridad privada, pero pude haberlo disuadido. —Oliver arrugó los ojos, ya que no sabía nada sobre la seguridad auspiciada por su abuelo, tal vez así fue como siempre supo todo de su vida—. Pero el mismo motivo me detuvo cada vez: tenía miedo de lo que pasaría con Sam si algo te sucedía. —Suspiró—. No quería volver a verla en una cama, como si estuviese en coma, con suero en sus venas, y una enfermera manteniendo sus músculos activos para que no se entumecieran. —Oliver se

estremeció por esa descripción cruda y supo que era cierto, y que Samantha le había endulzado la historia de ese tiempo para no atormentarlo—. No puedo creer que te lo haya dicho —concluyó.

—Hoy vi a Michael —respondió como explicación y lo escuchó maldecir tres veces. Otra pieza del rompecabezas volvió a encajar—. Por eso pasaste tanto tiempo en Chicago durante el proceso judicial. No fue por las audiencias, sabías lo que estaba sucediendo. ¿Por qué mierda no me dijiste?

Christian suspiró de nuevo, y Oliver se frustró.

—Habrías ido a Chicago y pateado su trasero. No niego que lo hubiese disfrutado, pero mi prioridad era Sam, y ella necesitaba tener a Sebastian, era lo único que importaba. Quedamos en que te lo diríamos cuando todo acabara, pero ya la conoces, le encanta proteger lo que ama. —Se detuvo por otros segundos, y él volvió a ver la pantalla, preguntándose si Christian había trancado—. No dejes que la toque, Oliver.

Abrió la boca para comenzar a vociferar insultos y maldiciones sobre esa posibilidad, pero se detuvo, porque el tono del abogado era uno que había aprendido a conocer, y era una advertencia de que tenía algo importante que decir.

Mientras Christian hablaba, Oliver sintió que su sangre se congelaba, la acusación de Sam de unas horas atrás tomó un nuevo giro, y él volvió a repetirse que era un idiota.

Media hora más tarde, se estacionó frente a la casa de su padre, en Ashburn, la fachada gris y ladrillo lo recibió y sintió el mismo rechazo de siempre. La puerta principal se abrió antes de siquiera salir de su vehículo y vio a Ethan esperarlo, sus facciones duras y preocupadas al mismo tiempo.

—Está en el despacho —informó su padre cuando se acercó—. Sebastian está dormido. Ya cenó y jugó un rato.

—¿Lo vio?

—No.

Oliver se sintió aliviado, antes de apoyar una mano en su hombro de forma de agradecimiento y caminar hacia el despacho. Apreció que Ruth no estuviera alrededor y se preguntó si Ethan había tenido

algo que ver con ese pequeño favor. Abrió la puerta y vio a su hermano sentado en uno de los sillones viejos. Michael giró y frunció el ceño al verlo, se levantó de inmediato, preparado para una nueva pelea. Su barbilla estaba empezando a ennegrecerse y su mejilla estaba hinchada. Se sintió satisfecho al ver las heridas en el rostro de su hermano, aunque deseó haberle hecho más daño, porque sabía que después de ese día sería imposible causarlo.

Por primera vez, Oliver no sintió celos al verlo, no reclamó que fuera perfecto y adorable, que todos lo quisieran. Él tenía todo lo que necesitaba, alguien que era solo suyo, por quien haría cualquier cosa, como lo demostraba al estar de nuevo frente a su hermano.

—Estoy aquí para proponer una tregua —informó sin animosidad alguna—. A partir de hoy nuestro trato será cordial y respetuoso. De seguro nos veremos a menudo, ya que compartimos padre —y esa admisión era una prueba de cuánto había cambiado su relación con Ethan sin siquiera notarlo—, Sebastian es tu hijo biológico, es posible que en un futuro quiera saber de ti —esa opción lo aterraba, aunque no quisiera admitirlo ni siquiera a sí mismo—, así que haremos paso de hoja y seremos hermanos de apariencia.

Michael bufó y se rio en su cara.

—¿Acaso te volviste loco? ¿Por qué demonios haría eso?

—Voy a adoptar a Sebastian y Samantha es mi mujer. Nada de eso cambiará. —Sonrió con asco y negó con la cabeza, en esas horas que pasó en la cama con Samantha entre sus brazos, llegó a la conclusión que más se acercaba al comportamiento de su hermano, así que la expuso—: Fue un buen plan mostrarte magnánimo al darle la custodia de un niño que no te interesa en realidad, y ceder la patria potestad para después aparecer en su vida poco a poco, engatusarla de nuevo hasta que cayera en tus brazos. Pero no va a ocurrir, porque yo estoy aquí y no me iré a ninguna parte.

El rubio se encogió de hombros.

—No fue por eso que lo hice —se quejó, aunque desvió la mirada, lo cual le mostró que tal vez no fuera el motivo principal, pero sí una consecuencia que lo beneficiaría—. Se lo debía. Además, cuando la visité en su casa...

—¿Cuando tuvo un ataque de pánico solo porque la tocaste? — interrumpió Oliver, y por primera vez vio vergüenza en la expresión de su hermano.

—Fue una idiota por no irse conmigo, yo la quería.

—No, Michael, jamás lo hiciste. La deseabas, por eso jugaste con ella hasta que te cansaste, y después la manipulaste para hacerla sentir tan miserable y mezquina que por fin cediera, pero Susan lo arruinó todo. O quizá fui yo. Sea lo que sea, ya estamos muy viejos para estos juegos, y como tú mismo me aseguraste una vez, no vale la pena aferrarse al pasado. —El hombre arqueó una ceja y Oliver decidió acabar con todo—. Por eso estoy aquí, para informarte cómo serán las cosas, ya que no me quieres como enemigo. Es cierto, tal vez ahora estés en el mismo nivel económico que yo, pero la diferencia es que el tuyo es prestado, y dudo que a tu suegro le guste tu pasado o tu presente. Y ten por seguro que si no cumples este cese de fuego, hablaré y excavaré en tu vida hasta encontrar los detalles que quieres dejar enterrados, haré lo que sea que tenga que hacer para golpearte donde duele. Y esta vez, no serán puños.

Michael bufó y negó con la cabeza.

—Promesas sin sentido, Oliver, ¿a quién piensas que le creerán si eso ocurre? No tienes nada.

—Me tiene a mí —escuchó una voz a su espalda, y ambos giraron hacia Ethan, que estaba parado en el portal, aunque no pudo precisar desde hacía cuánto tiempo—. Oliver, por favor, sal del despacho, tengo que tener una conversación seria con Michael. Y ten por seguro que cumplirá tus condiciones.

Oliver miró a su padre y asintió agradecido con el hombre. Cuando llegó a su lado posó una mano en su hombro y apretó, ese gesto cada vez se volvía más natural. Al igual que la sonrisa que ambos compartieron.

—Sebas está en la habitación que usabas cuando venías a visitarnos de niño. Nos veremos después.

Salió rumbo a esa habitación. Despejó los malos recuerdos que le traía ese lugar y entró. Encontró al niño durmiendo, Tara estaba acostada a su lado, elevó la cabeza cuando lo vio y empezó a mover la

cola. Oliver la acarició, cargó al niño y tomó la cadena de la perra para dirigirse rumbo a la puerta principal y a su vehículo. Al pasar de nuevo por el despacho, notó que la puerta estaba cerrada y que escapaban gritos del interior.

Acomodó al niño sobre el cojín infantil y le puso el cinturón de seguridad antes de arrancar de vuelta a casa. Tara estaba al lado de Sebas, mirando la calle, adoraba ver por la ventana. Llevaba diez minutos manejando cuando observó a Sebastian por el espejo retrovisor, notó que estaba despierto.

—¿Está todo bien, campeón? —le preguntó, dudoso por todos los acontecimientos del día. Lucía sereno y taciturno.

—¿Tengo que volver a verlo?

—No si no quieres —respondió y rogó que nunca lo hiciera.

—¿Crees que él me llevará lejos? —preguntó asustado—. ¿Como hizo esa vez Mojo Jojo con Bombón, Bellota y Burbuja?

—¿De qué estás hablando?

—Las Chicas Superpoderosas, que las apartó del profesor porque no era su papá, pero ellas lo querían y deseaban quedarse con él.

Oliver suspiró y miró el camino.

—Nadie te apartará de nosotros, Sebas. Eres nuestro.

Sebastian asintió y desvió la mirada.

—¿Qué sucede ahora? Habla conmigo, campeón.

—Yo trataré de ser normal. Y no lloraré cuando me despierte, y.. — Su voz se rompió al final. Oliver maldijo a Michael, ya que había esperado que el niño no hubiese escuchado esa parte de la conversación, que no entendiera las palabras estúpidas de Michael, pero era claro que ese no fue el caso.

—¡Eh, mira hacia aquí! —le gruñó con tono más duro del que pretendía y chasqueó los dedos. El niño tembló y lo miró con los ojos muy abiertos—. Tú eres más que normal, Sebastian, ignora eso, y no quiero que cambies ni que dejes de llorar si deseas hacerlo. Todo eso está bien, ¿entendido? —El niño asintió, más relajado—. Y nadie te obligará a acercarte a él, te lo prometo. —Lo miró sin parpadear por unos segundos, con intensidad. Oliver suspiró antes de negar con la cabeza—. Como yo lo veo, chico, él es quien se lo pierde. Hay

personas que son padres aunque no hayan tenido al bebé, como es Samantha contigo, y hay quienes lo son, pero no actúan como tal. — Se pasó una mano por la cara. El niño lo miró enredado, pero al parecer logró entenderlo ya que se asemejaba un poco al ejemplo de Las Chicas Superpoderosas que le había dado hace unos minutos; sin embargo, Oliver deseo explicarle de todas maneras—: Muchas cosas en este mundo no tendrán sentido para ti, y eso sucede a cualquier edad. Pero existen otras de las que jamás tendrás dudas, y entre ellas está lo mucho que te queremos. ¿Comprendes?

El niño asintió y por primera vez en ese viaje le sonrió, sus ojos azules recuperaron ese brillo que aprendió a identificar como que estaba bien.

—Él jamás será mi papá —le confesó, y Oliver lo miró extrañado y aturdido. Decidió no preguntar, ya había hablado suficiente de Michael ese día para que contara por toda una vida.

—Así es, pequeño —dijo en cambio.

—Te quiero —le susurró antes de volver a cerrar los ojos. Oliver sonrió ampliamente.

Samantha y Sebastian siempre se repetían esas palabras, incluso cada vez que ella lo acostaba, y si no se lo decía, él no se dormía. Pero era la primera vez que sucedía con él.

—Yo también te quiero —respondió, incómodo. Parecía que jamás se acostumbraría a las muestras de afecto, sin importar de dónde vinieran.

Cuando llegaron a casa, treinta minutos más tarde, dejó salir a la perra que corrió hacia la sala y tomó en brazos a Sebastian, que había vuelto a quedarse dormido. Lo llevó a su cuarto y lo arropó, antes de conectar la pequeña lámpara para que iluminara un poco la habitación.

—Buenas noches, Sebas —susurró antes de besar su frente.

—Buenas noches, papá —contestó entonces.

Oliver lo miró por unos instantes, paralizado. Trató de repetirse que de seguro no significaba nada, con todos los eventos del día, estaba confundido. Sin embargo, la responsabilidad estaba allí, y a pesar de que de seguro el niño ya estaba arruinado de por vida, sin duda él

terminaría por destruirlo.

Parpadeó y negó con la cabeza, decidió esperar a ver si era algo de una sola vez, o si se volvería costumbre. De todas formas, ya había declarado a Michael su decisión de adoptarlo y habló con Christian sobre los pasos que seguir, solo debía conversarlo con Samantha. No creía que se negara, en especial porque después de la renuncia de la patria potestad, el apellido de Sebastian había cambiado y si se mantenía así le crearía aún más confusión al niño.

Optó por ir a la cocina y recalentar algo para Samantha y para él. No habían comido en todo el día. Fue en ese sitio donde ella lo encontró veinte minutos más tarde, él la miró y sonrió. Ella lo observó cautelosa, imaginó que por todas las emociones por las que habían pasado durante las últimas doce horas. Y lo cierto es que aún no habían terminado.

—¿Puedes tomar asiento? —le pidió y señaló los banquillos de metal que rodeaban el desayunador. La comida estaba lista, pero ninguno de los dos hizo intento alguno de tocarla. Oliver se sentó frente a ella—. Desearía haber permitido que me lo contaras antes — inició, y suspiró—. Tantos años y sueños perdidos.

Ella deslizó su mano hacia la de él y le rozó un par de dedos.

—No estaba lista para ti, Oliver. Tampoco te entendía. Hubiese sido el mismo resultado, aunque quizá menos traumático.

Él negó con la cabeza, era una mentira piadosa, por supuesto. A pesar de que una parte de él se preguntó si, seis años atrás, habría sido capaz de renunciar a su abuelo y a sus sueños por ella, pero nunca lo sabría o tal vez no hubiese sido necesario, ya que de la nada recordó que su abuelo había cedido poco antes de que todo se arruinara.

—Tal vez —concedió y se enfocó en ella. Sus ojos azules estaban aún turbios y oscurecidos—. Sea como sea, sin importar el tiempo que haya transcurrido, seguimos cometiendo los mismos errores. Es hora de cambiarlos.

—Te expliqué por qué...

—No —la interrumpió—. No hay justificación para ocultarme las cosas, Samantha. —Ella iba a hablar, pero él volvió a levantar su

mano, para que se detuviera—. Cuando volvimos te rogué que me dijeras si él te presionaba de alguna manera, y lo peor es que ya lo había hecho, y te quedaste callada.

—Pero...

—Es cierto que cuando se trata de Michael mi raciocinio se va por la ventana, que enloquezco y te abandono. —Ella se tensó y bajó la mirada, con lo cual le demostró que ambos entendían el motivo de ese secreto—. Pero se detiene hoy. Sé que no podemos cambiar nada de lo que pasó, y por ello es hora de que dejemos de atormentarnos por ello. Sucedió, nos dolió, nos destrozó, pero estamos aquí, no acabó con nosotros, solo nos mantuvo separados.

Fue su turno de deslizar una mano para tocar la de su mujer.

—Así que necesitamos tener confianza en el otro. Tú me pediste que te la diera, y lo hice. —Ella abrió la boca, de seguro para pelear, pero él se adelantó—. Quizá habría matado a ese imbécil por querer propasarse, pero lo habría hecho para defenderte a ti, no por dudar o por desear acusarte de todas las idioteces de las que te culpé hoy. Y después de eso habríamos buscado la forma de solucionar la situación, juntos —La miró con intensidad y Sam bajó la mirada, desconfiada—. En cambio, me dejaste ignorante; y cuando nos explotó en la cara, como sabías que iba a suceder eventualmente, solo reaccioné.

—Atacándome e insultándome —susurró ella.

—Soy un idiota. Eso nunca cambiará, Samantha. Lo sabes —declaró, sin justificación alguna, porque aunque intentaría ser más sereno en el futuro, tenía claro que su temperamento haría que volviera a arruinarlo, muchas veces. Ella deslizó una mano por su cara antes de negar y rechazar su pequeña confesión.

—Sin importar lo que decidiera, sabía que arriesgaría perder algo fundamental de mi vida y lamento que fueras tú, pero Sebastian estaba involucrado, y ningún sacrificio sería suficiente. —Se tensó, porque cuando Oliver le había lanzado esa frase apenas unas horas atrás creyó que se trataba sobre Michael, pero siempre fue sobre él—. Entiendo lo que me dices y me avergüenza todo el enredo que causé, pero tienes que comprender lo que fue para mí. No creí que hubiese

otra forma de solucionarlo, porque Michael era quien tenía todo el poder. —Bajó su cabeza, hundida—. Traté de poner tantos límites para evitar que esto se arruinara, y fui yo quien falló y mintió desde el principio. Lo siento tanto.

Oliver se tensó ante su aura derrotada y saltó del asiento, se acercó a ella y tomó su cara para que lo mirara con atención.

—Luché por todo un año para liberarme, y cada día se sintió una eternidad, Samantha, pero jamás me detuve, porque mi objetivo nunca varió, era esto. Vivir aquí contigo, formar nuestra vida. ¿Crees que algo tan idiota me haría irme? ¿Abandonarnos de nuevo? —Ella elevó la mirada y se concentró en él.

—Michael jamás fue algo banal, Oliver. No lo minimices cuando nos costó tanto en el pasado.

—Y por eso te estoy diciendo que no cometeré los mismos errores, solo pido que tú tampoco lo hagas. Es hora de un cambio. Michael no volverá a ser importante en nuestras vidas, pero también necesito que confíes en mí.

Ella dejó escapar todo el aire que estaba conteniendo y su cuerpo se relajó, se lanzó hacia él y lo abrazó hasta casi ahogarlo.

—Lo prometo —la escuchó susurrar. Oliver decidió sentarse a su lado y comenzó a servir la comida para ambos. Sin embargo, no estaba relajado, ya que había otro tema que no quería salir de su cabeza.

—Lo que te sucedió cuando Michael te tocó, ¿fue la primera vez o ya había pasado antes?

Ella lo miró confundida, cuando por fin entendió a qué se refería sus ojos se ampliaron.

—¿Quién...? Christian —afirmó y puso los ojos en blanco—. Tal vez era más conveniente para mí cuando los dos eran enemigos. —Él bufó y ella se enderezó para encararlo—. Fue la primera vez que se sintió tan intenso, pero desde el principio, cuando un hombre me tocaba sentía rechazo y terror, recordaba el sótano y lo relacionaba con la forma en que se destruyó mi vida. Así que, aunque intenté salir con hombres, siempre tenía ese obstáculo que me atormentaba y me susurraba al oído que algo grave iba a suceder si lo permitía. Lo

asumí superado después de nuestro tiempo en Londres, porque lo cierto es que, cuando tú me tocas, solo siento calor y ni siquiera razono. Aunque eso siempre ha sido así. —Ella sonrió con timidez—. Con Derek jamás llegué lo bastante lejos para probar esa teoría, aunque nunca me hizo sentir incómoda. Pero con Michael, creo que fue algo más...

—Entiendo —respondió, tajante, porque ese tema de conversación fue una muy mala idea, de ninguna manera quería imaginarla con otro hombre. Para cambiar el tema empujó el plato de comida, mientras él tomaba un bocado del suyo. Ella soltó una risilla, ya que resultó obvia su táctica evasiva.

Comieron en silencio por unos minutos, relajados en un silencio cómodo.

—Sebastian me llamó papá —informó él de la nada.

—¿Qué? ¿Cuándo? —preguntó aturdida y lo miró pícaro, por fin sus ojos azules estaban brillantes y el turbio casi había desaparecido—. Yo lo adopté y permití que me acosaran sexualmente por él y es a ti a quien llama papá. ¡Eso es tan injusto! —Oliver se envaró. Ella apretó los labios para no sonreír, la muy descarada se forzó por lucir avergonzada, sin conseguirlo en absoluto—. Vale, ya entendí, es muy pronto.

—Nunca será el momento para ese tipo de bromas, Samantha —se quejó, su humor cambió hasta volverse casi asesino. Ella asintió y estiró su mano derecha para entrelazarla con la de él—. Voy a adoptarlo.

—Lo sé —respondió ella, sorprendiéndolo. Él suspiró.

—¿De verdad crees que seré algún tipo de buen padre para él? ¿Algo bueno? —cuestionó.

—Estoy segura de eso.

—¿Cómo? ¿No ves de dónde vengo? ¿Quién me crió? ¿Dónde está mi madre en estos momentos? Lo más posible alejada de mí. No tengo nada que enseñarle.

—Eso no es cierto, tienes tu entrega, protección y afecto.

—No digas esa estupidez.

—No es estupidez. Sebas te adora, y lo hace porque lo tratas de

forma maravillosa, eres considerado, lo haces reír, se compenetran. ¿No recuerdas por qué fuiste contra Michael al principio? No fue por mí, o por nuestra historia, fue por él. Así que sí, no tengo duda de que serás un maravilloso padre, para él y para cualquier otro. Yo sería feliz de tener tus hijos algún día —susurró.

Oliver maldijo por lo bajo.

—Por supuesto, tú quieres tener hijos, aún recuerdo tu fantasía de tener muchos niños. —Negó con la cabeza—. Yo solía pensar que eran la crianza y los valores los que formaban a una persona, pero ahora no estoy tan seguro. Lo dijiste hoy mismo, a pesar de lo que he luchado contra ello, sigo actuando como mi abuelo, tal vez no tiene nada que ver con la crianza, sino que son mis genes y la sangre de porquería que corre por mis venas.

—Tú no eres tu familia, como yo no soy mis tíos o Susan, y Sebastian no será Michael. La diferencia entre todos ellos y tú es que hiciste algo para cambiar. Esa es la vida, Oliver, no puedes modificar el pasado, lo dijiste hace un momento, pero puedes esforzarte para mejorar y reivindicarte.

Él sonrió, era la segunda vez en ese día que le decían esas palabras. Y en ese instante las entendió por completo. Era una lucha constante, pero ¿qué más podía esperar?

—Si no fuera así, no estarías aquí conmigo. No te hubieses arriesgado a salir de la empresa, y menos hubieras desechado tus sueños. No te hubieses divorciado de Ilana, etcétera. —Estiró su mano para acariciar su barbilla—. Michael es una basura no por sus acciones, sino porque es incapaz de cambiar. Yo estoy segura de que tu abuelo te ama, pero no consigue perdonarse por sus errores, y por ello te usó para repetirlos.

—No quiero que hablemos de mi abuelo. Nunca.

Ella asintió, bajó la mirada y sus hombros se hundieron.

—Puede que tú hayas cometido errores, pero intentas superarlos y ser feliz, conmigo. Así como yo intento superar los míos y ser feliz, contigo. —Lo miró y sonrió—. Tienes mucho que dar. Nos amas y quieres vernos felices, y amarás a ese pequeño ser creado por ambos. Y si tú, que estuviste por completo inmerso en ese mundo horrible,

resultaste ser quien eres, ¿por qué crees que nuestro hijo, que nos tendrá a los dos, saldrá distinto?

Oliver suspiró hondo y dejó caer su cabeza contra su mano para sentir más su toque. Consideró eso, todos sus instintos querían negarse, pero también entendía que Samantha siempre fue un ser maternal, tenía un impulso que la llevaba a proteger y cuidar a todos a su alrededor y el amor que tenía para ofrecer no podía ser concentrado solo en él, a pesar de cuánto lo quisiera. Ella necesitaba más.

Se maldijo porque tendría que ceder.

—Vale, yo considero el asunto del niño, pero tú vas a pintar de nuevo. Sin excusas —negoció y la vio palidecer—. Lo necesitas. Sabes que lo haces.

—¿Estás negociando conmigo para embarazarme?

—Es para lo que soy bueno —respondió con una sonrisa.

Ella suspiró un par de veces y se quedó callada por unos minutos, tomó un par de bocados, concentrada en lo que le estaba pidiendo. Oliver no la presionó, se enfocó en su comida, ahora que entendía por qué no pintaba y todo el trasfondo de ello, sabía lo que le estaba demandando, mucho más que cuando le enseñó la exposición en Londres, así que comprendía lo que ella estaría arriesgando si decidía hacerlo. Pero también estaba consciente, en lo más profundo de sus entrañas, de que Samantha necesitaba pintar para vivir, y rogaba que ella no hubiera perdido esa capacidad, porque jamás se podría perdonar ser uno de los causantes del trauma que la llevó a no querer retomar su arte.

—Es válido —habló ella por fin—, es un miedo por otro. Lo intentaré.

Él asintió, era todo lo que pedía.

—Y no vamos a tener un puñetero equipo de béisbol, como Alexa —se quejó él de inmediato—. No puedo creer que esté embarazada de nuevo.

—Yo tampoco —respondió Samantha y rio con libertad—. Quiero dos hijos.

—Vale, Sebastian y otro más, pero aún no, por favor.

—¿Estás loco? ¡Claro que no! Primero tenemos que aprender a vivir juntos de nuevo, y lograr que Sebastian esté estable antes de siquiera considerar extender nuestra familia. —Se levantó del banquillo y se acercó hacia él, Oliver giró y abrió sus piernas para que ella se acomodara entre ellas. Lo abrazó y escondió su cabeza en su cuello por varios minutos, antes de confesarle—: Te amo, Oliver, y no sé qué hubiera hecho sin ti.

Él se tensó, no por sus palabras, sino por el tono en que fueron pronunciadas, la oscuridad y falta de esperanza cayó sobre ellos, y aunque pareciera absurdo, imágenes sobre una sombra queriendo atraparla y arrastrarla lejos de él llenaron su cabeza, lo que causó que la atrajera a su regazo y la sostuviera casi con recelo, mientras intentaba bloquear el temor.

—No me dejes, Sam —le pidió en voz baja—, no te atrevas jamás a dejarme, porque no quiero volver a perderme.

—Yo tampoco. Nunca.

Capítulo 19

*Lágrimas y miedos y sentirse orgullosa,
decir «te amo» en voz alta;
sueños, y rimas y aglomerados de personas,
yo veía la vida de esa manera.
Oh, pero ahora mis viejos amigos están actuando extraño,
niegan con su cabeza y dicen que he cambiado,
bueno, algunas cosas se pierden pero otras se ganan
en vivir cada día.
He visto la vida por ambos lados,
desde el lado ganador y del perdedor y aún de alguna manera
solo recuerdo las ilusiones de la vida,
en realidad no conozco en nada la vida.
Both Sides Now, Joni Mitchell*

Oliver aparcó frente a la casa de Alexa y Lucas, ubicada en Printer's Row, y sonrió, como siempre hacía al ver la estructura de piedra gris y roja, de tres pisos, y los amplios ventanales que lo rodeaban; ya que sabía, sin siquiera tener que preguntar, que cada mañana su amiga hacía un berrinche cuando salía de su cuarto y la luz solar la golpeaba por todas las direcciones. Ellos bromeaban sobre los ataques de malcriadez de Nella, pero era claro que esa herencia provenía del lado de su madre.

Parte de él agradecía que Alexa estuviera de reposo por motivo de su embarazo —que ya en dos semanas llegaría a término— porque esos meses con ella en la oficina habían sido una pesadilla. Fue tan terrible que Oliver acorraló a Lucas y le hizo prometer que sería el

último embarazo, cuatro niños eran más que suficiente. El hombre se rio y se burló de él, antes de confesarle que ese fue el acuerdo y que no pensaban tener más hijos.

Observó a Sebastian casi vibrar emocionado al tratar de abrir la puerta para correr hacia la casa, sin duda en busca de Nella. Pero antes de permitirlo, giró hacia el niño e hizo que le prestara atención.

—Repíte de nuevo las reglas —ordenó.

Sebas tomó su mochila y asintió, su mirada azul brillante.

—Nos portaremos bien, porque tía Alexa tiene que cuidar al bebé que está en su pancita. Si me asusto, les diré a los tíos. Y si los extraño, los llamaré de inmediato.

—Perfecto —reafirmó Oliver—. Va a ser la primera vez que dormirás fuera de casa, pero estás seguro aquí, lo sabes. Y si te quieres ir, solo tienes que avisarnos.

—Vale, papá —dijo y volvió a jalar la manilla de la puerta. Esta vez Oliver salió y le abrió la puerta, porque tenía el seguro de niños.

Después de seis meses se había acostumbrado a escuchar a Sebas llamarlo papá, una y otra vez, ya que desde el día del encuentro con Michael el niño decidió que él sería su padre, y lo cierto es que ya era oficial, porque había adoptado a Sebastian y llevaba de nuevo su apellido.

La puerta principal se abrió y Nella salió corriendo hacia ellos, tomó a Sebas de la mano y lo arrastró hacia el lateral de la casa, donde estaba el patio, para jugar. Oliver negó con la cabeza, esa niña sería una amenaza cuando creciera, tal como su madre.

Giró hacia la puerta y se encontró con Alexa. Le sonrió, enternecido. Ella siempre había sido hermosa, pero embarazada era despampanante, su cabello rubio se volvía más brillante y las facciones de su cara se redondeaban, pero creía que eran la felicidad y la satisfacción de cumplir ese sueño que por tantos años creyó negado lo que la volvía tan luminosa.

Esa imagen solo reforzó su resolución.

—Lucas me dijo que la mantendría ocupada en la oficina hasta las seis y que te avisaría cuando fuera camino a casa —comentó Alexa. Él la abrazó de saludo.

—Gracias por esto, hermosa —le dijo al separarse—, y llámame si sucede cualquier cosa.

—Estará bien. En los últimos meses, Sebas ha avanzado un montón —lo confortó.

Él asintió, porque sabía que eso era cierto, aún extrañaba a su madre, y de vez en cuando lo atacaba una pesadilla, pero por fin se sentía seguro y actuaba más abierto que cuando lo conoció.

Hablaron unos minutos más, sobre asuntos de la empresa, y después de despedirse de los niños y de la rubia, antes de confirmar de nuevo que los vería mañana al mediodía, salió rumbo a su casa a organizar todo.

Oliver no se consideraba un hombre paciente, más bien era todo lo contrario, y sin embargo intentó tener paciencia por mucho tiempo, seis meses en total; pero ya había sido suficiente. Al principio lo entendió, Samantha tenía miedo e intentaba por todos los medios evitar enfrentarse a esa situación, por eso cuando en febrero y marzo le dijo que no pintaría hasta que hubiera terminado con la campaña publicitaria de la empresa, cedió, ya que la inauguración de Bengala, y todo lo que conllevó, los mantuvo muy ocupados por mucho tiempo.

Creyó que en abril por fin intentaría pintar; sin embargo no insistió, porque ese mes no era bueno para ella por el aniversario de la muerte de sus padres, después vino su cumpleaños, y la mujer le organizó una fiesta sorpresa, con mini vacaciones incluidas, e incluso hizo venir a Nathan, Emma, Joanna, Harold y la pequeña Alyssa desde Inglaterra.

En mayo, por fin le preguntó si había intentado pintar, pero de nuevo ella se escudó con el hecho de que era el mes del cumpleaños número seis de Sebastian y tenía que crear una fiesta maravillosa para el niño, en especial porque sería la primera celebración sin su madre. Después de esa conversación había callado, porque sabía que también sería un evento difícil para ella.

No obstante, los meses siguieron pasando y siempre había algo que se interponía entre la pintura y Samantha; algunos hechos reales y graves, como alguna enfermedad de Sebastian; y otros fastidiosos,

como un nuevo contrato publicitario que ella aceptó a pesar de su insistencia en que no tenía que trabajar porque él proveía más que suficiente para que todos llevaran una vida bastante cómoda.

Así que, por fin, decidió hacer algo al respecto. Mañana sería 14 de agosto y se celebraría el cumpleaños veintiocho de Samantha, y ese sería su regalo. Sin embargo, se sentía ansioso por ello, ya que el temor de ella era muy real, y a él le aterraba a su vez el resultado. Existía una gran posibilidad de que la pintura resultante fuera tan dolorosa como las que aún colgaban en la galería de arte en Londres, sin poder ver la luz, y Oliver no sabía qué haría si ese fuera el caso.

Pero también entendía que debía arriesgarse, odiaba que Samantha se sintiera aterrorizada por algo que debía ser natural para ella, y la necesitaba entera, no creía que eso sucediera si no tenía su arte.

Un par de horas más tarde, después de terminar de acomodar todo en la habitación que había tomado como su estudio, recibió un mensaje de Lucas donde le informaba que Samantha iba camino a casa. Tomó una ducha rápida y después comenzó a caminar alrededor de la sala de estar y la cocina, miró por la ventana cada cinco minutos mientras esperaba por su llegada.

Se acercó al acceso de la cochera, cuando escuchó su vehículo, y apoyó su cadera contra el desayunador. La vio sonreír al abrir la puerta, Tara comenzó a corretear alborotada también, ladrando y saltando a su alrededor. Samantha rio y se agachó para hacerle mimos a la perra, su cabello rojo creó un velo entre ambas. Mientras la mujer la exaltaba con palabras dulces, Tara casi arañaba su vestido cereza con flores amarillas.

Cuando terminó de acariciar a la mascota, caminó hacia él y le dio un pequeño beso.

—Hola, ¿cómo has pasado el día?

—Bien —respondió antes de tomar sus caderas y acercarla más a su cuerpo. La ansiedad lo invadió y, sin poder controlarse, la abrazó casi con desesperación. La escuchó reír, divertida, antes de empezar a besar su cuello.

—¿Dónde está Sebas? —le susurró al oído.

—Donde Alexa. Hoy dormiré allá. —Ella se apartó y lo miró

preocupada—. Sabe qué hacer si se asusta. Además, está con Nella.

Samantha asintió, se mordió el labio inferior y lo miró con una expresión pícaro y sexy como el infierno.

—¿Entonces tenemos la casa para nosotros toda la noche? —preguntó, coqueta—. ¿Es este mi regalo de cumpleaños? Porque lo acepto. Sin duda. —Se alejó de su abrazo y dejó caer su chaqueta de *jean* al suelo—. ¿Cómo me quieres?

Oliver casi emitió un gemido nada masculino y la tomó del cuello para volver a acercarla a su cuerpo; la besó brusco, fundió en él toda la angustia y el temor que sentía de que lo que había organizado para ella no funcionara. El tormento que tenía meses persiguiéndolo se avivó hasta casi dejarlo agotado.

—¿Qué sucede? —inquirió ella cuando le permitió apartarse. Acarició su mejilla, y el azul de su mirada se enturbió—. ¿Qué va mal?

—Nada —respondió y acarició su cabello, antes de tomar su mano y guiarla a su estudio. Samantha lo miró una y otra vez, la confusión llenaba sus facciones. Oliver pasó una mano por su cara, regañándose por ser tan evidente—. Hoy vas a pintar —declaró justo cuando entraban a la habitación, ya que ella estaba tan concentrada en él que no había notado los alrededores—. Seré tu modelo.

Ella giró hacia el frente y se envaró. Jadeó de la impresión. Oliver había movido el sofá, el escritorio y los sillones contra las paredes para otorgarles más espacio. En el medio estaban su caballete y su paleta favorita que encontró embalados en el pequeño cuarto que usaban de almacén. Le había pedido a Rachel que lo ayudara a conseguir los óleos de su marca preferida, y los tonos que servirían para un retrato y todas las herramientas adicionales que creía que Sam necesitaría, al igual que los pinceles, e incluso compró crayones, carboncillos y blocs grandes de dibujo, ya que no sabía si optaría por iniciar con un dibujo en vez de ir al lienzo. Aun así, compró varios paños, de distintas medidas, preparados con sus bastidores, también de su estilo preferido, por si acaso escogía el caballete.

—Oliver, no es un buen momento, tengo que organizar todo para mañana, el grupo entero viene al mediodía para celebrar mi

cumpleaños, no hay tiempo para esto.

—Me lo prometiste —la acusó, sin consideración alguna, ya que entendió que ella quería esconderse tras una nueva excusa. Apretó los dientes hasta que chirriaron—. Han pasado meses y aún no has hecho el primer intento. —Samantha desvió su mirada y se acercó hacia el caballete—. Solo quiero que trates de pintar algo. Si es muy difícil para ti o realmente no puedes, no tendremos que continuar. Pero al menos inténtalo.

Ella acarició el lienzo en blanco y negó con la cabeza.

—No sé si va a gustarte el resultado —advirtió, su voz pequeña.

—Cualquier cosa es mejor que esta incertidumbre. —Le sonrió—. Y estoy accediendo a dejarme pintar, aun cuando me prometí que no habría otra pintura mía en el mundo.

Samantha suspiró y tocó el caballete con una mezcla de temor y adoración. Las entrañas de Oliver se retorcieron. Luego tomó la paleta de madera y empezó a revisar los colores.

—Dudo que tengas la paciencia para soportar el proceso de un retrato —comentó ella sin mirarlo, aún enfocada en los implementos de pintura, su expresión se había vuelto casi sombría—. Cuando lo estudié y practiqué en la universidad, siempre necesité al menos diez sesiones. ¿Cómo hiciste para soportar tanto tiempo parado, sin casi moverte, para la pintura con tus abuelos?

—Utilizaron una fotografía —respondió de forma escueta. Sam lo miró con curiosidad y él apartó la mirada. Ella era fisgona y él lo sabía, en esos meses había hecho varios intentos para saber sobre su vida, su niñez o incluso su relación con su abuelo, pero Oliver lo había sorteado cada vez—. Traje tu iPod, ¿qué quieres escuchar? —Supo que estaba decepcionada sin siquiera mirarla, pero no pudo evitarlo—. ¿Dónde me quieres?

—¿Puedo escoger esta vez? —preguntó, con una clara connotación sexual y él gruñó, frustrado. La escuchó suspirar, rindiéndose—. En el sofá, pero necesito que te prepares, porque esto no tendrá el resultado que esperas.

Oliver aplacó el temor ante esas palabras y se dejó caer en el asiento, ansioso.

Habían pasado horas encerrados en el estudio, Oliver casi no se movía de su puesto en el sofá, lo cual solo enternecía aún más a Sam, porque sabía que lo estaba intentando por ella. Cuando dio el primer brochazo al lienzo, él la hizo reír con un muy mal chiste subido de tono sobre un árbol y una manzana. Eso fue repetido una y otra vez, porque Oliver parecía no poder callarse o dejar de intentar relajarla, quizá quería que ella entendiera que no estaba sola, aunque sería imposible sentirse de esa manera, porque la presencia tranquilizadora y avasallante de él llenaba cada centímetro de esa habitación.

Cuando no estaba hablando, estaba manipulando la lista de reproducción de la música, escogía música vibrante, que la hacía querer bailar, reír o saltar. Y durante todo el tiempo, Sam se repetía una y otra vez lo enamorada que estaba de ese hombre, y lo feliz que la había hecho desde que empezaron a vivir juntos el pasado enero.

Había veces que se preguntaba cómo podría ser tan fácil, por lo natural que resultaba la rutina de cada mañana: alistar a Sebas para ir al colegio o solo conversar en la mesa de comedor durante el desayuno y la cena. Las charlas privadas después de hacer el amor o pasar los días libres juntos, en el parque, viendo un partido de béisbol o con Alexa y Lucas. En otras, era lo opuesto; a pesar de su esfuerzo, él parecía una piedra inmóvil en cuanto a su pasado y, por supuesto, todo el asunto de Michael apareciendo en el parque donde por fin Ethan y Oliver estaban reunidos, compartiendo como padre e hijo, resultó en una explosión que ninguno de los dos había esperado y que la obligó a confesar secretos que ella nunca quiso relatar.

No obstante, hubo resultados positivos después de eso, Oliver parecía haber superado a Michael. Se lo habían encontrado en casa de Ethan un par de veces, con su hija Ella y su esposa Hannah, y Oliver siempre actuó cortés, incluso los vio hablando la última vez. También Sebastian parecía haberse conectado más con él, lo trataba y reconocía como su padre, cuando a Michael la mayoría del tiempo

solo lo ignoraba, y tenía la impresión de que descargar un poco las frustraciones en su padre biológico lo ayudó a sobrellevar la muerte de Susan.

En general no tenía casi nada de qué quejarse, adicional a lo que por fin estaba haciendo ese día, y más bien le sorprendía que él hubiera esperado tanto tiempo para forzarla a pintar. A pesar de sus excusas, creyó que no tardarían más de dos meses en encontrarse en esta posición.

—¿Qué sucede? —preguntó Oliver, alerta. Sam parpadeó y elevó su mirada hacia él. Entendió que por primera vez en más de cuatro horas, se había quedado ensimismada, y Oliver la detallaba, en guardia.

Ella le sonrió y suspiró, antes de observar el lienzo mediano. No había hecho ningún plan cuando dio el primer brochazo, aunque supo que no iba a hacer un retrato de Oliver, a pesar de su deseo de antaño. Lo cierto es que, durante las primeras horas, la invadió un miedo distinto a los que hasta ese día le fueron familiares. En esos momentos, con la pequeña pintura de sus ojos, con la tonalidad aguamarina más cercana —sin importar cuánto intentó mezclar distintos colores, jamás consiguió el correcto—, comprendió que el miedo ya no tenía más cabida, porque lo que había iniciado como incertidumbre y duda, varias semanas atrás, justo esa noche se convirtió en certeza.

Sintió que la tristeza la llenaba y Oliver, como si lo presintiera, se apresuró a su lado, se agachó a la altura de sus ojos y envolvió su cara entre sus manos, preguntándole con la mirada qué necesitaba.

—Te amo —le susurró ella.

Él se quedó muy quieto frente a Sam, antes de asentir y girar hacia el lienzo. La pintura no estaba terminada, y quizá jamás lo estuviera. Hizo una especie de ojos aguamarina escondidos en un paisaje amarillo, naranja, rojo y violeta. El negro estaba presente, se diferenciaba en la superficie, quería entrar entre ellos de vez en cuando, había sitios donde la oscuridad tocó más del borde de los finos parpados abiertos, pero aun así el color se mantenía, rodeando esos ojos que la perseguían, y que adoraba.

Lo sintió, más que vio, caer hacia atrás, él se sentó en el suelo, sin alejar la mirada del lienzo. Sam suspiró y se apartó de Oliver, a pesar de que no lo deseaba. Salió del estudio y fue a la habitación de Sebastian, tomó el par de blocs de dibujo y regresó al estudio. Al llegar lo encontró en el mismo sitio, le partió el corazón haber incumplido su promesa, porque sabía que Oliver se culparía, así lo dejó claro cuando ella le confesó el motivo detrás de su renuencia a pintar. Pero lo cierto es que no había culpas, solo salvación, pero temía que él no lo entendiera. Cuando por fin se concentró en ella, la confusión rodeaba su mirada.

Sam se acercó y se sentó a su lado, con los blocs entre sus brazos.

—Comencé a pintar hace un mes —confesó entonces. Él se agitó como si lo hubieran electrocutado—. Lo hacía con Sebastian, era más sencillo. Tenía mucho tiempo sin intentar dibujar algo, así que empecé con carboncillo, con lápiz, con crayón. Incluso usamos témpera. Lamento no haberlo dicho antes, te prometo que no lo estaba ocultando, solo era más fácil hacerlo con él, porque parecía que solo estábamos jugando, no me sentía presionada, y yo no quería que te sintieras obligado a inspeccionar cada dibujo cuando todos daban el mismo resultado.

Mientras le explicaba, comenzó a desplegar por el suelo cada uno de los dibujos, para que los estudiara.

Ella primero intentó retratar objetos inanimados, mientras su niño la imitaba. Cuando eso no resultó, se imaginó que jamás podría mostrar el alma de algo muerto, por lo que trató con una imagen de Sebastian, creyendo que su amor por él haría maravillas o por lo menos mejoraría un poco su cometido. No había resultado en absoluto.

Alternó pintar a objetos vivos, a Tara, que era la parte principal del foco en varios dibujos, pero fue lo mismo. Después, una noche, en una forma de tortura bastante particular, aprovechó que Sebastian estaba dormido y que Oliver estaba en Nueva York, en una reunión con un posible cliente, para hacer un dibujo de Lira y utilizó como modelo la fotografía que había adornado por años la pared de su antiguo apartamento y que había escondido en el mismo cuarto

donde guardó su caballete.

Había llorado por horas, y de forma irresponsable bebió más vino del prudente. Pero no cambió el resultado.

Un florero, una mesa, una imagen, una perra, una gata hermosa. Nada más.

—Hoy fue la primera vez que utilice el óleo, o que intenté pintar en un lienzo. Creo que fue al que más huí, porque no habría escapatoria.

—Giró hacia su pequeña obra y entendió que era cierto, no había forma de huir a lo que allí se mostraba—. Lo siento.

—¿Lo sientes? —preguntó él, su tono incrédulo—. ¿Lo sientes? —repitió, su tono casi agudo. Negó con la cabeza—. Son... supongo que son técnicamente perfectos, los colores, las formas, pero...

—Son solo dibujos, no hay nada más —completó ella, ya que a él le parecía difícil terminar la idea. La miró horrorizado.

—Ya no estás allí. —Tomó el dibujo de Lira—. No me hablas en cada línea, no me muestras lo que sientes. No hay nada de ti como antes. —Se levantó del suelo y comenzó a pasear alrededor del cuarto, cada vez más agitado—. ¿Cómo mierda sucedió esto?

Sam acarició el dibujo del perfil de Sebas y volvió a concentrarse en Oliver.

—Tengo una teoría. —Le sonrió e intentó reafirmarle que estaba bien.

Había tenido dos grandes duelos en ese último año, uno por la mujer que la crió y el otro por el don que la había ayudado a sobrevivir durante su adolescencia e incluso gran parte de su adultez, porque siempre creyó que sería algo indivisible en su alma. Existía porque pintaba, y jamás consideró que esa premisa desaparecería. Pero lo había hecho, porque como le dijo a Oliver después de la discusión por Michael, ya no necesitaba pintar para expresarse, y por eso parecía que había un bloqueo entre el pincel y ella.

—¿Cuál? —preguntó Oliver, su tono dudoso.

—Fui salvada de una vida miserable.

Oliver la miró con sus ojos muy abiertos, antes de negar con la cabeza en rechazo absoluto a su declaración.

—Es mentira, Samantha. No fuiste salvada de nada, al contrario, te

arrebatamos tus sueños, tu vida, y jamás podrás... —gruñó y se pasó una mano por la cara, la agitación y la angustia llenaba la habitación, ahogándolos—. Es mi maldita culpa, te quité lo único que te podía hacer feliz —susurró tan bajo que ella casi no lo entendió, justo antes de salir del despacho, agitado, sus pasos acelerados.

—¿Qué? —preguntó ella, horrorizada por lo que creyó escuchar—. Oliver, detente en este momento. Para —exigió al seguirlo hacia la cocina, iba rumbo a la cochera, de seguro para huir de esa casa. Le pareció irracional, pero temió que si lo dejaba ir lo perdería para siempre—. ¿Qué fue lo que dijiste? ¿Lo único que me haría feliz?

—Déjame ir, Samantha —le pidió él antes de abrir la puerta de la cochera. Sam tomó su antebrazo, lo forzó a dar la vuelta y a encararla. Ella se quedó muy quieta al notar la tristeza y desesperación en sus iris marrones. Su mirada se enturbió por esa visión.

—Quiero saber qué está pasando por tu cabeza en estos momentos, porque creo que ambos estamos pensando algo muy distinto. —Él apartó la mirada, y ella cogió su mandíbula con su mano libre, exigiéndole que le prestara atención—. ¿Qué crees que perdí? ¿Por qué piensas que no seré feliz? Lo único que ya no tengo es la necesidad de autodestruirme para crear.

—Claro que no —se quejó él de inmediato.

—Es cierto, ya no muestro mis emociones como antes, pero tampoco quedo vacía para terminar un cuadro, ni necesito visitar mi mundo o pintar para acallar mis demonios. No lo anhele para drenar cuando la emoción me sobrepasa. —Se pegó a su cuerpo—. ¿Sabes qué creo, Oliver? Que romaticé el martirio del artista hasta aplicarlo en cada área de mi vida, que de forma inconsciente buscaba siempre sentirme miserable para utilizar esas emociones al pintar, siempre torturándome, siempre infeliz, porque cuando lo hacía el resultado era maravilloso, o desastroso, pero fuera como fuera me apartaba de la mediocridad, porque lo que creaba era original e increíble, ¿y a qué precio? ¿Cuándo sería suficiente? Quizá hasta que no pudiera soportarlo más y tuviera que acabar con el dolor como muchos otros que siguieron mi camino. ¿Entiendes lo que te estoy diciendo? —le confesó de forma apresurada, ya que necesitaba que lo entendiera—.

Los dos cuadros principales de la exposición que creaste en Londres para mí, los que tú mismo me has confesado que fueron mis mejores trabajos, ¿sabes hasta dónde tuve que llegar para pintarlos? Después de terminar el primero, me quedé sin fuerza alguna para seguir viviendo; y en el segundo, destruí todo mi amor propio, mi voluntad. Me devasté para pintar.

—Pero antes de eso no eras así, Samantha, eras feliz cuando creabas, era lo único que querías hacer y para lo que viniste al mundo —declaró furioso—. ¡Eras Van Gogh, Samantha!

—¿Y cómo acabo él? Torturado, angustiado, llegó al extremo de tener que causarse dolor físico al arrancar partes de su cuerpo porque lo emocional no era suficiente para poder crear. Él se suicidó, Oliver, sin importar las teorías y sospechas de que pudo ser asesinado, no tengo duda de que fue él quien causó su muerte, porque el dolor nunca se va, en especial si eres el responsable de su causa, y ¿cómo puedes acallar las voces en tu cabeza?

—¡No digas esa mierda, Samantha! No disminuyas tu potencial, tus sueños, ¡tu vida!

—Solo fue una fantasía, Oliver, una expectativa de vida. Los sueños cambian, se transforman. Mírate, pudiste cumplir los tuyos, pero en cambio decidiste estar conmigo. —Se pegó a su cuerpo y besó el mismo punto de la mandíbula que antes había sujetado—. Tú querías el mundo y yo anhelaba la inmortalidad, pero ahora solo ansío la realidad, con sus altos y bajos. Te escojo a ti, a Sebastian y a esta vida que hemos creado.

Por un minuto creyó que lo había convencido y por eso se permitió apartarse, pero en vez de abrazarla o rendirse, se alejó y salió por la segunda puerta de la cocina, la que iba al patio.

Sam suspiró y miró hacia el reloj del microondas para descubrir que ya pasaban de las doce de la noche: tenía veintiocho años. Parpadeó y acarició su pecho un par de veces, el recuerdo de cómo celebró esa fecha el año anterior, acompañada de Susan, la inquietó por un par de minutos. Elevó una plegaria a su prima donde fuera que estuviera antes de seguir a Oliver al patio, lo encontró acostado sobre el canapé beige, que tenía un techo ajustable, su brazo estaba

sobre su cara y a simple vista parecía relajado, si se omitía la forma en que sus manos estaban apretadas en puños.

Ella se acercó a él y se acomodó a horcajadas sobre su cuerpo, apoyó las manos sobre su pecho.

—Háblame —le pidió—. Necesito tus palabras en estos momentos.

—Por una vez le rogué a Dios para que tuvieras algo perfecto —susurró, su voz sonó ronca.

—Lo perfecto está sobrevalorado. —Él volvió a gruñirle—. Estoy bien, lo prometo.

—No, no lo estás, Samantha. No tienes que mentirme y ni siquiera lo intentes.

Ella iba a hablar, pero en vez de permitirlo, él tomó su nuca y la acercó para besarla de forma salvaje. Sam gimió y luchó para responderle con la misma intensidad.

Sintió que iba a destruirla; la forma en que la besaba era tan profunda e intensa que cortaba su respiración; era todo él, tantas emociones que su pecho se constreñía, como si no pudiese existir por el torbellino que los invadía.

Sus ojos se humedecieron sin control alguno, y trató de abrazarlo estrechamente, era como si fueran a desaparecer, a explotar hacia el viento cargándolo de energía llena de dolor, pérdida y amor que alimentaría a millones de personas por más de un siglo. Cuando rompieron el beso, se permitió respirar, sentir el viento y la energía que los rodeaba y que, esa vez, no dejó su cuerpo. Acarició su piel y besó su cuello y pecho, abrió los botones de la camisa para rozar su piel, necesitaba tocarlo, confortarlo, amarlo y hacerlo feliz.

A su alrededor la noche los envolvía, los grillos estridulaban y el aire nocturno movía su cabello. Deslizó su mano para rozar sus labios con un dedo.

—Tienes razón, no lo estoy del todo, incluso cuando sentía miedo de pintar, sabía que siempre estaría allí, esperándome para cuando estuviese lista —le confesó, y debajo de ella lo sintió temblar, como si esas palabras le hubieran hecho daño—, pero no miento al decir que soy feliz, Oliver, contigo. Y quiero que no te culpes por esto, porque no hay motivo para hacerlo. Es mi decisión, y aunque siento el duelo,

estoy conforme con ello. Solo tengo que encontrar una nueva meta, o soñar con algo distinto que llene esa parte de mi vida.

—Nunca serás por completo feliz sin tu arte —declaró, ignorando su última declaración y con esas palabras ella por fin entendió por qué estaba tan preocupado y por qué había insistido tanto con que volviera a pintar.

—Te equivocas, y quiero que me veas a los ojos y comprendas que digo la verdad, jamás he sido más feliz que ahora, ni siquiera frente a un lienzo. Hay muchas cosas en mi vida que han sido decididas sin que yo tenga voz y voto al respecto, pero estar contigo jamás será una de ellas. Te amo —le repitió.

—¿Por qué? ¿Qué te he dado a cambio de lo que te he quitado? Con cada cosa que intento hacer, pareciera que solo lo jodiera más, la lista es interminable y no hay solución posible.

—¿A qué te refieres, Oliver? —le preguntó ella asombrada por esas palabras—. Me lo has dado todo, desde que nos conocimos has intentado salvarme, me has querido y has luchado cada vez para regresar a mí.

Suspiró y acomodó los brazos sobre su pecho para luego apoyar su barbilla sobre sus manos.

—Aun así, sé que a veces pareciera que camino entre arenas movedizas contigo e imagino que por eso es que dudas de mi estabilidad a tu lado —le confesó. Él levantó la cabeza del respaldo para mirarla a los ojos, y le frunció el ceño—. De vez en cuando me digo que lo que siento es lo que deben experimentar las personas que han vivido catástrofes o guerras, lo cual es demasiado melodramático de mi parte, y lo acepto. Pero es como si estuviésemos en el ojo de la tormenta, el momento de la calma antes de que explote de nuevo. Y sé que ya no hay vientos, relámpagos y truenos a mi alrededor, que estamos en calma, pero, aun así, mi estómago se anuda como si me estuviese advirtiendo de una tragedia.

—¿Qué quieres decir? —cuestionó Oliver.

—No quiero hacerte daño, o molestarte o incomodarte; pero hay temas que tú me restringes y me duele, ya que quiero compartir todo contigo. Quiero confiar en ti, no solo en una forma de protección

física o al saber que no me harás daño, ya eso existe; más bien del modo espiritual, quiero saber que puedo ser lo que tú necesitas y que ambos podemos hablar sin miedos.

—¿De qué quieres hablar? —preguntó él con voz cuidadosa.

—Lo sabes —insistió y él dejó caer la cabeza contra el almohadón del canapé. Respiró hondo un par de veces y volvió a tapar sus ojos con su brazo derecho.

—No evito hablar de ellos porque quiera ocultarte algo, Samantha —inició un par de minutos más tarde y se frotó el cabello, nervioso, antes de gruñir—. Cuando te escucho hablar sobre Susan y tu niñez, hay partes tristes y que por supuesto son dolorosas, pero también tienes momentos felices, que te hacen sonreír y añorar el pasado, yo no tengo eso. No recuerdo algo que no tuviera que ver con deber, adoctrinamiento u órdenes. ¿Sabes cuál es mi primer recuerdo de entrar a un sitio y sentirme cómodo o yo mismo? Cuando vivimos juntos por primera vez y llegaba de las reuniones con mi abuelo y abría la puerta principal de nuestro apartamento. Lo otro no me interesa, la mayoría lo bloqueé, y es mejor que se quede donde está. Por el bien de todos.

—Él es tu abuelo, y tú lo quieres. No quiero que el día de mañana te arrepientas de no haber hecho las paces, y que sea demasiado tarde. Él es un hombre viejo, Oliver —insistió, ya que necesitaba que lo aceptara, odiaba la idea de que él hubiese perdido otro miembro de su familia por ella, a pesar de lo que sucedió con Oliver I.

—Él dejó de ser algo mío cuando te agredió —cortó de forma tajante—. Y mi madre tomó su posición desde mucho tiempo atrás, ¿crees que no me enteré que intentaste invitarla para mi cumpleaños y ella inventó una excusa? Joanna me lo contó llorando antes de regresar a su casa, mientras se disculpaba una y otra vez por la actitud absurda de Bryoni. —Sam se envaró y bajó la mirada, lo había hecho como una especie de oferta de paz, quería intentar que Oliver tuviera un nuevo inicio y pudiera contar con toda su familia para ese evento, pero no lo consiguió—. Y aun así te preguntas por qué dudo sobre tener descendencia.

—Nuestros hijos serán maravillosos, ya lo verás. Y te adorarán,

como Sebastian lo hace —prometió y lo miró con expresión soñadora.

Oliver entrecerró los ojos y elevó su espalda, la tomó por las caderas y la giró hasta que quedó acostada sobre el asiento.

—¿Ya te tomaste la pastilla anticonceptiva? —le preguntó, su pecho agitado contra el de ella. Sam negó con la cabeza, tendía a tomarla antes de dormir—. Bien, creo que es hora de que hagamos un bebé, Samantha. —Lo miró con los ojos como platos, ¿de qué se trataba esto? Después del día en que acordaron que ella pintaría si él consideraba darle un bebé, ya seis meses atrás, jamás habían vuelto a tocar el tema. Creyó que Oliver esperaba a que Sebastian tuviera al menos diez años para siquiera considerar que el niño se sentiría lo suficientemente seguro para tener un hermano—. Es un nuevo sueño, ¿no es así? Y es algo que puedo darte.

La besó de lleno, antes de quitarle por la cabeza el vestido cereza quemado con flores amarillas. Bajó el brasier amarillo de encaje y empezó a besar y jugar con sus pechos, mientras que con la otra mano le bajaba las bragas. Sam se sintió invadida por todas las sensaciones, pero se forzó a controlarse y a concentrarse ya que sentía que se estaba perdiendo algo importante.

—Oliver, ¿qué estás diciendo? —preguntó y sujetó su cabeza, para que la mirara. Él arrugó la frente, luego volvió a besarla.

—Hagamos un bebé —repitió.

Sam jadeó de la emoción, antes de comenzar a desnudarlo y dejarse llevar por él y hacer el amor de forma febril.

Una hora más tarde, ambos seguían acostados sobre el canapé, estaban arropados con una manta turquesa que Sam siempre mantenía sobre ese sofá y miraban el cielo estrellado. Sam soltó una risilla.

—Sé que es imposible, pero ¿te imaginas que quede embarazada hoy? Sería un regalo de cumpleaños maravilloso —susurró. Lo escuchó maldecir. Oliver elevó su mejilla y la miró avergonzado.

—Feliz cumpleaños, Samantha. —Ella rio con libertad y lo abrazó apretado—. Mañana incluiré un cuarto más al diseño de nuestra casa. Creo que se necesitará más espacio.

—Yo lo que espero es que cuando ella o él nazca, o por lo menos

antes de que vayan a la universidad, tengamos la casa de nuestros sueños, pasaste días detrás de mí para que te diera las especificaciones de cómo quería que fuera la casa y aún no me has mostrado nada —anunció sin poder dejar de sonreír.

—Eso es un proceso, Samantha, debe quedar perfecta y cada día cambia algo, ahora tengo que modificar las medidas —comentó y puso los ojos en blanco.

—Te aseguro que ni la has comenzado a dibujar —se jugó como siempre hacía sobre el asunto, ya había aceptado que jamás se mudarían a otro sitio, era muy cierto el dicho de que «en casa de herrero, cuchillo de palo».

—¡Claro que no! —se quejó con la frente arrugada—. ¡La condenada casa está en proceso! Y si pudiera enseñártela, lo entenderías.

—¿Por qué no me la enseñas?

—No puedes verla hasta que esté terminada —comentó y la miró con expresión terca.

—Y yo no lo creeré hasta que la vea —concluyó Sam y él suspiró, antes de tomarla del brazo para levantarse del sofá.

—Vamos a dormir, que dicen que hay que practicar mucho para llegar a una meta y creo que este será un trayecto que disfrutaré.

Sam se carcajeó y asintió antes de seguirlo a su habitación, cubierta por la manta. Al día siguiente celebrarían con casi toda su familia, y faltaban pocas horas para que amaneciera. Y quién sabe, quizá sin saberlo, ese día se convertiría en el inicio de un motivo para otro tipo de conmemoración.

Capítulo 20

*No es muy fácil amarme,
se vuelve muy complicado
por todas las cosas que debes ser.
Todo está cambiando
pero tú eres la verdad,
estoy asombrada por toda tu paciencia
ante todo lo que te he hecho pasar.
Cuando estoy por caer
de alguna manera, tú siempre estás esperando
con tus brazos abiertos para agarrarme,
tú vas a salvarme de mí misma.
Save Me from Myself, Christina Aguilera*

Oliver observó a Samantha desde el otro lado de la habitación, quien estaba junto a Rachel y Alexa hablando y gesticulando de forma exagerada, de seguro les contaba una anécdota sobre Sebastian; mientras el niño, ya de siete años, jugueteaba con Nella y Jared en el patio, todos correteando con la perra. Lucas y Theo estaban sentados en el sofá contiguo, enfocados en una conversación sobre fútbol. Eve, Liam y Dean estaban en el corral, jugando entre ellos. Anabelle —o Belle, como la llamaban de cariño—, la cuarta niña de Alexa y Lucas, estaba durmiendo en uno de los cuartos del segundo piso. Todos habían venido a celebrar el cumpleaños número veintinueve de Samantha.

El *ringtone* del FaceTime lo distrajo, miró hacia la mesa de centro que estaba frente a Sam, sobre ella había una tableta conectada a su

base giratoria. Samantha dio un salto y contestó. Por la forma en que se le iluminó el rostro, de seguro era Christian que llamaba para desearle feliz cumpleaños, de repente su mujer chilló el nombre de Bianca, y luego el de Aaron, su hijo de un año. Sam estaba feliz de ver a su ahijado, lo miraba ilusionada y con una gran sonrisa en su rostro, bastante exagerada. Levantó la mirada y comenzó a buscar a Oliver y, cuando sus ojos se encontraron, ella le hizo un gesto para que se acercara.

Oliver se acomodó detrás del canapé donde estaba sentada, luego tomó su barbilla con una mano para estirar su cara y besarla. Ella le respondió gustosa por un par de segundos, antes de suspirar contra sus labios. Cuando se separaron, Sam estiró la mano para entrelazar sus dedos con los de él, que apretaban su hombro. Él vio la pantalla y saludó a Bianca y a su ahijado, al que no veía desde el bautizo en Londres, seis meses atrás.

Habló con ellos por un par de minutos, hasta que escuchó el timbre de la puerta principal. Oliver gruñó antes de ir a abrirla, ya que sabía quién sería, y lo cierto es que habría preferido que nunca apareciera en sus vidas, no le importaba en absoluto que Samantha y él fueran sólidos y tuvieran ya casi dos años viviendo juntos y que Derek no hubiese significado nada en su vida. Igual lo detestaba.

Esa sensación solo se volvió mayor cuando abrió la puerta y lo recibió la sonrisa socarrona del pelinegro, como si supiera cuánto lo detestaba.

—Hola, Darth —saludó Derek divertido y entró en la casa sin ser invitado. Miró alrededor, mientras caminaba por la sala, se fijó en el sofá amarillo quemado, tocó los cojines verdes, azules, rojos y sonrió ante las flores que rodeaban cada mesa. Se detuvo ante la fotografía de Sebastian, Samantha y él, que colgaba en el centro de la habitación—. Así siempre imagine que sería su casa.

El comentario le pareció extraño y lo ignoró, pero lo cierto es que Oliver también la imaginó de esta forma, era una versión más escandalosa que la decoración del primer apartamento que compartieron, y otra faceta más de la creatividad de Samantha, ella necesitaba los colores en su vida, y dado que ya no pintaba, tenía que

expresarse con ellos de cualquier otra manera.

En ese instante notó que Derek había perdido su interés sobre la decoración y estaba concentrado en él, lo miraba con un interés casi enfermizo. Oliver le frunció el ceño, y también empezó a medirlo, recordó entonces por qué había estado tan interesado en recibir a este invitado sin interrupciones y sin la presencia de Samantha.

—Quiero que te quede claro el puesto que tendrás en su vida si decides regresar aquí de nuevo —inició—, solo serás un amigo, nada más. En el momento en el que vea algo extraño, patearé tu trasero.

Derek sonrió entretenido, también asintió y lo miró con respeto.

—Tengo claro lo que soy para ella, lo que siempre he sido, y quién eres tú en su vida, Oliver, me aparté del camino e incluso le hice ver que tenían que estar juntos por ese motivo. Ella tiene que ser feliz, le prometí una vez que volvería a ser rosada, y es lo único que importa. ¿Lo estás cumpliendo?

Oliver se sintió liado y bajó la mirada sin saber bien qué responder a eso, ya que era algo muy íntimo para compartir con alguien que no conocía en absoluto. Además, ¿qué quería decir con eso de rosada?

—Todos están en el patio —respondió en vez y señaló el camino.

En el trayecto hacia el jardín, Oliver se preguntó sobre si era feliz, y lo cierto es que no sabía la respuesta. Ella parecía contenta e imaginaba que él también lo era, a pesar de que no se sentía apoteósicamente distinto a su estado habitual, y era evidente que no pasaba todo el día deseando cantar debajo de la lluvia, todavía muchas cosas lo cabreaban, se estresaba con facilidad y más de una vez al día deseaba maldecir al cielo. Pero la tenía a ella todo el tiempo, a Sebastian, una casa donde ansiaba llegar cada noche y de la que le costaba salir cada mañana.

Samantha aún lo descontrolaba, más veces de lo normal; algunas eran provocadas por su terquedad, otras por deseo, como cuando por motivo de la celebración de su cumpleaños número treinta y seis, fue a visitarlo a la obra de un edificio que estaba supervisando, vestida solo con gabán y bajo este un juego de ligeros y una corbata, la que caía entre sus pechos. Oliver había trancado la puerta del tráiler donde había ubicado su sala de trabajo y no le permitió salir hasta

mucho tiempo después, cuando incluso todos los trabajadores de la construcción se habían ido.

Pero por otro lado, cada mes que pasaba lo hacía sentir más un fracaso, y ya no sabía cómo controlar esa emoción o cómo mejorar para no experimentar más esa sensación de frustración.

Sintió la mano de Derek presionar su antebrazo justo antes de llegar a la puerta del patio. Oliver giró y lo miró incrédulo por tener la osadía de tocarlo.

—Espero que siempre recuerdes los motivos que te hicieron elegir esto, Oliver. Nunca los olvides, ya que si lo haces no habrá vuelta atrás y lo perderás todo —sentenció Derek y salió hacia donde estaban los demás.

Oliver quedó paralizado.

Sam se carcajeó y negó con la cabeza, debería estar indignada porque seguían intentando renombrar a su perra, pero no podía evitar estar de acuerdo con sus amigos. Sin importar el tiempo que pasara o su dieta, Tara seguía dándoles regalos fétidos.

—¡Kaka! —gritó Theo.

—Pedorreta —respondió Lucas.

—Edora —dijeron Alexa y Rachel al mismo tiempo. Todos rieron con libertad después de ello.

Sam miró a Rachel que estaba sentada sobre el regazo de Theo, la mano izquierda de él acariciaba el estómago un poco abultado de su amiga, que tenía tres meses de embarazo. Al parecer también fue producto de un desliz: hace cuatro meses, se fueron de vacaciones a Hawái y regresaron casados y embarazados. Su amiga le confesó que ambos hechos fueron el resultado de la primera vez, después de años, que ingirió alcohol para celebrar el cumpleaños de Theo.

—¿Cómo te fue en la consulta médica? —preguntó entonces, mirando a Rachel con interés, ella la evaluó con preocupación, pero sonrió.

—Son gemelos. Gracias a Dios no son trillizos, como sucedió con

mi cuñada, me hubiese dado un patatús —exageró y puso los ojos en blanco. Todos se rieron de la broma y se concentraron en Sam. Ella giró a buscar a Oliver, porque como sucedía cada vez que tocaban un tema parecido, surgía el modo proteccionista y exagerado que había aprendido a amar y odiar de su familia—. Ya lo verás, Sam, dentro de nada saldrás embarazada, no te preocupes por ello. Mira a Alexa —señaló a la rubia, quien la veía con esa preocupación inherente—, pensaba que no podía y ahora tiene cuatro niños. Mírame a mí, yo definitivamente no quería y, al parecer, solo basta que falte un condón para que caiga. Tienes que relajarte y sucederá.

Samantha asintió mirando hacia el frente y apretó sus labios con fuerza. «¡Claro, Rachel, porque puedo apretar un botón y relajarme!», satirizó para ella y tuvo que morder su lengua para que eso mismo no saliera por sus labios.

—Detente, Rachel. Ahora —exigió Alexa y la miró conocedora. Sam asintió y apretó su mano por un par de segundos ya que, de todas las personas que la conocían, Alexandra era la única que en verdad entendía cómo la desesperanza que la invadía por toda esa situación no tenía precedentes.

Suspiró hondo y luchó mientras se repetía que tenía que matar esos pensamientos oscuros e injustos. Eran jóvenes, estaban juntos y eran felices. Además tenía a Sebastian que era la luz en la vida de ambos y, en el piso de arriba, un sobre cerrado encima de su mesa de luz la estaba esperando con los resultados de una prueba de embarazo que le habían entregado esa mañana. Tenía tiempo sintiéndose extraña, desde hace dos meses que no le bajaba el período y ella tenía la esperanza de que por fin estuviese embarazada.

Llevaban un año intentándolo, y ambos ya estaban agobiados, se empezaban a sentir estresados cada vez que recibían un resultado negativo.

Cuando Derek salió al patio, ella se levantó corriendo hacia él, en parte porque era la primera vez en dos años que lo veía, pero en su mayoría para huir del tema que no quería tocar ese día. No hasta que supiera el resultado de su última prueba y junto a Oliver tuvieran una celebración privada.

—¡Derek! —gritó emocionada y lo abrazó con libertad. Lo escuchó reír, emocionado.

—Mariposa, estoy tan feliz de verte. —Ella asintió y sus ojos se humedecieron sin poder evitarlo. Derek arrugó su frente y apoyó las manos sobre sus mejillas—. Estás rosada como siempre lo quise, pero hay algo que está bloqueado, ¿qué sucede, nena?

Ella se encogió de hombros y suspiró, odiaba estar tan emocional, aunque esperaba que eso tuviera que ver por los cambios hormonales.

—Soy una idiota —respondió, para quitarle importancia—, ¿por cuánto tiempo te quedarás? Podríamos intentar una pequeña escalada, lo necesito.

—Me temo que no mucho, pero para eso haremos tiempo. Además, tengo una sorpresa que darte. Viene en camino.

Ella sonrió pero no pudieron seguir hablando, porque Sebastian apareció frente a ellos y se lanzó sobre Derek, para abrazarlo.

—Sebas, ¿cómo estás?

—Bien. Ahora tengo papá —comentó Sebastian y lo miró emocionado.

—¿Sí? —preguntó y vio que señalaba a Oliver que salió de la cocina—. Eso me parece lógico, algo siempre los ha conectado a los tres, aunque nunca logré descifrar el motivo. —Miró a Sam interrogante, ella se encogió de hombros, no tenía idea de lo que estaba hablando.

—Tengo que regresar —dijo el niño y señaló a Nella, el cabello rubio de la niña brillaba por el sol, y cada día que pasaba le recordaba más a Alexa, aunque Sam creía que heredaría la altura de su padre.

—Ve, tienes que estar a su lado, ¿no? —preguntó y Sam le entornó los ojos, confundida, mientras el niño corría a seguir jugando—. Él era increíble cuando lo vi por última vez, pero ahora es algo más, su aura es una luminosidad de colores más brillantes que nunca y pareciera como si nunca fuera a establecerse solo con uno. Es verdad lo que creí en ese entonces, es un niño de cristal.

—¿Niño de cristal? —cuestionó ella incrédula.

—Diego lo sabía, yo se lo comenté una vez, y por eso quería

conocerlo y protegerlo tanto, ya que esos niños son un regalo. Generalmente se unen o se mantienen muy cerca de los índigos porque son su equilibrio, se complementan. Como Sebas lo hace con Nella, porque ella tiene el aura más azul que he visto en mi vida. — Derek le sonrió emocionado, pero ella solo lo observó sin comprender las cosas que estaba diciendo, al parecer no importaba el tiempo que pasara, él jamás cambiaría. Sin embargo lo escuchó, ya que decía que era rosada, y lo cierto es que se sentía más en paz de lo que nunca había estado antes, feliz y satisfecha, aunque estaría completa cuando finalmente viera el resultado de la prueba de embarazo y este fuera positivo—. Según lo que he estudiado, ellos nacen en esta época porque las vibraciones en la Tierra son lo suficientemente fuertes para permitirles sobrevivir, ya que son empáticos a mayor medida, psíquicos, pero sobre todo, sensibles. ¿No te has preguntado por qué él a veces parece tan ensimismado, tan tímido? ¿Por qué por lo general está alejado de las personas, como si le aturdieran, y no confía en todos, pero solo a veces con una persona en específico puede ser abierto, así no la conozca?

—Susan me dijo que de esa manera se comportó cuando vio por primera vez a Oliver, y recuerdo que con Diego también fue así.

—Sí, yo también lo recuerdo —respondió con una sonrisa triste. Entonces negó con la cabeza, como si quisiera sacudirlo de su alma. Sam podía entenderlo. Al menos una vez al día, Susan surgía de la nada y ella debía hacer lo mismo para poder respirar con normalidad—. Solo te pido que lo aceptes como es; al igual que el índigo, él no accederá con un simple no o una amenaza, Sam, pero sobre todo él necesita mucha paz y amor, ya que ellos sienten todo a un nivel distinto, es la única forma en que se desarrolle sin inhibirse o ensimismarse.

Ella concordó y pensó de nuevo en su prima, en la responsabilidad que significaba criar a su sobrino; de hecho, por muchos años pensó que no volvería a verlo. También meditó sobre los extremos que había cruzado para protegerlo y, de la nada, eso la hizo reír. Oliver llegó a su lado y la abrazó, ella apoyó la cabeza en su pecho.

—Oliver y yo siempre hemos protegido a Sebas, incluso antes de

haber nacido. ¿Sabías que fue por él que nos casamos?

—¿Qué? —preguntó Derek y los miró, aturdido.

Sam se apoyó en Oliver y lo sintió enderezarse, la tensión se irradiaba incluso desde sus poros; sin importar los años que pasaran, ese jamás sería un tema agradable, y la verdad es que no sabía por qué lo estaba sacando a relucir.

—Michael me tenía convencida de que fuera su amante cuando me enteré de que Susan estaba embarazada, le pedí ayuda a Oliver y no hicimos nada mejor que casarnos. Una idea genial, ¿verdad, cariño?

Derek miró hacia el niño que escuchaba hablar muy atentamente a Nella. Sam giró hacia Oliver y lo encontró con sus ojos turbios, el marrón abarcando todos los puntos verdes.

—Maravillosa —dijo entre dientes. Ambos se sacudieron y entonces se preguntó si ese era el motivo por el cual, sin importar el tiempo transcurrido y lo sólido que se sintieran en esa relación, ninguno de los dos había siquiera mencionado la palabra matrimonio. Quizá le tuvieran terror a que eso conllevara a un nuevo fracaso.

—El mismo niño que prometieron proteger después de que su madre murió fue el que les dio el empuje final para estar donde están ahora. —Giró hacia Derek y lo encontró con los ojos como platos—. Sebastian siempre los ha unido, de una forma u otra.

—Supongo que es lo que hacen los niños, ¿no? —dijo de la nada, con su atención fija en Oliver, cuyo marrón de sus ojos invadió todo en su mirada. Ella lo tomó de la barbilla, para besarlo casi con brusquedad—. Todo está bien. Ya lo verás —le susurró contra sus labios cuando se apartó, antes de volver su atención a Derek, que seguía observándolos con interés casi científico. Suspiró y sacudió su cabeza para concentrarse, habló en un tono más alto—: Bien, ya el último participante está aquí, es hora de ajustar cuentas.

Se acercaron a los canapés y rodearon la mesa de café de vidrio.

—Vale, el límite que asignaron de la apuesta era un año después de que empezaran a vivir juntos, y les he dado un gran colchón de ocho meses adicionales, pero ya es suficiente. Es hora de cobrar mi dinero —inició Derek.

—Yo sigo diciendo que en un mes el hombre lo arruinará —expuso Lucas—. Es más que obvio.

—¡Cállate, jodido imbécil con complejo de Billy Beane! —explotó Oliver y Sam apretó su muslo a la vez que soltaba una risilla—. Es obvio que eres malo en todos los puñeteros métodos, comenzando con los anticonceptivos.

Alexa soltó una carcajada mientras trataba de contener a Lucas, que parecía iba a taclearlo en el asiento.

—Oliver, no maltrates a los invitados —advirtió Samantha

—¿Invitados? —preguntó Oliver y bufó—. Viven más en mi casa que nosotros, están muy mal acostumbrados, ¡Te ven como a una niñera!

—Se están yendo por la tangente aquí. Sin más discusiones, mi dinero —cortó Derek divertido.

—¡Calma! —exigió Rachel—. Es cierto, es hora de pagar la apuesta, y yo entiendo a Oliver, cuando apostaron por mí...

—¡Cállate, Rachel! —interrumpió Alexa—. No me hagas hablar, le quitaste a Derek la mitad del dinero porque Theo te convenció en menos de veinticuatro horas.

—Hubo un vacío legal y era justo que se repartiera el pote con nosotros —respondió Theo con voz técnica.

—Concéntrense, gente, eso no viene al caso, lo único importante es que todos tienen un compromiso moral hacia mí. Se burlaron, me ultrajaron, ¡me sentí como Dumbo en el circo! Pero ahora tienen que pagar, y espero que hayan aprendido la lección, ¡dos sobre dos! —anunció Derek y escuchó que todos bufaban con fuerza. Alexa sacó de su cartera unos papeles.

—Aquí está el cheque por los que no están en el país —le informó —, cuarenta mil dólares de Christian, Ilana, Nathan y Emma, a nombre del portador, como lo pediste.

Él lo aceptó sin dejar de sonreír, después recibió dos cheques más por parte de Alexa y Lucas, dos por parte de Rachel y Theo. Entonces giró hacia Sam. Ella lo miró sin parpadear y se mordió el interior de su mejilla antes de sacar su cheque del bolsillo de la falda de velos amarilla.

—¡Joder! ¡Apostaste de nuevo contra mí! —explotó Oliver de inmediato, como sabía que iba a suceder—. No puedo creer esto.

—Era la mayoría, Oliver —trató de explicar Sam.

—Ni una jodida palabra —respondió él entre dientes.

—¡Es buena suerte! —insistió ella—. Si lo apuestas no se realizará, en serio, siempre pierdo, por eso tengo que hacer trampa.

Todos se rieron, aunque nadie discutió porque siempre supieron que los había estafado: Theo le contó a todo el mundo que ella había pedido que alargaran el tiempo para ganar la apuesta.

Vio a Derek tomar el primer cheque y entregárselo a Oliver.

—Un placer hacer negocios contigo —informó y Oliver sonrió de forma maliciosa sin apartar la mirada de Lucas, que en ese momento boqueó varias veces.

—¡Maldición! Obvio que no lo iba a joder, ¡apostó a su favor! ¿Cómo no nos enteramos? ¡Alexa! —La rubia asintió.

—Cierto, Oliver, hay reglas...

—Jódanse ustedes y sus reglas —gruñó, interrumpiéndola—. Y te arrancaré un testículo si vuelves a apostar en mi contra —amenazó sin apartar el dedo acusador de Lucas—. Quizá le estaría haciendo un favor al mundo, si lo hiciese la sobrepoblación menguaría un poco.

Con eso salió de allí dejando a Lucas gruñendo, Alexa acariciando su pecho, y Rachel, Theo, Sam y Derek casi aullando de la risa.

Un par de horas más tarde, Oliver, Theo y Lucas estaban en la parrilla haciendo la cena, mientras los demás nadaban en la piscina. Sam estaba concentrada en Derek, que le contaba su vida durante el tiempo que no se habían visto, tendían a mantener contacto durante mensajes de texto y llamadas, pero igual parecía que se había perdido demasiado.

—Me fue muy difícil superar la muerte de Diego y solo lo logré por él, porque me buscó en sueños y me hizo reaccionar, me ayudó a ver que estaba perdido en mi dolor y allí conocí a Shine. —Sonrió y sus ojos brillaron—. La encontré una noche, iba camino a surfear en Zuma Beach en Los Ángeles y su auto estaba varado en el camino. No la he dejado ir desde entonces, no quiero que se repita lo mismo que sucedió con la otra mujer que encontré cuando fui a surfear en

Australia, la que se me escapó de las manos.

Ella rio divertida, ya que seguía igual de coqueto que siempre.

—¿Y es tu alma gemela?

—No lo sé, lo espero, la amo con locura y sé que es recíproco, pero a diferencia de todos los demás a mi alrededor, su color y forma son difusos para mí, quizá tenga que ver con el equilibrio, puedo verlo todo menos cuando me concierne, porque si no lo tendría más fácil que el resto de los mortales. Sea o no sea mi alma gemela, me da igual. —Revisó su teléfono y sonrió—. Y está afuera porque quiero presentártela, junto con mi sorpresa.

Ella lo siguió hacia la puerta principal y, al abrirla, entró una chica como de un metro sesenta, curvilínea y bastante exuberante, hermosa en una forma natural, su cabello castaño era ondulado y sus ojos marrones brillaban emocionados y casi inocentes. Supo al instante que sería una buena pareja para él, porque Derek necesitaba a alguien que entendiera el mundo tal como lo hacía él. Sam la estudió por un par de segundos hasta que sus ojos cayeron en su vientre abultado. Estaba embarazada.

Todo el mundo a su alrededor quedaba embarazado. Todo el mundo.

—Vas a ser tía de nuevo —informó Derek, feliz.

Ella forzó una sonrisa y los felicitó, creyó haber gritado de la emoción, y decir todas las cosas correctas. Shine la saludó con un abrazo efusivo y le dijo muchas cosas, algo sobre que estaba feliz de por fin conocerla, pero Sam no pudo comprender ni la mitad de las palabras que pronunció.

Por fin les pidió que fueran al patio a sorprender a los demás, y les informó que pronto los seguiría, solo debía ir al baño un minuto. Derek la miró confuso, pero se dejó llevar por Shine.

Sam subió hacia su habitación y tomó el sobre cerrado, había planeado abrirlo esa noche, después de que todos se hubiesen ido, Sebastian estuviese dormido y Oliver y ella hubiesen disfrutado de una noche de celebración privada. En cambio lo rompió con desespero y leyó el resultado. Se deslizó hasta tocar el suelo, la hoja de papel cayó sobre su regazo antes de esconder la cara entre sus

manos y comenzar a llorar, sollozos desgarradores y adoloridos comenzaron a dejar su pecho.

No habían pasado ni dos minutos cuando sintió los brazos de Oliver rodearla.

—Maldita sea —lo escuchó gruñir antes de que la apretara contra su pecho—, no te pongas así, por favor. Por favor, Samantha.

—Me siento tan inútil —susurró entre sollozos y él gruñó más fuerte antes de girarla para que quedara acomodada sobre su regazo. La espalda de Oliver estaba apoyada contra el lateral de la cama. La forzó para que lo viera, pero ella no podía apartar la mano de sus ojos, no quería notar la angustia que sabía existiría en su mirada—. Todas las mujeres que conocemos se han embarazado tan rápido. Y ni hablar de nuestras amigas... Todas. Alexa, Rachel, Bianca, Shine, al parecer. De seguro ni siquiera lo estaban intentando, faltó un condón y listo... Niño o niña; en algunos casos, ambos. Y nosotros no podemos por mi culpa. Todo es mi culpa...

—¡Basta! —se quejó él y con las manos en sus hombros la zarandeó, para que reaccionara.

Ella estaba fallando, en todo. Incluso a Oliver, estaba claro que él nunca había querido tener hijos, pero hace un año, él aceptó convertirse en padre como la materialización de un nuevo sueño; Oliver creía que Sam no lo entendía, pero sí que lo hacía: la decisión de dejarla embarazada venía de la mano con la culpa que aún sentía por el hecho de que Sam perdiera su capacidad para mostrarse en sus pinturas. Y ella también había fracasado en eso, en permitirle a Oliver la redención a través de otro de sus mayores sueños, ser madre.

No era como si no lo hubiesen intentado. Los primeros seis meses fueron naturales, y ligeros. Oliver la había acosado con que «la práctica hacía al maestro», fue divertido, excitante, emocionante y lleno de sueños. Después, vinieron los médicos y su vida comenzó a girar en torno a sus ovarios. Fue Oliver quien insistió en que ella fuera a ver a un especialista, él había ido antes, imaginaba que lo hizo porque comenzó a temer que algo iba mal, pero todo estaba normal con él. Era ella la del problema, era ella la que tenía ovarios

poliquísticos de gran tamaño, era ella la que sufría de irregularidad de ovulación. Era ella la que no servía.

Tal vez, si hubiera prestado más atención cuando comenzó el tratamiento porque su período se volvió cada vez más doloroso e irregular; si hubiese sido consciente antes, esto no estuviese pasando. Siempre tuvo relaciones con Oliver sin protección, era cierto que durante todo el tiempo se mantuvo en tratamiento anticonceptivo, pero igual ese método no era infalible y aun así en ningún momento de su vida sexualmente activa había surgido la pregunta: ¿puedo estar embarazada? ¿Por qué no pensó en eso antes?

—Samantha, mírame. Ahora —exigió Oliver, su voz autoritaria y frustrada. Ella lo cumplió de inmediato. Limpió sus mejillas y lo observó. Odiaba el marrón que la recibió, y detestaba ser la culpable de que esa tonalidad hubiese invadido sus ojos de nuevo—. ¿Qué nos dijo la doctora Lipsik? Recuérdalo. Primero terminamos el tratamiento anticonceptivo y después lo intentaremos de nuevo bajo su control. Vamos a tener éxito, solo hay que tener paciencia, ella tiene confianza que será así.

Sam deslizó su mano por la barbilla de Oliver y asintió, sin creerlo en realidad. Él había sido su roca y lo amaba, también lo odiaba, porque en el fondo sabía que él no quería nada de esto, que solo lo veía como un fin, como una retribución. En cambio, para ella, era más que un anhelo, era una creación, la más grande que pudiera hacer en su vida, incluso más que una pintura, o un cuadro, o un millón de exposiciones juntas, era algo maravilloso, de ambos y que brillaría con luz propia.

Apretó los labios en una línea y bloqueó esa voz. Detestaba cuando esos pensamientos merodeaban por su cabeza, porque la hacían sentir sola, como si nadie la entendiera; y también eran injustos, porque él estaba allí, sin quejarse y había hecho todo lo posible para ayudarla.

—Sam... —lo escuchó susurrar, su voz quebrada y la atención fija en el papel que reposaba a su lado. Ella empezó a llorar de nuevo—, ¿qué significa esto? —Leyó el resultado negativo y suspiró—. ¿Dejaste las pastillas anticonceptivas de nuevo? —Ella asintió.

—Las dejé antes de tu cumpleaños, y estaba tan segura de que habíamos hecho un bebé. Tenía dos meses sin mi período y me sentía extraña.

—Ella dijo que el tratamiento debía ser ininterrumpido por al menos seis meses, Samantha, para ayudar a eliminar los quistes. Después, si eso no funcionaba, trabajaríamos en la estimulación de la ovulación.

—Lo sé, Oliver, pero me siento ansiosa, deprimida y frustrada; tú también lo estás. Es ilógico que las pastillas anticonceptivas me ayuden a embarazarme cuando su trabajo es prevenirlo —expuso de forma vehemente.

—Tenemos que darle una oportunidad. Ya hemos hablado de esto.

—Quiero que intentemos la inseminación artificial —confesó y Oliver apretó la sujeción en sus caderas. Ella lo miró ansiosa—. He leído bastante sobre esa técnica. No es un método tan invasivo como lo sería el *in vitro* y tiene muy buenas probabilidades de éxito en mi condición, es corto y recomiendan que lo hagamos cuatro veces seguidas para mayores probabilidades de éxito. No podemos seguir esperando —le rogó.

—Pero... —intentó discutir.

—Sebastian ya está muy grande, al ritmo que vamos, cuando por fin salgamos embarazados estará a un paso de la Universidad.

—El niño solo tiene siete años, Samantha —comentó—. Intentemos primero terminar los tratamientos recomendados, sin ninguna otra interrupción —pidió con suavidad. Ella bajó los hombros y la cara, derrotada.

—Sí, claro. Lo siento. Es que no quiero seguir sintiéndome así, defectuosa, como si...

Él la tomó por el cuello y la besó, evitando que terminara de hablar. Ella jadeó, no se lo había esperado, pero respondió de forma ansiosa, necesitaba sentir algo más que la tristeza.

Lo besó con fervor y frustración, se arrodilló sobre él y aruñó su cabello, lo envolvió en un puño y apretó con fuerza, lo escuchó sisear como reacción.

Un segundo después la había bajado hasta que quedó acostada

sobre el suelo con él encima, liberó sus labios y atacó su cuello, lo mordió y lamió, causando que gimiera más fuerte.

—Oliver —sollozó ella y jaló su camisa fuera de sus pantalones, quería sentir su piel contra la suya.

Él subió la falda de vuelos y comenzó a acariciarla sobre la ropa interior. Ella bajó sus manos para desabrochar su correa y pantalón, pero él la detuvo al pegar su ingle contra su sexo, para acercarse a su oído.

—¿Sientes esto? —rugió, su voz dura. Tanto que ella se estremeció, parecía bastante cabreado. No lo entendía—. No te atrevas a volver a repetir esa mierda —siseó contra su piel antes de apretarla aún más contra su cuerpo.

Después estaba por todos lados, besándola ferozmente, desgarrando su ropa interior, su blusa de seda y su brasier. Ella lo imitó, arrancó los botones de su camisa, antes de abrir su *jean*. Y Oliver, sin molestarse en permitir que lo desnudara por completo, se adentró en ella en una embestida certera, dura y profunda.

Samantha emitió un grito antes de arquearse contra el suelo, sus manos sobre su espalda baja, clavadas en su piel.

Los movimientos eran lentos, pero fulminantes. Lo mordió en el hombro porque cada vez que embestía tocaba cada una de sus terminaciones, sus puntos erógenos, y parecía que accedía a todos a la vez, ya que sus manos la acariciaban y su boca se concentraba en sus pechos, los mordía una y otra vez, sabía que iba a marcarla, pero no le importó.

Sam gimió una y otra vez, estiró la cabeza para lograr obtener aire, mientras se sentía deshacer en sus brazos.

—Oliver —jadeó varias veces cuando él aceleró sus arremetidas. Unos minutos después, él la tomó del cuello para que lo besara, y cuando sus labios se tocaron, los unió con brusquedad, de forma abrazadora, amaratándolos.

Sam llegó al orgasmo un par de embistes más tarde, con los dedos de los pies encorvados, al igual que todo su cuerpo, porque el placer fue intenso y devastador. Él la siguió poco después.

Sam empezó a temblar, y aunque no lo creyó posible, minutos más

tarde volvió a atacarla otro orgasmo, ya que él continuó acariciándola con sus dedos de la misma forma fulminante en que la había poseído. Su cuerpo no paraba de temblar, y se dejó caer sobre el suelo, desfallecida.

Él colocó las manos sobre su cara y la forzó a que abriera los ojos.

—Espero que lo hayas entendido —gruñó él, su respiración agitada. Su tono era mortal. Sam lo miró embrollada y adormecida—. Nunca vuelvas a decir que eres defectuosa, maldita sea. Eres perfecta, Samantha. Perfecta y mía, ¿comprendes?

Ella parpadeó y sus ojos ardieron. Sin poder evitarlo, un par de lágrimas corrieron por la comisura de sus ojos hasta perderse en su cabello rojo. No se sentía perfecta, más bien era un fraude.

—Sabes que eso no fue lo que quise decir —le respondió, su voz ronca y triste.

—No me importa, Samantha, nada de eso te hace menos mujer para mí, ¡maldición! —Se pasó una mano por el cabello y se movió, liberándola de su peso y saliéndose de su vagina. Terminó de quitarse la camisa destrozada, los zapatos y su *jean*, antes de caminar hacia el baño.

Sam se quedó así, no podía moverse, ni siquiera para cubrirse. Lo vio regresar poco después, tomó la hoja del examen médico y la rompió en pequeños pedazos, antes de acuclillarse frente a ella, aún desnudo, y terminó de quitarle la ropa. Ella se concentró en ver su pecho, sus hombros, se detuvo en el lunar al lado de su nariz, y en sus ojos verdes del tono similar a las hojas de los olmos.

Elevó su mano y la puso sobre su mejilla. Él dobló su cabeza para dejar caer el peso sobre ella y se movió para besar la palma con suavidad, la acción era una contraposición asombrosa a la forma en la que la había tomado apenas unos minutos atrás, pero la conmovió de igual manera.

—Sé que lo hago muy difícil —se disculpó, justo antes de que Oliver la tomara en brazos y la llevara a la ducha.

—Eres demasiado terca, no escuchas a nadie. Y siempre crees saber más que los demás, incluso que los doctores. ¿Por qué paraste el tratamiento?

—Quiero tu bebé —susurró de forma ilógica, porque lo cierto es que no tuvo ningún motivo para hacerlo más que sentir que era lo correcto.

Él suspiró y la bajó en la ducha, luego cerró la puerta de cristal. El agua los rodeó, y él unió sus frentes. Sus ojos se tornaron aguamarina y eso, sin ningún motivo, la hizo sentir más segura.

—Si intentamos la inseminación artificial, quiero que dejes de pensar esa idiotez de que no sirves y que pares de presionarte. ¿Comprendes?

—Sí.

—Yo también quiero darte un bebé, Samantha, pero no puedo seguir pasando por esto, hay muchas otras posibilidades y ya tenemos a Sebastian. No quiero seguir viéndote o encontrándote así, no puedo soportarlo.

Ella asintió y cerró los ojos para evitar llorar.

—Y cada jodida vez que pienses eso o una pendejada parecida me lo dirás, si no ¿para qué demonios estoy aquí? —refunfuñó y ella asintió de nuevo contra su frente.

—Te amo —le susurró Samantha sintiendo que su voz se rompía al final. Él la abrazó más fuerte y se quedaron allí, sin preocuparse de que en el primer piso había más de diez personas esperándolos y que era su cumpleaños.

Capítulo 21

*¿Adónde iremos a partir de aquí?
Aquí no es donde deseábamos estar.
Lo teníamos todo, tú creíste en mí,
yo creí en ti.*

*Las certezas desaparecen,
¿qué haremos para que
nuestros sueños sobrevivan?*

You Must Love Me, Evita Soundtrack, Maddona

Oliver estacionó su vehículo en la cochera de su casa y suspiró de cansancio. Vio el reloj brillante que marcaba casi las tres de la mañana y de nuevo lanzó un juramento a todas las aerolíneas y a los aeropuertos. Debió haber llegado a Chicago a las siete de la noche, después de todo, el viaje desde Nueva York era corto, no más de una hora y media de duración, pero atrasaron la hora de partida y, aunque no estuvo pautado en el itinerario, hicieron una escala en Ohio. De todos los días en los que pudo haber sucedido, ese fue el peor de todos y se maldijo por no haber aplazado el viaje.

Le había rogado a Samantha que lo esperara, pero en lo más profundo de su ser, supo que no lo hizo, y estaba aterrorizado por lo que encontraría cuando entrara en su habitación. En parte rogaba con que estuviese durmiendo, el sueño era seguro, significaba que ella estaba en paz; si no alegre, al menos conforme. Fantaseó con que lo estuviese esperando con una prueba del hospital que dijera positivo y que por fin estuviese embarazada, pero dudaba de que ese fuera el resultado, en especial porque dejó de contestar el teléfono

después de las doce de la noche.

Ella había sido tan fuerte durante los últimos siete meses, desde que comenzaron con el proceso de la inseminación artificial. Las inyecciones que ayudarían a la estimulación ovárica, las hormonas, las continuas ecografías, soportó cada reto con entereza, así como el respectivo negativo después de cada intento. Habían hecho el proceso un total de tres veces, y ese día se cumplía el período pautado por la doctora Lipsik para saber el resultado del tercero. Oliver esperaba que fuera el último, a pesar que aún podrían hacerlo una vez más sin correr ningún riesgo. Estaba agotado de la presión, de los médicos, de las pruebas y de eyacular en un pote para poder embarazarla.

Entró en la casa y todo estaba apagado, lo cual era normal para la hora, Sebastian debía estar durmiendo, y Charlotte, la señora que ayudaba con la limpieza y la cocina, debió haberse ido a casa horas atrás. Sin embargo, tampoco había velas encendidas alrededor de la habitación ni Samantha lo esperaba con una gran sonrisa y sus ojos azules brillantes de emoción.

«Maldita sea». Se pasó una mano por el cabello, dejó la chaqueta y el maletín encima de la mesa de comedor de vidrio para salir corriendo hacia la habitación principal. La encontró vacía, al igual que el baño y con ello se comenzó a desesperar. Salió del cuarto y entró a la habitación del niño, creyó que la encontraría vacía, pero Sebas dormía relajado, con sus extremidades estiradas hacia todos los lados y la sábana en el suelo. Oliver negó con la cabeza y lo arropó, antes de salir en búsqueda de su mujer, debía estar en la casa, era imposible que hubiese dejado al niño solo.

Volvió a bajar los escalones y comenzó a llamarla, incluso entró al sótano por si en un ataque de depresión hubiese empezado a pintar, pero tampoco la localizó allí. Maldijo de nuevo y vio la puerta que daba hacia el patio. Estaban a mediados de marzo y con ello los inicios de la primavera, pero aún hacía frío, el hielo no se había descongelado del todo, porque si algo había aprendido de vivir en Chicago era que sus inviernos eran horriblos, incluso tenían que usar chaquetas aislantes para soportar los peores días de este.

Caminó hacia el patio y, como imaginó, la encontró sentada en el canapé blanco, estaba arropada con dos colchas gruesas y tenía una botella de vino frente a ella, estaba abierta, pero por lo que pudo notar no había tomado ni un sorbo. Al lado de la botella reposaba un papel, pero él no tenía que leerlo, sabía lo que decía.

Oliver suspiró y bajó la cabeza antes de sentarse a su lado. Quiso destruir el cielo, el universo, la creación, en cambio metió la mano por la sábana y acarició su pantorrilla, intentó entrelazar sus manos, sin éxito.

—Samantha, por favor mírame —insistió al ver que no reaccionaba.

Movió sus manos para tomar su cabeza entre ellas y girarla hacia él. Cuando lo hizo, en sus ojos había tanta tristeza que amenazó con quebrarlo.

—Maldita sea, te dije que me esperaras, ¿por qué eres tan cabezona? —exigió Oliver acariciando sus mejillas.

—No pude hacerlo —susurró ella y después surgió el primer sollozo—. Dijeron que iba a funcionar, pero no es cierto, Oliver, lo hemos intentado tres veces, y aún no ha pasado —balbuceó.

Él la tomó en sus brazos, rodeando las colchas.

—No, déjame —susurró Samantha y trató de apartarse, pero él la abrazó con más fuerza, la empujó contra su pecho y comenzó a balancear de un lado a otro.

—Shh, cariño, está bien. Todo está bien —intentó consolarla, sin ningún éxito, ella emitió un sollozo desgarrador desde lo más profundo de su pecho.

—¿Qué está bien? ¡Nada lo está! Suéltame, por favor —rogó.

—¡No! —gritó Oliver angustiado, odiaba verla llorar y detestaba con todas las fuerzas esa situación—. Lo acordamos cuando decidimos intentar la inseminación, Samantha, juntos, no me apartes, no me alejes. ¡Háblame, estoy aquí!

Ella paró de luchar, reposó la frente sobre su hombro y siguió llorando. Él sintió que se le quebraba el corazón. Se levantó con Samantha entre sus brazos y la llevó dentro de la casa, subió las escaleras y entró a su habitación, se acostó en la cama, le quitó las colchas y la acomodó sobre su cuerpo, entonces la abrazó hasta que

terminara de desahogarse.

¿Cuántas horas llevaba sola en el patio? Estaba fría, aunque no sabía si era por el clima o por el shock, apostaba que era una mezcla de ambos. El corazón de Oliver se retorció en su pecho, y la sensación de fracaso que tenía casi dos años invadiéndolo lo dejó sin aliento. Era cierto que él no había querido tener un hijo, pero creyó que para ella sería algo que llenaría los espacios que habían dejado las metas sin cumplir y la haría feliz. En cambio, la estaba haciendo cada vez más miserable. Samantha era fuerte y disimulaba bien, sabía que era una de sus principales taras, la forma en que fingía que estaba bien para no preocupar a quien amaba, pero la conocía lo suficiente para entender que cada resultado negativo la estaba destruyendo.

Quizá por eso eligió el patio, necesitaba aislarse y dejar de fingir por un rato. Debía estar llegando a su límite.

Mucho tiempo después, el llanto había acabado, solo quedaba uno que otro hipido ocasional. Ella se sentó a su lado, y él se acomodó más cerca, le limpió la cara y besó sus mejillas y nariz. La vio bajar la cara, entonces la tomó y la dejó sobre su regazo, antes de hacer que escondiera su cara en su cuello.

—Odio las pruebas de embarazo —escuchó que susurraba y él asintió. También las odiaba, con furia desmedida—. Ellos dijeron que funcionaría —repitió.

—Lo sé —respondió y apretó su agarre—. Samantha, creo que deberíamos parar y respirar un poco. —Ella se apartó y frunció el ceño sin mirarlo, desconectada.

«Sí, amor, sé que no me lo pondrás fácil», pensó él.

—Sé que aún podemos hacer otro intento, pero es mejor que nos tomemos una pausa, solo por un tiempo. Ya tenemos a Sebastian, podemos esperar.

Elevó la cabeza con brusquedad y él supo que lo había arruinado. A veces tenía que ir de puntillas con ella porque las hormonas que le inyectaban la volvían loca.

—No puedo creer que hayas dicho eso —susurró y se alejó poniéndose de pie frente a la cama—. Oh, Dios, no puedo creerlo.

—¿Samantha?

—Por supuesto, tú debes estar feliz con estos resultados, porque seamos sinceros, Oliver, ¡nunca has querido que esté embarazada!

—¿De qué demonios estás hablando?

—¡Sabes muy bien que digo la verdad! —gritó y él casi se dejó caer sobre la cama de la impresión—. Nunca lo quisiste y, cuando aceptaste intentarlo, solo fue por lástima o por una especie de pago porque crees que me arrebataste la pintura, así que usaste a un niño como un premio de consolación. ¡Pues, felicitaciones! No estoy embarazada y parece que eso no va a cambiar, ¡nunca!

Comenzó a llorar de nuevo y él suspiró.

—Samantha, eso no es cierto—advirtió en tono conciliador, se levantó de la cama y se acercó para tratar de agarrarla. Ella se apartó con rapidez para evitarlo.

—Debes estar feliz, porque nadie jamás podrá decir que no lo intentaste. Así que te libero, tu conciencia puede estar tranquila, lo intentaste, pero soy yo la del problema. Allí está, tienes tu libertad y tu deseo cumplido de no tener más niños, ¡todo por el mismo precio!

—Lo último lo gritó hasta casi quedar afónica, su respiración era agitada y apretó las manos en puños antes de golpear repetidas veces sus sienes con ellas. Oliver volvió a intentar acercarse, pero ella brincó para alejarse hasta golpear la pared al lado de la cama—. No puedo soportarlo más. ¡Necesito... necesito alejarme! —Pasó sus manos por su cabello rojo, en un gesto nervioso y ansioso, luego caminó hacia la salida—. Tengo que estar sola.

—Maldita sea, para en este momento —gruñó él, frustrado por toda esa situación.

Ella abrió la puerta de la habitación principal y negó con la cabeza, sus movimientos eran descoordinados y se sacudía con fuerza cada diez segundos.

—Solo tengo que pensar y calmarme. Necesito... Irme. —Abrió la puerta, pero antes que la sobrepasara él la tomó del antebrazo. Ella miró hacia el frente, sus ojos azules estaban dilatados y brillosos. Su tez era blanca como el papel—. Oliver, solo déjame ir, te lo estoy implorando.

Él quiso gritarle que no lo apartara, que ambos estaban bajo mucha

presión y que eso solo lograría empeorarlo todo. Pero ella no lo miraba, sus ojos estaban cerrados y sus mejillas húmedas, así que suspiró profundamente queriendo maldecir al mundo de nuevo. Se sentía tan condenadamente impotente.

—Solo recuerda que no has sido tú la única que ha pasado por esto, yo he estado aquí, a tu lado. No merezco ningún premio ni me siento liberado, Sam. Y al igual que tú, yo tampoco obtuve otro hijo esta noche —le lanzó y la sintió temblar.

La liberó y deseó que se girara para que de alguna manera reafirmara esas palabras. Sin embargo, ella siguió derecho y bajó las escaleras.

Oliver se pasó una mano por el cabello desordenado y empezó a perseguirla. No podía permitir que saliera de la casa, estaba en estado de shock. Comenzó a bajar las escaleras que ella recorrió unos segundos atrás. Primero abrió la puerta principal ya que creyó que saldría por allí, en especial porque no había escuchado el sonido de la máquina del coche. Cuando no la encontró en los alrededores, se dirigió hacia la puerta trasera, a la entrada del garaje.

Suspiró y volvió a pasarse una mano por la cabeza cuando la encontró montada en su camioneta, sus manos estaban afianzadas sobre el volante en un agarre mortal, su visión estaba fija al frente, como si ya estuviese manejando, a pesar de que el vehículo no estaba ni siquiera encendido.

—Me lleva el demonio —gruñó mientras caminaba hacia allí y abría la puerta del copiloto, recordó el sitio exacto donde se encontraba la llave de repuesto del vehículo, aunque al final no la necesitó porque ella no la había bloqueado.

Se montó sin decir palabra, Sam no hizo ningún movimiento que mostrara que sabía que estaba a su lado. Oliver subió la mano para apretar la suya sobre el volante, sin dejar de observarla.

Dejó caer su cabeza sobre el asiento, el agotamiento llegaba hasta sus huesos. Fuera de toda esa situación ellos tenían una buena vida, su empresa iba bien, ella seguía haciendo campañas publicitarias cuando en verdad le interesaba y había comenzado a ilustrar historias de niños. Inició como un *hobby*, cuando para Navidad les

regaló a los niños del grupo un cuento con sus ilustraciones. Sus dibujos eran cálidos, juguetones e irradiaban felicidad, las pinturas no tenían el sello especial de Sam que la caracterizó antaño, pero le encantaba hacerlos y le traía algo de paz. Además de ello, Sebastian era un gran niño, ambos estaban por fin en su hogar; ¿por qué demonios les tocó vivir esto? ¿Por qué se estaba destrozando así?

Esto solo era la interpretación sádica y morbosa de algún ente superior a su declaración de: «¿qué parte de su vida había sido fácil?».

—Lo siento —susurró ella diez minutos más tarde—. Lo siento tanto. Por favor, perdóname.

—No hay nada que perdonar. Está bien —le respondió. Ella negó con la cabeza, aún sin mirarlo.

—No, nada lo está. No debí decirte esas cosas, no son ciertas, ninguna lo fue. Solo...

—Lo sé —la interrumpió y se acercó para besar su cabello y acariciar su espalda.

—No puedo más, Oliver, estoy tan cansada. He luchado por ser fuerte, para que no me afecte, pero ya estoy a punto de rendirme —le susurró y se estiró para esconder la cabeza sobre su pecho.

Oliver se quedó apoyado en el respaldo de su asiento y la abrazó. La escuchó llorar de nuevo, y como siempre odió ese sonido, estaba dispuesto a vender su alma para no volver a escucharlo.

Una hora después consiguió sacarla del vehículo, la cargó hasta su cama, la desnudó y después de hacer lo mismo se acostó a su lado, no permitió que se apartara, porque necesitaba que durmiera abrazada a él.

Aun así, cuando por fin la siguió, ya el sol empezaba a asomarse por la ventana.

OLIVER DESPERTÓ SIN SENTIRSE en absoluto descansado, parecía que solo había dormido cinco minutos, aunque como el sol estaba ya en lo más alto y los rayos luminosos y calientes acuchillaban sus pobres pupilas, imaginó que habrían pasado horas. Arrugó la cara y

volvió a abrir los párpados, apretó un dedo en medio de su frente, tenía la misma sensación de resaca como cuando te emborras hasta la inconsciencia, pero sin el sabor amargo en su boca.

Bajó la mirada en busca de Samantha, quien no estaba acostada sobre él, giró hacia el otro lado de la cama y lo encontró vacío. Masculló un juramento y se levantó de la cama, se vistió con lo primero que encontró —un pantaloncillo y una franelilla blanca— y salió a buscarla.

Se encontró con Sebastian en la sala, estaba sentado en el grueso sofá amarillo, con cara de adormilado, acariciaba a Tara mientras comía un biscocho, de vez en cuando rompía un pedazo y se lo daba a la perra. No pudo evitar sonreír ante la visión, estaba tan grande que le llegaba un poco más abajo del pecho, su cabello se había oscurecido, el miel claro parecía castaño medio, la forma de sus ojos azules le hacían recordar a los de Susan, aunque la curiosidad con la que observaba al mundo y la concentración con la que estudiaba algo eran características propias de Samantha. No había nada de él en ese niño, más que su barbilla, que era un rasgo familiar y sabía venía de Michael, aunque igual le encantaba cuando, de vez en cuando, lo veía emular alguno de sus gestos, como la forma en que tocaba su sien o echaba su cabello hacia atrás. Aparte de la responsabilidad, o del hecho que tuvo que aceptarlo porque sabía que pertenecería de forma permanente en la vida de Samantha, Sebas poco a poco fue adquiriendo su propio espacio en su corazón, lo adoraba y estaba seguro de que mataría para protegerlo.

—Sebastian —llamó. El niño giró hacia él de inmediato—. ¿Ese es tu desayuno?

—No, pero tengo hambre y Charlotte no ha terminado de preparar los gofres —confesó, y Oliver enarcó una ceja.

—Vale, pero solo come una y no le des más a Tara, no quiero una bomba nuclear ambulante por la casa —respondió y él niño asintió, azorado—. ¿Has visto a Samantha?

—Sí, hace mucho rato, pero salió y no me dijo a dónde iba.

Él asintió preocupado, aunque cambió su expresión a relajado cuando encontró a Sebastian estudiándolo, no quería estresarlo.

Suspiró hondo.

—Me bañaré y bajaré a desayunar, ¿me esperas?

Sebastian asintió y regresó su atención a la perra, se escuchaba el televisor encendido en el fondo, detrás de ellos, odiaba que eso estuviese en medio de la sala, en la casa que diseñaría para ellos el televisor no estaría allí, habría un cuarto especial de entretenimiento. Pero aún no había escogido el terreno perfecto para construirla. Ni había terminado con el plano. Pronto lo haría.

Negó con la cabeza y alejó ese pensamiento, ya que tenía cosas más importantes en las que pensar. Caminó a su habitación y se dirigió al baño; entró a la ducha unos minutos más tarde y comenzó a sentir un poco de alivio con el agua caliente.

Cuando terminó, abrió la puerta de la regadera y se encontró a Samantha sentada sobre el inodoro, jugaba con una bolsa de papel en las manos, su expresión era pensativa y avergonzada. Lo miró y abrió sus labios, pero antes de que hablara, él se le adelantó.

—Te lo dije ayer, Samantha, no hay nada que perdonar. Sé que ese ataque fue una mezcla de hormonas y desilusiones, solo dejémoslo estar. —Pasó una mano por su cara, antes de coger una toalla y empezar a secarse con movimientos rápidos y bruscos—. Imagino que ya pautaste la cita con la médica para hacer la ecografía basal y fijar la nueva fecha de inicio del tratamiento para la inseminación, así que solo dame la fecha para liberar mi agenda.

Odiaba sonar tan resignado y amargado. Esa experiencia no iba de acuerdo a lo que habían planeado, pero era lo que ella quería y él ansiaba dárselo, más de lo que Sam alguna vez lo sabría, y no por pago o por culpa, como lo acusó en el garaje, sino porque necesitaba saber que era feliz, que todos los sacrificios que —ambos— realizaron para estar juntos valieron la pena. Tenía que confirmar que él era el hombre que su mujer creía que era, y no el bastardo que ansiaba que acabaran con todo y volver a ser lo que fueron antes de ese maldito día donde él aceptó embarazarla como parte de una negociación.

Salió del cuarto de baño y entró al vestidor, fue directo a la ropa interior y escogió un pantalón de deporte y una camisa cualquiera.

Era fin de semana y todos estaban libres, así que planeaba pasar el día relajado, quizá jugar un poco con Sebastian.

—No hice ninguna cita —la escuchó a su espalda y Oliver giró a verla. Pequeñas ojeras rodeaban sus ojos azules, y su cabello rojo estaba sujeto en una coleta. Había perdido peso, notó de nuevo, y eso también lo odiaba. Amaba cuando Samantha se redondeaba en sus caderas y sus pechos se elevaban aún más, le encantaba rodear sus glúteos entre sus manos y apretarla hacia él. Ella caminó hasta quedar frente a Oliver, apoyó sus manos sobre su pecho y lo miró con súplica—. Tenías razón, y mis acusaciones fueron injustas, ya que es cierto, no son mis pérdidas, o tus pérdidas, es que cada mes perdemos algo valioso, y se siente como demasiado, cada una de ellas parece irremplazable e irremediable. —Oliver asintió y colocó las manos sobre su trasero, para acercarla a él—. Pero no es tu culpa, nunca lo ha sido.

—Tampoco es la tuya, Samantha —contestó con intención, y cuando ella bajó la mirada y asintió con gesto forzado, él masculló un juramento por la frustración y la furia de que fuera tan dura consigo misma, más de lo que era con cualquier otra persona—. Es una maldición, algo que afecta a una de cada diez mujeres allí afuera. No hay nada que pudieras hacer para evitarlo, para con esa mierda, sabes cómo detesto que te menosprecies. —Sam trató de forzar una sonrisa, no lo convenció en absoluto. Oliver subió su mano derecha y la deslizó por su cuello, para acercarla más a su cuerpo—. Eres perfecta como eres, hermosa. Y nunca me cansaré de repetirlo.

Sam asintió, más relajada, y entre ambos levantó la bolsa de papel, sacó el contenido y se lo enseñó: una caja de pastillas anticonceptivas.

—Creo que ya tuvimos suficiente, es hora de rendirnos —confesó ella, su voz afligida pero decidida—. Hemos pasado por mucho, y ha sido un año horrible. Es hora de aceptar que ser padres biológicos no está en nuestro destino. —Lo miró con tristeza y él jadeó en rechazo antes de jalarla más cerca; intentó refutar, pero ella tapó sus labios con su mano libre—. Esto nos está destruyendo y estoy cansada de las hormonas y los cambios, que nuestras ilusiones se vuelvan nada.

—Lo miró con añoranza—. Quiero dejar de pensar en fantasías y vivir con mi realidad. Tú y Sebastian, ya tenemos un niño hermoso, no necesito nada más, te lo juro. Y lo cierto es que no puedo volver a pasar por lo que sucedió ayer, no sería justo para ninguno de los dos.

—Samantha —la trató de interrumpir.

—Quiero hacerte el amor porque lo deseo, sin restringirnos a un tiempo determinado y sin estar temerosos de arruinar las posibilidades. No quiero más presión, solo que seamos nosotros. No puedo soportarlo más y no podría resistir que esto nos quiebre. —Lo abrazó y él respiró aliviado. Ella tiró la caja de pastillas con la bolsa de papel al suelo y se pegó a su cuerpo de forma sugerente—. Te amo —susurró.

Oliver la besó con urgencia, la alzó en sus brazos sujetando su trasero y caminó ciego hacia la cama. Ella lo abrazó y besó su cuello y mejilla mientras repetía una y otra vez que lo amaba.

Cuando la dejó sobre el colchón, él empezó a desabrocharle el *jean*.

—Maldita sea, Samantha, te he extrañado tan jodidamente tanto —murmuró ahora contra sus labios y ella suspiró a la vez que bajaba su pantalón y sus calzoncillos.

—Yo también. No tienes ni idea —admitió ella y su mano izquierda se clavó en su trasero para pegarlo más a su cuerpo, con una mano tomó su pene.

—Papá, tengo mucha hambre, ¿te falta mucho? —escucharon del otro lado de la puerta de la habitación y Oliver dejó caer su cabeza contra el cuello de Sam. Se maldijo por haber pedido que lo esperara.

—Ya vamos, Sebastian, empieza sin nosotros —dijo y aclaró su garganta ya que la voz surgió enronquecida.

—Vale —dijo el niño y escucharon los pasos alejarse de la habitación y bajar las escaleras. Ninguno se movió, quedaron estáticos uno sobre el otro.

—Ves, eso es algo bueno, no tendremos a nadie más que nos interrumpa —comentó Samantha con ligereza. Una que obviamente no sentía. Él colocó sus manos sobre sus mejillas y la obligó a centrar su atención en él.

—¿Estás segura de esto? Te lo dije una vez, no hay fuerza que me

separe de tu lado y, así tengamos que pasar por esto cien años, no desistiré si no lo deseas.

Ella acarició su garganta con un dedo y asintió, con su otra mano lo guió para que la penetrara.

—Sí, estoy segura —respondió y gimió—. Es lo mejor para nosotros. Y apúrate, que esto tiene que ser rápido. Nos esperan abajo.

Oliver asintió y se dejó llevar por la lujuria, y por todo lo que representaba el estar enterrado dentro de Samantha. Casi se perdió en la sensación de estar excitado, cabreado y aliviado al mismo tiempo. Excitado por las obvias razones; cabreado porque ella deseaba algo y él no podía dárselo, pero a su vez también se sentía aliviado porque, aunque había dicho la verdad un minuto atrás, estaba seguro de que esos cien años hubiesen sido la completa mierda.

SAMANTHA CAMINÓ DESDE EL baño hacia la habitación con un tarro de crema humectante en las manos. Se tiró a la cama junto a Oliver quien, al notarla, desvió su atención desde su *laptop* hacia ella. Ella comenzó a untarse la crema por todo su cuerpo. Era asombroso cómo algo tan simple pudiera causarle tanto placer, y no del tipo sexual.

Le encantaba ver a Sam realizar esas rutinas tan mundanas, como esparcir crema sobre su cuerpo: se la aplicaba primero en sus piernas, la acariciaba circularmente para que su piel la absorbiera, el cabello rojo siempre caía sobre sus rodillas cuando se movía, como una cortina que tenía que apartar a cada movimiento. Después seguía con sus brazos, se concentraba en sus codos y manos, antes de dejar el envase de crema sobre la mesilla de noche.

Lo miró y al encontrarlo concentrado en ella, sonrió concedora. Lo cierto es que no era la primera vez que lo sorprendía embobado y dudaba de que fuera la última vez. Samantha, aún sonriendo, se movió hasta quedar a horcajadas sobre el cuerpo de Oliver, el que devolvió la risa y apartó el cabello rojo que caía sobre el rostro de su

mujer.

Era evidente que aún no estaban bien, pero a pesar de todo, ese día la habían pasado los tres juntos como una forma de retomar la normalidad familiar: comieron, vieron televisión, jugaron un par de partidos de videojuegos. Después, se acostaron en el sofá cama amarillo, uno al lado del otro, con sus manos rozándose, mientras Sebastian jugaba y corría por toda la casa, gritando entretenido e inventando historias ridículas. Había sido condenadamente perfecto.

—Te ves tan guapo cuando te pones en modo fisgón —le comentó ella, con tono seductor. Él rio mientras la tomaba por la cintura para subirla un poco más contra su cuerpo.

—Fisgón, ¿eh? —preguntó divertido, y ella asintió, elevó sus cejas de forma coqueta.

Oliver apretó su trasero, adoraba cuando Sam se ponía de esa forma, juguetona y relajada, sobre todo ahora, después de días o más bien meses de tensión.

Por otra parte aún lo inquietaba esa renuncia tan categórica a ser madre, y aunque odiara en extremo los tratamientos, los médicos y verla sufrir cuando los métodos de concepción no funcionaban, suspiró hondo y volvió a la tortura.

Al parecer tenía rasgos masoquistas.

—Hay otros métodos que podemos probar —comentó y ella arqueó una ceja.

—¿Quieres decir que existe una posición que no hemos intentado? —preguntó divertida.

Su pene se alzó exigiendo atención, quitándole sangre a su cerebro para prevenir que pensara. «Maldito bastardo».

—No, hemos sido muy dedicados en ese departamento —comentó y la escuchó soltar una risilla—. Hablo sobre el embarazo.

Eso solo causó que dejara de sonreír. Quiso golpearse.

—Podemos darle otro chance a la inseminación, u optar por el *in vitro*, también está la opción de madre sustituta. Estoy seguro de que Alexa no tendrá ningún problema en ayudarnos.

De hecho, la mujer se lo había propuesto un par de meses atrás, después de contarle que Lucas y ella tuvieron una larga conversación

al respecto y que acordaron que harían lo que fuera para ayudarlos. Ni Samantha ni él habían siquiera considerado esa posibilidad, pero a su amiga le gustaba ser proactiva, no tenía ningún límite, y sabía mejor que nadie lo que era añorar tener un bebé y no poder concebirlo. Además, era muy posible que adorara y extrañara estar embarazada, y otro embarazo con Lucas era improbable, ya que el hombre se hizo la vasectomía después del nacimiento de Belle.

—No —respondió ella, interrumpiendo sus pensamientos—. Tenías razón ayer, Oliver, necesitamos un descanso de todo esto. Ambos somos jóvenes y tenemos ya casi dos años bajo esta presión. Un embarazo debe unir a la pareja, no separarla, y siento que esto nos ha estado distanciando, así que nos escojo a nosotros.

Oliver la escaneó por un rato, tenía que estar seguro de que esta decisión la había tomado a consciencia y realmente porque así lo quería ella, más que por mantenerlo tranquilo porque era lo que él deseaba. Cuando se convenció de que era la primera opción, asintió, aún un poco renuente, le costaría un poco aceptarlo, por las consecuencias que conllevaba esa medida.

—Deberíamos irnos hacia algún lado —propuso Samantha—. Un fin de semana, solos, Alexa podría quedarse con Sebastian. Quizá la casa del lago que utilizaron Rachel y Theo esté disponible, o tal vez viajar fuera de Chicago. ¿No te anima la idea? —preguntó. Empezó a besar sus mejillas, nariz y barbilla mientras enumeraba—: Tú, yo, solos, práctica de posiciones favoritas, sin estrés, sin pensar en nada más que en nosotros.

—Creo que podrías convencerme —comentó con malicia.

Ella soltó una risilla y, solo porque ansiaba verla reír con libertad, comenzó a hacerle cosquillas.

—¡Basta! —gritó ella sin dejar de reír.

Él siguió mientras pudo, la escuchó gritar y suplicar para que se detuviera, aunque durante todo el tiempo no podía dejar de reír.

Cuando culminó de torturarla con las cosquillas, estaba encima de su cuerpo y ella jadeaba para calmar su respiración. Oliver bajó para besar su cuello, siguió la línea de su mandíbula hasta llegar al borde de sus pechos. Ella lo abrazó por el cuello.

—Hazme el amor. En la mañana se sintió apresurado. Quiero que esta vez dure por siempre —le suplicó y él la besó en los labios.

Se sentía más excitado que nunca, y ansioso por tomarla como tenía mucho tiempo que no lo hacía. Cuando liberó sus labios, bajó a sus pechos mientras comenzaba a apartar su dormilona de seda. Y entonces escuchó el primer repique de teléfono.

—Maldición, allá arriba alguien debe estar riéndose —gruñó sin soltarla—. Ignóralo —le rogó y volvió a besarla.

Sin embargo, el teléfono no paró de repicar. La llamada se cortaba y volvía a empezar al instante. Al final soltó un gruñido de frustración y se apartó para que ella lo tomara. Samantha miró el identificador de llamada y frunció el ceño.

—Es de Londres, qué extraño, allá debe ser de madrugada. No es un número conocido —declaró antes de presionar el botón verde del aparato—. Samantha Heller —contestó y después miró a Oliver, le hizo una mímica para indicarle que era para él—. Es tu mamá —moduló con un sonido apenas audible.

Él negó con la cabeza y le respondió de la misma forma: «No estoy aquí». Lo había llamado dos veces ese mes, insistió en que quería verlo y hablar sobre algo importante. Él no tenía ningún interés sobre ese lado de su familia, ni los quería o necesitaba. Para Oliver muy bien podrían morirse y no haría mucha diferencia.

Se concentró en Samantha mientras la escuchaba repetir su excusa de que no estaba, y después notó que se quedó muy quieta, lo miró sin parpadear, el pánico llenó su expresión. Oliver se envaró y enderezó en la cama.

—Sí, por supuesto, se lo diré. Lo lamento tanto.

—¿Qué sucede? —preguntó y se preparó, porque ya lo sabía, aunque si alguien le preguntara cómo, nunca podría decirlo.

—Tu abuelo ha muerto.

Capítulo 22

*Un faro brillante en la noche,
no puedes sentir su calor o ver su luz.
Ser esa simple y única guía,
debe hacerte sentir solo algunas veces.
Fuiste un niño olvidado,
no te enseñaron lecciones de amor
Ahora ningún abrazo puede en verdad
reemplazar aquel que nunca te dieron.
The Beacon, A Fine Frenzy*

Sam apretó la sujeción que tenía del antebrazo de Oliver cuando se acercaron al ataúd de su abuelo. Iba a ser sepultado en el mausoleo familiar, junto a su esposa, Cathy. Sintió un temblor proveniente de Oliver al detenerse, pero su expresión y pose seguían igual de estoicas que cuando se enteraron de la muerte de Aldrich-Millicent, ya dos días atrás.

Observó dentro del féretro y quedó pasmada por la visión de ese hombre que una vez había parecido tan fuerte y poderoso. No había nada de él ahora. Casi no lo reconoció de la última vez que lo vio, ese día cuando su vida dio un vuelco inimaginable. Pareciera que antes de morir, hubiese envejecido veinte años, en vez de los tres que en verdad transcurrieron, y justo mientras observaba ese cuerpo casi amarillento, en posición de reposo, reafirmó la idea que había surgido en su cabeza cuando tuvo que preparar a Susan para enterrarla; cómo alguien podría dudar sobre la existencia del alma, si cuando deja el cuerpo solo queda un espacio vacío, sin más que un

caparazón.

Oliver no dijo palabra alguna, aunque ella tampoco lo esperaba, y un minuto más tarde la empujó lejos de la urna, para sentarse al lado de Nathan y Emma, que habían viajado a acompañarlos al condado de Buckinghamshire al sureste de Londres, donde estaba ubicada la finca con el panteón familiar.

Después de la íntima ceremonia, algunos de sus allegados dieron pequeños discursos de alabanzas a Oliver I, todos dijeron las palabras correctas y se enfocaron en su vida profesional, que había sido innovador en todos sus diseños y el precursor de la convergencia entre la tecnología y arquitectura que tanto había marcado la inmobiliaria del siglo XXI, incluso describieron sus obras icónicas, por las que habían ganado premios prestigiosos; muchas de las que mencionaron no habían sido del hombre en sí, sino que fueron creadas y autorizadas bajo el mandato de Oliver, pero nadie parecía querer mencionar ese detalle.

Sin embargo, en ninguno de los discursos alguien habló de su calidad humana —porque carecía de ella—, o de lo que ofreció al mundo como ser humano, y eso la hizo sentir apenada.

Luego de concluido el funeral, la mayoría de los asistentes se acercaron a la casa de campo de la familia Aldrich-Millicent, a la que se referían como «la finca», pero que a ella se le asemejaba más a un castillo medieval. En la entrada, tenía una laguna, miles de acres de campo verde, un par de establos, la casa parecía de más de tres mil metros cuadrados; su fachada era de piedra gris y marrón, tenía grandes ventanales y altos techos con acabados góticos victorianos. Al llegar, Samantha casi soltó una risilla muy parecida a la que vio una vez en la película *Orgullo y Prejuicio* —la versión de Keira Knightley y Matthew Macfadyen—, cuando Elizabeth conoció por primera vez la casa de Darcy. Era exuberante, increíble, y se le hacía difícil creer que Oliver hubiera renunciado a todo eso, por ella.

—¿Cuándo se vuelven a Chicago? —preguntó Emma, una hora más tarde, ya casi todos los invitados se habían ido y Sam estaba a punto de pedirle a Oliver que regresaran a su hotel.

—Mañana por la noche. El vuelo sale a las 11 desde Heathrow —

respondió Sam, sin quitar su atención de Oliver, quien miraba a su madre casi sin parpadear mientras ella parecía ida en los brazos de su esposo, Matthew; había llorado un par de veces, desconsolada—. No queríamos que Sebastian nos acompañara, por lo corto del viaje y porque en verdad no conoció a Oliver I, pero tampoco queríamos dejarlo tanto tiempo solo, a pesar de que ama la casa de Alexa y estar con Nella y Jared.

—Entiendo. Deberíamos reunirnos antes que se vayan.

—Me parece buena idea. Christian y Bianca nos propusieron cenar juntos, y estoy ansiosa, porque quiero ver a Aaron de nuevo.

—Es adorable —susurró Emma, antes de empezar a contar anécdotas del niño de ya un año y ocho meses.

Sam la escuchó hasta que un hombre de mediana edad, rechoncho y sobrio, se acercó a Oliver y lo llamó aparte. Hablaron por un par de minutos, y Sam se levantó de la silla cuando él negó con la cabeza, su expresión confusa.

—¿Qué sucede? —preguntó de inmediato, acercándose a ellos.

—Lo esperamos en el despacho —concluyó el hombre antes de alejarse sin aportar ninguna explicación. Sam giró hacia Oliver, quien pasaba una mano por su cara.

—No podemos irnos aún, tengo que reunirme con ellos.

—¿Por qué?

—No tengo ni una maldita idea —declaró frustrado—. Intente explicarle que mi abuelo me desheredó hace años, pero no quiso oír razones, imagino que solo tengo que ir para cumplir las formalidades. Espérame aquí, no debe tardar mucho.

Ella asintió y volvió a tomar asiento con Nathan y Emma. Vio que en el despacho entraban también Bryoni con Matthew, y Harold con Joanna, quien había estado triste, pero que también le pareció rebotante, con su barriga un poco curvada, ya que estaba esperando a su segundo hijo.

«Todas las mujeres a mi alrededor están...», se detuvo y se forzó a inhalar y exhalar hasta respirar con tranquilidad, mientras expulsaba la punzada de dolor que siempre acompañaba ese tipo de pensamiento. No lo necesitaba en ese momento, y además, tomó la

decisión correcta al desistir de toda esa idea. Iba a destruirla y lo supo, sin lugar a dudas, cuando el día que se enteró del último resultado de la inseminación artificial, antes de que llegara Oliver desde Nueva York por la madrugada, tuvo que huir al patio para no tomar un lienzo y ahogarse en su miseria. Por primera vez en años, el bloqueo que se había acostumbrado a sentir entre su capacidad de pintar y sus emociones, comenzó a tambalearse, y aunque le resultó tentador por un par de horas, casi liberador, no se permitió materializarlo en un cuadro, porque la solución no había estado en hablar a través de una pintura, sino en discutirlo con Oliver y en dejar ir sueños imposibles.

—¿Y cómo está todo con ustedes? —preguntó Sam, para desviar su atención de pensamientos oscuros.

La forma en que Nathan la había mirado cuando llegó le hizo entender que Oliver le comentó algo sobre todo el asunto de la infertilidad, aunque había tenido el tacto suficiente para no contarle nada a Emma, lo cual en el hombre era algo alabable.

—Bien, todo bien. Pero vivir con Emma se ha vuelto insoportable, déjame decirte. Es desordenada, no le gusta cocinar y ahora ni siquiera se afeita, es como si quisiera repelerme —se encogió de hombros y suspiró con expresión torturada.

—¡Nathan! —se quejó la mujer, antes de soltar una carcajada que causó que un par de personas los miraran con horror. Ella lució avergonzada, y escondió su cara entre su cabello que ahora llevaba con un estilo arcoíris, aunque ese gesto no cambió nada, Sam lo sabía, porque había recibido varias de esas miradas desde que apareció junto a Oliver y rechazó apartarse de su lado—. Es mentira, no lo escuches, es él quien es incapaz de bajar el asiento del inodoro, sin importar cuántas veces me resbale y grite por haber caído sobre el agua del desagüe, es asqueroso. Y también es él quien se niega a darme masajes en los pies después de llegar de un viaje difícil, a pesar de que yo sí lo hago cuando tuvo un día largo en el bar.

Nathan la miró horrorizado y comenzó a discutir en voz baja, mientras ella le refutaba a su vez. Sam sonrió, divertida, y se dio cuenta de que no debió preguntar o siquiera dudar de que estuvieran

bien, tenían su dinámica y funcionaba. Además, resultaba obvio que se adoraban.

—Pero decidimos que no vamos a casarnos —comentó Nathan de la nada, antes de pasar un brazo por el hombro de Emma—, y no tendremos hijos. Son un estorbo de todas maneras, ya hay suficientes humanos para destruir el planeta, no se necesita otro más. Así que ya sabes, no están solos.

Los miró sin parpadear, sintió que todo su cuerpo se paralizó desde que dijo la primera palabra, y hasta dejó de respirar. Luego sonrió ante su falta de tacto y su crudeza, pero sus ojos se humedecieron de gratitud por esa estúpida declaración, y asintió, antes de estirar la mano y sujetar la de Emma, ya que con eso le demostró que ella sabía, y que quizá por primera vez en su vida, pudo controlar su verborrea, ya que no le había dicho nada.

—Gracias, chicos —susurró antes de reír con libertad, sin importarle de nuevo las miradas prejuiciosas de las pocas personas que estaban allí.

La puerta del despacho se abrió y salieron los abogados, después los siguió Joanna junto con Harold, que la abrazaba con fuerza. No la había visto llorar, pero sabía que estaba triste, era su abuelo después de todo. Eso era lo que la hacía temer por Oliver, porque no había expresado ni una pizca de pesar, y la verdad es que estaban en ese sitio porque ella tuvo que forzarlo a ir al sepelio.

Sam se levantó y caminó hacia ellos, preocupada porque Oliver seguía adentro.

—¿Qué sucede? —cuestionó al estar cerca—. ¿Dónde está?

—Le dejó todo a Oliver—susurró la mujer, su voz aturdida.

—¿Qué?

—No cambió el testamento, nos asignó lo que nos correspondía por derecho a mi madre y a mí, pero todo lo demás fue para él. —Miró hacia Samantha, quien había quedado aturdida por esas palabras—. Nunca lo desheredó, Sam.

Tuvo que forzar a su pecho a inhalar y exhalar varias veces, entonces los sobrepasó y se acercó al despacho, las voces comenzaron a escucharse desde antes de llegar a la puerta.

—Ahora no sé qué haremos sin tu abuelo aquí. La empresa se perderá y todos caeremos con ella —escuchó a Bryoni antes de entrar a la oficina.

—Madre... —intentó interrumpirle Oliver.

—Era tu abuelo, él te dio cobijo, protección y te crió desde que eras pequeño, cuando tú con lo único que le pagaste fue con desprecio y rechazo. Y aun así, él te dejó nuestra empresa, y si no la aceptas nos destruirás a todos. —Soltó un nuevo sollozo, Sam entró al despacho. Oliver estaba sentado, cabizbajo, la mujer se encontraba frente a él, Matthew la abrazaba, estoico y su mirada baja—. No quisiste atenderme cuando te llamé y te repetí que era algo importante, tenías que haberlo visto, parecía un muerto en vida hasta que el infarto finalmente acabó con él. Estaba agotado y no tenía a nadie para que lo ayudara porque te habías ido... —emitió otro sollozo más desgarrador y causó que su corazón diera un vuelco.

Oliver estaba sentado en una silla, a su lado, con expresión dolida y pasmada, casi desfigurada del dolor. Pero no podía tocar a su madre, como si fuera algo imposible.

Sam corrió hacia donde estaba y lo envolvió con sus brazos, pero Oliver negó con la cabeza y se levantó del asiento para salir de la habitación. Sam lo iba a seguir, pero la mano de Bryoni le sujetó el antebrazo y evitó que se moviera.

—Él pertenece aquí, cumpliendo sus obligaciones, no allá, jugando a la casa con un niño que no le pertenece y que le empaquetaste bajo manipulaciones. —Sam se echó para atrás, como si la hubiese electrocutado con mil voltios—. Viven juntos sin ninguna responsabilidad, ni siquiera están casados, no has ascendido de categoría, lo cierto es que sigues siendo solo su amante, la única diferencia es que ahora no te tiene escondida como antes.

Ella se quedó sin palabras. Incluso no pudo moverse por unos cuantos segundos. La mujer la seguía viendo de forma despectiva.

—Es suficiente, Bryoni, es mejor que nos vayamos —escuchó la voz de Matthew, pero Sam no pudo apartar los ojos de la madre de Oliver.

Había envejecido un poco, sus ojos verdes no cambiaban de color como los de Oliver, sino que era un perpetuo color manzana, pero

aun así seguía siendo muy parecida a él, y la detestó aún más, ya que sus palabras no tenían nada que ver con amor o cariño hacia su hijo, sino que estaban relacionadas directamente con proteger sus propios intereses. Fue por ello que sujetó su antebrazo y evitó que se alejara.

—No le permito que se refiera a mi hijo o a mi relación con Oliver de esa manera —le dijo, y apretó más su agarre.

—¿Tu hijo? Nunca sabrás lo que es ser madre hasta que los lleves en tu vientre por nueve meses, niña —se mofó, y sin saberlo desgarró heridas que aún no habían empezado a cicatrizar. Se envaró y la enfrentó con mayor firmeza.

—No recibiré ningún tipo de enseñanza sobre ser madre de una mujer que nunca supo lo que eso significaba, así lo hubiese tenido en su vientre por nueve meses, como muy bien dice —replicó y vio a la mujer palidecer—. Y usted perdió todos los derechos sobre él mucho tiempo atrás, cuando lo abandonó a merced de su abuelo, un hombre cruel que lo torturaba psicológica y tal vez físicamente, usted lo sabía y nunca lo defendió y tampoco tuvo la voluntad de recuperar esos derechos cuando rechazó cada uno de mis intentos para que usted se reuniera con él y regresara a su vida.

—Esa vida es una farsa, él tiene que regresar a nosotros, donde pertenece. Jamás aceptaré la alternativa.

—Él nunca volverá a esta vida —aseguró y la acercó aún más, tuvo que bajar la cara porque Bryoni le llegaba a la altura de la mandíbula —. Ahora estoy aquí, y no consentiré que lo manipule para forzarlo a hacer algo que no desea, señora. Es hora de que lo entienda.

La miró de arriba abajo y salió del despacho, necesitaba encontrar a Oliver. Nathan la estaba esperando en la entrada.

—¿Y Oliver?

—Me pidió que te llevara al hotel, dijo que estaría allí pronto, que necesitaba hacer algo antes —respondió y Sam hundió sus hombros antes de maldecir en su cabeza. Asintió y lo siguió derrotada.

SAMANTHA OBSERVÓ LA visión del manantial frente al hotel Stoke Park y se asombró de nuevo con las vistas de esa ciudad. Parecía un

sitio de cuento de hadas, incluso esa habitación, con su cama gigante con dosel dorado y terciopelo rojo, le hacía querer sonreír, y lo hubiese hecho si no hubieran pasado casi seis horas desde que Oliver la dejó sola en la finca de su abuelo y aún no había regresado.

Se pasó una mano por el cabello y dio otra vuelta alrededor de la habitación, quería salir y recorrer los alrededores, pasear por el gran puente que estaba frente a la propiedad, pero no deseaba arriesgarse a que Oliver llegara y no la encontrara.

Media hora más tarde, por fin Oliver apareció. Sam lo vio entrar y su corazón se apretó en su pecho. Sus hombros estaban hundidos, sus ojos, ahora marrones sin ningún punto verde a la vista, estaban rodeado de ojeras. Parecía que sostenía el mundo sobre sus hombros.

Caminó a su dirección y levantó sus manos para apoyarlas sobre su pecho, pero él negó con la cabeza y se apartó un par de pasos. Ella apretó las manos en puños y suspiró, antes de frotar su cara un par de veces.

—¿Dónde estabas?

—En la empresa —respondió y ella elevó una ceja, era un viaje de hora y media (sin tráfico), ya entendía por qué había tardado tanto en regresar.

—Oliver... —intentó de nuevo.

—No. Estoy bien. Detente —exigió y frotó su frente con su mano derecha antes de agarrar un poco de cabello en un puño y jalarlo en una sujeción firme.

—No te hagas eso —le rogó y corrió hacia él, se pegó a su cuerpo y sujetó sus mejillas, lo forzó a mirarla. El marrón de su mirada se tornó miel quemada, y ella lo hizo bajar unos centímetros para unir sus frentes, odiaba verlo sufrir—. Lo siento tanto.

Oliver bufó, volvió a apartarse y le tendió un cofre de cuero negro de tamaño mediano.

—Encontré esto en la caja fuerte de su despacho —explicó, su voz sonó torturada. Ella frunció el ceño—. Ni siquiera se molestó en cambiar la combinación.

Sam lo abrió y encontró cientos de fotografías de Oliver y, cada una de ellas, tenía la fecha estampada en el lateral izquierdo, había una

diaria y, de lo que pudo inferir, empezaban desde el día en que Oliver se mudó de vuelta a Chicago. Había algunas de él saliendo de la empresa, en el auto, en parques, en los restaurantes que frecuentaban, las discotecas o galerías a las que fueron en sus citas semanales, hasta de sus viajes de vacaciones con Sebastian. Había otras en el hospital después de cada cita con los especialistas de fertilidad; incluso tenía imágenes en su propia casa, solo, con ella; en varias también estaba Sebastian, riendo y abrazado a Oliver. Eran muchas, y la mayoría eran sobre asuntos mundanos, parecía la obra de un acosador que acechaba y documentaba cada uno de los pasos de su víctima. Y el pesar que sentía se volvió tristeza absoluta por lo que esas fotos representaban; tanta esperanza perdida, tanto amor desperdiciado por la terquedad y el orgullo.

Oliver tomó sus muñecas y la forzó a tirar las fotos y el cofre al piso, las fotografías quedaron desparramadas por toda la habitación, muchas terminaron sobre la cama. Ella parpadeó y alzó la mirada, atontada, pero antes de que pudiera formar una palabra, él la empujó contra la cama y metió las manos en la bata para bajar sus bragas.

—Oliver, ¿qué estás...?

—Lo necesito, Samantha —susurró y lo sintió temblar, antes de apartar sus piernas y encajarse entre ellas; entonces desabrochó su pantalón, apartó sus calzoncillos y la penetró en un movimiento certero y casi brusco. Ella jadeó y respiró hondo a la vez que se forzaba a relajarse, ya que él no hizo ningún tipo de preparación previa, aunque imaginó que estaba tan ido que ni siquiera pensó en eso.

Sam sujetó sus mejillas y lo compelió a mirarla, antes de comenzar a besarla donde fuera que consiguiera llegar. En un punto él giró la cara y la besó de lleno, hasta ese momento estuvo segura de que su sujeción en las caderas le dejaría moretones, pero cuando el roce en sus labios se volvió apasionado y abrasador, olvidó todo y se dejó llevar, porque cada toque, cada vez que impelía, su pecho ardía, la emoción los rodeaba y se le dificultaba hasta respirar.

Ella lo envolvió con sus piernas y manos y comenzó a gemir más fuerte, ya que él cada vez la penetraba más duro y profundo.

No estuvo destinado a durar mucho, tal vez un par de minutos, aunque se sintió como mucho más, y a pesar de que no lo esperaba ni lo estaba buscando, cuando él explotó dentro de su cuerpo, ella lo siguió en un orgasmo aturdidor y tan sentido que la hizo llorar. Sam escondió la cara en su cuello y lo abrazó con la poca fuerza que le quedaba. Lo sintió sacudirse con brusquedad, antes de abrir su bata y esconder su cabeza entre sus pechos.

Sam comenzó a deslizar sus dedos por las hebras de su cabello largo, que de nuevo llegaba a la nuca, y dudó sobre su decisión de obligarlo a ir allí. Lo había asumido como la oportunidad de cerrar un capítulo inconcluso porque, sin importar sus intentos, él jamás aceptó volver a siquiera hablar de su abuelo, pero tal vez lo que hizo fue abrir heridas que era mejor mantener cerradas. Se odió porque le había arrebatado otro familiar y después se despreció por enfocarse en sí misma, cuando Oliver la necesitaba y era el único que importaba.

Lo apretó más hacia ella cuando lo escuchó llorar, era un sonido contenido, y de seguro en su interior se estaba castigando por su supuesta debilidad. Ella besó su cabello una y otra vez y abrazó sus hombros.

—Tú lo amabas, y a pesar de todo él te cuidó, te crió, te enseñó todo lo que sabes —le susurró y lo sintió titilar con mayor violencia—. No lo guardes en ti, Oliver, déjalo ir. Por favor.

Por fin escuchó el primer sollozo y él deslizó sus manos por su espalda, la apretó de forma más estrecha, casi sin dejarla respirar. Ella afianzó la sujeción de sus piernas, necesitaba protegerlo y mantenerlo seguro. No sabía cómo o si lo estaba consiguiendo, pero tenía que intentarlo.

Largo tiempo después, ambos seguían acostado en la cama, se habían acomodado para quedar en el medio, él seguía acostado sobre ella y Sam estaba revisando con más calma las fotografías que estaban desparramadas por el colchón.

—¿Tienes algún recuerdo bueno de tu abuelo? —interrogó, porque necesitaba que hubiese algo agradable en todo lo horrible de su vida. A veces en las ansias de bloquear lo negativo para poder sobrevivir,

sepultamos lo positivo, sin saberlo.

Oliver bufó y no contestó en absoluto. Sam siguió con las fotografías, aturdida por las imágenes. Su abuelo incluso se las ingenió para dar un vistazo a las fiestas que habían realizado; de cumpleaños, de Navidad y fin de año. No tenía sentido.

—No comprendo cómo logró recopilar tantas imágenes de nuestra vida y nunca nos dimos cuenta —comentó entonces.

—Tenía un equipo de seguridad contratado para velar por nosotros, y por supuesto vigilarnos —explicó, y Sam amplió sus ojos, antes de sujetar un puñado de cabello para forzar a que la mirara. Sus ojos seguían brillantes y un poco rojos, pero fuera de eso, ya volvía a lucir normal—. Nunca lo supe, Christian me lo comentó hace tiempo, pero asumí que lo había cancelado después de que dejé su empresa, porque ya no era su nieto. Sin embargo, cuando encontré las fotos, hallé una tarjeta en el cofre y me comuniqué con el número para preguntar qué demonios estaba sucediendo. El hombre, Charles Mitchells, me explicó sus funciones y que mi abuelo le exigió tomar fotografías y enviarlas diariamente para confirmar que estábamos bien. Era un jodido paranoico, nuestra empresa es familiar y nuestros activos no son ni la mitad de lo que serían si hubiera accedido a ir a la bolsa pública, como se lo propuse varias veces. No tenía que preocuparse por un intento de secuestro o cualquier idiotez. —Pasó una mano por la cara y apretó sus labios, en rechazo—. Era otra forma de control, nada más, como lo es ahora el dejarme la empresa. Siempre he tenido que hacer lo que quiere, y como lo forcé a liberarme, no cambió su testamento para reír de último, es que lo estoy escuchando en mi cabeza: «Mira quién ríe de último, Lewis» —concluyó con una imitación de voz despectiva, que de nuevo, sonaba mucho a una versión de Oliver que ella nunca más quería volver a ver.

Sam lo vio con pesar, en especial por el dolor detrás de esas palabras, y por la forma en que el marrón lo invadía todo en su mirada, a pesar de la furia que embargó su voz.

Siguió su atención en las fotos y negó con la cabeza. Creía que lo que más había odiado Oliver I de ella era que lo veía con una claridad

que incluso su nieto fallaba a conseguir. No había duda de que fue un hombre cruel, deseoso y enfermo de poder, y que pensaba que todos los sentimientos eran un gran problema ya que lo hacían sentir débil. Se tuvo que forzar a respirar con tranquilidad al recordar su última conversación con él y las consecuencias, pero también hubo cosas que se dijeron en ese entonces que por fin le dieron sentido.

—Tú fuiste lo único que en verdad tuvo, y le fue imposible dejarte ir, Oliver, ¿no lo ves?

Él bufó y se apartó; ella, para alcanzarlo, se arrodilló en la cama y pasó una mano por su cara, lucía agotado.

—No tienes que intentar inventar excusas o fantasías para mi abuelo o a mi favor, Samantha. No soy idiota. Lo único que le importó o quiso fue la empresa, nosotros solo servimos como un medio para un fin.

—Es cierto, esa empresa era su vida, pero tú también lo fuiste. Cualquiera con medio cerebro puede ver lo que vales, Oliver, y estoy segura de que él lo entendió y se sintió muy orgulloso de ti. No solo por todo lo que le diste, sino porque te convertiste en el hombre que él intentó crear; uno que protegía y luchaba por lo que le interesaba. Tal vez, al abandonarlo le enseñaste quién eras y por ello lo respetó, te dejó ir y te heredó su legado, no como una forma de control, sino porque sabía que lo cuidarías, ya que jamás dudó que amabas su empresa tanto o más que él.

—Estás analizando mucha mierda de un puñetero acto enfermizo —masculló entre dientes—. Él me odió toda la maldita vida, desde mi nacimiento.

Sam arrugó la cara, no por las palabras, sino por la autorecriminación que sintió en ellas. Se acercó y colocó sus manos sobre sus muslos, se encorvó un poco para que él la mirara.

—Yo no le daría lo más importante de mi vida a alguien que solo odiara, Oliver, y tu abuelo podría ser muchas cosas, pero jamás fue un hipócrita, lo sabes.

—Eso es porque no conociste en verdad a mi condenado abuelo, Samantha. Como no pudo amarrarme en vida y salirse con la suya, me deja la jodida carga.

Ella acarició su cabello, luego su mejilla y lo abrazó.

—No tiene que serlo si no lo deseas. Solo di las palabras y nos iremos. No debe ser difícil renunciar a la herencia, y Joanna y Harold podrían hacerse cargo. Tenemos nuestra vida en Chicago y nada debe cambiar.

Él bajó la cabeza y se quedó pensativo por varios minutos. Sam no lo presionó, en cambio se levantó de la cama y cogió el cofre negro, empezó a guardar todas las fotografías con calma, mientras meditaba en cómo las decisiones de una persona pueden afectar la vida de tantas otras. Si Oliver I hubiese decidido aceptar a ese niño, en vez de fingir un rechazo por orgullo hacia la forma en que fue engendrado, habría tenido la oportunidad de pertenecer a la familia que insistió tanto en vigilar hasta el último día de su vida.

—Cuando tenía seis o siete años, algo así, mi abuelo me llevó por primera vez a la empresa, en ese entonces solo existía la sede principal de Londres, él aún no había expandido a las demás sucursales —confesó y Sam se quedó muy quieta, le costó siquiera respirar por un par de segundos antes de entender que debía actuar normal, porque si no él se callaría, así que siguió recogiendo las fotos —. Creo que lo hizo porque quería que viera cuál sería mi futuro, o sabrá Dios el motivo. Antes de entrar me advirtió que no quería que me quejara porque estaba aburrido, pero yo no sentí en ningún momento aburrimiento. Fue increíble. Observar las personas a mi alrededor, la actividad, los papeles y la gente diseñando. Y mi abuelo, creo que fue la primera vez que lo vi tan calmado, ¿sabes? Era un sitio estresante, y gritaba e impartía órdenes a todo el mundo, pero parecía casi accesible —se detuvo y ella no pudo evitar girar a verlo, le estaba sonriendo, ella le devolvió la sonrisa—. Mi abuelo me dejó en el departamento de Arquitectura, porque debía reunirse con unos clientes y Beau, quien era uno de los arquitectos que ayudó a mi abuelo a llevar la empresa a lo que es ahora, tenía una gran colección de Lego en la oficina, al parecer los coleccionaba. Fue como entrar a un pequeño cielo cuando me dijo que podía jugar con ellos, y creo que pasé las siguientes cuatro horas calcando con Lego una de las fotografías de los edificios que colgaban en las paredes.

Sam volvió a reír y se acercó a la cama, se sentó a su lado y pasó una mano por su cabello, instándolo a continuar.

—Cuando mi abuelo entró a la oficina, estaba seguro de que me castigaría o gritaría, porque odiaba que tocara las cosas de alguien más, quizá temía que mi sangre americana hiciera que lo robara. — Ella dejó de sonreír y su toque se volvió consolador—. Pero no lo hizo, más bien me miró con hastío y se sentó a mi lado, para ayudarme a crear la cúpula, que no pude disimular bien con las piezas de Lego; porque, según refunfuñó, si iba a crear un diseño suyo, tenía que ser perfecto. Y debía aprender desde ya, más si quería dirigir ese sitio algún día. —Oliver resopló y se encogió de hombros. Sam parpadeó para alejar las lágrimas—. Desde esa visita, eso se convirtió en lo que yo quería para mi futuro. En ese sitio conseguiría todo lo que deseaba, y no importaba qué hiciese ese viejo cada día, cuántas veces evitara que viera a mi madre o el poco interés que ella sentía por mí, existía un puñetero lugar donde iba a pertenecer. Fue ese día y todos los demás desde que trabajé allí quienes me convirtieron en el hombre que soy ahora. Claro, tengo nuestra sede en Chicago, pero Aldrich-Millicent fue mi casa antes de que llegaran ustedes, lo único seguro.

—Entonces, tienes que aceptar esa herencia y regresar a la empresa —comentó entendedora, y sonrió con suavidad.

—Nuestra vida está en otra parte, muy lejos de aquí —rechazó él.

—¿Qué es lo que quieres hacer? Si deseas que nos vayamos, tomaremos un avión a Chicago; si quieres estar aquí, nos quedaremos.

Él bajó la cabeza y apretó sus ojos hasta crear pequeñas arrugas en las comisuras.

—No podría soportar que la vendieran, o la dividieran, o contrataran a un gerente inservible que solo terminaría destruyéndola —suspiró hondo—. Tuve más de veinte años luchando por pertenecer a ese sitio, fue lo único que tuvo sentido en toda mi jodida vida, Samantha. La simple idea de que ahora quede en la nada... No puedo soportarlo.

—Lo sé —le respondió y volvió a acariciar su cabello.

—No tenemos que quedarnos —indicó él entonces—, solo yo debo hacerlo. Sebastian está estudiando y no vamos a desequilibrar su vida por algo provisorio. Solo necesito un par de meses para hacer la transición y conseguir un buen presidente que se haga cargo en mi ausencia. Después solo tendré que viajar de vez en cuando para vigilarlo. Quizá en un futuro pueda volver a unir todas las empresas, pero tengo que saber quién sigue siendo dueño de las demás acciones, porque aunque vi a Aimee y Mark Lodge en el funeral, no se quedaron lo suficiente para poder hablar con ellos. Regresa a Chicago, y yo volveré pronto.

Sam estaba negando con la cabeza incluso antes que él terminara de hablar, su rechazo fue absoluto.

—No —dijo entonces, antes que él siguiera haciendo planes—. Nuestro lugar es contigo, siempre lo será. Si estás en Londres, estaremos en Londres, si te tienes que ir a Marte, nos iremos a Marte contigo, por el tiempo que sea. —Le sonrió y lo besó en los labios.

—Pero es una locura, Samantha. No podemos mover nuestra vida por completo por un par de meses.

—Bueno, hay que agradecer que hayas ganado una herencia que te hace cochinemente rico, ¿no? Eso lo hace todo más fácil —se burló, acarició su mejilla y lo miró con curiosidad—. ¿Qué más te dejó tu abuelo?

—Casi todo: inversiones, el total de las acciones que poseía en la empresa y la sucursal en Canadá, su casa de la ciudad, su campiña en Francia y otras propiedades, sus vehículos, sus barcos, etcétera. La finca la heredó mi madre, y dividió las joyas de mi abuela entre Joanna y Bryoni, también le dejó algunas inversiones a mi hermana.

Sam asintió y lo observó aturdida, ya que lo que fue una broma al parecer era muy real, no sabía de cuánto dinero estaba hablando, pero se imaginaba que en total era una gran cantidad.

—Solo te pido una cosa —le susurró y él la miró confundido—. No me hagas vivir en esa casa, por favor.

—No, por Dios, siento estremecimientos por esa opción también. Le preguntaré a Bryoni o a Joanna si quieren vivir en ella, si no la venderé. Jamás querría volver a vivir allí.

Samantha asintió, y cuando él se acostó de espaldas, ella se acomodó sobre su pecho, lo abrazó mientras pensaba en todas las cosas que tenía que hacer y en todos los cambios que tendría su vida en los siguientes meses.

Capítulo 23

*Seguiré luchando por nosotros
incluso si el cielo se llena de tormentas.
Te estoy dando todo mi amor
y sigo viendo nuestro futuro...
Porque incluso las estrellas se incineran
y algunas caen a la Tierra.
Tenemos mucho que aprender
y Dios sabe que nosotros lo merecemos
No, no me rendiré.
I Won't Give Up, Jason Mraz*

Sam siguió a Christian con la última caja —una de las pocas que habían traído a Londres desde Chicago ya que tenía los juguetes favoritos de Sebastian— y entró a su habitación para acomodarlos. La casa era espaciosa, contaba con tres pisos, cinco habitaciones, cuatro baños, tres salas de estar muy amplias y una cocina gigante remodelada con aplicaciones de metal inoxidable que Sam había visto en la portada de una revista *Deco*; la amaba, pero a la vez se preguntaba cómo iba a ser capaz de comer o cocinar ahí, temía estropearla. Estaba contenta, le gustaba el estilo gregoriano de la propiedad y agradecía que tuviera un extenso patio donde Sebastian y Tara pudieran jugar.

—¿Es la última? —preguntó Christian y ella asintió, aliviada de que estuviesen a punto de terminar.

—Sí, solo falta botar los desechos y tu tarea habrá terminado. Luego de eso, firmaré tu acta de liberación, esclavo.

Él sonrió y se acercó para besar su frente, colocó una mano en su nuca y la jaló hasta apoyar sus frentes.

—Sabes, sé que eras muy feliz en Chicago, y que fuiste miserable la última vez que estuviste en Londres, pero lo cierto es que estoy malditamente contento de que el viejo demonio haya muerto, porque gracias a su desafortunada partida —ironizó— es que estamos viviendo de nuevo en la misma ciudad. —Sus ojos marrones brillaron y en verdad parecía maravillado. Lo cierto es que ella también lo estaba, ya que vivirían a diez minutos de distancia—. Te extrañé, Bambi.

Ella puso una mano en su mejilla y asintió con una sonrisa en sus labios.

—Yo también, mi Chris. —El timbre sonó y ambos giraron la cabeza hacia las escaleras de la izquierda—. Debe ser el almuerzo, anda, esclavo, ve a buscarlo y lo sirves, te veré en la cocina.

Él se carcajeó y volvió a besar su frente, antes de salir rumbo a la puerta principal.

Sam suspiró y estiró sus brazos para relajar su cuerpo, se sentía agotada y cada músculo de su cuerpo dolía, había trabajado sin descanso durante los últimos cuatro días desde que regresó a Londres, porque necesitaba que la casa estuviera apta para cuando Oliver y Sebastian llegaran. Habían sacado al niño de su escuela, su entorno, su hogar, y lo alejaron de todos sus amigos o cualquier cosa conocida, ella necesitaba que cuando entrara a ese sitio —su nuevo hogar por un tiempo indeterminado— lo encontrara organizado y, lo más importante, se sintiera cómodo.

Bajó las escaleras hacia la sala principal para coger a Aaron del corral que Chris trajo con él, mientras meditaba que habían pasado cinco semanas desde la muerte del abuelo de Oliver, y que ella odió cada día de ellos. Tuvo que regresar a Chicago sin Oliver, ya que los socios de la empresa requerían que no se ausentara de Londres, al menos no mientras se le informara del contexto financiero. Por otra parte, todo lo relacionado con Sebastian era un asunto que como madre debía resolver ella. Parecía absurdo que se tensara tanto por esta mudanza cuando, en solo tres años, ella había pasado por más

cambios que cualquier ser humano medianamente normal; sin embargo, se dio cuenta de lo difícil que es reorganizar la vida cuando existe otra que depende de uno. La última vez en que determinó que se iba a cambiar de continente fue cuando Oliver y ella se hicieron amantes, pero en esa ocasión solo le bastó empacar una maleta y hacer una llamada telefónica a su amiga Rachel para informarle de su decisión, y de paso resolver sus asuntos.

En esta oportunidad tuvo que lidiar no solo con hacerle entender a Sebastian que solo podía llevar con él sus juguetes y libros favoritos —los que Sam tuvo que embalar en cajas y enviar por correo primordial—, sino también en explicarle las razones de por qué se iban a Inglaterra, por qué tenía que dejar a Nella y su espacio de confort; y después ir a la escuela a firmar papeles de retiro, para más tarde, vía Skype, presentarse con el director del nuevo instituto, que gracias a la influencia de Oliver, aceptó hablar con ella para darle las directrices de qué hacer para convalidar las materias impartidas en el excolegio de Sebas con el instituto que él presidía.

Como no podía viajar sin tener algún lugar estable para vivir con su hijo, y la casa de Oliver I estaba descartada, Sam tuvo que apoyarse en Christian y Emma para localizar una hermosa vivienda en Knightsbridge —que a su parecer valió cada uno de los millones de euros que se invirtieron en ella— y en contratar una empresa de decoración de interiores para amoblarla, ya que esa vez no pudo pasarse todo un año buscando los muebles y adornos perfectos para cada habitación como hizo en la casa de Chicago, después que se la compraron a Christian.

Aun así, todo eso hubiese sido soportable si hubiera tenido a Oliver a su lado. En cambio, él había estado en otro país, abrumado con los asuntos de la empresa de su abuelo. En la única oportunidad en la que Sam pudo tomarse un tiempo en Chicago para viajar a Londres fue después de tomar posesión de la casa, para firmar papeles y tener la primera reunión con la decoradora de interiores, y tuvo que hacer malabares para que la realización de esos trámites coincidieran con el 15 de abril, y darle a Oliver una pequeña e íntima celebración de su cumpleaños treinta y siete, pero no logró verlo hasta la madrugada,

en que llegó todo agotado, pálido, sus ojos de un color mezcla de miel con destellos verdes parecidos a las hojas de los olmos, que aún en ese momento, más de un mes después, seguían atosigándola en sueños.

Por la apariencia de Oliver, era obvio que algo andaba mal con esa empresa. Cada vez que hablaban, sonaba preocupado y frustrado, pero cuando ella intentaba tocar el tema, él le cambiaba la conversación. Samantha no quiso insistir, ese terreno era campo minado y lo más seguro era que él se sintiera presionado y quisiera resolver todo de forma rápida para regresar a Chicago. Oliver se estaba extralimitando con el trabajo y ella no quería hacerle creer que necesitaba esforzarse aún más.

Pero lo añoraba, y necesitaba.

Sebastian también lo hacía, y se entristeció mucho cuando Oliver no pudo viajar a Chicago para acompañarlo en su cumpleaños número ocho, pero lo había entendido, y ambos le aseguraron que al ir a Londres lo volverían a celebrar juntos.

Cuando pautó la fecha de llegada a Londres, creyó que por fin lo vería y que tendrían un par de días solo para ellos, ya que habían acordado con Lucas que luego del último día de clases de Sebastian, él mismo lo acompañaría en el avión, pero Oliver tuvo que viajar a Canadá para reunirse con el director de esa sucursal, y quedaron que sería más sencillo para el niño que él lo trajera a casa.

Un balbuceo infantil la sacó de sus pensamientos, parpadeó y encontró a Aaron sentado en el corral, jugando con un par de autos de carrera y una muñeca. Sonrió y se acuclilló frente a él. Su cabello tenía los mismos rulos de Christian, pero eran de un castaño oscuro, y sus ojos marrones estaban rodeados por unas pestañas increíblemente gruesas y pobladas. Era adorable y estaba mucho más grande que la última vez que lo había visto.

—La comida está aquí. ¿Tienes hambre? —preguntó, enternecida.

—Sí. Mida. ¿Papá? —cuestionó. Sam amplió su sonrisa y abrió el corral, aunque el niño, en vez de ponerse de pie, elevó sus brazos para que lo cargara.

Era obvio que iba a ser tan manipulador como su padre.

Lo tomó en brazos y caminó hacia la cocina immaculada, quería ensuciarla un poco. Christian estaba allí, y cuando la vio entrar con el niño sonrió emocionado, sus ojos se tornaron con un brillo especial que ella no había visto antes.

Se sentaron y comenzaron a comer, Sam variaba entre tomar un par de bocados y alimentar al niño, ya que no permitió que Christian se lo quitara.

—¿Y a qué hora deben de llegar? —interrogó su amigo poco después.

—El vuelo aterriza a las ocho de la noche. Pero Oliver no quiso que lo fuera a buscar, porque no sé manejar bien por el lado izquierdo, a pesar de los carteles «Mira a tu derecha», no puedo dejar de ver hacia el otro lado, es algo físico —sonrió—, en todo caso, dejó su auto en el estacionamiento del aeropuerto, así que nos veremos aquí.

Christian asintió y siguió comiendo, pensativo.

—¿Cómo le está yendo con la empresa?

—No tengo idea —respondió con sinceridad—. Sé que sus planes eran los de iniciar una auditoría general y contratar a un nuevo director, pero la primera semana en que estuve terminando los asuntos pendientes en Chicago, en una de sus tantas llamadas a las tres de la mañana, me dijo que no podía contratar a nadie hasta resolver otros asuntos, y me volvió a asegurar que no le llevaría más de un mes, pero el mes transcurrió y no me ha dicho nada más. No sé qué demonios está sucediendo. —Christian la miró intranquilo, Sam se estiró en su asiento—. ¿Qué sabes tú?

—Nada con exactitud. Pero sí escuché rumores antes de la muerte de Oliver I; como que la empresa no iba bien, que el viejo estaba actuando de forma errática, y que si seguía así la llevaría a la quiebra antes de acabar el año. —Sam jadeó y abrió sus ojos como platos, horrorizada—. No sé si son ciertos, Bambi, pero de lo que sí estoy seguro es de que llevará más de un mes resolver los extremos que me comentaron.

—Siempre supe eso, haya problemas o no, Oliver no sería capaz de regresar tan rápido a casa, por eso decidí venir aquí, en vez de aceptar su propuesta de esperarlo en Chicago. —Negó con la cabeza

y bufó, la habría matado esa posibilidad, y a él también, aunque fuera tan ilógico y amara actuar tanto como superhéroe que jamás lo demostrara.

—Eso era una idiotez, pero no me sorprende, conociendo al personaje que te propuso el plan —se burló Chris.

Ella golpeó su hombro y soltó una risilla, divertida por las pullas que aún ahora, después de tanto tiempo, seguían lanzándose, a pesar de que ya no fueran «enemigos jurados», como se titularon el uno al otro cuando estaban trabajando juntos contra Oliver I. Pero eso era una cuestión de apariencias, porque en realidad fueron aliados y más de una vez los vio estar de acuerdo en algo, aunque siempre se tratara en asuntos que tenían que ver con ella.

—De cualquier manera, ya se lo dije a él y también te lo digo a ti, si necesita que lo ayude, solo tiene que pedirlo —continuó—. Tengo mis clientes, pero no he firmado contrato de exclusividad, puedo regresar cuando Oliver lo desee.

—¿Harías eso por él? —preguntó, anonadada—. Juraste que jamás volverías a pisar Aldrich-Millicent, mucho menos trabajar allí.

—No —respondió de inmediato, su expresión se tornó decidida—. Lo haría por ti, porque quiero que seas feliz y al parecer ese idiota es el único que tiene la clave para conseguirlo. Te lo dije una vez, Bambi, no hay sacrificio que no llevaría a cabo por ti, incluso si eso significa tragarme mis palabras.

Ella sintió que su pecho se extendía y se acercó para besar su mejilla.

—Te quiero, mi Chris.

—Y yo te adoro y me haces ser un pelele, pero eso ya lo sabías —refunfuñó—. Díselo.

—Lo haré.

Él asintió y siguieron comiendo, hablando sobre temas más ligeros. Sam sonrió mientras lo escuchaba alabar y quejarse de Bianca; sobre el primer año de Aaron, y su capacidad de ganar cualquier concurso que se realizara sobre distancia larga de vómito. Incluso le describió —con bastante detalle— cómo él midió alguno de ellos, y que una vez encontró restos a siete metros del niño.

Sam pasó los siguientes diez minutos carcajeándose.

Luego del almuerzo, mientras Christian botaba los restos y lavaba los platos, ella fue a la sala y comenzó a mecer con suavidad al niño alrededor de la habitación, mientras le cantaba la única canción que recordaba de su padre, y siguiendo su tradición, cambió el nombre, para adecuarla al niño.

—Aaron sonrío con el amanecer, Aaron sonrío e irradia un brillo alrededor de su halo. —El niño sonreía y tocaba su mejilla, adormilado. Los ojos de Sam ardieron y lo miró con adoración—. Cuando los días se han vuelto tristes, nada puede estar mal cuando Aaron sonrío.

Lo vio quedarse dormido y el anhelo estrujó sus huesos. Como si alguien arriba quisiera burlarse de ella, un dolor conocido en su vientre la invadió y le hizo cerrar los ojos, y respirar un par de veces para tranquilizarse.

Dejó al niño dormido en el corral y giró para encontrar a Christian apoyado en la pared arqueada que era la entrada a la habitación. Ella se forzó a sonreírle de forma luminosa, escapando de sus pensamientos oscuros y tristes.

—Es natural —susurró. Ella lo miró confundida—, verte con un bebé. Es lo más natural del mundo.

Sam dejó de sonreír y suspiró, antes de rechazar esa declaración.

—No, no lo es. Más bien parece que no estará jamás en mis cartas. Soy un fracaso.

Christian abrió los ojos como platos y se acercó a ella, agitado.

—No. Jamás te refieras a ti misma de esa manera, mi Bambi. —Deslizó sus manos para acariciar su cabello rojo, que estaba sujeto en una coleta y un poco húmedo por el esfuerzo de las horas anteriores—. Es solo un bache, ya que nunca he visto a nadie que merezca más ser madre que tú. —Ella se endureció para que la soltara, pero él no lo permitió—. Y ya lo eres, de un niño increíble de ocho años que te idolatra. Eres la madre putativa de los hijos de Alexa, y de Rachel, del mío, y más importante que todo, tienes un corazón gigante al que accedemos incluso cuando no lo merecemos. Nunca des por sentado todo lo que has dado y lo que eres para nosotros, Sam. ¿Entiendes?

Ella asintió y se obligó a relajarse, antes de lanzarse a sus brazos y quedarse entre ellos por mucho tiempo, hasta que el cielo comenzó a oscurecerse y él tuvo que irse con su esposa e hijo, donde era dichoso y estaba satisfecho, justo como siempre lo deseó para Christian.

SAM SE QUEDÓ mucho tiempo debajo de la ducha caliente, lavó su cabello y restregó su cuerpo con jabón líquido varias veces, mientras luchaba contra la ansiedad y la sensación de inutilidad que aún la dominaban. No había estado ilusionada en verdad, se hizo una prueba seis semanas atrás para saber los resultados de la inseminación artificial, la cual salió negativa, y cuando regresó de Londres —después de enterarse de que toda su vida iba a cambiar— asistió a una cita con su ginecóloga y se realizó una ecografía basal antes de informarle que desistiría de cualquier tratamiento de fertilidad y que empezaría de nuevo con las pastillas anticonceptivas. La mujer le había dado una nueva prescripción, y desde entonces había estado esperando su período para iniciarlas.

Sin embargo, cada día que transcurrió sin que su menstruación bajara, una pequeña semilla germinaba en su cerebro, y la ilusión golpeaba su corazón para que la dejara entrar. Hasta ese día, supuso. Negó con la cabeza y cerró la ducha, estaba cansada de los embarazos imaginarios y de seguir con ese tema. Oliver la necesitaba, a ella, no a la persona temerosa, patética e histérica que se había convertido a causa de la ansiedad de ser madre biológica.

Después de salir de la ducha, caminó hasta el tocador, abrió el compartimiento al lado del espejo, sacó la caja de pastillas anticonceptivas recomendada por su médico y se tomó la primera. Se miró al espejo y suspiró hondo antes de empezar a secar su cabello y alistarse para los hombres que amaba. Las únicas personas que importaban y quienes eran su vida.

Cuando abrieron la puerta de entrada, la cena estaba lista, y Sam los esperaba en la sala principal, usando un vestido rosado con el top en corte V y la falda con líneas marrones, verdes, amarillas, beige y celeste. Su cabello rojo, suelto y ondulado en las puntas.

Sebastian corrió y se abalanzó sobre ella para abrazarla, parecía agotado, pero también actuaba eléctrico, una contradicción física que siempre resurgía cuando estaba cansado.

—Mi amor —saludó y se dobló para empezar a besar su cabello—, te extrañé tanto, ¿cómo estuvo el vuelo?

Sus ojos se desviaron hacia Oliver, las ojeras estaban más pronunciadas y había perdido al menos tres kilos, se veía agotado. Él estaba acuclillado para dejar escapar a la perra, que de una vez salió corriendo hacia la cocina, como si supiera de forma mágica dónde estaban su cama y la comida.

—Estuvo bien. Papá y yo vimos la última película de *Los Vengadores*, y él se quedó dormido en la mitad, ¿puedes creerlo? ¡Le dije que era genial y se durmió! —se burló y rio, divertido. Sam miró a Oliver quien frotaba su frente.

Ella se apartó del niño, se acercó a él y deslizó sus manos por su pecho, antes de besarlo con suavidad.

—¿Cómo estás?

—Bien. Feliz de estar en casa —respondió y la hizo sonreír.

—Entonces es hora de que vean qué tal quedó —animó y entrelazó sus dedos, antes de encaminarse a cada habitación y enseñarla.

Oliver ya la había visto después de que el decorador de interiores terminara el trabajo, incluso fue quien le envió las fotografías de cada habitación (a las cuatro de la mañana hora Londres), pero no conocía los pequeños cambios que Sam había hecho en esos días y lo vio sonreír más de una vez al notar las explosiones de color en cada habitación, porque sabía que ella no podría vivir sin eso.

Se sintió llena de expectativa cuando llegaron a la habitación de Sebas, a él le gustó, pero justo mientras tocaba sus juguetes viejos y su consola de videojuegos, giró hacia Sam y Oliver.

—¿Cuánto tiempo nos quedaremos? Nella me amenazó en que no puede ser más de dos meses o me cortará todo el cabello. No puedo permitir que eso ocurra, me gusta mi pelo.

Ella apretó sus labios para no sonreír, aunque al mismo tiempo sintió que Oliver endurecía su pose, tensando la sujeción en su mano.

—Ya hemos hablado de esto antes, ¿verdad? —contestó y se separó de Oliver para acariciar al niño—, este es nuestro nuevo hogar, pero Chicago seguirá allí para cuando podamos regresar, y Nella no cortará tu cabello, Alexa jamás lo permitirá, tu tía ama peinarlo.

El niño puso los ojos en blanco, pero accedió.

—Mañana llamaré a Nathan y a Christian —informó Oliver detrás de ambos—, jugaremos fútbol, béisbol y te enseñaré varios sitios que te encantarán, verás cómo te va a gustar vivir aquí.

—¡Bien! —respondió emocionado y dejó los juguetes en su puesto.

—Maravilloso —dijo Sam, igual de exaltada, quizá se había estado preocupando por Oliver sin necesidad. Tal vez él había trabajado en extremo antes de que ellos llegaran para tener mucho más tiempo libre cuando estuvieran allí—. Vamos a comer, que deben estarse muriendo de hambre.

Ambos la siguieron y se sentaron en la mesa de metal y olmo que adjuntó como desayunador en la cocina para comer relajados. Sebastian acaparó la conversación, ya que parecía querer contar cada detalle de ese mes y medio que Oliver estuvo viviendo en otra ciudad, y también necesitaba informar lo que sucedió en los cinco días que Sam estuvo lejos de él.

Un par de horas más tarde, el niño, agotado, se quedó dormido en el sofá beige que Sam había comprado para la sala, era el más sobrio que alguna vez hubiese adquirido, pero fue decisión del decorador de interiores, aunque ella tuvo que poner su toque colorido, compró varios cojines de tonos llamativos y una manta vivaz para arroparse cuando vieran televisión en familia.

Oliver llevó al niño a su habitación y ella se quedó en la planta baja, terminando de arreglar todo lo que ensuciaron en la cena. Necesitaba conseguir una persona que la ayudara, pero eso lo haría más adelante.

Cuando entró a su cuarto, Oliver se estaba duchando. Ella se puso su dormilona y se sentó en la cama a esperarlo. Él salió usando solo unos calzoncillos, y a pesar de su cabello húmedo y la piel enrojecida por el agua caliente del baño, parecía pálido y a punto de caerse.

Sin pensarlo, ella se movió hacia atrás para acostarse en medio de la

cama, y él suspiró antes de acercarse y dejarse caer sobre el colchón, apoyó su cabeza sobre sus pechos, y la abrazó con firmeza.

—Te prohíbo estar tan lejos, Samantha. No te alejarás de nuevo de mí en tu vida —se quejó él, lo que la hizo sonreír.

—Así que me extrañaste.

—Como un condenado —confesó él antes de empezar a besar su cuello.

—Yo también te extrañé. Más de lo que imaginarías.

Él se apartó y estiró su cabeza para mirarla a los ojos, su expresión preocupada.

—¿Estás bien?

Ella acarició su mejilla y asintió con una sonrisa en los labios.

—Te ves terrible —respondió en vez. Él rio divertido.

—Gracias —bromeó.

—¿Cómo te fue en el viaje? ¿Lograste resolver lo que querías en Canadá?

Él negó con la cabeza, pero en vez de responder, la besó de forma abrasadora, con su sello personal, y se acomodó sobre su cuerpo, antes de comenzar a tocar sus senos sobre la ropa. Samantha acarició su cabello mientras lo besaba de vuelta, y subió su pierna para enredarla sobre su cadera.

Estuvieron así por un rato, solo reconociéndose el uno al otro, era cierto que se habían extrañado, y quizá desde hacía más de cinco semanas; aun así, cuando él comenzó a alzarle el vestido, tuvo que detenerlo.

—Tengo el período —le susurró contra sus labios. Él se quedó muy quieto y su mano reposó en su muslo.

—Lo siento —respondió Oliver de forma casi mecánica, lo había repetido cada mes, lo cual era ilógico, no tenía ningún motivo por el cual disculparse.

—Y comencé los anticonceptivos de nuevo —culminó.

Él la miró y ella le sonrió, su gesto y su alma por fin en calma por ello, porque era hora de llevar a cabo la decisión que habían tomado.

—Estamos bien, es lo importante. Tengo todo lo que necesito en esta casa, Oliver.

Él asintió y besó sus labios por un par de segundos, ella lo abrazó y lo giró para apoyar su cabeza sobre su pecho, ambos se quedaron callados por un tiempo, meditando sobre su última pérdida.

—A Sebastian pareció gustarle la casa, aunque aún no ha entrado en el proceso de asimilación —comentó Sam por fin—, y es muy buena idea mostrarle tus lugares favoritos, se sentirá mucho más conectado con la ciudad.

Oliver suspiró y se sentó en la cama, apoyó los pies en el suelo antes de frotarse la cara con sus manos, en un gesto casi brusco, como si quisiera espabilarse.

—También extrañé nuestras salidas, y se lo debo después de haberlo sacado de todo lo que conoce por un maldito capricho.

—¿Qué? —preguntó ella y se acercó hasta quedar apoyada contra su espalda, deslizó sus manos por su columna para abrazar su cintura, luego besó su hombro—. ¿Qué sucede, Oliver? ¿Qué te está molestando?

—Creo que al final mi abuelo no sabía qué demonios estaba haciendo. La empresa no es ni la sombra de como la dejé, Samantha, y si no hubiese muerto cuando lo hizo, estoy seguro de que estaría embargada. Es un maldito desastre. —Golpeó su muslo un par de veces con un puño, y hundió sus hombros—. Mi madre tuvo razón, él no tenía nadie en quien confiar que lo ayudara, porque yo me fui a vivir mi vida y olvidé que él existía.

Sam se mordió el interior de su mejilla y todo el alivio momentáneo que sintió apenas una hora atrás, desapareció. Esto era peor que él matándose de trabajo, mucho peor.

—Sabes cómo era él —intentó—, jamás te habría permitido regresar después de todo lo que sucedió.

—Lo sé —respondió, pero el tono de su voz, la resignación y la tristeza que escuchó, volvió a inquietarla—. Pero ya eso no importa, solo tengo que encaminarla de nuevo, sé que puedo hacerlo y en un mes estará listo, entonces regresaremos a Chicago y todo volverá a ser como antes.

Ella asintió y besó de nuevo su cuello, se preguntó si él en verdad pensaba que ella alguna vez había creído esa mentira, o si era Oliver

quien tenía que reafirmárselo. Sam siempre supo que sería mucho más tiempo, por eso insistió en comprar y amueblar esa casa, lo que temía era incumplir la promesa que se había hecho el día del funeral cuando habló con Bryoni, sobre que no permitiría que volviera a ese mundo, ya que no se trataba de la empresa, sino de lo que todo ese lugar significaba para él.

—Estamos aquí, juntos, eso es lo único que importa. No hay presión de nuestra parte, Oliver, tómate el tiempo que necesites, nosotros estaremos para apoyarte, no para dificultarte las cosas. De hecho, queremos ayudarte, en lo que quieras. Christian me pidió que te dijera que regresará a la empresa cuando lo decidas. Y estoy segura que Harold...

—No necesito la ayuda de nadie —rechazó de forma tajante y tomó su mano para llevarla a sus labios—, lo tengo controlado, Samantha. Solo necesito un poco más de tiempo.

Ella se agarrotó, pero no dijo nada. Abrió los labios para recordarle que no estaba solo, pero prefirió callar, ya que necesitaba que supiera que lo apoyaba, en lo que fuera que decidiera.

—Vamos a dormir, debes estar muy agotado —dijo en vez.

—Vendré más tarde, Samantha, pero tú quédate aquí y descansa, has trabajado tanto en este sitio y quedó maravilloso. —La miró, luego se levantó de la cama y acarició su mejilla antes de darle un beso de mariposa—. Debo ir al despacho un rato y adelantar un poco de trabajo para poder tener libre la mañana y pasarla con Sebastian y contigo.

Ella asintió y lo dejó ir, lo vio vestirse y salir del cuarto hacia la única habitación en la que Oliver había contribuido en decorar. Se sintió aliviada de estar en ese sitio, porque aunque él no quisiera aceptarlo, resultaba claro que la necesitaba.

Capítulo 24

*Oh, mi hombre, lo amo tanto,
él nunca sabrá cuánto.
Toda mi vida es desesperación pero no me importa,
cuando él me toma en sus brazos
el mundo es brillante, y todo está bien.
¿De qué sirve que diga: «me iré lejos»,
cuando sé que regresaré de rodillas algún día?
Oh, porque lo que sea que mi hombre sea,
yo soy suya, para siempre.
My Man, Barbra Streisand*

Samantha jamás creyó que volvería a entrar a la casa de Oliver I, ubicada en Hampstead, lo que es más, cuando Oliver le comentó que la había heredado, le rogó que nunca vivieran allí y él acordó venderla si su madre o hermana no la querían, pero resultó que Bryoni sí la deseó, además, insistió en que ella iba a continuar con las tradiciones de su padre, como la de celebrar la fiesta navideña cada año, con las personas más influyentes de Londres.

La vivienda seguía igual, la recibió la misma fachada de piedra gris y marrón y los metros y metros de jardines verdes que eran cuidados por varios paisajistas y demás personal capacitado. Bryoni se había mudado semanas después de la muerte de su padre, ya nueve meses atrás, y su presencia se notó de inmediato en la decoración, la que pasó del anticuado estilo victoriano de Oliver I, a un estilo chic, femenino y elegante.

Cuando Sam entró al salón de baile, su atención se concentró en el

cuadro de Oliver y sus abuelos, que Bryoni había trasladado de la pared del descanso de las escaleras a la pared de cabecera de la gigantesca habitación en la que se celebraba la fiesta de Navidad, donde, obviamente, acapararían la atención de cualquiera que entrara a ese lugar. Samantha debió sentirse feliz por el hecho de que, por primera vez en su vida, Bryoni le daba el lugar que le correspondía a Oliver, ya sea en sus fotografías o en sus recuerdos, pero en cambio se llenó de tristeza, porque en el fondo sabía que él estaba en esa fiesta y era homenajeado en las memorias de su madre, no porque ella lo amara, sino porque era lo que la alta sociedad londinense esperaba que hiciera. Estaba segura de eso porque, desde que Oliver aceptó quedarse y salvar el legado de su abuelo —después de los ruegos y acusaciones de su madre— Bryoni no había ido a visitarlo a la empresa o a su casa ni una sola vez.

—Christian y Bianca llegaron, están con Harold y Joanna —le susurró Oliver y ella sonrió en respuesta.

Oliver había invitado a sus mejores amigos, porque sabía que Samantha estaría incómoda en esa fiesta, de alguna manera quiso aligerarle el ambiente y, de rebote, calmar un poco su ansiedad. Sam se giró hacia él y con cariño acomodó su pajarita, luego alisó su camisa blanca debajo del saco. Cada vez que lo veía usando un esmoquin le producía cosquillas en su bajo vientre, lucía muy apuesto. Ella deslizó un dedo por su labio inferior y no pudo evitar acercarse un par de pasos hacia él.

—¿Te dije lo apuesto que te ves esta noche, Oliver? —coqueteó y deslizó sus manos por la solapa de la chaqueta negra. Él sonrió, sus ojos llenos de intensidad recorrieron su vestido blanco, largo, ajustado a su cuerpo, con una apertura que llegaba a su medio muslo, solo un hombro estaba cubierto y, aunque el talle era alto, había una apertura en la mitad de su pecho que mostraba la sombra de su escote. Oliver había enloquecido cuando la vio lista para salir. En especial porque su cabello estaba sujeto en un moño relajado, con rulos sueltos, para mostrar los detalles del vestido.

—No lo recuerdo, estaba muy concentrado en repetirme los motivos por los que teníamos que venir aquí y no poder destrozar ese

apretado vestido que estás usando, y ese maldito escote. —Ella rio, y deslizó una mano por su pecho, tocando la parte rugosa de la camisa, él casi gruñó—. Vamos a bailar.

Ella asintió y se dejó llevar aliviada por ese momento privado, tan escaso en ese tipo de eventos. En esos meses, se había habituado a muchas cosas nuevas, la mayoría desagradables; como ignorar las miradas que ciertas personas le ofrecían, o alguno que otro comentario desagradable. También se acostumbró a fingir, en especial cada vez que tenía que ir a una fiesta con Oliver, fuera una recaudación de caridad, una cena de negocios o una simple reunión.

Sam siempre había sido muy directa y sincera, pero ese sitio, y el estilo en que vivían su vida, requería una pericia al engaño que su prima jamás le había enseñado y que no le gustaba.

—Eres tan hermosa —escuchó que él le susurraba antes de pegarla a su cuerpo y seguir la tonada de la música de salón que la banda tocaba. Ella deslizó una mano por su cuello y la otra la colocó en el centro de su pecho, donde entrelazaron sus manos, entregados al vaivén de la música.

—No más que tú —respondió y lo oyó reír, antes de que tomara sus manos y la alejara para forzarla a dar un giro lento y grácil.

Bailaron dos canciones más, muy juntos a pesar del ritmo, antes de que su madre lo obligara a dar el discurso de bienvenida que al parecer su abuelo acostumbraba a ofrecer cada año. En esos meses, había aprendido a identificar la forma en que Bryoni funcionaba; se mostraba al mundo como solícita y dadivosa, pero cuando te descuidabas sacaba las uñas de forma sutil, como, por ejemplo, sospechaba que la mayoría de los comentarios desagradables que había escuchado provenían de ella. Ese día, le fue evidente por la forma en que quiso desviar la atención de Oliver, para arrastrar a Sam lejos de él para que diera el discurso solo.

Por supuesto, Oliver nunca soltó su mano y la forzó a quedarse a su lado, aunque lo cierto es que Sam hubiese preferido estar apartada.

Después, se acercaron a Christian y Joanna, Harold y Bianca estaban hablando con otro grupo de personas; aunque, casi de inmediato, Oliver tuvo que abandonarlos, ya que tenía que atender

un asunto de negocios.

—Aún no nos deja dormir, pero lo adoramos —escuchó a Joanna mientras le mostraba fotos de Joshua, su nuevo hijo, al que ya Sam idolatraba y visitaba al menos dos veces al mes.

—Es un pequeño demonio —comentó y sonrió divertida.

Después de hablar por un rato con su cuñada, se disculpó y se dirigió al baño. Justo cuando iba llegando, escuchó la voz de dos mujeres que iban de salida.

—Oliver cada año mejora, como el buen vino—dijo una mujer rubia—. Es soltero y dueño de todo esto. Estoy a punto de lanzármele encima, me convertiría en la señora Lewis en un máximo de tres meses.

—¿Él no está con alguien? —preguntó otra voz con tono de confusión—. La pelirroja que estaba a su lado, Samantha algo. Tienen un hijo, lo sé porque mi hijo está en el mismo colegio que el de ellos.

—¿Un hijo? —preguntó la otra y soltó una risotada—. No es suyo, es de ella. Al parecer lo forzó a aceptarlo para que no lo dejara, y fue un gran problema. —La otra mujer, castaña, hizo un sonido de entendimiento—. ¿Y sabes qué más me dijo Bryoni? Que por ella fue que dejó a Ilana.

—¡No! —susurró la otra y Sam se tensó.

—Sí, al parecer estaban juntos desde antes.

—Entonces la pelirroja es de esa clase de mujer —comentó la otra con voz asqueada.

—Y no se han casado, así que, como dije antes, será mío en un máximo de tres meses, ya sabes lo que dicen sobre «ladrón que le roba al ladrón» —escuchó que ambas se reían y, allí, las tres casi colisionaron.

Sam se había acostumbrado a ese tipo de comentarios, los había escuchado varias veces. También se le hacía habitual las miradas desdeñosas de algunas personas cuando iba a llevar o a recoger a Sebas del colegio. Era la primera conversación que le confirmaba que era Bryoni quien los incitaba, pero lo cierto es que no generaba ninguna diferencia, no tenía sentido hablar con ella porque sabía lo que la consideraba y la mejor opción era ignorarlos hasta que se

detuvieran. Lo único que le concernía era que Sebastian jamás escuchara nada, y que Oliver no se enterara, ya tenía muchas cosas por las que preocuparse para sumar algo tan superficial.

Las miró con intensidad, emulando la expresión de suficiencia que presenció muchas veces en Oliver, y también en su abuelo; esa mirada que decía: «Eres inferior a mí» y que experimentó de primera mano aquella vez en que el hombre la llevó a su despacho, en esa misma casa, para verbalizar lo que segundos antes le había dicho con los ojos: «Te considero una basura y jamás serás bienvenida en mi familia». Las mujeres bajaron la cabeza, avergonzadas, y notó que la castaña se sonrojaba. Alguien aclaró su garganta y giró para encontrarse a Ilana, su vestido negro ajustado concordaba con el tema blanco y negro de la noche. La expresión de las mujeres cambió de forma radical, sus rostros se volvieron altaneros, del tipo: «¿Ahora, qué vas a decir? Ilana te destrozará».

«La perfecta Ilana, quien sin duda es excepcional en las fiestas, las cenas de trabajo e incluso lo hubiese llenado de hijos», pensó y aún con esas ideas en la cabeza, sonrió y se acercó a la rubia para abrazarla.

—¡Sam! —saludó ella de forma efusiva, quizá para molestar a las otras mujeres, para humillarlas un poco más. No supo si, al igual que ella, escuchó la conversación privada, o solo captó la idea al ver la escena, pero tampoco le importó—. Qué maravilloso verte. Llegamos tarde porque Ian no quería quedarse con la niñera. ¿Ya Oliver dio el discurso?

Iba a hablar, pero notó que las mujeres la miraban con sus bocas abiertas.

—¿Necesitan algo, señoras? —preguntó Ilana, con tono duro. Las mujeres la saludaron, emitieron una disculpa escueta y las dejaron solas—. Eso fue solo una batalla, la guerra está muy lejos de ser ganada —le comentó cuando estuvieron solas, la sonrisa abandonó su cara.

—Lo sé, tengo meses lidiando con lo mismo. Pronto se aburrirán y conseguirán un mejor tema de conversación.

—Deberías hablar con Oliver, él tiene los medios y la iniciativa para

acallar los rumores de una vez por todas. Y estoy segura de que será muy entretenido de ver, siempre me divertía cuando él utilizaba alguna de sus estrategias. Varias se volvieron clásicas en este estúpido círculo.

—No —rechazó de inmediato—. No quiero que él se entere de los rumores, son nimiedades, Oliver tiene cosas más importantes por las que preocuparse.

—Supongo que la forma más eficaz de acabar con todo es casarse, ¿por qué no lo hacen?

—No me voy a casar con Oliver para evitar habladurías, eso es absurdo —explotó enardecida.

Ellos no requerían un papel para sentirse más comprometidos, y él tampoco se lo había vuelto a pedir. Si era sincera, Sam no quería que lo hiciera, el temor de que lo arruinarían si se casaban seguía muy vivo a pesar de los años que llevaban juntos. De vez en cuando, y sin ningún motivo aparente, una conversación que tuvo con Susan reaparecía en su cabeza, en la que aceptó que no volvería a casarse porque sabía que si lo hacía, el hombre la heriría con todo el derecho, porque se había ganado ese karma después de lo que le hizo a su prima, y casualmente a la mujer que estaba frente a ella. De forma racional, resultaba claro que eso no tenía sentido, pero aun así una pequeña voz le susurraba de forma incontrolable que esas palabras fueron una maldición y que no podía arriesgarse.

—¿Por qué eres tan amable conmigo? —cuestionó, entonces, siguiendo con la dirección de sus pensamientos—. Deberías de odiarme después de lo que te hice. Destrocé tu matrimonio, me interpose entre ustedes y fui la causa de que Oliver te dejara.

—Y siempre te lo voy a agradecer —contestó Ilana, sorprendiéndola—. Lo mío con Oliver nunca fue un matrimonio, no hubo comunión entre ambos y jamás fuimos solo los dos, siempre tres, porque estabas entre nosotros, o más bien cuatro, si contamos a mi madre. —Sonrió y enredó su brazo con el de ella, en un gesto cómplice—. Si no hubieses vuelto, él nunca me hubiera dejado, y yo no hubiese entendido que mi vida no era mía y que jamás lo sería si no la recuperaba. Estoy segura de que no habría conocido a Abraham,

porque Oliver y Nathan fueron quienes arreglaron que me quedara en su casa después del divorcio. Abraham me ayudó a verme, me brindó la asistencia que necesitaba para encontrar mi voz, y después me atrapó sin escapatoria, porque según me confesó una noche, no aceptaría que otro hombre robara la gema que él había descubierto. Soy más feliz como su esposa y con nuestro hijo de lo que he sido nunca, y de lo que seguro nunca habría logrado al estar junto a un hombre que nunca me amó.

—Me alegra tanto escuchar eso, Ilana —contestó con una sonrisa—. Y también me contenta haberte encontrado aquí y aclarar esto, sé que siempre has tenido contacto con Oliver, pero yo me sentía intimidada de hablarte, incluso con todo el asunto de las apuestas.

—No hay motivo, Sam. Yo siempre supe lo que era para él y lo que fuiste tú. Mi madre fue la única razón por la que me aferré a ese matrimonio, pero ya eso está acabado. —Le sonrió y la guio hacia el tocador—. Lo cierto es que tuve muchas dudas cuando empezaron a salir de nuevo, temía que volverías a partirle el corazón. Que no lo quisieras en verdad, pero ahora entiendo que esos fueron solo mis prejuicios, porque él es más feliz contigo de lo que jamás habría sido conmigo. Me lo ha confirmado en sus palabras en cada *mail* que hemos intercambiado en los últimos años e incluso, al verlo hoy, es mucho más sereno y se ve más satisfecho de lo que nunca lució conmigo. Como quisiera que pudiéramos reunirnos un día y conocer a Sebastian y que ustedes conozcan a Ian Oliver.

—¿Ian Oliver? —le preguntó y giró a ver a la mujer, que la rodeaba un aura de calma. Ella asintió, pícara, y Sam no pudo evitar reírse—. ¿Y tu esposo estará bien con ello? Oliver es tu exesposo.

—¿Bromeas? Abraham lo amará, y pasará la mitad de la noche burlándose de lo extraña que debería ser esa situación. Le encantan los experimentos sociales.

Sam negó con la cabeza, fue al tocador, y después fueron a reunirse con Abraham, que la estaba esperando. El hombre no era particularmente apuesto, su nariz quizá fuera un poco más grande de lo normal y su expresión era muy seria, pero cuando sus ojos oscuros se encontraron con Ilana, brillaron, y mantuvo su atención en ella

todo el tiempo y le pareció hermoso.

—Mañana tendremos una especie de almuerzo navideño e intercambiamos regalos, una cosa pequeña, nada ostentoso, son bienvenidos si lo desean —invitó Sam a Ilana y Abraham.

—Nos encantaría —dijeron ambos e intercambiaron direcciones.

Un par de horas más tarde, mientras charlaba con Bianca, sintió la mano de Oliver en su espalda.

—¿Lista para irnos? Ya cumplimos todas las formalidades de la noche.

Samantha asintió y caminaron hacia la salida, junto con Bianca y Christian, que también decidieron retirarse.

—¿Cómo va la empresa, Oliver? —le preguntó Christian.

—Todo bien, bajo control —respondió de inmediato.

—Vale —concedió Christian, su voz llena de dudas—, igual, mi oferta sigue en pie. Hablé con Harold esta noche y me dijo que su agenda también está abierta. Si...

—No necesito... —lo interrumpió con voz brusca, luego se detuvo, suspiró y pasó una mano su cara—. Gracias, Christian —se retractó—, por tu ofrecimiento, pero sé lo que estoy haciendo y si te he repetido, lo que parece un millón de veces ya, que no necesito ayuda es porque no quiero ninguna ayuda. Todo va bien. —Sujetó su antebrazo—. Vámonos, Samantha. Nos vemos mañana. Buenas noches.

Casi la arrastró hacia el recibidor de la puerta principal, donde el *valet* ya lo estaba esperando con su vehículo. Ella giró y miró a Christian antes de hacerle una mímica de: «Gracias. Lo siento». Ese plan no había salido bien.

Sam observó a Oliver manejar en silencio y deslizó una mano por su mejilla y su barbilla, sabía que estaba molesto y trató de calmarlo, aunque cada intento de conversación fue recibido por monosílabos.

Ella no comprendió cuán entregados y compenetrados habían estado en Chicago hasta que se mudaron a esa ciudad. Intentaba tenerle paciencia, ya que el mes que le había pedido esa noche en el hotel Stoke Park parecía interminable y no veía muchas posibilidades de que terminara pronto. Ni siquiera se trataba de volver a Chicago,

en ese momento la ciudad era una superficialidad, lo que extrañaba era al hombre, era tenerlo allí para ella, eran las salidas al cine, o los fines de semana juntos sin hacer nada, era la intimidad que parecían haber perdido desde que él comenzó en la empresa de su abuelo, porque la presión y el trabajo eran demasiado para que él pudiera soportarlo solo.

Sabía que era un simple bache en su camino, pero también deseaba no haber visto nunca un cuento de hadas, ya que se encontraba ansiando con desesperación su «feliz para siempre», y aunque estaban todos los elementos para lograrlo, no terminaba de llegar allí, incluso temía que nunca lo hiciera.

Entraron a la casa una hora más tarde y se quitó el abrigo. Cuando giró lo vio encaminarse hacia el despacho.

—Oliver, ¿a dónde demonios crees que vas? Vamos a la cama.

—Tengo que trabajar por algunas horas. Nos vemos mañana.

—¿Estás desquiciado? —dijo enfurecida—. Son más de las doce de la noche, ya es Navidad, ¿no te parece suficiente?

—Tuve que ir a esa puñetera fiesta, y mañana perderé todo el día por el invento que creaste de invitar a todo el mundo aquí, tengo que adelantar algunas cosas antes de permitir relajarme.

Ella lo miró aturdida, y negó con la cabeza, había tenido suficiente.

—¿Adelantar unas cosas? ¡Es Navidad! —repitió, porque claramente él no lo comprendía—. No vas a trabajar en Navidad, me vale madre tu maldita empresa. —Oliver la miró boquiabierto, pero ella ya no tenía control—. Si todo está «tan en control» como tanto repites, no necesitarías trabajar siete días a la semana, más de quince horas diarias. ¿Por qué eres incapaz de ver eso y de aceptar ayuda?

—¿Ayuda?—la confrontó él—. No necesito ayuda de nadie, y mucho menos la ofrecida por dos hombres que fueron forzados a darla por lástima. ¿Crees que no te conozco? Sé que toda la maldita escena con Christian y Harold fue tu creación.

—A ellos les importas y están preocupados...

—No tienen ni un jodido motivo por el que estar preocupados —explotó él, su expresión furiosa, sus ojos verdes endurecidos. Al verlo, toda la molestia de Sam desapareció—. Tengo 37 años y 25 de

ellos los he invertido en este negocio, de los cuales más de dos décadas fueron solo en esta empresa, creo que sé lo que necesita más que cualquier otra persona.

—No estoy dudando de tu capacidad.

—No, estás insultándome al creer que necesito a alguien externo para solucionar esto, Samantha, y además confabulas para que los demás se ofrezcan como si fuera un maldito caso de caridad — contestó, su cuerpo estaba tan tieso como el yeso y su expresión furibunda—, y no necesito de esta mierda en estos momentos, ¿te mataría apoyarme y confiar en mí?

—Estoy aquí, y te he apoyado en lo que has necesitado —intentó.

—No, me estás presionando, y no es como si no tuviera mucho de eso en este puñetero momento. Te lo expliqué, la empresa está en problemas, debo arreglar muchas cosas y lo estoy haciendo lo más rápido que puedo porque sé que no quieres seguir en esta maldita ciudad y deseas regresar a Chicago. —Sam estaba negando con la cabeza antes de que él terminara, ya que esa declaración era injusta, jamás le había dicho que debía matarse por ella. Él gruñó y se dio la vuelta, dando la discusión por terminada—. Estaré en mi despacho. Nos vemos mañana.

Sam se dejó caer sobre el sofá beige y se sintió perdida, la acusación prensando su pecho hasta dejarla sin respiración, ya que temía que fuera cierto. Pasó una hora antes de que pudiera reaccionar de nuevo, porque había repetido la discusión una y otra vez para darle algún sentido. Se quitó los tacones amarillo quemado y se encaminó al despacho, decidida a luchar con uñas y dientes para separarlo de la computadora.

Entró a la habitación y lo encontró frente al ordenador, su expresión era agotada, fruncía el ceño detrás de sus anteojos y ni siquiera se había dado cuenta de que ella estaba allí.

Caminó hasta rodear el escritorio y colocó sus manos sobre sus hombros.

—Sí —susurró él cuando ella comenzó a darle un masaje sobre su camisa. El saco y la pajarita reposaban sobre el sofá de cuero gris al otro extremo de la habitación.

Él bajó la cabeza, derrumbado, Sam se sintió de la misma manera cuando sintió los nudos musculares que se hacían notar por cada parte de su cuerpo que masajeara. El estrés iba a matarlo. Movi6 la silla y lo encar6, logrando por fin que se alejara de la *laptop*.

Apart6 el equipo y tom6 asiento sobre el escritorio, para que 6l le prestara atenci6n. Las manos de Oliver fueron directo a sus muslos, deslizando sus dedos para apartar la tela desde la apertura. Ella sonri6.

—Mírame —rog6. 6l lo hizo y ella le quit6 los lentes—. Lamento haberte hecho sentir que no te apoyo, Oliver, porque no es cierto. Estoy aqu6 y no me ir6 a ninguna parte. —Asinti6 de acuerdo, pero ella necesitaba que lo entendiera—. No me ir6 a Chicago o saldr6 de tus brazos jam6s, as6 nos quedemos aqu6 lo que nos falte de vida. Por favor, deja de sentirte presionado por mi causa, estoy bien. Estamos bien. Sebastian ha hecho nuevos amigos aqu6 y le est6 gustando la ciudad, y yo soy feliz...

—No lo eres —la interrumpi6, ella se apart6 del escritorio y se sent6 a horcajadas sobre su cuerpo.

—Estoy preocupada por ti y deseo protegerte de todo. Eso es lo 6nico que est6 sucediendo, no que me sienta infeliz por estar aqu6, o por vivir contigo, ¿comprendes? —6l asinti6 y ella suspir6, lo cual se volvi6 una sonrisa cuando 6l tom6 su mano izquierda y empez6 a mordisquearla.

Sam se levant6 del asiento y gir6 para apagar la port6til. De inmediato lo sinti6 sobre su espalda, besando su cuello.

Ella entrelaz6 sus manos y lo gui6 hacia su habitaci6n.

—Quítate la camisa —le pidi6 cuando llegaron justo antes de encaminarse al ba6o.

—¿Solo la camisa? —pregunt6 6l con tono ligero, una voz que no hab6a escuchado desde mucho tiempo.

Ella r6o desde el otro cuarto y sinti6 que su pecho se expand6a. Abri6 el agua de la ba6era y la midi6 hasta que estuviera a temperatura perfecta; coloc6 el jab6n y las esencias, tom6 el aceite de masajes y despu6s sali6 para encontrarlo sentado en la cama; sin camisa, zapatos, calcetines, y el pantal6n desabrochado. Hab6an

cosas que nunca cambiarían, y saberlo la hizo sentir aliviada.

Le sonrió y se acercó hasta montarse en la cama, vertió un poco de aceite en sus manos y comenzó a masajear sus hombros, su espalda, a la vez que besaba con suavidad su cuello. Amaba ese cuerpo, amaba a ese hombre por completo, así fuera irracional la mayoría de las veces.

—Siento haber actuado como un jodido imbécil —confesó él, sus ojos cerrados—. Sé que te preocupas, Sam, pero tengo que hacer esto solo, se lo debo a mi abuelo.

Ella apretó los labios en una línea y se forzó a asentir, antes de empezar a trabajar en un nudo que encontró en la parte derecha de la cervical, imaginaba que ese venía por el uso de la computadora.

—No debí decir esas cosas, sé que actué como un bastardo.

—No me gusta esa palabra, ni que la uses en ti mismo, sobre todo porque no es cierta y nunca lo ha sido.

Él se enderezó, sus músculos se tensaron y supo que el marrón había invadido sus iris, como sucedía cada vez que tocaban ese tema.

Culminó el masaje y fue camino al baño, cerró el agua de inmediato porque estaba a punto de derramarse y se giró para encontrarlo a él en la puerta, apoyado en el marco.

—Creo que mereces que te consienta un rato —le comentó ella—. Desnúdate y báñate, yo iré a ver si Deana dejó algo en la nevera para que comas, no te vi hacerlo en la fiesta.

La detuvo antes de que pasara la puerta.

—No tengo hambre de comida, Samantha —le susurró en su oído, y ella se estremeció por el golpe de su aliento en su piel y por sus palabras—. Quiero quitarte ese vestido que me ha enloquecido toda la noche, y follarte. —Se dejó caer sobre él. La jaló hasta pegarla a su cuerpo y apretó su trasero, haciéndole sentir toda la extensión de su erección—. Entra en esa bañera conmigo.

Ella asintió y lo jaló hacia dentro. Se volteó para que la ayudara con el cierre, pero después se apartó para desnudarse, ya que sabía que lo haría más rápido sola que al permitir que él lo hiciera por ella.

Oliver sonrió y se quitó el resto de la ropa, captando el humor en que se encontraba. Después de quedar desnuda, fue a quitarse los

zarcillos de diamante amarillo que estaba usando ese día, pero él no se lo permitió, en cambio se metió en la bañera, antes de jalar su mano para que se sentara a horcajadas sobre él.

—¿Me harás el amor como si nada más importara? —le preguntó antes de retorcerse sobre él y sobre su erección, incitándolo.

—Samantha, cuando estoy dentro de ti, nada más importa. —Ella jadeó y lo tomó en la mano para que la penetrara. Cuando lo hizo, él empujó con firmeza, elevándola en el acto—. Pero ya no tengo control alguno, así que no me pidas que lo haga lento.

—No, no —susurró y se comenzó a mover casi con desesperación sobre él—. No lo quiero lento. A ti, te quiero a ti. Duro, todo.

Él ronroneó y la hizo saltar sobre la bañera, el agua se desbordaba pero a ninguno le importó. Oliver apretó sus pechos y comenzó a mordisquearlos.

—Tus hermosas tetas, me encanta enrojecerlas y que estén duras para mí —gruñó antes de empezar a impeler con fuerza renovada.

—¡Oliver! —jadeó una y otra vez, mientras seguía retorciéndose con la misma dureza y salvajismo con que recibía cada embiste.

Al terminar, bastante tiempo después, ambos quedaron sobre la bañera, agotados. Los ojos de Sam comenzaron a cerrarse por el cansancio, y tiritaba de vez en cuando porque comenzó a enfriarse. Oliver abrió el agua caliente con un pie y poco a poco se fue llenando. Él le soltó el moño que se había hecho, con tanto cuidado que la hizo suspirar, y tomó una esponja para bañarla.

—Sam, me gusta que te preocupes por mí —le confesó en voz baja antes de besar su cabello mojado—. Por favor, no dejes de hacerlo.

—Jamás —respondió con voz adormilada y lo dejó ser mientras terminaba de bañarla, luego la levantó de la bañera y la secó con esmero, para ir a acostarse para dormir juntos y abrazados.

Antes de caer en la inconsciencia se repitió que no preocuparse sería imposible, porque el superhéroe estaba intentando arreglar el mundo, e incluso solventar asuntos quiméricos, con un hombre que ni siquiera estaba ya en este mundo. Era cierto, Oliver había tenido dos décadas en esa empresa, y cada acción que realizó fue en búsqueda de aceptación, y para conseguirla casi se destruyó y se

anuló por completo. En esa oportunidad, esa aceptación era imposible, y estaba mezclada con la culpa de haber abandonado a su abuelo cuando más lo necesitó. Sam temía que poco a poco se fuera a matar por eso, y no sabía cómo detenerlo o mejorar su situación.

Por fin entendió el grado de impotencia que debió haber sentido cuando ella estaba con todos los síntomas de estrés como consecuencia de su infertilidad. Y la resignación que lo acompañó al final.

Capítulo 25

*Hay un lugar que conozco,
no es bonito allí
y solo unos pocos han ido alguna vez.
¿Huirás si te lo enseño?
¿O te quedarás, incluso así te hiera?
¿Incluso si intento alejarte,
regresarás?
Y me recordarás quién soy de verdad,
por favor, recuérdame quién soy de verdad.
Todo el mundo tiene un lado oscuro.
Dark Side, Kelly Clarkson*

Oliver entró a su casa en Knightsbridge, frustrado y molesto, asintió hacia Deana que estaba limpiando el desastre que dejó Sebastian antes de ir al colegio y caminó hacia las escaleras, antes de subirlas tres pasos a la vez.

—¡Samantha! —gritó él cuando entró a la habitación principal y luego al vestidor para sacar la maleta.

Ella estaba encerrada en el baño y escuchó ruidos y cosas caer al suelo. Cuando la vio salir hacia la habitación, lucía asustada, avergonzada y atolondrada. Quiso preguntarle qué sucedía, pero recordó los motivos que lo llevaron a su casa a media mañana y que el avión saldría en una hora.

—Debo ir a Canadá —explicó de inmediato antes de empezar a empacar. Sam lo miró por un rato, casi sin parpadear y sin hablar, como si no lo entendiera. Él se maldijo, y suspiró—. Me acabo de

enterar de que hay en miras una demanda multimillonaria a la sucursal, debo ir de inmediato y controlar la situación.

Oliver pasó la mano por su frente y se sintió agotado, su cabeza parecía que iba a explotar.

—¿Cuántos días te irás? —preguntó por fin, con tono muy sereno. Se preocupó porque eso significaba que se avecinaba una explosión.

—No lo sé —se quejó frustrado—. El avión sale en una hora. Debo terminar de empacar, el chofer me espera abajo. Te llamaré cuando aterrice.

—¿No lo sabes? —preguntó aturdida—. Le prometiste en año nuevo a Sebastian que lo acompañarías al fin de semana familiar de la escuela, Oliver. Y es en tres días.

Oliver suspiró y recordó que lo había hecho.

—Trataré de llegar antes, pero no puedo dejar de ir, Samantha. Es imposible renunciar ahora. —De hecho tenía claro que no había forma de salirse por un largo tiempo.

Su abuelo había hecho un gran trabajo a la hora de desarmar las estructuras que funcionaban bien cuando él fue el director de la empresa; reemplazó empleados con cerebro por otros mucho más complacientes, incapaces de pararle los pies en nada.

Oliver I solicitó más rentabilidad y sus pedidos eran órdenes, costara lo que costara. Los números comenzaron a dibujarse, se bajó la calidad de los materiales, se empezó a contratar empleados de menor experiencia para bajar el costo en recursos humanos, y se sacrificó el servicio y todo por lo que su bisabuelo había trabajado desde que empezó en la empresa.

Durante esos once meses se había esforzado hasta quemarse los ojos, y logró por fin encauzar la mayoría de los asuntos económicos y mejorar la calidad del servicio; tenían algunos coletazos, pero en general lograban arreglarse solos y con ello cumplir con los compromisos de forma razonable. Pero igual parecía como si los problemas cayeran en picada, uno detrás del otro. Y era un dolor de cabeza lograr que la empresa siguiera funcionando, conseguir nuevos contratos, lidiar con las demandas, parar la fuga de dinero, y lo peor de todo, manejar a los puñeteros socios que lo atosigaban cada día,

todo al mismo tiempo.

—No, es suficiente —suplicó ella y lo tomó del antebrazo cuando iba hacia la puerta con la maleta llena de ropa revuelta en su mano—. ¡Basta! —explotó angustiada y él suspiró al no poder huir, porque sabía que Sam reventaría—. Llevamos aquí casi un año, Oliver, y entiendo que estás complicado, que la empresa te toma tiempo y asfixia, pero nosotros también importamos. Sebastian también importa y él está ilusionado con esto y no puedes dejarlo en la estacada.

—No, no lo entiendes —se quejó él y negó con la cabeza antes de lanzar la maleta al suelo. Estaba cansado de la misma discusión y de la preocupación que leía en su cara, además del anhelo que sabía que sentía con que las cosas regresaran a lo que eran antes, porque él también lo experimentaba. Ansiaba volver a su vida en Chicago, donde todo era más sencillo. Lo que es más, cuando llegaba a esa casa y los veía sonriendo, hablando o viendo televisión, los envidiaba porque quería estar con ellos, pero cada vez que lo intentaba, explotaba una nueva bomba nuclear—. No es que me tome tiempo, es que no consigo resolver un jodido problema cuando llega otro para fastidiarme. Es que hay demandas por materiales de mala calidad y fallas en el contrato; que los números no dejan de estar en rojo cada mes y si no hago algo pronto, tendré que despedir a más del cuarenta por ciento del personal, cientos de personas que no conseguirán trabajo en ninguna otra parte porque estamos en plena crisis. Y en cada puñetero paso me encuentro a la junta incrustándose en mi trasero, cortesía de mi exsuegra. Así que no, Samantha, no tienes ni puñetera idea de lo que está sucediendo.

Lo miró con tristeza y se pasó una mano por el cabello rojo.

—Tienes razón, no lo entiendo, porque nunca, en todo el tiempo que llevamos aquí, me has contado algo de esto. —Oliver maldijo por lo bajo y miró su reloj, era muy tarde—. Te estás ahogando y yo solo debo verte boquear, mientras repites que no necesitas ayuda o que todo está bien.

—Falta poco para solucionar todo.

—No me vengas con lo mismo de siempre. Comprendo lo que estás

sintiendo, Oliver, esto no se trata solo del riesgo de perder la empresa que fue tu meta y hogar por tantos años, sino que quieres reivindicarte ante el hombre que te crió, que amaste y que sientes que le fallaste al final.

Él se tensó y se apartó un paso, aturdido por esas palabras, y las rechazó de inmediato, su abuelo fue quien lo metió en esa situación al dejarle la responsabilidad, lo único que sentía por él y su muerte era furia por dejarlo con todos estos problemas, cuando muy bien pudo haberlo buscado cuando estuvo vivo y pedirle que regresara antes de llevar todo hasta ese extremo. El problema es que Oliver no estaba seguro de que habría aceptado regresar en una circunstancia distinta a su muerte, y esa afirmación lo atormentaba. Eso y las llamadas de su madre antes de su muerte, quizá si él hubiese aceptado verla, todos los efectos adversos habrían sido más simples de resolver.

Sam lo miró con tristeza, como si leyera sus pensamientos y miedos.

—Cada quien decide su destino. Él decidió el suyo al no buscarte. Sé que te imaginas que lo habrías rechazado si te hubiera buscado, pero es porque no te has visto como te vemos los que te amamos. Tú serías capaz de dar el mundo si fuese necesario para ayudar a quien quieres. Tu abuelo sabía eso, él también sabía que en el momento en que hubiese dicho la palabra ayuda, tú lo habrías socorrido, pero decidió no hacerlo. —Suspiró y se acercó un paso a él—. Pedir ayuda no te vuelve débil, es lo contrario, ahogarte queriendo demostrar que eres fuerte, capaz y suficiente es el acto más debilitante del mundo. Tu abuelo lo hizo, prefirió hundirse antes de sacrificar su orgullo. Tú no eres tu abuelo. No actúes como él. Tienes gente a tu alrededor que te ama, que se preocupa y que te ayudará no porque te consideran menos, sino porque saben que entre más se unan, más fuerza habrá. Te estás matando por esa culpa idiota y absurda, Oliver, y no puedes pretender que te veamos sufrir sin poder hacer nada, estancados y esperando que alguna vez lo entiendas.

Oliver se envaró y la miró estoico, pero por dentro su corazón saltó y dio vueltas como un loco, aterrorizado por lo que entendió en esas

palabras.

—¿Me estás amenazando con dejarme, Samantha?

Ella colocó una mano sobre su pecho y quiso llorar al notar el miedo en sus ojos.

—No —declaró de inmediato—. Pueden pasar cien años e igual así estaré a tu lado esperando que regreses; es solo que mientras eso sucede, vas perdiéndote de lo maravilloso de la vida, Sebastian crecerá y no estarás allí, desperdiciarás momentos conmigo por nada. Ningún hombre es una isla, Oliver, y yo te extraño, tu hijo te extraña y te necesitamos. Hemos pasado por muchas crisis, y sé que varias han sido por mi causa, pero siempre hemos estado dispuestos a pelear por nosotros, eso me lo enseñaste tú. No lo cambies ahora.

Oliver asintió ya que entendía lo que quería decir con ello, pero igual tenía que irse, porque la demanda que amenazaba explotar en Canadá arruinaría todo lo que tenía trabajando por casi un año. Giró y empezó a dirigirse hacia la puerta.

—¿Recuerdas cuando una vez te dije que los sueños se transformaban? —le preguntó y Oliver se detuvo—. Si eso es cierto, ¿por qué ahora que tienes la empresa de nuevo tienen que seguir siendo los mismos sueños? Tener Aldrich-Millicent no significa que debes ser tú contra el mundo. Ya no más. Yo estoy aquí, permíteme la felicidad de apoyarte en mí y en lo que amas cuando lo necesites. No estás solo, cariño, ya no lo estás. Puedes tener lo mejor de ambos mundos, solo debes transigir un poco.

—No puedo hacerlo si lo pierdo todo en un instante —gruñó y abrió la puerta.

—Y no podrás solucionar nada si te empeñas en continuar así. Y aquí también hay gente que te necesita y cuenta contigo. Hubo una razón por la que te alejaste de todo esto años atrás. ¡No lo olvides! —le gritó justo cuando salió de la habitación, maldiciendo al mundo, porque tenía que dejarla y viajar a Canadá.

Samantha se dejó caer sobre la cama y pasó una mano por el

cabello mientras lo veía ir. Estaba tan preocupada y estresada que sus manos temblaron. Sus ojos comenzaron a arder y se odió por sentirse tan sensible cuando él más bien necesitaba fuerza. No sabía si había dicho las palabras correctas, si él lo hubiera entendido mejor si en vez de atacarlo para que dejara ir la culpa que él se forzaba en no aceptar, se hubiera concentrado en lo que significaba la empresa y que él tenía que utilizar todas las herramientas existentes para salvarla. No obstante, esperaba que, fuera como fuera, tomara en cuenta sus palabras, porque aunque era cierto que podría pasar cien años esperándolo, sería bastante solitario.

Miró hacia la puerta del baño y odió a su doctora y a lo que le había hecho hacer. Ese año había sido enloquecedor con todo el asunto de la empresa y Oliver, pero una parte de su vida por fin estaba en paz, ya que hizo las paces con el hecho de que nunca quedaría embarazada y que solo tendría a Sebastian.

Se tomó las pastillas anticonceptivas que le recetó la doctora, dejó de sentir vacío y dolor cada vez que veía a un niño, y más bien lo que hizo fue disfrutar cada oportunidad que tenía con Aaron, Joshua y Alyssa. Así que cuando terminó las pastillas del mes de diciembre y su menstruación no bajó, ni siquiera pensó en ello, estuvo tan concentrada en Oliver que no lo recordó, hasta que la nueva caja de anticonceptivos llegó, y notó por fin que no había abierto la del mes anterior porque jamás tuvo su período.

Por supuesto que no significaba nada en absoluto, los ovarios poliquísticos causaban un período irregular, y ella lo había sufrido antes de iniciar las pastillas, pero su doctora le ordenó hacerse una prueba de embarazo antes de iniciar el nuevo tratamiento, porque tendrían que hacer otros exámenes y cambiar la dosis, ya que eso podría significar la existencia de otro problema.

Suspiró y volvió a mirar hacia la puerta. No quería un nuevo inconveniente. Más bien lo que ansiaba era que Oliver no se hubiera ido y envolverse en su fuerza, porque había aprendido a odiar con fuerza desmedida el tipo de test de embarazo que la estaba esperando en el baño y temía el resultado.

Se forzó a ponerse de pie y a acuchillar la esperanza que quiso

entrar en su pecho. No la quería o la necesitaba. Ella estaba bien. Entró al baño y la tomó con los ojos cerrados. Cuando se llenó de valor abrió los ojos y miró el palito que mostraba el resultado claro en una palabra en el centro.

Se deslizó hasta tocar el suelo, el plástico cayó sobre su regazo, antes de esconder su cara entre las manos y comenzar a llorar, sollozos desgarradores y adoloridos dejaron su pecho.

Oliver abrió los ojos sobresaltado. Soñó que lo perseguían y que le repetían algo una y otra vez, pero aunque su vida dependiera de ello, no podía recordar qué fue lo que dijeron. Suspiró y encendió el televisor para hacer *zapping*. Llevaba dos días en Canadá y ya había tenido tres reuniones preliminares con la empresa que quería demandarlo por incumplimiento de contrato, esas personas tenían grandes causales para la querrela, ya que Aldrich-Millicent había acordado algo por completo distinto a lo entregado, así que si llegaba a un juicio iban a acabar con sus amplios esfuerzos, sin importar el seguro de la empresa, porque el desprestigio sería absoluto en esa ciudad. Nadie volvería a contratarlos.

Aún no podía creer que el idiota de Mason, el director de la sucursal Aldrich-Millicent Canadá, fuera tan obtuso y hubiese dejado llegar las cosas hasta ese extremo. Era un inservible, pero esperaba que con la última reunión pudieran culminar el acuerdo, renovar el contrato e iniciar la construcción bajo sus parámetros, sin otro retraso. Observó su teléfono celular y lo cogió, un vistazo a la hora le mostró que, aunque allí pasara de la medianoche, en Londres sería un nuevo día. Activó la videollamada para comunicarse con Sam, pero cuando por fin contestó, ella solo aceptó la llamada de voz.

—Hola —saludó Samantha de forma escueta y después se quedó callada, lo cual le resultó incómodo y le pareció muy fuera de su carácter.

—¿Cómo está todo? ¿Y Sebastian? ¿Hablaste con él sobre el fin de semana familiar?

—Lo hice, está decepcionado porque no irás, pero Emma, Nathan y Christian lo convencieron de que sería el mejor fin de semana de todos si les permitía acompañarnos. Emma empezó a diseñar lo que dirán las franelas que usaremos y Nathan quiere comprar un gorro psicodélico para él.

—Me alegro —respondió de mala gana, ya que no le alegraba en absoluto, quería estar allí con el niño.

—¿Cómo van las cosas? —Sam cambió el tema.

—Bien, creo que todo estará bajo control, mañana nos darán una respuesta. Puede que si es así, me una a ustedes —respondió.

Sam se quedó callada por un par de segundos, e incluso aunque se tratara de una llamada, sabía que había algo dando vueltas en su cabeza.

—Solo escúpelo, Samantha, ¿qué demonios sucede?

—Nada —contestó de inmediato y después dejó de hablar de nuevo por un par de segundos.

—Suéltalo, porque me estoy volviendo loco —le pidió y se sentó en la cama. Necesitaba su voz, sus conversaciones anteriores también habían sido de monosílabas. Casi lo volvió loco las dos llamadas que no contestó y, más aún, cuando empezó a responderle con mensajes de texto.

El silencio continuó y él gruñó antes de pasarse una mano por el cabello, sentía su corazón retorcerse contra su pecho, tenía el auricular pegado en su oreja, pero ella seguía sin articular palabra.

—¿Qué demonios quieres que te diga? —preguntó, acelerado—. ¿Qué es lo que quieres de mí? Tus silencios van a volverme condenadamente loco.

—Oliver... —susurró y después se calló, contuvo de nuevo lo que fuera que quería decirle.

Él maldijo de forma bastante sonora.

—Sé que estoy fallando, lo sé —declaró entonces.

—No es eso. —Ella intentó, pero Oliver sabía que mentía.

—Tenías razón, por supuesto. Ahora me carcome haberlo dejado solo, ¿no te parece absurdo? Cuando abandoné la empresa, me regocijé e incluso le advertí que la destrozaría en pedazos. Y cuando

lo hace, y adicional a ello, se muere, me siento torturado porque lo cierto es que yo fui lo único que él tenía. A quien había adoctrinado para cuidar de su legado. Nunca hubo plan B, alguien más que lo ayudara, porque incluso alejé a Harold para que no se metiera en mi camino. Y yo lo sabía, Sam, siempre lo supe. Y aun así me fui.

La escuchó suspirar, un sonido tembloroso y supo que estaba conteniéndose para no llorar.

—Lo siento tanto, Oliver.

—Aún sigo cabreado con él, y no siento nada positivo, quizá alivio porque se murió.

—Eso no es cierto —se adelantó ella, y él hizo un sonido parecido a un zumbido con su garganta, porque no podía mentirle, ya que lo conocía.

—¿Y en qué me convierte eso? ¿Cómo puedo aún quererlo cuando sé lo que él te hizo a ti? —La escuchó contener el aliento y se quiso golpear, ya que conocía su tara con la idea de quitarle sus familiares cuando la eligió, como sucedió con el imbécil de Michael—. Y también de qué me sirve ahora, cuando el bastardo se murió y me dejó una responsabilidad que ya había rechazado y que ahora no puedo abandonar, a pesar de que lo ansíe con todo mi ser, porque sé que lo estoy jodiendo con ustedes. Quisiera mandar todo a la mierda, pero soy un idiota entrenado desde años atrás y no puedo conseguir hacerlo —gruñó antes de golpear su frente con un puño.

—No fuiste entrenado, solo te preocupa. Y lo quieres, porque era tu abuelo. Porque hay años de recuerdos; malos, horribles, increíbles, terroríficos y buenos, que crearon tu identidad; y quererlo está bien, porque puede que él fuera una persona terrible, pero también te quiso y te dio lo que más amaba para demostrarlo. Eso no condona nada de lo que hizo, pero uno no puede buscar la perfección en el amor, es un sentimiento que no puede evitarse, a pesar de las circunstancias. —Se detuvo por un par de segundos—. No hay nada malo en querer salvar lo que te importa, Oliver, como tampoco lo hay en pedir ayuda, fuiste tú quien me lo enseñó y en algún punto lo has olvidado. Solo debes recordarlo.

Reinó el silencio entre ambos, hasta que Oliver escuchó la voz de

una mujer pronunciar el nombre completo de Sam, arrugó la frente porque no reconoció el tono.

—¿Dónde estás? —indagó.

—Debo irme. Hablamos después. Te amo, Oliver. Siempre.

—Vale —contestó inseguro y trancó la llamada.

Cerró los ojos, más relajado. Incluso se durmió por lo que pareció unos segundos, pero el sueño volvió a despertarlo. Su respiración era agitada, como si hubiese escalado una montaña a trote. Pero esa vez recordó las palabras y lo asustaron hasta los huesos, como la primera vez que las escuchó en la boca de un imbécil que aún no soportaba:

«Espero que siempre recuerdes los motivos que te hicieron elegir esto, Oliver. Nunca los olvides, ya que si lo haces, no habrá vuelta atrás y lo perderás todo».

No entendía por qué le aterraron tanto, quizá porque era una versión parecida a lo que él se había repetido cada mañana en el espejo, después de ver a Samantha dormida en su cama, y entender que por fin consiguió lo que deseaba y necesitaba.

Lo irónico fue que ella le dijo algo parecido en la discusión que tuvieron antes de irse a Canadá: que recordara por qué se había alejado de esa vida.

Y claro que lo hacía, no era idiota, dejó la empresa porque quería ser feliz, quería tenerla, vivir y no solo existir. Quería tener un lugar donde pertenecer, así tuviera que luchar cada puñetero segundo para mantenerlo, ya que sabía que valía la pena.

«No soy mi abuelo». Se quedó muy quieto en la cama y se forzó a respirar con tranquilidad, porque esa frase era simple y básica, pero de alguna manera significaba mucho. Él no lo era, y no porque lo hubiese rechazado, o porque lo atormentara la culpa, sino porque decidía no serlo, no lo necesitaba. Y por ello, no tenía que actuar como le había enseñado. Tampoco era su padre o su hermano. Era él, si bien, paradójicamente, solo conseguía serlo por completo al lado de la mujer que lo esperaba en Londres y que había jurado no abandonarlo sin importar lo idiota que actuara, y a la que había prometido hacer feliz, pero que en cambio había hecho sentir miserable más veces de las que quisiera contar.

Necesitaba enfocarse y virar el rumbo, no podía permitir que la necesidad de salvar la empresa arruinara lo único que en verdad importaba.

Se levantó y se dirigió hacia el clóset para empacar sus cosas, necesitaba llegar a su casa. Quería hablar con Samantha y planificar qué hacer a partir de ese instante, cómo conseguir desenrollar el atolladero en el que estaba envuelto. Porque era cierto, esa empresa había sido una vez su sueño, pero el hogar que eligió después era uno mucho mejor y estaría condenado si lo perdiera.

Una hora más tarde, en plena madrugada, salió del hotel, el teléfono caliente en su oreja mientras gritaba órdenes y amenazas de muerte a Mason para que sin su presencia lograra cerrar el acuerdo al día siguiente.

Después de una espera medianamente corta abordó el avión que lo llevaría a casa.

Veinte minutos después de empezado el vuelo, comenzó a cabecear para dormirse, trató de evitarlo porque sabía que en Londres sería de tarde cuando aterrizara; y una de las razones de su largo dolor de cabeza era el *jet lag*, pero estaba agotado. Así que se rindió y durmió durante todo el trayecto.

Capítulo 26

*Dime las palabras que anhelas escuchar
y yo las cantaré en voz alta y clara.
Permíteme sanar las heridas que has
mantenido durante todos esos años.
Rompe el ciclo,
Rompe las cadenas.
Porque el amor resuena más
que todo tu dolor.
Break the Cycle, You+Me*

Cuando Oliver por fin llegó a su casa, eran casi las cinco de la tarde, y se sentía como si lo hubieran golpeado con un par de yunques de dos toneladas, su cuerpo aún se debatía entre el horario americano y el británico.

—¿Samantha? ¿Sebastian? —llamó ansioso por verlos.

—Señor Lewis —saludó Deana con una sonrisa alentadora—. Sam no se encuentra, fue a buscar al niño a su práctica de ajedrez y después irán a cenar con el señor Nathan y la señorita Emma. Ella me dijo que cuando terminara me fuera, porque no me necesitaría por el día. ¿Quiere que me quede? ¿Que le prepare algo para cenar?

—No, está bien, Deana. Te puedes ir cuando termines, como te indicó Samantha.

Se dirigió a su habitación para dejar la maleta y después llamarla por teléfono a fin de enterarse de cuánto tiempo le faltaba para regresar, no se sentía de ánimos para socializar. Dejó el equipaje dentro del armario y cuando giró hacia la cama, su vista periférica

notó en el tocador algo que tenía tiempo sin ver.

«No, por todo lo sagrado, ¡no!», gritó en su cabeza al ver la prueba de embarazo casera que aprendió a conocer, odiar y fantasear con su destrucción masiva. Suspiró y pasó una mano por su cara, agotado.

Parecía que su vida saltaba de una crisis a otra, y no le daban respiro. Cada cierto tiempo, venían a recordarle que en cada faceta era un fracaso. No quería caminar hasta el velador para encontrarse con otro negativo y saber que de nuevo falló en brindarle a Sam la posibilidad de ser madre. Y comprobarlo sería peor en ese momento, porque ella estaba en esa ciudad que odiaba, aguantando desplantes de su parte y soledad, porque creía que estaba ayudándolo a cumplir su sueño de vida, cuando él le había frustrado a ella todos los suyos.

De repente, su angustia desapareció, porque comprendió que ella se hizo esa prueba, sola. Oliver se maldijo, sabía cómo se ponía después de cada negativo. La forma en que se quebraba y lloraba como si una parte de su pequeño mundo se hubiese acabado.

—Maldita sea, Samantha —susurró antes de pasar una mano por su cabello. Fue por esto que había estado tan extraña y callada. Estaba deprimida—. Debí haber estado aquí.

Se acercó hacia la mesa y tomó el palito, junto a la carpeta que estaba debajo. Se quedó muy quieto al leerlo. Tuvo que reintentarlo varias veces, no porque fuera complicado; de hecho, el resultado era evidente en la mitad de la prueba, grabado en una palabra concreta.

Embarazada.

Samantha estaba embarazada.

El alivio lo mareó, y jadeó por aire. Se apresuró a abrir la carpeta y leyó los exámenes, luego pasó casi diez minutos viendo la fotografía de la ecografía, antes de rendirse y pretender que el círculo negro en medio del gris era el bebé.

Oliver sonrió y volvió a leer todo sin importar su ignorancia en la terminología médica, pero entonces su sonrisa decayó, porque se lo había perdido. Pasaron años luchando por ese resultado, y cuando por fin lo obtuvieron, él estaba en otro país, ambos acababan de tener una gran pelea, y el tiempo en que sucedió no pudo ser peor. ¿Hubo alguien que la acompañó a hacerse esas pruebas?

Se cuestionó por qué ella no se lo dijo en alguna de las llamadas, pero la respuesta surgió casi de inmediato. No había querido preocuparlo cuando sabía que toda su vida era un desastre y que su concentración estaba enfocada en la empresa.

Negó con la cabeza y se maldijo porque de nuevo lo había arruinado todo. No podía demorar ni un segundo más. Sacó su teléfono móvil, pero en vez de llamar a Samantha, para celebrar la noticia, marcó otro número.

—Hola, Oliver —contestaron al segundo repique—. ¿Todo bien?

—¿Podrías ir a Aldrich-Millicent en una hora, Harold? Necesito ayuda —pidió y apretó la mano libre en puño, por primera vez no se sentía avergonzado de mostrar alguna debilidad, ya que sabía que habían cosas más importantes que resolver.

Después llamó a Christian, quien accedió de buena gana, pero con algo de recelo y con furia contenida. A veces deseaba patearle el trasero, el único motivo por el que lo soportaba era porque sabía que adoraba a Samantha de la forma correcta, y con tal fuerza que la protegería de todo, sin ningún límite, como ya lo había demostrado.

Cuarenta minutos más tarde, los tres se reunieron en uno de los salones de conferencia de Aldrich-Millicent, y más tarde, se les unió Alexa a través de una videollamada. Oliver inició informándoles sobre todos los retos que había enfrentado en ese año, lo que consiguió y los obstáculos que aún quedaban por resolver, enfocando el principal problema en la figura de Aimee, que intentaba bloquear cada cambio de política y quería estar presente en cada transacción. Era evidente que, por la cantidad de acciones que poseía Oliver, ella jamás podría ganar en una votación, pero era un inconveniente que no podían costearse en ese momento, cuando la confianza sobre el producto estaba a riesgo.

Luego habló de los cambios que quería imponer, las personas que necesitaba remover del cargo —en primer lugar estaba el director de la sucursal de Canadá—, y el personal que tenía que recontractar, de los que había contactado, más de la mitad accedieron a regresar a la empresa, solo por la confianza de saber que él volvió a ocupar el cargo de Director General.

Entonces, por fin, todos comenzaron a opinar sobre las mejores opciones, y cada uno escogió un puesto estratégico que ayudaría a encaminar el desastre que aún quedaba en sus manos.

Harold se comprometió en lidiar con su madre, y solo con eso, Oliver aceptó que toda esa reunión tuvo sentido y que acceder a pedir ayuda fue la mejor solución.

Fueron casi las doce de la noche cuando Alexa se desconectó de la videollamada y Harold se despidió para irse a casa. Christian no hizo intento de irse, más bien soltó la careta y lo enfrentó. Oliver puso los ojos en blanco.

—Lo sabes, ¿no? —preguntó el abogado por fin. Él asintió.

—Me enteré al llegar a la casa, pero aún no he hablado con ella. Quería resolver esto primero, darle algún tipo de esperanza de solución, no solo avivar la preocupación que la ha carcomido en este último año.

Christian lo miró por unos segundos y asintió, antes de abrir su maletín y sacar el portafolio que Oliver le había entregado a Bianca en Navidad. Había escogido algunas de las ilustraciones que ella dibujó en una de las veces que creyó que estaba embarazada, y un cuento entero que le había regalado a Dean de cumpleaños.

—Son maravillosos —comentó el abogado.

—Como todo lo que ella crea. Aunque, claro, ambos sabemos que pudo haber sido mucho más —respondió Oliver.

Chris entrecerró los ojos y suspiró, quizá para tragarse la amenaza o el insulto porque fue Oliver quien provocó que desapareciera.

—Bianca por fin pudo reunirse con Vladimir Pitt la semana pasada, que es el editor general, y según me contó el hombre solo le tomó ver dos páginas para quedar encantado y rogar para reunirse con ella. Allí hay una carpeta con toda su información y la propuesta estándar de la editorial en cuanto a ganancias y el tiempo de uso de los derechos de propiedad intelectual.

Oliver sonrió emocionado. No era la exposición de arte que ella tanto fantaseó de niña y no era óleo y un lienzo, pero sabía que la hacía feliz crear cuentos infantiles ilustrados y que satisfacía su necesidad de expresarse. Solo le quedaba convencerla de que lo

mostrara al mundo.

—No la he visto pintarlos, no sé si la afectan tanto como cuando trabaja en un lienzo...

—No —interrumpió de inmediato—. Ella ya no hace eso, Christian.

El hombre asintió, aún dudoso, y resultaba evidente que estaba preocupado.

—Yo solo necesito que me confirmes que estarás para Sam por cualquier cosa —rogó, como si Oliver no fuera hacerlo. Lo miró con molestia—. Sé que mi miedo por su bienestar potenció sus demonios con respecto a la pintura, que si no la hubiese atosigado o sobreprotegido, quizá esa exposición de arte que organizaste, y que los profesionales que contraté han atendido durante años, habría visto ya la luz, pero no quiero que vuelva a suceder. Me rehúso a perderla, sin importar lo hermoso que sea su arte.

—Jamás lo permitiré —juró y el abogado asintió, antes de sonreírle con una suavidad que nada más había presenciado cuando se trataba de su familia y de Samantha.

—Pero sí que son increíbles. Aaron puede pasar horas viendo el suyo. Y cada vez que le leo un cuento de ese libro, encuentro algo nuevo en la imagen.

Oliver concordó, orgulloso de su mujer, y tomó los papeles antes de despedirse y dirigirse a su casa.

AUNQUE SE SENTÍA IGUAL de agotado cuando entró en la vivienda, como muchas noches anteriores, también estaba animado. De verdad esperaba haber tomado la decisión correcta al formar ese equipo, aunque por la expresión de los participantes de la reunión no solo lo había hecho, sino que se había tardado bastante en ceder.

Lo único que faltaba era pasar los nuevos lineamientos por la junta directiva y esperaba que Harold cumpliera su parte del trato y controlara a su madre, porque si ella intentaba involucrarse en este asunto y retrasarlo —como había hecho antes— él no respondería por sus actos.

Encontró la casa silenciosa y con casi todas las luces apagadas. No

le sorprendió en absoluto, iba a ser la una de la mañana.

Subió al segundo piso y vio las puertas de la habitación principal, pero en vez de encaminarse en esa dirección, siguió hacia el piso siguiente y entró en el cuarto de Sebastian. Como siempre, la sábana estaba en el suelo y el niño estaba durmiendo con todas las extremidades hacia los lados, desgarbado. Sonrió y se acercó a la cama, para enderezarlo y arroparlo, antes de que se despertara por el frío. Se sentó en la cama y acarició su cabello. Sebas emitió una especie de zumbido y abrió sus ojos, adormilado.

—¿Papá? ¿Estás en casa?

—Recién llegué. Solo quería verte y saludarte. Vuelve a dormir.

Sebas asintió y se giró para acomodarse, pero antes de que Oliver se levantara, el niño giró la cabeza, un poco más espabilado.

—¿Vas a quedarte hasta después del fin de semana familiar? Quiero que vayas conmigo y Sam.

—Claro que sí, campeón. Lo que es más, creo que no volveré a viajar por un tiempo, así que podremos pasar más tiempo, juntos, ¿eso está bien?

Él sonrió y suspiró, antes de volver a acomodarse a dormir.

—Eso está bien. No me gusta cómo la ven cuando tú no estás.

Oliver arrugó el ceño y se preguntó si Sebastian empezó a hablar en medio de un sueño y si siquiera se acordaría de eso al día siguiente. Besó su frente y salió de la habitación con sigilo. Justo antes de cerrar la puerta, escuchó el golpe ahogado de los cobertores al caer al suelo. Negó con la cabeza y suspiró, refunfuñando entre dientes antes de bajar las escaleras hacia su habitación.

Entró con el mayor cuidado posible, no deseaba despertarla, lo cierto es que debió llamarla antes de entrar a la reunión, pero la noticia del bebé solo aceleró su intención de mostrar algo que probara que todo iba a cambiar, y que él por fin entendió lo que ella tanto le repitió en su última discusión.

En vez de oscuridad lo recibió la luz palpitante de la televisión. La cama estaba desordenada, pero no vio a Sam por ninguna parte, así que giró para salir, ya que imaginaba que había bajado a la cocina, pero entonces escuchó la puerta del baño abrirse.

Se volteó y le sonrió. Su cabello estaba suelto y parecía más rojo que nunca, llevaba una dormilona de seda beige, que se abría a los lados cuando caminaba.

Ella no hizo ningún movimiento para acercarse a él, sino que solo sonrió con suavidad.

—Oliver —saludó—, me alegra tanto que hayas vuelto a casa. ¿Tuviste éxito? ¿Pudiste detener la demanda?

Él asintió, ya que mientras estaba en la conferencia recibió la llamada de Mason quien le confirmó que todo había ido conforme a lo planeado y que la construcción se reiniciaría el siguiente lunes. Sin embargo, no quería hablar de eso, y sus ojos se desviaron a su vientre para verificar si había alguna diferencia, pero no pudo notar ninguna sobre la dormilona.

Caminó hacia ella y la tomó en brazos. Samantha sujetó con fuerza sus hombros y escondió su cara en su cuello. Oliver suspiró y apretó su trasero, antes de comenzar a besar sus hombros.

—Lo siento —susurró y apretó aún más su sujeción—. Tenías razón, por supuesto. En todo. —Ella se apartó y lo tomó de la mano, antes de jalarlo hacia el sofá de terciopelo marrón que estaba junto al ventanal de la habitación. Ambos se sentaron y él suspiró, consumido—. Llegué hace horas, pero tuve una reunión con Christian, Harold y Alexa, y les pedí ayuda como tanto insististe; todos están abordo para apoyarme. Alexa se encargará de cualquier imprevisto en la sucursal de Canadá y escogerá un nuevo director que cumpla con el perfil de un profesional cualificado, porque el que contrató mi abuelo es un inservible. Christian será la cabeza del departamento legal de la empresa. Harold trabajará en Aldrich-Millicent conmigo, accedió a ser mi subdirector.

Ella asintió y acarició su mejilla. No había sonreído como se imaginó que haría, ni agradeció que por fin pidiera ayuda. En cambio se mostró contenida y pensativa.

—Me alegra —respondió por fin—, pero no es suficiente, Oliver. Esto que hemos vivido no puede volver a repetirse. Me hace feliz que hayas aceptado que necesitas ayuda, que te estabas ahogando y nos estabas arrastrando contigo; sin embargo, el trasfondo de eso sigue

allí. —Él ladeó la cabeza y la miró con duda—. Sé quién eres, y que tu necesidad de solucionar los problemas, de actuar como un superhéroe, es parte de lo que te vuelve maravilloso, pero no funcionará si a fin de lograr eso tienes que apartarme. Eso no es una relación, más bien parece una parodia. Necesito saber que soy más para ti que un cuerpo que calienta tu cama, u otra preocupación más.

—Samantha...

—Me aislaste por completo porque estabas enfocado en tu crisis, y no es justo. ¿Qué pasará el día de mañana? Cuando el destino nos lance otro golpe, ¿tendré que volver a vivir esto? Callarme, verte sufrir en silencio porque eres todopoderoso, hasta que no pueda más y explote. Y no solo eso, sino temer que cada vez que alce la voz, me tendré que enfrentar a tu inseguridad y a que creas que te voy a abandonar. ¿Es que acaso no te he demostrado con hechos que estoy aquí para siempre? —Negó con la cabeza en un gesto de tristeza y tomó su mano, la apretó con fuerza—. Garantízame que estamos juntos en lo que sea que nos lance la vida. Que no volverás a dejarme en otro plano solo porque temes sabrá Dios a qué. Eres humano, Oliver, solo humano. Si yo he dependido de ti para no derrumbarme, ¿por qué no puedes hacer lo mismo?

Él se quedó callado por unos minutos, sus hombros hundidos. Samantha solo lo miraba, no dijo nada más, en cambio le permitió absorber sus acusaciones y verdades. Oliver asintió y la tomó del brazo para que se sentara sobre su regazo. Ella lo hizo y deslizó una mano por su espalda. La otra acariciaba su pecho y jugaba con los botones de su camisa arrugada.

Supuso que toda su vida creyó que la única forma de ser valorado o importante era si se sabía útil y podía resolver los problemas, era su modo de obtener control, si no lo hacía no tenía ningún objeto seguir allí. Pero ella tenía razón, porque cuando la buscó y decidieron estar juntos, Oliver supo que no iba a ser como ninguna de las otras relaciones que experimentó en toda su existencia. Samantha siempre fue más, exigió mucho más de él que cualquier otro, y eso lo hacía sentir débil, pero también amado y apreciado de manera distinta. Solo por ella.

—Juntos —respondió entonces, y la sintió apoyar su cabeza en su hombro—. No volveré a hacerlo. Estar en este sitio, volver a esa empresa, fue como si hubiera retrocedido el tiempo, incluso me hizo olvidar que ya no era el mismo hombre que una vez la dirigió y por qué elegí no serlo. Pero ya lo recordé, Sam. Y no volveré a perderme, lo prometo.

La sintió asentir contra su cuello. Se quedaron en silencio por un par de minutos. Él acarició sus muslos y deslizó su mano hacia su estómago, comenzó a rozarlo.

—Estoy embarazada —le susurró bajito. Eso lo hizo reír.

—Lo sé, vi las pruebas cuando llegué de Canadá —le confesó y ninguno de los dos se movió por un rato.

Oliver siguió mimando su vientre y ella retorció los botones de la camisa a la altura de su pecho. La escuchó sorber en algún momento, aunque por primera vez no odió esas lágrimas.

—¿Eres feliz?

—Mucho —respondió ella—. Y estoy aterrorizada, nuestro bebé es un pequeño granito y temo que desaparezca.

—No lo hará, Sam —prometió y la sintió asentir con firmeza—. ¿Cómo sucedió? Creí que empezaste de nuevo el tratamiento anticonceptivo.

—Supongo que controló los quistes lo suficiente para que ocurriera —contestó y se encogió de hombros—, las pastillas eran de muy baja gama, así que su principal función no era anticonceptiva, pero con todo lo que pasamos, jamás consideré que habría alguna opción de embarazarme. Ni siquiera noté que no me había bajado el período hasta que vi las dos cajas sin abrir. Al principio, la doctora Aurora creyó que había un nuevo problema, pero me mandó a hacer la prueba para descartar, porque soy sexualmente activa. La odié cuando me lo dijo, no quería pasar por otro negativo. Cuando vi que no era así, lloré por horas.

Oliver suspiró y dejó caer la cabeza sobre el sofá.

—Detesto habérmelo perdido y no haberte abrazado cuando te enteraste. No debí viajar a Canadá. Me carcome que vivieras eso sola.

—Ella acarició su pecho en un gesto de consuelo—. Además, yo

también tenía mi fantasía para cuando por fin tuviéramos el positivo.

—¿Cuál era?

—Sabríamos que estabas embarazada, me besarías emocionada, y yo te haría el amor durante toda la noche.

—Cachondo absurdo —se burló ella y soltó una carcajada. Él sonrió, divertido.

—¿Fuiste al médico sola?

—No, cuando me calmé, llamé a la doctora Lipsik y me refirió a un colega que ejerce en la ciudad, el doctor Andrew Sanders. Fui al día siguiente con Bianca, y él lo confirmó y me hizo la ecografía, tengo seis semanas de embarazo.

—¿Lo sabe Sebastian?

—Aún no, estaba esperando que volvieras, porque quería que se lo dijéramos juntos.

Él tomó su cuello y la movió para que lo mirara. Allí la besó largo y tendido. Se sentía ansioso, aturdido, agotado y bastante excitado. Le resultaba absurdo, pero el hecho de haberla embarazado tuvo un efecto revitalizante, como si hubiese reafirmado su hombría.

—Al menos me quedará eso —contestó cuando se apartó.

Sus ojos azules parecían brillar en la habitación semioscura, los únicos reflejos de luz provenían del parpadeo del televisor encendido y de la puerta semiabierta del baño. Y aun así, le pareció que estaba más hermosa que nunca, y eso era mucho decir, porque para él, Samantha era la mujer más preciosa que existía en el planeta.

Ella le sonrió con suavidad. Él acarició su barbilla.

—Samantha, quiero que entiendas que aunque Christian y Harold estén en el equipo no significa que todo se solucionará de forma mágica. Aún falta mucho por hacer.

—Lo sé, y estoy segura de que las cosas en la empresa no son nada fáciles, pero mi preocupación no era por esta sino por ti. —Él asintió—. Es por eso que tengo mis condiciones.

—¿Condiciones?

—Primero: quiero que tomes al menos un día libre a la semana para hacer algo en familia o con nuestros amigos, porque no siento ningún deseo de perderte por un infarto dentro de veinte años. —Su

expresión era seria, y él se envaró, ya que notó que en verdad lo creía —. Segundo: no me importa qué tan difícil sean las cosas en esa empresa, a partir de hoy llegarás a una hora razonable y cenarás con nosotros cada noche. —Acarició su mejilla—. Incluso estoy dispuesta a ceder y a empezar la comida más tarde, por si tienes que quedarte una hora más en la empresa.

—¿Quieres negociar?

—Contigo, siempre.

Oliver sonrió y recordó lo que había charlado con Christian. Tomó el maletín que había dejado al lado del sofá y por fin encendió la lámpara. Sacó los papeles y se los entregó. Ella los tomó confundida, y como seguía sentada sobre su regazo, supo el momento exacto en que comprendió lo que estaba leyendo. Todos sus músculos se agarrotaron, y su respiración se aceleró.

—Tengo un buen trabajo como publicista. Es un negocio propio — se excusó ella.

—Lo tengo claro, y eres maravillosa en él. Te gusta, pero no te apasiona. Odias que dependa de la visión de alguien más, y no es suficiente para expresarte. —Deslizó la mano por su cuello, para apartar su cabello—. Vladimir Pitt es el dueño de la principal editorial de libros infantiles en Europa y le encantaron tus ilustraciones. Según me contaron, no había visto ni dos de tus dibujos cuando se desesperó por conocerte.

—Es un simple *hobby* —susurró ella.

—Te hace feliz. Te ayuda a expresarte al mundo. Es hermoso, pero también seguro, no hay riesgo de que emerjan esos temores absurdos que aún te rodean. —Tomó su barbilla para que le prestara atención—. Sin importar cuánto quieras negártelo, Samantha, esa voz que existe en tu cabeza y que habla por tu pintura necesita ser escuchada, y ese bloqueo caerá en algún momento si sigues negándote a oírla. Es por eso que empezaste a ilustrar, ¿crees que no lo sé? —Ella bajó la mirada y él tomó sus manos para empezar a besarlas—. Es hora de que el mundo vea lo que pocos hemos tenido el privilegio de conocer. ¿No crees?

—¿Estos son los términos de tu negociación? ¿O accedo a por fin

mostrar mi arte o te mueres dentro de veinte años?

—Lo tomas o lo dejas —bromeó y ella rio, aunque el gesto de su cara era de sufrimiento atormentado, fingido, estaba claro. Aun así, estuvo seguro de que el mantra de: «Dios, dame paciencia para no matarlo», pasó varias veces por su cabeza.

—Entonces tendré que agregar una salida, al menos cada dos semanas, que sea solo de nosotros; una noche de citas, y que siempre acabe en sexo —dijo ella, en una contraoferta. Sus ojos se oscurecieron, y su expresión se volvió seductora.

—Será un sacrificio, pero lo acepto —respondió él, con el mismo tono juguetón que ella estaba usando.

Ambos sonrieron, cómplices, pero cuando Oliver se movió hacia adelante para besarla, Samantha saltó de su regazo y corrió hacia el baño.

Él ladeó la cabeza y dudó, quizá tuviese náuseas, no sabía mucho sobre los embarazos, pero había visto las suficientes películas para saber que en los primeros meses había bastante vómito involucrado.

La vio salir un par de segundos después, sujetaba algo en su mano.

—¡Oliver! —le gritó, agitada. Él se levantó del sofá de un salto y corrió hacia ella. La sujetó por los antebrazos, el pánico rugiendo en su sangre.

—¿Qué sucede? —preguntó alterado.

—¡Estamos embarazados! —confesó. Él la miró como si se hubiese vuelto loca—. La prueba dio positiva. ¡Vamos a tener un bebé!

Le tomó un segundo entender lo que estaba haciendo. Cuando lo hizo, sonrió hasta que sus mejillas ardieron y la tomó por la cadera para cargarla. La elevó hasta que quedó encima de su cuerpo, y ella se arqueó, su cabello rojo cayó sobre ellos como una capa. Las manos de Samantha fueron de inmediato a sus hombros. Él le dio un par de vueltas, mientras ambos reían, exaltados.

Abrazó su trasero y la pegó a su cuerpo, mientras la deslizaba hasta que sus caras quedaron a la misma altura. Ella sujetó su cuello con fuerza y lo besó con el mismo calor abrasador que ardía en su pecho. Cuando se separaron, ambos respiraban agitados, en casi jadeos.

—Seremos padres, de nuevo —le susurró ella.

—Espero que sea igual a ti —le confesó él.

—Necesito que tenga tus ojos —concluyó Samantha antes de volver a besarlo, con más pasión que antes.

Cuando se apartó, le colocó las manos sobre sus mejillas y lo miró con expresión pícaro.

—Veamos, Oliver; sabemos que estoy embarazada, te besé emocionada, ¿no hay algo más que nos falta por hacer?

Él se carcajeó, antes de llevarla a la cama, y por fin, cumplir con su propia fantasía.

Capítulo 27

*No es siempre fácil,
pero de alguna manera
nuestro amor se mantiene fuerte.
Si puedo hacerte feliz,
entonces, aquí es donde pertenezco.
Y solo me gustaría decir
que agradezco a Dios que estés aquí conmigo.
Y te conozco demasiado bien
para decir que eres perfecta
pero verás, oh, amor mío,
eres perfecta para mí.
Perfect for Me, Ron Pope*

Oliver y su hijo estaban sentados sobre el césped del patio trasero de la casa; ambos construían un castillo de bloques de Lego, mientras Tara se hallaba concentrada excavando agujeros cerca de los arbustos. Oliver se estiró para tomar un poco del sol de junio, luego se echó sobre su espalda, suspiró más relajado de lo que se había sentido en muchos meses, quizá en años.

Habían transcurrido cuatro meses desde que comprendió que necesitaba ayuda y reunió a Harold y a Christian para que se integraran a su equipo, y sin duda estaba disfrutando de los resultados. Aldrich-Millicent seguía teniendo problemas que aún le provocaban dolores de cabeza y absorbían el tiempo y energía de todos los involucrados, pero gracias al trabajo de todos, finalmente consiguieron evitar la quiebra —como lo establecieron en su última

junta de directivos— y Aimee ya no lo hostigaba por cada decisión que tomaba. Lo que es más, casi no la veía, y solo eso era una bendición del cielo.

Aún faltaba mucho por hacer para recuperar la imagen y reputación que tuvo una vez, pero ya se habían encargado de contratar al mejor grupo de imagen pública que operaba en Europa, quienes junto al equipo publicitario de la constructora —dirigidos por Samantha— estaban ocupados en crear una buena campaña.

Elevó la mirada y se encontró con los ojos azules de Samantha, su cabello rojo desparramado sobre su cara. Oliver sonrió y ella se agachó para quedar a su altura.

—Voy a trabajar un rato en el sótano. Cuando terminen de construir —apuntó con la mirada hacia los Lego y continuó—, lo que sea que estén creando, me avisan, para que salgamos un rato.

Él asintió, pero en vez de dejarla ir, la tomó de su cadera y jaló con suavidad para que se sentara a su lado. Ella rio y se dejó llevar, se sentó a su lado y lo besó por un par de segundos, antes de apoyar su barbilla en su pecho y comenzar a bromear con Sebastian.

Sam tenía veintidós semanas de embarazo, su barriga redondeada sobresalía y la incomodaba en ciertas posiciones. Oliver la tomó desde su trasero y la giró un poco para que su vientre quedara apoyado de lado. Estaba feliz y más hermosa que nunca, en especial sus senos, que se estaban volviendo más exuberantes, cambio que Oliver disfrutó mucho, aunque en un principio los tuvo bastante sensibles.

—Vale, termina cuanto puedas y salimos —estaba diciendo ella a Sebastian, antes de girar hacia él, plantarle otro beso y levantarse con dificultad para ir al sótano, donde organizó su estudio para crear sus ilustraciones.

Christian y Sam habían conseguido un muy buen trato con la editorial, sobre todo porque le permitían escoger las obras que quería ilustrar, lo cual era fantástico porque no quería que las ideas y deseos de cualquier empleador coartaran su imaginación y menos su forma de expresarlas. Cuando formalizó este trabajo, gracias al incentivo de Oliver y de todos sus sobrinos, Sam decidió —como proyecto

paralelo— escribir y dibujar su propio libro de cuentos para niños y niñas, idea que la tenía muy motivada, porque sería un lindo obsequio para su futura hija.

Una niña. Iban a tener una condenada niña. Él había esperado que fuera un varón, y sin que Sam lo supiera, había rezado en silencio por ello, no porque tuviera alguna idea machista o quisiera un heredero como su abuelo tanto exigió, sino porque los hombres eran más sencillos, y él ya tenía práctica con Sebastian. Sabía qué hacer con un niño; jugar a la pelota, corretearlo. ¿Qué demonios haría con una niña? No le quedaba ninguna duda de que iba a arruinar a esa pequeña, en especial porque con Sebas se le había hecho todo muy fácil, temía que no fuera a ser así con ella.

—Papá —lo llamó Sebastian. Oliver giró y lo miró con interés—. ¿Qué es furcia? —preguntó, con tono confundido.

Oliver se tensó. Sintió todos sus músculos agarrotados y arrugó el entrecejo. Sabía que Sebas preguntaba todo lo que se imaginara, leyera y no entendiera; de hecho, luego de escuchar las respuestas, comenzaba a indagar para conocer los motivos en cada una de ellas.

—Es una palabra malsonante, de esas que Samantha no quiere escucharte pronunciar. —Y que lamentablemente, Oliver seguía repitiendo con una facilidad inaudita frente al niño.

Sebastian apretó las manos en puño y se puso de pie, pateó la figura de Lego por el impulso y Oliver se alarmó.

—¿Qué sucede?

—Boris, un compañero del colegio, dijo que su mamá llamaba a Sam fur... eso. —El cuerpo de Oliver se contoneó como si le hubiesen clavado un metal ardiente—. ¿Están insultándola?

Oliver, horrorizado por lo que oyó, se puso en pie de un salto y sujetó los hombros del niño.

—Tampoco me gusta cómo la ven cuando tú no estás —continuó Sebas, y él recordó que, una noche ya hace bastantes meses, el niño le dijo exactamente esas palabras, pero él no les dio importancia, porque las había asumido como parte del estado de somnolencia—. No quiero que insulten a mi tita, papá. Me quiero ir a casa. No deseo vivir más aquí. ¡Y tita se viene conmigo!

Tal vez fuera la primera vez desde que asumió la paternidad de ese niño, e incluso antes, que se enfrentaba a un Sebastian furioso. Lo agradeció, ya que su rabia mantenía a raya la suya, y evitaba que explotara y lo aterrorizara.

—El lugar de ustedes es conmigo. Siempre —intentó explicar Oliver, más controlado que nunca—. Somos familia, Sebastian, y esta es nuestra casa. Nos protegemos de todo y nos amamos.

—Entonces, ¿por qué permites que la insulten? ¿No los detendrás? ¿No la protegerás?

Oliver apretó la sujeción de sus hombros, para consolarlo. El niño lo miró rabioso y vehemente, deseoso de que cuidara a su «tita» de cualquier cosa que la estuviese hiriendo. Él se sintió como un fraude, porque ni siquiera había notado que eso estaba sucediendo.

—Lo solucionaré —juró—. Te prometo que nunca más volverán a ofender a tu tita, Sebastian. Haremos lo que sea para defenderla, porque ese es nuestro trabajo, ¿no es verdad?

El niño asintió, sus labios apretados por la molestia y la confusión que le provocaba la ira, ya que era algo que no había experimentado en sus nueve años de vida. Él lo abrazó y lo envió a su cuarto, para alistarse a salir.

Lo vio entrar a la casa, y entonces su careta pacífica desapareció. La rabia lo consumió todo, y comenzó a ver manchas rojas. Se sentía tan colérico que incluso sintió un mareo y un puyazo en el medio de su frente.

Se encaminó al sótano y agradeció que Sam hubiese elegido ese sitio para instalar su estudio, aunque cuando se lo propuso lo había odiado, porque recordó otro sótano y lo que sucedió en él. Además de que no le gustaba verla encerrada, como si tuviera que ocultar su arte nuevamente.

Cuando sujetó la manilla de la puerta, su mano tembló y jadeó un par de veces en búsqueda de una calma que falló en encontrar. Trancó la puerta a su espalda, no quería arriesgarse a que Sebastian lo escuchara tan enojado, y bajó los escalones.

Samantha elevó la mirada y le sonrió confiada. Él se obligó a respirar con facilidad, porque antes de explotar necesitaba darle

tiempo, deseaba que ella le dijera que, al igual que él, no tenía idea de lo que estaban hablando o cómo la estaba tratando la gente del colegio y, ¡Dios!, cómo deseaba que los malos tratos solo se hubiesen mantenido en el instituto.

—¿Sabías que hay gente que te está insultando y llamando puta? — preguntó. Y como lo temió, no hubo reacción alguna de exaltación, más bien la sonrisa de su mujer desapareció—. ¡¿Desde cuándo?! — explotó frustrado.

Sam se mantuvo en silencio, lo cual por supuesto lo hizo todo peor, y ella lo sabía. Oliver comenzó a pasear de un lado a otro.

—Habla —exigió.

—Imagino que ha estado sucediendo desde el principio — respondió, por fin—. Quizá desde antes que llegáramos aquí — informó con tono tranquilo, casi como si no le afectara o estuviese resignada. Y Oliver le hubiese creído, si no la conociera.

—¡¿Por qué mierda no me lo dijiste antes, Samantha?! —

—¿Para qué? No soy una damisela en peligro, puedo defenderme muy bien sola. Y tú tenías demasiadas cosas en la cabeza, con la empresa, la culpa, para agregar un problema sin importancia que además no tenía solución. Así que ha ocurrido y lo he manejado.

—Lo has manejado —ironizó con una sonrisa burlona, luego se frotó la frente y continuó—: ¿Quiénes? —insistió, entre dientes. Ella enarcó una ceja.

—No lo sé, ni me interesa.

Era obvio que estaba mintiendo.

—Samantha —advirtió Oliver y ella puso los ojos en blanco.

—Tu madre. Y todos siguen su guía. —Él se enderezó, aturdido. Sabía que la mujer no lo quería, tampoco él la adoraba, pero era su madre y la respetaba, lo mínimo que esperaba era que fuese recíproco—. Quizá con el embarazo la situación empeoró, razón por la cual creo que llegó a tus oídos.

—¿Estoy entendiendo esto correctamente? Tienes más de un año recibiendo insultos y desplantes iniciados por mi madre y no me habías dicho nada.

Samantha se encogió de hombros, como restándole importancia,

luego apoyó el codo en la mesa y sujetó su barbilla en una mano.

—Así parece.

Él la miró horrorizado, cabreado y también agradecido, ya que tenía un objetivo para descargar su ira.

—¿Cómo te enteraste? —le preguntó ella por fin, antes de empezar de nuevo a pintar. Como si la conversación que estaban manteniendo fuera de lo más trivial. Él se acercó y apoyó las manos sobre la mesa de dibujo.

—No por ti —respondió de inmediato. La vio temblar, y comprendió que no estaba tan calmada como simulaba—. Tuvo que decírmelo Sebastian. ¡Sebastian, Samantha! El niño que juramos defender con nuestra vida, por el que harías cualquier sacrificio imaginable, me dijo que te estaban llamando furcia, que le están haciendo *bullying* por ello, estoy seguro, y después tuve que presenciar cómo se descontrolaba de la furia porque te estaban haciendo daño, y me exigió que hiciera algo para detenerlos.

Ella dejó el crayón en su sitio y lo encaró, su expresión horrorizada.

A Oliver no le importó nada, ya era tarde para esa reacción, así que continuó su diatriba.

—Tú y yo somos adultos, Samantha, podemos resistir muchas cosas, ¿pero él? No, esto pudo haberse evitado o controlado por lo menos, y mucho antes de que afectara a Sebastian, si tan solo me hubieses dicho qué estaba sucediendo —increpó Oliver, enardecido—. Y estás equivocada, yo habría podido hacer muchas cosas para solucionarlo. Como lo haré ahora.

—Oliver, ¿qué vas a hacer? —preguntó y al verlo encaminarse hacia la escalera, se puso de pie.

Ella se apresuró hacia él y tomó su antebrazo antes de que hubiese subido tres escalones. Oliver se giró y la sujetó desde la nuca para atraerla hacia su cuerpo.

—¡Tú eres mía, Samantha! —explotó furioso con ella y por haber soportado todos los desplantes sin decirle; su parte racional entendía por qué lo había mantenido lejos de este problema, en su lógica habían cosas más importantes por las que preocuparse, tampoco es que Sam leyó mal las señales, de hecho sus acciones en esos meses

en los que estuvo hasta el cuello con la empresa eran claras: «No me estorbes, tengo que trabajar». Sin embargo eso no cambiaba nada. No cuando fue él quien la llevó dentro de esa jaula de leones—. ¡Mía! —repitió antes de besarla con brusquedad. Cuando se apartó, sujetó su cuello con sus manos, jaló su cabello y estiró su cuello para que le prestara atención—. Nadie se mete o trata de dañar lo que es mío. Mucho menos a ti. Es hora de que entiendan cuál es tu lugar, y es claro que tú también tienes que comprenderlo, porque si lo supieras, no habrías callado o intentado defenderte sin pedirme ayuda. ¿Es que acaso no has entendido que tú siempre has sido lo más importante en mi maldita vida?

—Oliver... —le susurró, en ese tono que buscaba serenarlo para que fuera racional. Él no tenía ningún deseo de serlo.

—Lo resolveré y después nos casaremos.

—¿Qué? —musitó ella, su cuerpo agarrotándose.

—Estás esperando mi hijo, es lo indicado.

—¡Estás loco! —gritó ella, y se apartó de él—. No, no me creo que me estés ordenando casarme contigo, ¡de nuevo!

—No voy a discutir contigo sobre esto, nos casaremos y ya.

—No, no lo haremos —gritó ella, furiosa, y se adentró hacia el sótano—. Estás muy equivocado. ¡Tengo once condenados años conociéndote, Oliver Lewis, y cada vez que has querido casarte conmigo ha sido por una razón horrible! Primero fue por Michael, después por Sebastian y su custodia, ¡y ahora por tu estúpida madre! ¡Jódete! —le gritó, descontrolada.

Se miraron con frustración y molestia.

—No es por mi madre, ¡vas a tener mi hijo! —gritó él de vuelta y ella jadeó, indignada.

—¡No! Alucinas. Tengo cinco meses de embarazo y jamás habías siquiera mencionado la palabra matrimonio e hijo en la misma oración. Por una condenada vez, quisiera que las palabras «cásate conmigo» no estuvieran condicionadas e impuestas por las circunstancias. Estás desquiciado si crees que lo aceptaré. Me siento horrible por lo de Sebastian, te concedo que debí haber hecho algo distinto para protegerlo, pero hasta ahí. No me casaré, claro que no.

¿Entiendes?

—Ya lo veremos —masculló antes de dirigirse a la puerta del sótano. Y después de abrirla y salir, se giró a encarar a su mujer. La valquiria había vuelto, con su cabello rojo revuelto y sus ojos azules encendidos, listos para la batalla, y si él no estuviese tan cabreado en ese momento, la habría tirado en el sofá cama rosado claro que había en la esquina y la habría follado. En cambio, decidió culminar con una declaración de guerra—. Me conoces, Samantha. Soy más que capaz de arrastrarte ante un ministro. ¡Ya lo he hecho antes! —Cerró la puerta a su espalda y escuchó el golpe sordo de algo que golpeó contra la madera.

Se encaminó hacia el garaje subterráneo y se montó en su vehículo para dirigirse a Hampstead, donde vivía su madre.

Pasó la media hora del trayecto repitiendo la discusión con Sam y las palabras de Sebastian, recuerdos que solo aumentaban su ira. Tomó varias decisiones en el proceso, y sin importar que parecieran irracionales y extremas, sabía que las llevaría a cabo sin dudarlo.

Estacionó en la entrada de la casa de su madre y se apeó con rapidez. El *valet* salió de inmediato, pero Oliver lo ignoró, corrió hacia la entrada y casi pateó la puerta principal.

—¡Bryoni! —gritó apenas puso un pie dentro de la casa—. ¡Bryoni! —repitió una y otra vez.

Horrorizó a un par de empleadas con sus gritos, hasta que por fin alguien tuvo el sentido común de señalar hacia el invernadero. Encontró a su madre acuclillada frente a un cultivo de lavanda.

—Bryoni —llamó y ella volteó hacia él. Lo miró confundida, ya que hasta ese día, sin importar lo terrible que estuvieran las cosas entre ellos, siempre se refirió a ella como «madre».

—Oliver, querido, ¿teníamos una cita hoy y lo olvidé?

La miró y negó con la cabeza. Aún se encontraba aturdido con que fuera ella quien estuviese atacando a Samantha, aunque no dudó de su palabra ni por un segundo.

—Está será la última conversación que tendremos en nuestra vida —empezó. Su madre enderezó la espalda y se puso de pie con lentitud—. Creo que a pesar de todo lo que me has hecho, te he

tratado con respeto y consideración, incluso ahora, cuando no lo mereces. Perdoné tus fallas y descuidos. Te condoné una y otra vez, hasta cuando junto a mi abuelo me manipularon e intentaron arruinarme. Y después volví a ceder, cuando entre llanto me endosaste la muerte de Oliver I, y a pesar de saber que estabas usando uno de tus trucos para engatusarme, me dejé mangonear. Y lo he permitido toda mi vida; al principio porque creí que era la única forma de ganarme un poco de tu amor, y después por costumbre. Pero eso acaba aquí.

—Oliver, ¿de qué estás hablando?

—Nunca comprenderé tu animadversión hacia mí, Bryoni, pero lo que sea que tengas en mi contra lo lidiarás conmigo, no permitiré que quieras incluir o dañar a la mujer que amo. —Su madre lo miró con confusión e inocencia fingida—. Samantha. —Ella abrió la boca, para excusar o refutar, pero él ya no tenía paciencia—. Basta. Ni trates de justificarte, Bryoni. No vale la pena.

Ella se enderezó y su expresión se volvió dura.

—Nada de lo que he dicho es falso. Es tu amante, no tu esposa. Y si no te has casado con ella es porque tú también lo crees. Esa chiquilla jamás ha sido suficiente para ti, Oliver. Y es por su culpa que perdimos a tu abuelo. Después de que lo dejaste, nunca volvió a ser el mismo, se tornó más amargado y se aisló por completo. Te extrañaba, ¿sabes? Dejó de celebrar la fiesta de Navidad y de visitar a sus amigos. Ni siquiera le importó conocer a su única bisnieta. ¡Y casi nos lleva a la ruina! Tú hiciste eso al abandonarlo, y fue por ella. —La mujer lo miró con burla—. Fue tu nombre el que pronunció antes de morir. ¡Tu nombre! —Él tembló por esas palabras y la maldijo por lo que intentaba hacer, pero no era suficiente, no cuando lo que estaba en juego era el bienestar de su familia, Samantha y Sebastian—. No debiste dejarnos, o a Ilana. Ella sí que era la esposa que necesitabas para ser el mejor hombre que podías ser. No esa simplona.

—Si vuelvo a escuchar otro insulto hacia mi mujer, te arruinaré —advirtió.

Su madre soltó una risa burlona y desdeñosa.

—No amenaces sin bases, Oliver. Amas esa empresa, jamás la

destruirías. Tu abuelo lo supo. Yo también. No entiendo por qué cedió a tus exigencias en las negociaciones, ya que siempre entendió que eras puras palabras.

Oliver parpadeó y se preguntó por qué su abuelo había accedido tan fácilmente a su demanda, pero como jamás sabría la respuesta, lo dejó ir.

—Esa empresa es mía ahora. No la destruiré. Pero tengo otra idea, y sé que tendrá un efecto parecido al de la ruina, sin daños colaterales, y solo focalizado en ti —dijo con la mirada fija en su madre—. Borraré cualquier vestigio del apellido Aldrich-Millicent que tanto te enorgullece. Te botaré de esta casa, que también es mía, y la donaré para que se convierta en un albergue de niños con problemas sociales. Eliminaré de forma metódica todo lo que pueda ser un remanente de tu legado. Sin pensarlo. —Fue su turno de soltar una risa arrogante—. Y sabes que tengo el poder para hacerlo, porque seamos honestos, Bryoni, por mucho que quisiste congraciarte con Oliver I, siempre te despreció, y no tan solo por el hecho de ser mujer, sino que también por haber manchado su linaje con, ¿cómo es que decía él?, ah, claro, sí: basura norteamericana.

—Mi padre nun...

—Sabes que tengo razón —interrumpió Oliver—. Porque al final a quien le dejó todo fue a mí; no a ti, madre, no a ti, que fuiste capaz de negarme una buena infancia solo para que él te quisiera. No éramos tan distintos después de todo —afirmó, marcando bien la última palabra. Quería herirla, de la misma forma en la que ella había lastimado a su familia y a él por muchos años, aunque nunca lo reconocería.

Bryoni enderezó y bajó la mirada.

—¿Tenemos un acuerdo? —preguntó y la mujer asintió, hundida—. Espero que te retractes, Bryoni, y controles a tus *minions*, diles que cambien su discurso porque si llego a escuchar un solo susurro, para bien o para mal, sobre mi mujer, Sebastian o mi hija, volveré con la policía y te desalojaré de la forma más humillante posible. Y créeme, estaré muy atento. No me pruebes, madre, cuando te metiste con mi familia, rebasaste todos los límites y, ahora, yo tampoco los tengo.

¿Estamos claros?

Después de verla asentir con brusquedad, Oliver salió de esa casa sin mirar atrás. Manejó por un rato, la rabia aún lo carcomía, pero poco a poco fue abandonando su cuerpo, el raciocinio regresó y por fin comprendió que se había desahogado con Bryoni, que se atrevió a escupirle en la cara lo pésima madre que siempre fue con él y defendió a su familia como nunca nadie lo protegió a él.

Su familia: Sebastian, su hija y Samantha.

—¡Samantha!

Golpeó el volante y espetó un juramento, de forma bastante sonora. Cualquiera creería que después de tantos años y errores, él habría aprendido algo. Pero al parecer, ese no era el caso. Había actuado como un condenado idiota con su mujer.

Mientras meditaba sobre cómo salir de ese atolladero, se le ocurrió una idea desquiciada y también bastante sencilla, así que tomó su teléfono y marcó el número de Samantha. Le respondió cinco repiques después.

—¿Qué quieres, Oliver? ¿Amenazarme otra vez? —respondió sin darle tiempo a nada. Oliver tomó una respiración profunda mientras rogaba por paciencia.

—¿Podrías dejar a Sebastian con Christian y Bianca?

—¿Por qué? ¿No quieres que te vea arrastrarme por la calle?

—¿Puedes parar de una vez? —exigió—. Tenemos una conversación pendiente y no creo que desees que Sebastian esté presente. —Ella se quedó callada—. Te enviaré la dirección por mensaje de texto. Nos vemos en dos horas.

—¿Dónde quieres que vaya? —preguntó, cautelosa. Oliver rio.

—Tranquila, Sam, no tengo planes de casarme hoy.

Ella bufó y trancó sin decir nada más.

Capítulo 28

*Sí, cuando mi mundo se está derrumbando,
y no hay luz para romper la oscuridad,
allí es cuando yo te miro.
Cuando yo te miro
veo perdón,
veo la verdad,
tú me amas por quien soy,
como las estrellas sostienen la luna,
justo donde pertenecen
y sé que ya no estoy sola.
When I Look at You, Miley Cyrus*

Sam reconoció la calle cuando giró a la izquierda, como le indicó el GPS. De hecho, sabía a dónde se dirigía desde que vio el aviso de Notting Hill en su teléfono, que era donde quedaba el viejo apartamento de Oliver. Lo vio esperándola de pie sobre la acera y tuvo que inhalar profundo. Aún seguía molesta por cómo le gritó y trató de imponerle que se casaran, pero la preocupación y el dolor que sintió al enterarse de lo mal que la había pasado Sebastian en el colegio por su indiferencia frente a los desaires, la afectó lo suficiente como para olvidarlo por un rato.

Se había esforzado mucho en descartar cada insulto o desplante, en no mostrar cuánto la afectaban, porque creyó que actuando de esa manera iban a detenerse, en cambio estos empeoraron, hasta que llegaron a los oídos de su niño.

Cuando Oliver salió de la casa, tuvo una larga y tendida

conversación con Sebastian, le explicó que a veces las personas eran crueles y mezquinas porque se sentían infelices y necesitaban creer que los demás estaban en una posición peor, para sentirse mejor con ellos mismos y que juzgaban con libertad, porque dar etiquetas a otros ayudaba a que las suyas desaparecieran.

El niño no entendió por completo, tampoco por qué la habían encasillado como una mujer fácil, y Sam casi lloró al ver su confusión y al tratar de explicárselo. Al terminar, le prometió que Oliver y ella lo solucionarían, que ambos lo amaban y respetaban sus sentimientos y que, ella en particular, nunca quiso minimizarlos al no darse cuenta de que él la estaba pasando mal. Tampoco quería que eso conllevara a que el niño iniciara peleas en el colegio para defenderla.

Se maldijo por su ineptitud, luego apagó el vehículo y abrió la puerta. Se había equivocado por completo. Debió haberle contado a Oliver cuando ocurrió el primer desplante. Y se prometió que eso nunca volvería a suceder, que la próxima vez buscaría el apoyo de ese hombre cavernícola y paternalista, porque era su familia, y sabía que los protegería con fuerza feroz.

Ella se apeó y miró la fachada del antiguo edificio de Oliver. La galería seguía cubierta de corcho y madera.

—¿Qué hacemos aquí? —preguntó de inmediato; sus ojos, fijos en el frente.

Él estiró la mano y esperó a que ella la tomara. Lo hizo un minuto más tarde, estaba tensa, y apretó la sujeción de su mano. No había vuelto a ese sitio desde la noche de la boda de Christian. Le aterrizzaba. Había pasado por tanto desde que pintó los cuadros que estaban colgados en esas paredes que no sabía qué sentiría al verlos nuevamente. ¿La atraerían como antes, susurrándole la entrada a un mundo que no había sentido la necesidad de visitar por años?

Cuando entró a la galería, dirigió la mirada hacia el óleo que pintó la noche en que vio a Ilana y Oliver juntos. Sintió un dolor en el pecho, porque le recordó lo perdida que se sintió aquella vez y lo desgarradora que fue la forma en la que él la vio, como si ella no

significara nada. Pero aunque volvió a sentir ese eco punzante, ella fue más fuerte, no la llevó de vuelta a ese momento, en cambio se quedó en el presente, donde la sensación caliente de la mano de Oliver aún la abrigaba y existía una Ilana feliz y satisfecha con su vida, junto al hombre que amaba.

Giró hacia el frente, y por fin notó que en la mesa de recepción había una portátil y un proyector.

—Nadie volverá a insultarte de nuevo —comentó él y ella giró hacia él, lo miró con duda.

—¿Qué hiciste?

—Controlé la situación, como lo hubiera hecho desde el principio, si no me hubieses mantenido ciego.

—Tienes razón. Me disculpo y no sucederá de nuevo —concordó—. No volveré a dejarte a oscuras sobre algo que pueda afectar nuestra vida, o a nuestros hijos. Me equivoqué. ¿Te parece suficiente?

Oliver la miró con los ojos entrecerrados.

—¿Cómo logras hacer para que una disculpa suene tan beligerante?

—Es mi don. Así como al parecer el tuyo es hacerme sentir una idiota cuando intento cuidarme sin tu ayuda.

—Jamás he creído que eres idiota, solo que eres la mujer más cabezona que he conocido en mi vida.

—Y tú eres el hombre más exagerado, gritón y cavernícola...

La detuvo con sus labios, la besó con ferocidad, sujetó su cabello en un agarre mortal y la elevó hacia él. Ella gimió de inmediato y lo besó con igual pasión. Mordisqueó sus labios hasta hincharlos y se pegó a su cuerpo, excitada.

Oliver la apartó, quizá por primera vez desde que estuvieron juntos. Sujetó su nuca, y desde el cabello, jaló suavemente para que su ojos quedaran a la altura de los de él. Ella lo miró confundida, pero después se derritió, porque su iris, que hasta ese entonces era de un marrón verdoso, fue aclarándose y el aguamarina lo invadió por completo.

—Te amo jodidamente tanto, Samantha —le susurró. Ella casi convulsionó, la electricidad que los rodeó desde la primera vez que se besaron, se intensificó hasta golpear su estómago—. La idea de que

alguien te quiera hacer daño me mata.

—Por Dios bendito —susurró ella, con sus ojos brillantes; lo abrazó, sus manos se cerraron en puños en su espalda.

—¿Qué? —preguntó confundido, cuando una lágrima se deslizó por su mejilla—. ¿Qué carajo sucede ahora?

—Espere tantos años para que lo dijeras de nuevo. A veces creí que, la última vez que lo escuché, había sido en un sueño, porque cuando pronunciaste esas dos palabras, yo estaba tan agotada —confesó con una gran sonrisa. Cerró los ojos en un intento de controlar su alterado corazón—. Gracias. Yo también te amo. Y la idea de que alguien te quiera hacer daño, me mata, al igual que la idea de hacértelo yo.

Sus ojos se oscurecieron y él asintió, ya que entendió que gran parte de ese silencio se debió a que sabía que al enterarse de que su propia madre era quien estaba intentando quebrar su estabilidad lo dañaría.

Oliver acarició su espalda por un rato, ambos abrazados.

—¿Qué hacemos aquí? —susurró ella, por fin. Él la jaló hacia la mesa, donde estaba la *laptop* y el proyector—. ¿Qué es eso? —preguntó, interesada, al notar que la imagen tridimensional de una maqueta aparecía sobre la madera clara que cubría el ventanal.

—Es la casa.

—¡La casa! —exclamó y se acercó para verla con más atención.

La fachada era blanca y tenía sombras de las líneas de las columnas. Sam supo de inmediato que la casa no sería blanca, sino que se asemejaría al color del edificio donde Oliver y ella vivieron juntos por primera vez. Ese estilo que tanto la impresionó, ya que parecía sobrio, juguetón y mostraba tanto de él.

El techo era de tejas negras. El porche estaba cubierto de dalias de distintos colores y girasoles. Él giró la maqueta para que ella observara el patio. Había una gran área de juegos, una piscina y una pequeña casa llena de ventanales, se asemejaba a un cuarto de piscina, pero no lo era del todo.

—Este será tu estudio —le señaló—. No quiero otro cuarto oscuro, cerrado o enterrado para ti.

Ella sonrió con suavidad, y deslizó un brazo por su espalda. Él pasó

a la casa, abrió el diseño para que lo estudiara.

—Este es el cuarto de la niña —agregó y señaló la segunda planta—. Hice la habitación de Sebastian en el ático, le gustan las alturas y le encanta su habitación de nuestra casa aquí, además tiene un anexo para la puñetera habitación de Tara I, II, III y las sucesivas —retomó y Samantha rio de nuevo, negando con la cabeza.

«Mi Oliver el optimista», ironizó.

—¿Y el nuestro?

Él movió el diseño cibernético para que se viera el lado oriente del segundo piso y se lo enseñó con detalle. Era gigante, tenía un vestidor y el baño contaba con bañera, ducha y *jacuzzi*. Le mostró las habitaciones de invitados y todos los espacios abiertos que servirían de sala de estar, el cuarto de juegos, el área de entretenimiento; la cocina y el comedor, que estaban ubicados en la primera planta.

—Ese será nuestro hogar y decidí enseñártelo aquí. Frente a nuestro pasado. —Señaló los cuadros—. Mientras decidimos nuestro futuro. —Dejó algo sobre la mesa.

Sam elevó por fin la mirada y giró un poco hacia la derecha, donde estaban los dos cuadros. El que pintó cuando perdió el deseo de vivir, su *Oda a Oliver*, y el que hizo cuando perdió su voluntad antes de abandonarlo en esa misma ciudad. Tanto dolor, tantos sueños rotos. Tanto amor desgastado. Bajó la mirada hacia la casa.

—Tanta esperanza —susurró para sí misma y se quedó muy quieta. Porque sobre la mesa, había una caja pequeña de terciopelo blanco abierta.

No pudo evitar sonreír al encontrarse con una piedra de diamante amarillo. El color, el corte cuadrado y el cierto brillo de la joya le hicieron recordar a la pulsera que Oliver le regaló en su cumpleaños veintiuno, y la gargantilla y zarcillos que le regaló cuando fue su amante en Londres. Le pareció poético, adorable, y la forma en que lo había planeado y llevado a cabo, resultó ser tan...

—No puedo creerlo —susurró ella, su voz ahogada. Su corazón taladraba contra su pecho—. Once años, un intento de cortejo fallido, toda la burla de nuestros amigos, y nadie nunca supo que tenías esto en ti. —Él la miró con confusión. Sam giró y acarició su mejilla—. Es

lo más romántico que has hecho por mí, y es tan tú. Es maravilloso. —Le sonrió con emoción y él la miró con molestia—. No te pongas así, déjame disfrutarlo. Dudo de que vuelva a suceder.

Se acercó y besó sus labios, aún sin tocar el anillo.

—Desde que empezamos a vivir juntos, yo siempre me he sentido comprometido contigo, Samantha, incluso sin un papel. Es hora de que lo formalicemos —inició él.

—Yo también, y un documento no lo cambiará. Así que una propuesta romántica, o lo que intentaste hacer esta mañana, no era necesario; aunque recordaré este gesto por siempre.

—¿Me estás volviendo a rechazar cuando te estoy pidiendo que te cases conmigo?

—Técnicamente, no me lo has pedido.

—Samantha —advirtió y ella suspiró. Miró la caja con temor y la tocó un par de veces.

—¿De verdad quieres hacerlo? —Él asintió—. Tengo miedo de arruinarlo. Que el matrimonio sea una condena. Hemos generado una gran cantidad de karma con todas nuestras decisiones. ¿Y si el casarnos hace que nos separemos? —confesó su gran miedo. Aunque mientras lo decía, aceptó que era absurdo y que ya no temía como antes, que su conversación con Ilana le ofreció un alivio no merecido —. Además, no me parece justo que lo hagamos solo por el qué dirán o por vivir en este sitio. Deberíamos hacerlo porque lo deseamos y porque sentimos que es lo correcto.

Lo escuchó suspirar, y después lo vio tomar la caja en sus manos. Oliver sacó el anillo, cogió su mano izquierda y empezó a deslizarlo por su dedo angular.

—A pesar de mi explosión en el sótano, lo último en lo que pensé cuando pasé la última hora enloqueciendo a mis asistentes y explotando mi teléfono para conseguir este anillo fue en alguien distinto a mi familia. Pensé en Sebastian, en cómo él merece la mayor estabilidad posible y en la furia y el temor que vi en sus ojos al descubrir que no la tenía. Pensé en nuestra hija, y en que se merece nacer en el hogar que ya conformamos, sin miedo alguno. Y sobre todo, en ti. Pensé en que no quiero que nadie dude de tu posición en

mi vida pase lo que pase, porque eres mía, Sam, y lo seguirás siendo hasta el día de mi muerte. Y si es cierto que un papel no cambiará eso, ¿por qué temes que lo hará?

Ella tembló ante esa última pregunta y parpadeó para alejar las lágrimas, ya que era verdad. Asintió justo cuando él terminaba de poner el anillo en su dedo, había que ajustarlo, le quedaba un poco suelto, pero era maravilloso.

—No quiero una gran fiesta, o todo ese protocolo que estoy segura deseará tu madre.

—No te preocupes por eso o por mi madre. Ella no tendrá voz ni voto en nuestra vida —aseguró y besó su mejilla. Se apartó y la miró con molestia, leyéndola de inmediato—. Casarnos en Las Vegas o en un sitio parecido está vetado.

Ella puso los ojos en blanco, ya que no había pensado en esa opción, más bien estaba considerando un juzgado. Una ceremonia de diez minutos le parecía más que suficiente. Suspiró en rendición, ya que sabía que no lo tendría.

—Vale, nos llevaremos a Sebastian y nos casamos en alguna parte, puede ser en una pequeña capilla en las afueras de Londres. Pero ya. Nada más. —Volvió a suspirar, resignada—. Diablos, ¿a quién quiero engañar? Todos nos matarían si hacemos eso. —Lo miró con duda—. Vamos a tener que casarnos con una gran fiesta, ¿verdad?

—Estoy seguro de que Alexa armará una rabieta monumental si no la hacemos. Y que Christian se suicidará si no permites que te encamine hacia el altar —exageró—. Además, no tengo duda de que Nella gritará si no le permiten ser la dama y sonsacar a Sebastian.

Ella rio y asintió, porque la lista continuaba. Rachel la odiaría si le quitaba la oportunidad de ser dama de honor, y de seguro habría discusiones monumentales para escoger cada detalle de la boda. Además de muchas apuestas absurdas. Amaba a su familia, pero en esos asuntos, sabía que no tenían remedio.

—Desearía que Susan estuviese viva y que pudiera llevarme hacia el altar.

—Lo sé —la abrazó con un gesto consolador. Un par de minutos más tarde se apartó y la miró con expresión seria—. ¿Quieres

regresar a Chicago? Lo haría sin dudar. Harold podría encargarse de la empresa, o solo tendría que contratar un Director General, aún falta trabajo por hacer, pero tu comodidad y la de Sebastian es lo más importante.

—Esa empresa fue tu sueño, no voy a arrebatártelo de nuevo.

—No —negó, tomó su nuca y la jaló hasta que sus bocas se rozaron—. Mi jodido sueño fue pertenecer a alguna parte, y la empresa fue el sitio donde conseguí escapar y vivir hasta que te conocí, y ahora estaré condenado si después de haber luchado tanto para lograrlo, lo pongo en riesgo.

Ella sonrió y acarició su cuello, antes de rechazar la idea.

—No quiero que salgamos huyendo. Regresaremos cuando sea el momento y las cosas estén resueltas. Porque lo que estamos haciendo acá es por el bienestar de nuestra pequeña familia. Nuestra vida puede no ser perfecta ni milagrosamente ideal, pero ambos seguimos aquí y lucharemos contra todo lo que venga en el camino. Hemos llegado muy lejos para que me ofrezcas nubes o mundos irreales, esos desaparecen con facilidad. —Lo abrazó—. Siempre preferiré la tormenta porque la calma está a tu lado, Oliver. ¿Está bien?

Él asintió con una sonrisa suave. Ella vio los cuadros de nuevo y dejó ir a Oliver para que apagara los equipos. Volvió a hacer el recorrido en la exposición y se concentró en cada pintura. En los sentimientos que la invadieron y la desesperanza que la persiguió por tanto tiempo.

Lo dejó ir por completo. Una parte de su ser siempre extrañaría la libertad que conllevaba vaciar sus emociones en un lienzo. Y quizá la satisfacción al sentirse miserable había sido una pieza integral durante mucho tiempo, pero ya no lo necesitaba ni quería.

También existía libertad en solo ser ella, en tener su propia voz. Y en solo vivir, en su hogar.

—¿Crees que es hora de que otras personas lo vean? —preguntó Oliver, ansioso, cuando ella regresó a su lado.

Sam lo besó con suavidad.

—No —susurró al apartarse—. Pero creo que es hora de sacarlos de aquí y llevarlos a casa. Son parte de nuestra vida, Oliver, tienen que

estar en un lugar especial de nuestro hogar.

Él la miró aturdido, porque sabía que ella había deseado huir al verlos la primera vez, y que ni siquiera le permitió llevarse los dos principales a Chicago, a pesar de su deseo. Oliver le sonrió y la besó de forma apasionada.

—Sabes, hemos tenido una larga pelea y nos merecemos una buena reconciliación.

Ella rio y se permitió ser guiada por él hacia el sofá verde manzana donde se habían reencontrado, y con la certeza de que nunca volverían a perderse, siempre que estuviesen juntos.

FIN

Agradecimientos

Quiero agradecer a Paulina Arancibia CM, por ser capaz de editar con extrema paciencia mi mente y desvaríos, tenerme paciencia en mis repetidos errores, ayudarme con mis líneas, edición, lectura 0 y por analizar sus motivos antes de siquiera enviarla a la editorial. A Gine, por estar siempre allí en mis libros, releerlos, corregirme, y más importante, por seguir en mi vida. Gracias a ambas, por confiar en mí y en mis palabras, incluso cuando yo no lo hago, me han impulsado a seguir adelante hasta cuando mi vida diaria no lo permite. Un agradecimiento muy especial a Selecta, y a todo el personal detrás de ella, que trabaja arduamente para lograr publicar maravillosos títulos y que permitió dar luz a esta historia. Y por último, pero igual de importante, a todas las personas que han leído y se han emocionado por Sam y Oliver, tanto quienes los conocieron desde atrás, como los que iniciaron una nueva etapa con ellos. Es un sueño cumplido, ya que ellos dos merecían salir al mundo, y contar su historia, así que les agradezco por habernos acompañado en ella, espero que el final haya sido de su agrado y como siempre, espero me hagan saber si les gustó o no.

Betzacosta

Betzacosta nació en Maracaibo, Venezuela, en el año 1984. Se licenció en Derecho, e hizo postgrado en Ciencias Criminológicas y Derecho Penal.

Es apasionada con la escritura y lectura desde muy joven, en especial con la novela romántica, ya que con ella se puede ver y mostrar los matices más puros en las emociones humanas, plasmados en las situaciones más cotidianas.

Edición en formato digital: febrero de 2019

© 2019, Betzacosta

© 2019, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-17606-96-1

Composición digital: leerendigital.com

www.megustaleer.com

| Penguin
| Random House
| Grupo Editorial |